

David Baldacci

«Me he pasado los últimos veinte años a la caza de material para novelar y nunca supe ver el inagotable filón de recursos que había en mi familia»

DAVID BALDACCI

Buena suerte



Lectulandia

Buena suerte describe la infancia de dos hermanos, Lou y Oz, cuyas vidas cambian de la noche a la mañana al morir su padre en un accidente. El suceso obligará a los niños a abandonar la trepidante Nueva York de los años cuarenta para trasladarse a las agrestes montañas de Virginia, donde pasarán al cuidado de su bisabuela. Ante Lou y Oz se abrirá un nuevo mundo en el que las adversidades darán paso a una existencia rica en vivencias y descubrimientos.

Baldacci rememora en esta novela vivencias del pasado en su Virginia natal. En palabras del propio autor: «Irónicamente, como escritor me he pasado los últimos veinte años a la caza de material para novelas y nunca supe ver el inagotable filón de recursos que había en mi familia».

Lectulandia

David Baldacci

Buena suerte

ePub r1.1
algarri 01.12.14

Título original: *Wish you well*

David Baldacci, 2001

Traducción: Abel Debritto Cabezas & Mercé Diago Esteva

Editor digital: algarri

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre, inspiradora de esta novela

Nota del autor

La historia de *Buena suerte* es ficticia, pero la ambientación, salvo los topónimos, no lo es. He estado en esas montañas y también he tenido la suerte de crecer con dos mujeres que durante muchos años consideraron que las cumbres eran su verdadero hogar. Mi abuela materna, Cora Rose, residió con mi familia durante los últimos diez años de su vida en Richmond, pero pasó las seis décadas anteriores, más o menos, en la cima de una montaña en la Virginia sur occidental. De ella aprendí sobre la vida en esas tierras. Mi madre, la menor de diez hermanos, habitó en esa montaña durante sus primeros diecisiete años; a lo largo de mi infancia me contó cientos de historias fascinantes sobre su juventud. Creo que las dificultades y aventuras por las que pasan los personajes de la novela le resultarían familiares.

Aparte de las historias que escuché de niño he entrevistado largo y tendido a mi madre para preparar *Buena suerte* y, en muchos sentidos, ha sido una experiencia sumamente esclarecedora. Cuando llegamos a la edad adulta solemos dar por sentado que sabemos cuanto hay que saber sobre nuestros padres y los demás miembros de la familia. Sin embargo, si uno se toma la molestia de preguntar y escuchar las respuestas se da cuenta de que todavía le queda mucho que aprender sobre esas personas tan allegadas. Así, esta novela es, en parte, una historia oral sobre dónde y cómo creció mi madre. Las historias orales constituyen un arte en vías de extinción, lo cual es ciertamente triste ya que muestran la consideración que corresponde a las vidas y experiencias de quienes han vivido antes que nosotros. Asimismo, documentan esos recuerdos, puesto que cuando esas vidas llegan a su fin el conocimiento personal se pierde para siempre. Por desgracia vivimos en una época en la que parece que sólo nos interesa el futuro, como si creyéramos que en el pasado no hubiera nada digno de nuestra atención. El futuro siempre resulta estimulante y atrayente y nos influye de un modo que el pasado jamás lograría. No obstante, bien podría ser que mirando hacia atrás «descubriéramos» nuestra mayor riqueza como seres humanos.

Si bien se me conoce por mis novelas de suspense, siempre me han atraído las historias del pasado de mi Virginia natal y los relatos de personas que vivieron en lugares que marcaron sus vidas y ambiciones por completo pero que, sin embargo, les ofrecieron un tesoro de conocimientos y experiencias de que pocos han disfrutado. Irónicamente, como escritor me he pasado los últimos veinte años a la caza de material para novelar y nunca supe ver el inagotable filón de recursos que había en mi familia. No obstante, si bien ha llegado más tarde de lo que debería, escribir esta novela ha sido una de las experiencias más gratificantes de mi vida.

Había humedad en el aire, las nubes grises y abultadas presagiaban lluvia y el cielo azul se desvanecía rápidamente. El sedán Lincoln Zephyr descendía por la carretera llena de curvas a un ritmo aceptable, si bien pausado. Los olores tentadores que invadían el interior del coche provenían de la masa fermentada del pan, el pollo asado y el pastel de melocotón y canela que estaban en la cesta de picnic que descansaba entre los dos niños en el asiento trasero.

A Louisa Mae Cardinal, de doce años, alta y delgada, con cabellos del color de la paja veteada por el sol y ojos azules, solían llamarla Lou a secas. Era una muchacha bonita, y no cabía duda de que se convertiría en una mujer hermosa. Sin embargo, se oponía a las convenciones de tomar el té, las coletas y los vestidos de volantes, y, en cierto modo, salía ganando. Era su forma de ser.

Lou tenía la libreta abierta apoyada en el regazo y llenaba las páginas en blanco con palabras importantes, del mismo modo que el pescador llena la red. A juzgar por su mirada, estaba pescando un bacalao de lo más succulento. Como siempre, permanecía muy concentrada en lo que escribía. Ese rasgo era típico de Lou, y su padre mostraba un fervor incluso más acusado que el de ella.

Al otro lado de la cesta de picnic estaba Oz, el hermano de Lou. El nombre era un diminutivo de su nombre de pila, Oscar. Tenía siete años y era menudo para su edad, aunque sus largos pies auguraban que sería alto. Carecía de las extremidades desgarbadas y la gracia atlética de su hermana. Oz tampoco tenía la confianza que con tanta intensidad resplandecía en los ojos de Lou. Así y todo, sujetaba su desgastado osito de peluche con la inquebrantable fuerza de un luchador y su carácter, en cierto modo, reconfortaba el alma de los demás con una naturalidad absoluta. Después de conocer a Oz Cardinal uno se marchaba convencido de que era un pequeñín con uno de los corazones más grandes y cálidos que Dios había conferido jamás a mortal alguno.

Jack Cardinal conducía. No parecía percatarse de la inminente tormenta ni de los otros ocupantes del coche. Tamborileaba sobre el volante con sus delgados dedos. Tenía las yemas encallecidas de tanto escribir a máquina, y en el dedo corazón de la mano derecha, allí se apreciaba una aspereza permanente donde apretaba la pluma. «Signos de los que enorgullecerse», solía decir.

Como escritor, Jack daba vida a paisajes vividos repletos de personajes imperfectos que, cada vez que se pasaba una página, parecían más reales que los de cualquier familia. Los lectores solían llorar cuando uno de los personajes preferidos perecía bajo la pluma del escritor, pero la inconfundible belleza del lenguaje nunca eclipsaba la innegable fuerza de la historia, ya que los temas contenidos en las narraciones de Jack Cardinal eran verdaderamente arrolladores. Sin embargo, entonces surgía un giro bien elaborado que hacía que uno sonriera e incluso soltase una carcajada, dando a entender así al lector que el humor suele ser el medio más

eficaz para transmitir una idea seria.

El talento de Jack Cardinal como escritor le había procurado un gran éxito de la crítica pero unos ingresos exigüos. El Lincoln Zephyr no era suyo, ya que no podía permitirse lujos como los coches, ni los de último modelo ni los más modestos. Un amigo y admirador de su obra se lo había prestado para esta salida especial. Estaba claro que la mujer que iba sentada a su lado no se había casado con él por dinero.

Amanda Cardinal se había acostumbrado a los rápidos cambios que se producían en la mente de su esposo. Incluso en esos momentos su expresión denotaba que confiaba en el funcionamiento de la imaginación de Jack, que siempre le permitía huir de los detalles más fastidiosos de la vida. Sin embargo, después, cuando hubieran extendido la manta y preparado el picnic y los niños quisieran jugar, Amanda traería suavemente a su esposo a la realidad. No obstante, había algo que a Amanda le preocupaba aún más que las abstracciones intelectuales. Necesitaban esa excursión, juntos, y no sólo para sentir el aire fresco y disfrutar de una comida especial. En muchos aspectos, el sorprendentemente cálido día de finales de invierno era una bendición. Amanda observó el cielo amenazador y pensó: «Aléjate, tormenta, por favor, aléjate». Para relajarse, volvió la mirada hacia Oz y sonrió. Costaba no sentirse bien cuando se miraba al pequeñín, si bien el niño era un tanto asustadizo. Amanda le había mecido en incontables ocasiones cuando tenía pesadillas. Por suerte, los gritos de miedo daban paso a una sonrisa cuando Oz finalmente veía a Amanda, quien hubiera querido sostenerlo entre sus brazos y mantenerlo a salvo por siempre.

Oz se parecía a su madre, mientras que Lou había heredado la amplia frente de Amanda y la nariz y la recia mandíbula de su padre. Era una combinación de lo más acertada. No obstante, si le preguntaban, Lou decía que sólo se parecía a su padre. No lo hacía para faltarle el respeto a su madre sino porque, ante todo, se consideraba hija de Jack Cardinal.

Amanda se volvió hacia su esposo.

—¿Otra historia? —preguntó al tiempo que recorría el antebrazo de Jack con los dedos.

Jack, lentamente, se liberó de su última invención y miró a su esposa con una sonrisa radiante que, junto con el inolvidable destello de sus ojos grises, eran, a juicio de Amanda, sus rasgos físicos más atractivos.

—Tranquila, trabajo en una historia —dijo Jack.

—Prisionero de tus propios recursos —replicó Amanda suavemente, tras lo cual dejó de acariciarle el brazo.

Mientras su esposo se sumía de nuevo en su actividad, Amanda observó a Lou, inmersa en su propia historia. La madre veía en ella un gran potencial para la felicidad, pero también para el dolor. No podía vivir su vida y sabía que, en ocasiones, tendría que verla caer. No obstante, Amanda nunca le tendería la mano para ayudarla, porque Lou, por ser Lou, no lo aceptaría. Pero si los dedos de la hija buscasen los de la madre, se los ofrecería. Se trataba de una situación repleta de

obstáculos, pero al parecer sería el sino de ambas.

—¿Qué tal la historia, Lou?

Con la cabeza gacha y sacudiendo la mano con el ímpetu propio de un joven aprendiz, Lou respondió:

—Bien.

Amanda comprendió de inmediato el mensaje subyacente: la escritura era algo sobre lo que no debía hablarse con quienes no escribían. Amanda se lo tomó tan bien como solía hacer con todo cuanto tenía que ver con su hija. Sin embargo, incluso una madre necesita en ocasiones una almohada bien cómoda en la que apoyar la cabeza, por lo que Amanda alargó la mano y acarició los cabellos rubios y alborotados de su hijo, quien la rejuvenecía en la misma medida en que Lou la agotaba.

—¿Qué tal, Oz? —preguntó Amanda.

El pequeño respondió con una especie de cacareo que incluso sobresaltó al distraído Jack.

—La señorita de inglés dijo que soy el mejor gallo que ha oído nunca —explicó el niño, y volvió a cacarear al tiempo que agitaba los brazos. Amanda se rio e incluso Jack se volvió y sonrió.

Lou hizo una mueca de suficiencia, pero luego le dio unas palmaditas en la mano.

—Y lo eres, Oz. Mucho mejor que cuando yo tenía tu edad —dijo Lou.

Amanda sonrió al escuchar el comentario de Lou y luego preguntó:

—Jack, vendrás a ver la obra de la escuela de Oz, ¿no?

—Mamá —intervino Lou—, ya sabes que está trabajando en una historia. No tiene tiempo para ver a Oz haciendo el gallo.

—Lo intentaré, Amanda. Esta vez lo intentaré de veras —respondió Jack, pero por el tono incierto de la voz Amanda supo que aquello presagiaba otra desilusión para Oz; y para ella.

Amanda se volvió y miró por el parabrisas. Su semblante reflejaba claramente lo que pensaba: «Casada de por vida con Jack Cardinal; lo intentaré».

Sin embargo, Oz no parecía haber perdido el entusiasmo.

—Y la próxima vez seré el conejo de Pascua. Vendrás a verme, ¿verdad, mami?

Amanda le miró con una sonrisa radiante y una expresión que emanaba cariño.

—Sabes que mamá no se lo perdería por nada del mundo —repuso mientras volvía a acariciarle la cabeza.

Sin embargo, mamá se lo perdió. Todos se lo perdieron.

Amanda miró por la ventanilla del coche. Su ruego se había visto recompensado y la tormenta se había alejado dejando tras de sí poco más que algunas lloviznas molestas y ráfagas de aire que apenas mecían las ramas de los árboles. Todos estaban agotados tras haber corrido, de punta a punta, por las largas y curvilíneas franjas de césped del parque. Para mérito de Jack, había jugado con la misma entrega y entusiasmo que los demás. Como si fuera un niño, había correteado por los senderos adoquinados con Lou u Oz a la espalda riendo a más no poder. Mientras corría se le salieron los mocasines, dejó que los niños lo persiguieran y luego se los puso tras una lucha enconada. Después, para deleite de todos, se colgó boca abajo en los columpios. Aquello era lo que la familia Cardinal necesitaba.

Al final de la jornada, los niños habían caído rendidos en los brazos de sus padres y todos habían echado una cabezadita allí mismo, formando una enorme e irregular maraña de extremidades, respirando pesadamente y suspirando tal y como hacen las personas cansadas y felices. Una parte de Amanda se habría quedado allí durante el resto de su vida; tenía la sensación de que ya había satisfecho todo cuanto el mundo pudiera pedirle.

Mientras regresaban a la ciudad, a una pequeña pero querida casa que pronto dejaría de ser suya, Amanda comenzó a sentirse inquieta. No le gustaban los enfrentamientos, pero sabía que eran necesarios si el motivo lo merecía. Lanzó una mirada hacia el asiento trasero. Oz dormía. Lou estaba recostada contra la ventanilla y también parecía dormir. Dado que casi nunca estaba a solas con su esposo, Amanda decidió que aquél era el mejor momento.

—Deberíamos hablar seriamente sobre lo de California —dijo en voz baja.

Jack entornó los ojos aunque apenas había sol; de hecho, la oscuridad les había envuelto casi por completo.

—El estudio de cine ya tiene listo el contrato para el guión —dijo.

Amanda se percató de que no había el menor entusiasmo en sus palabras. Alentada, insistió.

—Eres un novelista que ha ganado premios. Tu obra se enseña en las escuelas. Han dicho que eres el escritor con más talento de tu generación.

Jack parecía cansado de los elogios.

—¿Y?

—Entonces, ¿por qué ir a California y dejar que te digan lo que debes escribir?

—No me queda otra elección —repuso Jack, el brillo de cuyos ojos se desvaneció.

Amanda lo agarró por el hombro.

—Jack, sí que tienes otra elección. ¡Y no creas que escribir guiones de películas lo solucionará todo porque no será así!

Lou, alertada por el tono de voz de Amanda, se había vuelto y estaba observando

a sus padres.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Jack—. Lo aprecio de veras, cariño, sobre todo ahora; sabes que no me resulta fácil.

—No quise decirlo así. Si sólo pensaras...

De repente, Lou se inclinó hacia delante y rozó el hombro de su padre en el instante mismo es que su madre apartaba la mano. Sonreía de oreja a oreja, pero forzadamente.

—Creo que en California nos lo pasaremos bien, papá.

Jack sonrió y le dio unas palmaditas en la mano a Lou. Amanda se dio cuenta de que Lou se aferraba con toda su alma a esa pequeña muestra de reconocimiento. Sabía que Jack no se percataba de la enorme influencia que ejercía sobre la niña ni de que ésta intentaba, en la medida de lo posible, que todo cuanto hiciera satisficiera a su padre; a Amanda aquello le asustaba.

—California no es la solución, Jack. Tienes que entenderlo —aseveró Amanda—. No serás feliz.

La expresión de Jack traslucía pena.

—Estoy cansado de las críticas maravillosas y de los galardones que van a parar a la estantería y de no contar con el dinero suficiente para mantener a mi familia. A toda mi familia. —Miró a Lou, y Amanda vio que su semblante reflejaba un sentimiento de vergüenza. Quiso inclinarse y abrazarlo, decirle que era el hombre más maravilloso que había conocido jamás, pero ya se lo había dicho en otras ocasiones y, aun así, irían a California.

—Puedo volver a enseñar, y así tendrás la libertad que necesitas para escribir. Mucho después de que hayamos dejado de existir, la gente seguirá leyendo a Jack Cardinal.

—Me gustaría ir a algún lugar en el que me apreciaran mientras aún estoy con vida.

—Te aprecian. ¿O es que nosotros no contamos?

Jack parecía sorprendido: las palabras habían traicionado al escritor.

—Amanda, no quise decir eso. Lo siento.

Lou alargó la libreta.

—Papá, he terminado la historia sobre la que te hablé.

Jack no apartó la mirada de Amanda.

—Lou, tu madre y yo estamos hablando.

Amanda llevaba varias semanas pensando en todo aquello, desde que Jack le anunciara los nuevos planes para escribir guiones bajo el sol y las palmeras de California a cambio de sumas considerables. Amanda creía que Jack empeñaría su talento al verbalizar las visiones de otras personas, sustituyendo sus historias personales por otras que le reportarían mucho dinero.

—¿Por qué no nos vamos a Virginia? —preguntó Amanda, y luego contuvo la respiración.

Jack apretó el volante. En la carretera no había más coches ni luces, salvo las del Zephyr. Una espesa neblina cubría el camino y no se atisbaba el resplandor de estrella alguna que los guiara. Era como si condujeran por un océano llano y azul, por lo que el cielo y la tierra se confundían. Semejante conspiración entre los elementos engañaría fácilmente a cualquier persona.

—¿Qué hay en Virginia? —inquirió en tono cauto.

Amanda le sujetó el brazo con fuerza, cada vez más frustrada.

—¡Tu abuela! La granja en las montañas. El entorno de todas esas hermosas novelas. Te has pasado la vida escribiendo sobre ella y nunca has regresado. Los niños no conocen a Louisa. Dios mío, ni siquiera yo la conozco. ¿No crees que ha llegado el momento?

La voz de Amanda sobresaltó a Oz. Lou tendió la mano, la apoyó en el pecho del niño y transmitió a éste su calma. Era algo que Lou hacía de forma automática; Amanda no era la única protectora de Oz.

Jack clavó la vista en la carretera, visiblemente irritado por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Si todo sale como planeo, Louisa vendrá a vivir con nosotros. Nos ocuparemos de ella; no puede quedarse allá arriba a su edad —añadió con amargura—. Es una vida demasiado dura.

Amanda negó con la cabeza.

—Louisa nunca abandonará las montañas. Sólo la conozco por las cartas y lo que me has contado, pero aun así sé que no se marchará de allí.

—Bueno, no se puede vivir siempre en el pasado. Y vamos a ir a California. Allí seremos felices.

—Jack, eso no te lo crees ni tú. ¡No te lo crees ni tú!

Lou volvió a inclinarse hacia delante. Era todo codos, cuello, rodillas, extremidades que parecían crecer ante los ojos de sus padres.

—Papá, ¿no quieres escuchar mi historia?

Amanda puso la mano en el brazo de Lou en el instante en que ésta miraba al asustado Oz e intentaba tranquilizarle con la sonrisa, si bien ella no se sentía tranquila en absoluto. Resultaba evidente que aquél no era un buen momento para la discusión.

—Lou, espera un momento, cariño. Jack, hablaremos luego, pero no delante de los niños. —De repente, temía el curso que pudiera tomar la conversación.

—¿A qué te refieres con que no me lo creo? —preguntó Jack.

—Jack, ahora no.

—Tú has empezado la conversación, de modo que no me culpes si quiero acabarla.

—Jack, por favor...

—¡Ahora, Amanda!

Amanda nunca había oído a su esposo hablar en ese tono, pero en lugar de amilanarse se enfadó.

—Casi nunca estás con los niños. Siempre viajando, dando conferencias, asistiendo a certámenes y congresos. Todos quieren un trozo de Jack Cardinal aunque no te paguen por ese privilegio. ¿De veras crees que las cosas nos irán mejor en California? Lou y Oz nunca te verán.

El rostro de Jack parecía un muro de contención. Al hablar, su voz destiló un tono que era una mezcla de su propia aflicción y el deseo de infligírsela a Amanda.

—¿Me estás diciendo que no me ocupo de los niños?

Amanda conocía la táctica, pero aun así sucumbió a la misma.

—No intencionadamente, pero escribir te absorbe tanto...

Lou estuvo a punto de saltar al asiento delantero.

—Papá se ocupa de nosotros. No sabes lo que dices. ¡Te equivocas! ¡Te equivocas!

El impenetrable muro de Jack se volvió hacia Lou.

—No vuelvas a hablarle así a tu madre. ¡Jamás!

Amanda miró a Lou, intentó decirle algo conciliador, pero su hija fue más rápida que ella.

—Papá, ésta es la mejor historia que he escrito. Te lo juro. Déjame que te cuente cómo empieza.

Sin embargo, a Jack Cardinal, quizá por primera vez en su vida, no le interesaba una historia. Se volvió y miró de hito en hito a su hija. Bajo aquella mirada fulminante la expresión de la niña pasó de la esperanza a la mayor de las desilusiones en apenas unos instantes.

—Lou, te he dicho que ahora no.

Jack se volvió lentamente. Amanda y él vieron lo mismo a la vez y palidieron de inmediato: había un hombre inclinándose sobre el maletero de su coche parado. Estaban tan cerca que Amanda divisó, a la luz de los faros, el contorno de la cartera del hombre en su bolsillo trasero. Ni siquiera tendría tiempo de volverse y ver a la muerte dirigirse hacia él a ochenta kilómetros por hora.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Jack.

Viró bruscamente a la izquierda y evitó la embestida mortal, permitiendo que aquel hombre despreocupado viviera al menos un día más. Sin embargo, el Zephyr se había salido de la carretera y había entrado en un terreno inclinado repleto de árboles. Jack giró a la derecha.

Amanda chilló y alargó las manos hacia los niños mientras el coche avanzaba sin control. Intuyó que incluso un vehículo tan pesado como el Zephyr volcaría.

Una expresión de pánico asomó a los ojos de Jack, que estaba sin aliento. Mientras el coche se deslizaba por la carretera resbaladiza y llegaba al arcén, Amanda saltó al asiento trasero. Rodeó a los niños con los brazos y colocó su cuerpo entre ellos y todo cuanto pudiera resultar peligroso en el coche. Jack viró hacia el otro lado, pero ya había perdido el control del Zephyr, cuyos frenos no respondían. El coche evitó una arboleda que habría resultado mortal, pero entonces sucedió lo que Amanda

había temido: comenzó a dar vueltas de campana.

Cuando el techo del automóvil impactó contra la tierra, la puerta del lado del conductor se abrió por completo y, como un nadador perdido en un remolino, Jack Cardinal desapareció de la vista. El Zephyr dio otra vuelta de campana y golpeó contra un árbol, lo que amortiguó la caída. Llovieron cristales rotos sobre Amanda y los niños. El sonido del metal rasgado mezclado con los gritos era terrible; el olor a gasolina y a nubes de humo, penetrante. Tras cada vuelta de campana y su subsiguiente impacto, Amanda sujetaba a Lou y Oz contra el asiento con una fuerza que parecía sobrehumana, moderando cada golpe y evitando que sufrieran.

El metal del Zephyr libró una batalla colosal con la tierra compacta, pero, finalmente, ésta venció y el techo y los laterales del coche se hundieron. Un fragmento afilado hirió a Amanda en la nuca, que comenzó a sangrar profusamente. Mientras Amanda perdía las esperanzas, el coche, tras una última vuelta, quedó boca abajo, señalando con el morro el camino por el que habían venido.

Oz alargó la mano para tocar a su madre; la incomprensión era lo único que separaba al pequeñín del pánico absoluto.

Con un movimiento rápido y ágil Lou salió del vehículo destrozado. Los faros del Zephyr seguían encendidos, y buscó desesperadamente a su padre en aquel caos de luz y oscuridad. Escuchó pasos y comenzó a rezar para que su padre hubiera sobrevivido. Entonces dejó de mover los labios. La luz de los faros le permitió ver el cuerpo tendido en la tierra; el cuello estaba tan torcido que era imposible que viviese. Alguien golpeó el coche con la mano y la persona a la que habían estado a punto de matar les habló. Lou no quiso escuchar al hombre por cuya culpa su familia había quedado hecha añicos. Se volvió y miró a su madre.

Amanda Cardinal también había visto el perfil de su esposo bajo la inmisericorde luz. Por unos instantes que parecieron eternos, madre e hija se miraron expresando todo el alcance de sus sentimientos. Amanda vio que en el semblante de su hija se dibujaban la traición, la ira, el odio. Esos sentimientos cubrieron a Amanda como si fueran una losa de hormigón sobre su cripta; eran mucho peores que todas las pesadillas que había tenido en vida. Cuando Lou apartó la mirada, dejó tras de sí a una madre destrozada, que cerró los ojos y oyó a su hija gritarle a su padre que fuese a buscarla, que no la abandonara. Entonces, para Amanda Cardinal aquello fue el final.

El sonoro repique de la campana de la iglesia transmitía una especie de calma piadosa. Al igual que la lluvia incesante, el sonido cubría la zona, donde los árboles comenzaban a echar brotes y la hierba se despertaba del letargo invernal. Las volutas de humo de las chimeneas de las casas se confundían en el cielo despejado. Al sur se apreciaban las majestuosas agujas y los formidables minaretes de Nueva York. Esos inhóspitos monumentos, que habían costado millones de dólares y miles de espaldas agotadas, parecían insignificantes ante la corona del cielo azul.

El enorme templo de piedra transmitía una sensación de salvación; era un edificio que no se desmoronaría aunque los problemas que atacaran sus puertas fueran descomunales. Bastaba acercarse al pilar de piedra y a la torre del campanario para sentirse reconfortado. Tras los gruesos muros se oía otro sonido aparte del repique de la campana sagrada.

El canto sagrado.

Los fluidos acordes de *Gracia extraordinaria* invadían los pasillos y se encontraban con los retratos de clérigos que habían pasado gran parte de sus vidas asimilando confesiones terribles y repartiendo cientos de avemarías a modo de bálsamo espiritual. Luego, la onda de la canción se dividía entre las estatuas de Jesucristo muriendo o resucitando y, finalmente, llegaba a la pila de agua bendita situada junto a la entrada principal. La luz del sol se filtraba por los tonos brillantes de las vidrieras y creaba múltiples arco iris por aquellos pasillos llenos de Cristos y pecadores. Los niños solían exclamar «ooh» y «aah» al ver semejante estallido de colores, antes de dirigirse de mala gana a misa pensando, sin duda, que en las iglesias siempre había unos arcos iris maravillosos.

Al otro lado de las puertas de dos hojas de roble el coro cantaba hasta el mismísimo pináculo de la iglesia, el pequeño organista tocaba el instrumento con una fuerza inusitada para su edad y *Gracia extraordinaria* sonaba como nunca. El sacerdote estaba en el altar, con los largos brazos extendidos hacia la sabiduría y el consuelo del cielo, elevando una oración de esperanza si bien ante sus ojos se desplegaba un océano de dolor. Necesitaba el respaldo divino porque nunca resultaba fácil explicar una tragedia de manera convincente invocando la voluntad de Dios.

El ataúd descansaba frente al altar. Habían rociado la brillante superficie de caoba con el vaporizador de asperilla olorosa y lo habían cubierto con un macizo de rosas y varios lirios, pero así y todo, lo que llamaba la atención, como si fueran cinco dedos apretando la garganta, era el macizo bloque de caoba. Jack y Amanda Cardinal se habían desposado y jurado amor eterno en esa iglesia. Desde entonces no habían regresado, y ninguno de los presentes se habría imaginado que volverían catorce años después para asistir a un funeral.

Lou y Oz estaban sentados en el primer banco de la atestada iglesia. Oz apretaba el osito contra el pecho, con la cabeza gacha; por su rostro se deslizaban abundantes

lágrimas que caían en la madera que había entre sus piernas, que no llegaban al suelo. A su lado había un cantoral azul sin abrir; en aquellos momentos cantar era algo que escapaba a las fuerzas del pequeño.

Lou rodeaba a Oz con el brazo, pero sin apartar la mirada del ataúd. No importaba que la tapa estuviera cerrada. El escudo de flores tampoco impedía que Lou viera el cuerpo que estaba dentro. Lucía un vestido, algo que no solía hacer; en aquellos momentos lo que menos importaba eran los odiados uniformes que su hermano y ella tenían que ponerse para ir a la escuela católica. A su padre siempre le había gustado verla con vestidos e incluso había llegado a hacerle un bosquejo para un libro infantil que había planeado pero que nunca llegó a materializarse. Tiró de las medias blancas, que le llegaban hasta las rodillas huesudas. Se había puesto un par de zapatos negros nuevos que le apretaban los alargados pies, que apoyaba en el suelo con firmeza.

Lou no se había molestado en cantar *Gracia extraordinaria*. Había escuchado al sacerdote decir que la muerte no era más que el comienzo, que, según los enigmáticos diseños de Dios, se trataba de un momento de dicha, no de dolor, y entonces dejó de escucharle. Ni siquiera rezó por el alma de su padre. Sabía que Jack Cardinal había sido un buen hombre, un excelente escritor y narrador de historias. Sabía que lo echaría de menos, y mucho. Ningún coro, sacerdote o dios tenía que explicárselo.

El canto llegó a su fin y el sacerdote volvió a divagar mientras Lou prestaba atención a la conversación que mantenían los dos hombres sentados tras ella. Su padre había sido un experto en escuchar las conversaciones ajenas para obtener material realista y su hija compartía esa curiosidad. En aquellos momentos Lou tenía razones sobradas para hacerlo.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea que valga la pena? —inquirió el hombre mayor a su compañero más joven.

—¿Ideas? Somos los albaceas de un patrimonio inexistente —repuso el joven, nervioso.

El hombre mayor sacudió la cabeza y bajó aún más el tono.

—¿Inexistente? Jack dejó dos hijos y una esposa.

El joven miró de lado y, en un hilo de voz, dijo:

—¿Esposa? Es como si los niños fueran huérfanos.

Es probable que Oz le oyera, porque levantó la cabeza y apoyó la mano en el brazo de la mujer que se sentaba a su lado. Amanda iba en silla de ruedas. Una enfermera corpulenta estaba sentada al otro lado con los brazos cruzados; resultaba obvio que la muerte del desconocido no le afectaba lo más mínimo.

Una gruesa venda cubría la cabeza de Amanda, que tenía los cabellos, de un castaño rojizo, bien cortos y los ojos cerrados. De hecho, no los había abierto desde el accidente. Los médicos habían comunicado a Lou y Oz que su madre se había recuperado de todos los daños físicos y que el problema residía en que su alma parecía haber huido.

Más tarde, fuera de la iglesia, el coche fúnebre se marchó con el cuerpo del padre

de Lou, y ella ni siquiera lo miró. Ya se había despedido de él mentalmente, si bien su corazón jamás podría hacerlo. Arrastró a Oz por las hileras de abrigo severos y trajes oscuros. Lou estaba cansada de los rostros tristes, los ojos húmedos que se fijaban en los suyos, secos, transmitiéndole su condolencia y de las bocas que lamentaban la pérdida devastadora que había sufrido el mundo literario. No era el padre de ninguna de aquellas personas sino el de ella y su hermano el que yacía muerto en aquel ataúd. Estaba cansada de que le ofrecieran el pésame por una tragedia que ni siquiera comprendían.

—Lo siento —solían susurrarle—. Es tan triste. Era un gran hombre, un hombre maravilloso, que se ha ido en la flor de la vida, con tantas historias sin contar.

—No lo lamentéis —había comenzado a replicar Lou—. ¿No habéis oído al sacerdote? Tenemos que sentirnos dichosos y regocijarnos. La muerte es buena. Venid y cantad conmigo.

La miraban, sonreían nerviosos y luego se marchaban para «regocijarse» con alguien más comprensivo.

Después irían a dar sepultura a Jack Cardinal y el sacerdote, sin duda, pronunciaría más discursos alentadores, bendeciría a los niños y rociaría con agua bendita la tierra sagrada. Luego rellenarían la sepultura, poniendo fin a tan extraño espectáculo. La muerte debía seguir unos rituales, porque la sociedad dice que así debe ser. Lou no tenía intención de apresurarse para ir a presenciarlo, ya que en aquellos instantes había un asunto que le apremiaba mucho más.

Los mismos dos hombres estaban en el aparcamiento cubierto de hierba. Liberados de los confines eclesiásticos, hablaban con toda naturalidad sobre el futuro de la familia Cardinal.

—Ojalá Jack no nos hubiera nombrado albaceas —dijo el hombre mayor mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Encendió una cerilla y la sostuvo entre el pulgar y el índice—. Me imaginaba que yo ya llevaría un buen tiempo muerto cuando Jack nos dejara.

El joven se miró los zapatos brillantes.

—No podemos dejarlos así, viviendo con unos desconocidos —dijo—. Los niños necesitan a alguien.

El otro hombre le dio una calada al cigarrillo y siguió el coche fúnebre con la vista. En lo alto una bandada de mirlos parecía formar un escuadrón, como si se despidieran de Jack Cardinal. El hombre sacudió la ceniza.

—Los niños pertenecen a su familia. A estos dos no les queda familia.

—Disculpen.

Cuando los dos hombres se volvieron, vieron a Lou y a Oz mirándoles.

—En realidad, tenemos familia —dijo Lou—. Nuestra bisabuela, Louisa Mae Cardinal. Vive en Virginia. Allí es donde se crio mi padre.

El joven pareció sentirse esperanzado, como si la carga del mundo, o al menos la de aquellos dos niños, ya no descansara sobre sus hombros. El hombre mayor, sin

embargo, se mostró suspicaz.

—¿Vuestra bisabuela? ¿Aún vive? —preguntó.

—Antes del accidente mis padres pensaban mudarse a su casa de Virginia.

—¿Sabes si os acogerá? —quiso saber el joven.

—Lo hará —repuso Lou de inmediato, si bien no tenía ni idea de si Louisa estaba dispuesta a hacerse cargo de ellos.

—¿A todos? —preguntó Oz.

Lou sabía que Oz se refería a su madre.

—A todos —contestó con firmeza.

Mientras miraba por la ventanilla del tren pensó que nunca había sentido gran cosa por Nueva York. Era cierto que durante su infancia había disfrutado de su ecléctica oferta y había visitado museos, zoológicos y cines. Se había elevado por encima del mundo en la terraza de observación del Empire State Building, había gritado y se había reído de las payasadas de los ciudadanos atrapados en la dicha o el martirio, había contemplado momentos de una gran intimidad emocional y había presenciado muestras apasionadas de protesta pública. Muchas de esas caminatas las había hecho con su padre, quien en numerosas ocasiones le había dicho que ser escritor no era un mero trabajo sino un estilo de vida completamente absorbente. La misión de un escritor, le había explicado, era la misión de la vida, tanto en sus momentos de gloria como en su compleja fragilidad. Lou había tenido conocimiento de los resultados de tales observaciones y, del mismo modo, los escritores con más talento de la época le habían cautivado con sus reflexiones en la intimidad del modesto apartamento de dos dormitorios sin ascensor de los Cardinal en Brooklyn.

Su madre les había llevado a ella y a Oz a todos los distritos municipales de la ciudad y, así, gradualmente, les había sumergido en los distintos niveles sociales y económicos de la civilización urbana, ya que Amanda Cardinal era una mujer muy culta que sentía una curiosidad extrema por esa clase de cosas. Los niños habían recibido una educación completa que había hecho que Lou respetara y siempre mostrara curiosidad por los otros seres humanos.

No obstante, la ciudad nunca había logrado entusiasmarla. Por el contrario, ir a Virginia sí que le ilusionaba. A pesar de haber vivido en Nueva York durante la mayor parte de su vida adulta, donde se hallaba rodeado de una enorme fuente de material para novelar que otros escritores habían elegido con gran éxito crítico y económico, Jack Cardinal había preferido ambientar todas sus novelas en el lugar al que el tren conducía a su familia en aquel momento: las montañas de Virginia que se elevaban en el dedo de la bota topográfica que formaba dicho estado. Puesto que su padre había considerado que aquel lugar era digno de su vida laboral a Lou le había costado poco decidir adónde iría.

Se hizo a un lado para que Oz también mirara por la ventanilla. Si la esperanza y el miedo pudieran condensarse en una sola emoción y reflejarse en un rostro, entonces sería en el de Oz. Parecía que Oz Cardinal se echaría a reír en cualquier momento o caería muerto de miedo. Sin embargo, por su rostro sólo se deslizaban lágrimas.

—Desde aquí parece más pequeña —comentó al tiempo que inclinaba la cabeza hacia la ciudad de luces artificiales y bloques de hormigón que se desvanecía rápidamente.

Lou asintió.

—Pero espera a ver las montañas de Virginia. Son enormes, siempre lo son, da

igual cómo las mires.

—¿Cómo lo sabes? Nunca las has visto.

—Por supuesto que las he visto. En los libros.

—¿Parecen tan grandes sobre el papel?

Si Lou no lo hubiera sabido habría creído que Oz se estaba haciendo el listo, pero era consciente de que su hermano no poseía ni un ápice de maldad.

—Créeme, Oz, son grandísimas. También he leído sobre ellas en los libros de papá.

—No te has leído todos los libros de papá. Decía que todavía no eras lo bastante mayor.

—Bueno, he leído uno, y papá me leyó partes de los otros.

—¿Hablaste con esa mujer?

—¿Con Louisa Mae? No, pero quienes le escribieron dijeron que quería que viniéramos.

Oz caviló al respecto.

—Supongo que eso es bueno.

—Sí, lo es.

—¿Se parece a papá?

Lou no supo qué contestar.

—Nunca he visto una foto suya.

La respuesta inquietó a Oz.

—¿Crees que es mala y su aspecto nos asustará? En ese caso ¿podríamos regresar a casa?

—Virginia es ahora nuestra casa, Oz. —Lou le sonrió—. Su aspecto no nos asustará. Y no será mala. Si lo fuera, nunca habría aceptado cuidarnos.

—Pero las brujas a veces lo hacen, Lou. ¿Te acuerdas de *Hansel y Gretel*? Te engañan, porque quieren comerte. Todas lo hacen. Lo sé; yo también he leído libros.

—Mientras esté allí no te molestará ninguna bruja. —Le sujetó el brazo con firmeza, mostrándole su poderío, y Oz finalmente se relajó y miró a los otros ocupantes del compartimiento del tren.

Los amigos de Jack y Amanda Cardinal habían costado el viaje y no habían reparado en gastos a la hora de enviar a los niños a su nueva vida. De ahí que les acompañara una enfermera que se quedaría un tiempo razonable con ellos en Virginia para ocuparse de Amanda.

Por desgracia la enfermera contratada se había encomendado a sí misma la misión de imponer una disciplina férrea, como si los niños fuesen unos caprichosos, y de supervisar la salud de Amanda. Como era de esperar, ella y Lou no habían congeniado. Lou y Oz observaban a la enfermera, alta y huesuda, atender a la paciente.

—¿Podemos estar un rato con ella? —preguntó Oz finalmente con un hilo de voz.

Para él, la enfermera era en parte una víbora y en parte un demonio como los de

los cuentos y le asustaba más allá de lo imaginable. Oz creía que, en cualquier momento, la mano de la mujer se convertiría en un cuchillo y que él sería el blanco del mismo. La idea de que su bisabuela tuviera ciertos rasgos de bruja no procedía única y exclusivamente del desventurado cuento de *Hansel y Gretel*. Oz estaba convencido de que la enfermera se negaría, pero, sorprendentemente, accedió.

Mientras la mujer cerraba la puerta del compartimiento, Oz miró a Lou.

—Oz, se ha ido a fumar.

—¿Cómo sabes que fuma?

—Si las manchas de nicotina que tiene en los dedos no me hubieran bastado, el hecho de que apesta a tabaco sí lo habría hecho.

Oz se sentó junto a su madre, que estaba tumbada en la cama más baja de la litera con los brazos extendidos a los lados del cuerpo, los ojos cerrados y la respiración apenas perceptible.

—Somos nosotros, mamá, Lou y yo.

Lou pareció enfadarse.

—Oz, no te oye.

—¡Sí que me oye! —replicó Oz con tal violencia que asustó a Lou, aun cuando estaba acostumbrada a las reacciones de su hermano. Lou se cruzó de brazos y apartó la mirada. Cuando volvió a mirar, Oz había sacado una cajita de su maleta y estaba abriéndola. Extrajo un collar que tenía una pequeña piedra de cuarzo en el extremo.

—Oz, por favor —suplicó Lou—, ¿quieres dejarlo?

Oz no le hizo caso y le puso el collar a su madre.

Amanda podía comer y beber, pero, por algún motivo incomprensible para los niños, no movía los labios para hablar y nunca abría los ojos. Eso era lo que más preocupaba a Oz y, a su vez, lo que le infundía más esperanzas. Imaginaba que algún elemento no funcionaba bien del todo, como si fuera una piedrecita en un zapato o algo que atascaba una cañería. Lo único que tenía que hacer era limpiar esa obstrucción y su madre volvería a estar con ellos.

—Mira que eres tonto, Oz. No hagas eso.

Oz se detuvo y miró a Lou.

—Tu problema es que no crees en nada, Lou.

—Y el tuyo que crees en todo.

Oz comenzó a agitar el collar a un lado y a otro. Cerró los ojos y pronunció palabras que no se entendían del todo; quizá ni siquiera él las comprendiera.

Lou intentó distraerse, pero no logró soportar aquella tontería durante mucho rato.

—Si alguien te viera pensaría que estás chiflado. ¿Y sabes qué? ¡Lo estás!

Oz interrumpió el conjuro y la miró enfadado.

—Vaya, lo has echado a perder. Para que la cura funcione se necesita un silencio absoluto.

—¿La cura? ¿Qué cura? ¿De qué estás hablando?

—¿Quieres que mamá se quede así?

—Bueno, si está así es culpa suya —espetó Lou—. Si no hubiera discutido con papá no habría pasado nada.

Oz la miró perplejo; incluso Lou se sorprendió a sí misma al pronunciar aquellas palabras. Sin embargo, fiel a su carácter, no pensaba retractarse.

Ninguno de los dos miró a Amanda en esos momentos, pero si lo hubieran hecho habrían advertido algo, un temblor en los párpados, lo que sugería que Amanda, de algún modo, había oído a su hija y luego se había hundido aún más en el abismo en que había caído.

Aunque la mayoría de los pasajeros no se percató, el tren peraltó hacia la izquierda a medida que la vía se alejaba de la ciudad formando una curva hacia el sur. Entonces, el brazo de Amanda se deslizó y quedó colgando junto a la cama.

Oz permaneció boquiabierto durante unos instantes. Parecía como si hubiera presenciado un milagro de dimensiones bíblicas, como si una piedra hubiera derribado a un gigante.

—¡Mamá, mamá! —gritó y tan entusiasmado estaba que le faltó poco para tirar a Lou al suelo—. Lou, ¿has visto eso?

Sin embargo, Lou no podía hablar. Había supuesto que su madre jamás volvería a moverse. Lou comenzó a pronunciar la palabra «mamá» y entonces se abrió la puerta del compartimiento y apareció la enfermera, visiblemente contrariada. Sobre su cabeza flotaban volutas del humo de tabaco, y parecía a punto de estallar. Si a Oz no le hubiese preocupado tanto su madre es probable que se hubiera arrojado por la ventana del tren al ver a aquella mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se tambaleaba hacia delante debido a las sacudidas del tren, que iniciaba su recorrido por Nueva Jersey.

Oz dejó caer el collar y señaló a su madre, como si fuera un perro deseoso del reconocimiento de su amo.

—Se ha movido. Mamá ha movido el brazo. Los dos lo hemos visto, ¿no es verdad, Lou?

Sin embargo, Lou se limitaba a mirar a su madre y a Oz una y otra vez, incapaz de articular palabras.

La enfermera examinó a Amanda y se mostró más contrariada aún, como si considerara imperdonable que hubieran interrumpido el tiempo que tenía asignado para fumar. Colocó el brazo de Amanda sobre el vientre y la tapó con una manta.

—El tren ha tomado una curva. Eso es todo. —Mientras se inclinaba para ajustar la sábana vio el collar en el suelo, prueba irrefutable del plan de Oz para acelerar la recuperación de su madre.

—¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que se agachaba y recogía la Prueba Número Uno en su caso contra Oz.

—Estaba usándolo para ayudar a mamá. Es una especie de... —Oz miró a su hermana, nervioso—. Una especie de amuleto mágico.

—Tonterías.

—Devuélvemelo, por favor.

—Tu madre está en un estado catatónico —explicó la mujer en un tono frío y pedante pensado para infundir terror a aquéllos que se mostraran inseguros y vulnerables, como era el caso de Oz—. Es poco probable que recupere la conciencia. Y de lo que no cabe duda es que no lo logrará gracias a un collar, jovencito.

—Por favor, devuélvemelo —suplicó Oz con las manos entrelazadas, como si rezara.

—Ya te he dicho... —La enfermera notó un golpecito en el hombro. Se volvió y vio, frente a ella, a Lou, que, envalentonada, parecía haber crecido varios centímetros en los últimos segundos.

—¡Devuélvaselo!

El rostro de la enfermera se encendió.

—A mí no me da órdenes una niña.

Lou agarró rápidamente el collar, pero la enfermera era muy fuerte, y aunque la niña opuso resistencia, logró guardárselo en el bolsillo.

—Así no vais a ayudar a vuestra madre —espetó la enfermera, que apestaba a Lucky Strike—. ¡Sentaos y quedaos quietos!

Oz miró a su madre, desesperado por haber perdido el preciado collar en una curva del trayecto.

Lou y su hermano se sentaron junto a la ventana y se pasaron los siguientes kilómetros observando en silencio la muerte del sol. De pronto Oz comenzó a mostrarse inquieto, y Lou le preguntó qué le sucedía.

—No me gusta dejar a papá solo —respondió.

—No está solo, Oz.

—Pero estaba solo en aquella caja. Y ahora está oscureciendo. A lo mejor se siente asustado. No es justo, Lou.

—No está en la caja, está con Dios. Ahora mismo están ahí arriba, mirándonos.

Oz alzó la vista. Levantó la mano para saludar, pero parecía inseguro.

—Salúdale si quieres, Oz. Está ahí arriba —lo animó Lou.

—¿Me lo juras por lo más sagrado?

—Sí. Salúdale.

Oz lo hizo, y luego esbozó una hermana sonrisa.

—¿Qué? —preguntó su hermana.

—No sé, me siento bien. ¿Crees que me habrá saludado?

—Claro que sí. Dios también. Ya sabes cómo es papá, contando historias y todo eso. Seguro que ya son buenos amigos. —Lou también saludó y mientras deslizaba los dedos por el frío cristal fingió que creía en todo lo que acababa de decir. Se sintió mejor.

Desde la muerte de su padre el invierno había dado paso a la primavera. Cada día lo echaba más de menos y el enorme vacío que sentía en su interior aumentaba por momentos. Quería que su padre estuviese sano y salvo. Con ellos. Sin embargo, sabía

que era imposible. Su padre se había marchado de verdad. Aquel sentimiento la consumía. Alzó la vista.

«Hola, papá. Por favor, no me olvides nunca porque yo nunca te olvidaré», susurró para que Oz no la oyera. Cuando terminó, Lou sintió deseos de llorar, pero no podía hacerlo delante de su hermano. Si lloraba, lo más probable era que su Oz hiciera otro tanto y siguiera haciéndolo durante el resto de su vida.

—¿Cómo está uno cuando se muere, Lou? —preguntó Oz mientras miraba por la ventana.

—Bueno, supongo que por un lado no se siente nada —respondió Lou al cabo de unos instantes—, pero por el otro sientes todo. Y todo bueno. Si te has portado bien en la vida. Si no, ya sabes qué pasa.

—¿El diablo? —preguntó Oz, visiblemente asustado.

—No tienes de qué preocuparte, ni papá tampoco.

Oz miró a Amanda.

—¿Mamá se morirá? —quiso saber.

—Todos moriremos algún día. —Lou no estaba dispuesta a suavizar la respuesta, ni siquiera a Oz, pero, tomándolo entre sus brazos, añadió—: Vayamos paso a paso. Nos queda un largo camino.

Lou miró por la ventana mientras abrazaba con fuerza a su hermano. Nada era eterno, bien que lo sabía.

Era muy temprano, los pájaros apenas habían despertado y comenzado a batir las alas, la fría neblina se elevaba del suelo y el sol no era más que un leve resplandor en el cielo. Se habían detenido en Richmond, donde habían cambiado de locomotora, y luego el tren había dejado atrás las tierras onduladas del valle de Shenandoah, la zona más fértil y con el mejor clima del país. En aquellos parajes la tierra estaba mucho más inclinada.

Lou apenas había dormido porque había compartido la litera superior con Oz, que por las noches solía agitarse en sueños. En aquel tren que se dirigía hacia un nuevo y aterrador mundo, su hermano pequeño no había dejado de moverse en toda la noche. A pesar de que Lou lo había sostenido con fuerza, Oz se había hecho daño en las extremidades debido a las sacudidas; aunque le había susurrado palabras de consuelo, le dolían los oídos a causa de los gritos de pánico que el pequeño lanzaba. Finalmente, Lou había bajado, tocado el suelo frío con los pies descalzos, tropezado hasta la ventana en la oscuridad, descorrido las cortinas y se había sentido gratificada al ver por primera vez las montañas de Virginia.

En cierta ocasión, Jack Cardinal le había dicho que se creía que en realidad había dos grupos de montes Apalaches.

El primero había surgido como consecuencia del retroceso del mar y la contracción de la tierra millones de años antes y se había elevado a una altura que no tenía nada que envidiar a las Rocosas. Con el tiempo, las aguas habían erosionado con tal fuerza esas cordilleras que acabaron prácticamente convertidas en llanuras. El padre de Lou le explicó que el mundo había vuelto a sacudirse y que las rocas se habían elevado de nuevo, si bien no tanto como antes, y formaron los actuales Apalaches, que se erigían como unas manos amenazadoras entre Virginia y Virginia Occidental y se extendían desde Canadá hasta Alabama.

Jack había enseñado a la curiosa Lou que los Apalaches habían impedido la expansión hacia el oeste y habían mantenido unidas las colonias americanas el tiempo suficiente para que se independizaran de la corona inglesa. Los recursos naturales de la cordillera habían sido la fuente de suministros de uno de los máximos períodos industriales de la historia de la humanidad. A pesar de todo, había añadido su padre con una sonrisa de resignación, el hombre jamás quiso reconocer la importancia de las montañas.

Lou sabía que Jack Cardinal había amado las montañas de Virginia y había sentido un respeto reverencial por ellas. Solía contarle que poseían algo mágico, una especie de poderes que escapaban a toda lógica. Lou se había preguntado en numerosas ocasiones cómo era posible que un montón de tierra y piedras, a pesar de su altura, impresionara tanto a su padre. Ahora, por primera vez, intuyó el motivo; nunca había sentido nada semejante.

Las elevaciones de tierra cubiertas de árboles y las formaciones de pizarra que

Lou había visto en un principio no eran más que los «pequeñuelos»; a lo lejos divisó el perfil de los imponentes padres, las montañas. Parecían no tener fin, ni en el cielo ni en la tierra. Eran de unas dimensiones tan descomunales que no parecían reales, si bien habían surgido de la corteza terrestre. Allí, en las alturas, vivía una mujer de quien Lou sólo sabía el nombre. Aquello la reconfortaba e inquietaba a un tiempo. Durante unos instantes en que el pánico se apoderó de ella, Lou tuvo la impresión de que habían entrado en otro sistema solar en aquel tren. Sin embargo, allí estaba Oz, cuya presencia, aunque no era la más indicada para inspirar seguridad, le infundió cierta calma.

—Creo que estamos llegando —dijo mientras le hacía masaje en los hombros para combatir la tensión que había acumulado a causa de las pesadillas. Su madre y ella se habían convertido en unas auténticas expertas en tal arte. Amanda le había dicho que Oz sufría el peor caso de pesadillas que había visto jamás. Sin embargo, había enseñado a su hija que no se trataba de algo sobre lo que había que compadecerse ni a lo que había que restarle importancia. Lo que había que hacer era estar junto a Oz y ayudarlo a liberarse de las cargas mentales y físicas.

Uno de los mandamientos personales de Lou podría haber sido: «Te ocuparás de tu hermano Oz por encima de todas las cosas». Lou pensaba cumplir con él al pie de la letra.

El pequeño escudriñó el paisaje.

—¿Dónde está? ¿Dónde nos quedaremos?

—Ahí fuera, en algún lugar —repuso Lou.

—¿El tren nos llevará hasta la casa?

—No. Vendrán a buscarnos a la estación —contestó Lou sonriendo.

El tren atravesó un túnel practicado en una de las colinas y quedaron sumidos en la oscuridad. Al cabo de un rato salieron del túnel y se percataron de lo mucho que habían ascendido. Lou y Oz miraron por la ventanilla, inquietos. Más adelante había un puente de caballete. El tren aminoró la marcha y se dispuso a cruzarlo con cuidado, como si fuera un pie introduciéndose en el agua fría. Lou y Oz miraron hacia abajo, pero había tan poca luz que no vieron el suelo. Parecía como si flotaran en el cielo, como un pájaro de hierro que transportara toneladas de peso. Entonces el tren regresó a tierra firme y prosiguió el ascenso. Mientras aumentaba la velocidad, Oz respiró profundamente y bostezó, quizá, pensó Lou, para disimular la inquietud.

—Este lugar me gustará —aseguró Oz de repente mientras movía su osito de peluche junto a la ventanilla—. Mira ahí fuera —le dijo al animal de juguete, cuyo nombre Lou desconocía. Entonces el niño, nervioso, se introdujo el pulgar en la boca. Había intentado por todos los medios dejar de chupárselo, pero, dadas las circunstancias, le estaba costando lo suyo.

—Todo irá bien, ¿verdad, Lou? —farfulló.

Lou colocó a su hermano en el regazo y le hizo cosquillas en la nuca con la barbilla hasta que Oz comenzó a retorcerse.

—Todo irá bien —repuso Lou, y se obligó a creer que así sería.

La estación de tren de Rainwater Ridge no era más que un cobertizo de madera de pino con una única ventana cubierta de telarañas y una abertura para una puerta en la que no había puerta alguna. Una valla separaba estos restos de clavos y tablones de la vía férrea. El viento se abría paso con ferocidad por entre las rocas y los árboles raquíticos; estos últimos y los rostros de las pocas personas que pasaban por allí daban fe de su inclemente poderío.

Lou y Oz vieron cómo introducían a su madre en una vieja ambulancia. Mientras la enfermera subía al vehículo les miró con ceño, visiblemente enfadada por el enfrentamiento del día anterior.

Cuando cerraron las puertas del vehículo, Lou sacó el collar con el cuarzo del bolsillo de su abrigo y se lo entregó a Oz.

—Entré en su compartimiento antes de que se levantara. Todavía lo tenía en el bolsillo.

Oz sonrió, se guardó el preciado objeto y luego se puso de puntillas para besar a su hermana en la mejilla. Los dos se quedaron junto al equipaje, esperando a Louisa Mae Cardinal.

Se habían lavado y peinado a conciencia; Lou se había esmerado con Oz. Lucían sus mejores ropas, las cuales apenas lograban ocultar el desbocado latir de su corazón. Transcurrido un minuto sintieron una presencia a sus espaldas.

El hombre negro era joven y, acorde con la geografía del lugar, de facciones duras. Era alto y de hombros anchos, pecho poderoso, brazos gruesos, cintura ni estrecha ni débil y piernas largas, aunque en una tenía una protuberancia en el lugar en que la pantorrilla y la rodilla se unían. El color de su piel era marrón rojizo y resultaba agradable a la vista. Se estaba mirando los pies, lo cual hizo que Lou los observara. Las viejas botas de trabajo eran tan grandes que un recién nacido habría dormido en ellas y le habría sobrado espacio. El peto de sus pantalones estaba tan desgastado como las botas, pero limpio o, al menos, tan limpio como la tierra y el viento lo permitían en un lugar como aquél. Lou le tendió la mano, pero él no se la tomó.

Recogió el equipaje en un abrir y cerrar de ojos y luego indicó la carretera con un movimiento de la cabeza. Lou interpretó aquello como un «hola», «vamos» y «ya os diré cómo me llamo» en un único y veloz gesto. El hombre comenzó a caminar renqueando, por lo que advirtieron que cojeaba de la pierna en la que tenía la protuberancia. Lou y Oz se miraron y le siguieron. Oz sujetó el osito y la mano de Lou con fuerza. No cabe duda de que, si hubiera podido, habría arrastrado el tren tras ellos para, llegado el caso, huir en él.

El alargado sedán Hudson era del color de un pepinillo, y viejo, pero estaba limpio por dentro. El radiador, descubierto, parecía una lápida, y le faltaban los dos guardabarros delanteros y el cristal de la luna posterior. Lou y Oz se sentaron en el

asiento trasero y el hombre puso el coche en marcha. Manejaba la palanca de cambios con gran soltura y las marchas no chirriaron ni una vez.

Tras contemplar el lamentable estado de la estación Lou no confiaba en que el resto del lugar fuese muy civilizado. Sin embargo, al cabo de veinte minutos llegaron a un pueblo de dimensiones considerables, si bien aquel exiguo grupo de edificaciones apenas habría formado una triste manzana en Nueva York.

Un letrero anunciaba que entraban en el municipio de Dickens, Virginia. La calle principal constaba de dos carriles y estaba asfaltada. A los lados había construcciones de madera y ladrillo bien conservadas. Uno de los edificios era de cinco plantas y el cartel de «hay habitaciones» indicaba que se trataba de un hotel con precios módicos. Había muchos coches, sobre todo voluminosos Ford y Chrysler, y camiones enormes de distintas marcas, cubiertos de barro. Estaban aparcados frente a los edificios siguiendo la inclinación de la carretera.

Vieron tiendas, restaurantes y un almacén con la puerta abierta con cientos de cajas de azúcar Domino, servilletas Quick, Post Toasties y copos de avena Quaker en el interior. Había también un concesionario de automóviles con coches relucientes en el escaparate y, al lado, una gasolinera Esso con surtidores idénticos y un hombre uniformado y sonriente que estaba llenando el depósito de un sedán La Salle abollado, mientras un Nash de dos puertas esperaba su turno. Un enorme tapón de Coca-Cola colgaba frente a una cafetería, y en la pared de una ferretería habían colocado un cartel de pilas Eveready. En uno de los lados de la calle estaban los postes, de madera de álamo, de la electricidad y del teléfono, de los cuales surgían unos cables negros que llegaban hasta las casas. Otra tienda anunciaba la venta de pianos y órganos en metálico, a buenos precios. Había un cine en una esquina y una lavandería en otra. Las farolas de gas se alzaban en las aceras como si fueran enormes cerillas encendidas.

Las aceras estaban repletas de personas. Había desde mujeres bien vestidas y elegantemente peinadas tocadas con sombreros modestos, hasta hombres mugrientos y encorvados que, pensó Lou, probablemente se dejaban la vida en las minas de carbón sobre las que tanto había leído.

Mientras avanzaban pasaron por delante del edificio más grande e importante del lugar. Era de ladrillo rojo con un impresionante pórtico de dos plantas, sostenido por columnas jónicas y con un tejado de zinc inclinado pintado de negro y coronado por una torre del reloj de ladrillo. Las banderas de Virginia y Estados Unidos ondeaban en la brisa. Sin embargo, el distinguido edificio descansaba sobre unos feos cimientos de hormigón. A Lou esta curiosa mezcla le parecía como ir con unos buenos pantalones y unas botas sucias. Sobre las columnas se leía: «Juzgado». Entonces dejaron atrás Dickens.

Lou se recostó en el asiento, perpleja. En las historias de su padre abundaban las montañas salvajes, con su vida primitiva, donde los cazadores se ponían de cuclillas junto a las fogatas de palmetas y cocinaban la caza y bebían café amargo, donde los

granjeros se levantaban al alba y trabajaban la tierra hasta caer rendidos, donde los mineros excavaban la tierra y acababan muriendo de neumoconiosis y los leñadores arrasaban los bosques con hachas y sierras. Para sobrevivir en las alturas eran necesarios un ingenio rápido, un excelente conocimiento de la tierra y una espalda poderosa. Un lugar como Dickens, con carreteras asfaltadas, hotel, letreros de Coca-Cola y pianos a la venta a buen precio, no tenía por qué estar allí. Sin embargo, Lou, de repente, se percató de que el período sobre el que su padre había escrito había acabado hacía unos veinte años.

Suspiró; todo, incluso las montañas y sus habitantes, cambiaba. Lou supuso entonces que su bisabuela viviría en un barrio normal y corriente repleto de vecinos normales y corrientes. Tal vez tuviera un gato y los sábados fuera a la peluquería, que sin duda olería a sustancias químicas y humo de cigarrillos. Lou y Oz beberían refrescos de naranja en el porche delantero, asistirían a la iglesia los domingos y saludarían a los vecinos mientras iban en coche y la vida no sería tan diferente de la de Nueva York. Si bien eso no tenía nada de malo, Lou había esperado un mundo salvaje e imponente.

Aquella no era la vida que su padre había experimentado y sobre la que había escrito, de ahí que estuviera visiblemente desilusionada.

El coche avanzó varios kilómetros más rodeado de árboles, montañas elevadas y valles profundos, y entonces Lou vio otro letrero. El pueblo se llamaba Tremont. Pensó que seguramente sería ése. Tremont era unas tres veces más pequeño que Dickens. Había unos quince coches aparcados frente a las tiendas, parecidas a las de Dickens, sólo que no había edificios de varias plantas ni juzgado y el asfalto había dado paso al macadán y la gravilla. Lou vio a algún jinete y, al poco, salieron de Tremont y prosiguieron el ascenso. Lou supuso que su bisabuela viviría en las afueras de Tremont.

Ningún letrero anunciaba el siguiente lugar al que llegaron, y el escaso número de edificios y los pocos habitantes no parecían suficientes para justificar un nombre. La carretera era de tierra y el Hudson se balanceaba sobre el terreno irregular. Lou vio una oficina de correos vacía y a su lado una pila inclinada de tableros sin letrero alguno y unos escalones podridos. Finalmente, había una tienda de grandes dimensiones con el nombre «*McKenzie's*» escrito en la pared; cajones de azúcar, harina, sal y pimienta se apilaban en el exterior. De una de las ventanas colgaban unos pantalones con peto azules, arneses y una lámpara de queroseno. Eso era cuanto había en aquel lugar sin nombre junto a la carretera.

Mientras avanzaban por la tierra blanda pasaron por delante de hombres silenciosos de ojos hundidos y barba rala; llevaban pantalones con peto sucios, sombreros flexibles y toscos zapatos de cuero y viajaban a pie, en mula o a caballo. Una mujer de mirada ausente, expresión de abatimiento y extremidades huesudas, ataviada con una blusa de algodón a cuadros y una falda de lana artesanal fruncida en la cintura, traqueteaba en un carro tirado por dos mulas. En la parte trasera del carro

había varios niños subidos a unas bolsas de arpillera, llenas de semillas, que eran más grandes que ellos. Junto a la carretera había un largo tren cargado de carbón que se había detenido bajo un depósito de agua para beber y, con cada trago, escupía bocanadas de humo por la garganta. Lou vio a lo lejos, en otra montaña, un vertedero de carbón sobre pilotes de madera y otra hilera de vagones de carbón que pasaba por debajo de esa estructura como si se tratara de una hilera de hormigas obedientes.

Cruzaron un puente bastante largo. Un letrero de hojalata informaba que, unos diez metros más abajo, corría el río McCloud. El reflejo del sol naciente hacía que el agua pareciera rosada, una tortuosa lengua de varios kilómetros de longitud. Las cumbres eran de un azul grisáceo y la niebla acumulada bajo las mismas formaba una especie de pañuelo de gasa.

Puesto que parecía que no había más pueblos, Lou consideró oportuno conocer la identidad del caballero que conducía.

—¿Cómo te llamas? —inquirió. Había conocido a muchos negros, sobre todo escritores, poetas, músicos y actores, todos ellos amigos de su padre. Sin embargo, no todos pertenecían al mundo de la cultura. Mientras visitaba la ciudad con su madre, Lou había visto a personas de color que cargaban la basura, paraban taxis, arrastraban bolsas, corrían tras los niños de otros, limpiaban las calles y las ventanas, sacaban brillo a los zapatos, cocinaban, lavaban la ropa y recibían los insultos y propinas de la clientela blanca.

El que conducía era diferente, porque, al parecer, no le gustaba hablar. En Nueva York Lou había entablado amistad con un amable anciano que tenía un trabajo humilde en el estadio de los Yankees, adonde ella y su padre se escabullían a veces para ver los partidos. El anciano, apenas un tono más oscuro que los cacahuets que vendía, le había contado que los hombres de color hablaban por los codos todos los días de la semana salvo los domingos, que es cuando Dios y las mujeres tenían su oportunidad.

El hombre continuaba conduciendo; ni siquiera había mirado por el retrovisor después de que Lou hubiese hablado. La falta de curiosidad era algo que Lou no pensaba tolerarle.

—Mis padres me pusieron por nombre Louisa Mae Cardinal, como mi bisabuela, pero me llaman Lou a secas. Mi padre es John Jacob Cardinal; es un escritor muy famoso. Seguramente has oído hablar de él.

El hombre ni siquiera resopló o movió un dedo. Al parecer, la carretera le parecía mucho más interesante que cualquier cosa que pudiera contarle de la familia Cardinal.

—Está muerto, pero mamá no —intervino Oz, animado por el espíritu dicharachero de su hermana.

El indiscreto comentario hizo que Lou frunciera el entrecejo de inmediato, y, con la misma rapidez, Oz miró por la ventana y se dedicó a contemplar la campiña, fingiendo un gran interés.

El Hudson se detuvo abruptamente y los dos niños salieron despedidos hacia delante.

Fuera había un chico un poco mayor que Lou pero de la misma estatura. Tenía el cabello pelirrojo repleto de remolinos y unas orejas grandes muy separadas del cráneo. Llevaba una camiseta manchada y un sucio pantalón con peto que no lograba ocultar sus huesudos tobillos. Aunque no hacía calor, iba descalzo. Tenía una larga caña de pescar tallada a mano y una abollada caja con los avíos de pesca que parecía haber sido azul. Junto a él había un chucho negro con manchas cuya lengua le colgaba por fuera de la boca. El muchacho introdujo la caña y la caja por la luna trasera del Hudson y se subió al asiento delantero como si fuera suyo, seguido del perro.

—Hola, hola, Ni Hablar —dijo el desconocido al conductor, quien recibió al recién llegado con un imperceptible movimiento de la cabeza.

Lou y Oz se miraron perplejos tras oír tan extraño saludo.

Como un juguete mecánico, el muchacho volvió la cabeza y los miró fijamente. Tenía los pómulos poco marcados y cubiertos de pecas y la nariz pequeña, y sus cabellos parecían aún más rojos cuando no les daba el sol. Sus ojos eran del color de los guisantes; a Lou aquella combinación le recordaba el papel de regalo.

—Apuesto lo que sea a que sois familia de la señora Louisa —dijo alargando las palabras con una sonrisa picara y simpática.

Lou asintió lentamente.

—Soy Lou. Él es mi hermano Oz —repuso en tono cortés al tiempo que intentaba disimular su nerviosismo.

El muchacho les estrechó la mano con una sonrisa tan amplia como la de un vendedor. Sus dedos eran fuertes y estaban repletos de las marcas propias de la vida en el campo; de hecho, estaban tan cubiertos de tierra que resultaba difícil saber si tenía uñas debajo de ésta. Lou y Oz no pudieron evitar clavar los ojos en esas manos.

El muchacho debió de percatarse, porque dijo:

—Llevo buscando gusanos desde antes de la salida del sol. Una vela en una mano y la lata en la otra. Trabajo sucio, ya veis. —Hablabla con toda naturalidad, como si Lou y Oz también se hubieran pasado la vida arrodillados bajo un sol abrasador buscando cebos.

Oz se miró la mano y vio los restos de tierra que le había dejado el apretón de manos. Sonrió porque parecía como si los dos acabaran de realizar un ritual para convertirse en hermanos de sangre. ¡Un hermano! La sola idea entusiasmó a Oz.

El muchacho pelirrojo sonrió afablemente, mostrando que tenía la mayor parte de los dientes en su sitio, si bien no todos estaban rectos o blancos.

—Me llamo Jimmy Skinner —se presentó con modestia—, pero me llaman Diamond, porque mi padre dice que tengo la cabeza tan dura como un diamante. Éste es *Jeb*, mi perro.

Al oír su nombre, *Jeb* asomó la cabeza por el asiento y Diamond le tiró de las

orejas con suavidad. Luego miró a Oz.

—Qué nombre más divertido. Oz.

A Oz pareció preocuparle la observación de su hermano de sangre. ¿Es que acaso el ritual no serviría para nada?

—En realidad, se llama Oscar —explicó Lou—, como Oscar Wilde. Oz es un apodo, como en el Mago de...

Diamond caviló al respecto mirando el techo del Hudson, intentando recordar.

—Por aquí no hay ningún Wilde de éstos. —Se calló y volvió a reflexionar, con el ceño fruncido—. ¿Y el mago de qué exactamente?

Lou no ocultó su sorpresa.

—¿El libro? ¿La película? ¿Judy Garland?

—¿Los Munchkins? ¿Y el León Cobarde? —añadió Oz.

—Nunca he visto una *pelí*. —Diamond se fijó en el osito de Oz y adoptó una expresión de reproche—. Ya eres mayorcito para eso, ¿no?

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Oz, entristecido, se limpió la mano en el asiento y dio por anulada la solemne alianza con Diamond.

Lou se inclinó hacia delante hasta el punto de oler el aliento de Diamond.

—Eso no es asunto tuyo, ¿verdad?

Diamond, escarmentado, se desplomó en el asiento delantero y dejó que *Jeb* le lamiera de los dedos la tierra y el jugo de las lombrices. Era como si Lou le hubiera escupido con palabras.

La ambulancia les llevaba cierta ventaja, si bien el conductor era precavido.

—Lamento que vuestra madre esté mal —dijo Diamond como si les tendiera la pipa de la paz.

—Se pondrá mejor —repuso Oz, que siempre era mucho más rápido que su hermana cuando se trataba de algo relacionado con su madre.

Lou miró por la ventana con los brazos cruzados.

—Ni Hablar —dijo Diamond—, déjame en el puente. Si cojo algo bueno lo traeré para la cena. ¿Se lo dirás a la señora Louisa?

Lou vio que Ni Hablar movía el anguloso mentón, como si dijera con la mayor de las alegrías: «De acuerdo, Diamond».

El muchacho volvió a asomarse por encima del asiento.

—¿Os apetece cenar pescado frito con manteca? —Su expresión denotaba esperanza, y, sin duda, sus intenciones eran buenas; sin embargo, Lou no estaba dispuesta a entablar amistad tan rápidamente.

—Claro que nos apetece —dijo—. Luego tal vez veamos una peli en este pueblucho.

Apenas las hubo pronunciado, se arrepintió de sus palabras. No sólo por el rostro decepcionado de Diamond, sino porque también había blasfemado el lugar en que su padre había crecido. Alzó la vista al cielo, esperando ver relámpagos o lluvias repentinas que cayeran como lágrimas.

—Venís de una gran ciudad, ¿no? —preguntó Diamond.

—La más grande. Nueva York —respondió Lou.

—Será mejor que no lo vayáis diciendo por aquí —le aconsejó.

Oz miró boquiabierto a su exhermano de sangre.

—¿Por qué no? —Déjame aquí, Ni Hablar. Vamos, *Jeb*.

Ni Hablar detuvo el coche. El puente estaba frente a ellos; Lou nunca había visto uno tan pequeño. Había apenas unos seis metros de tablones de madera alabeados tendidos sobre traviesas alquitranadas de dos por dos, con un arco de metal oxidado a cada lado para evitar una caída en picado a lo que parecía un arroyo con más rocas que agua. Suicidarse saltando desde el puente no parecía una opción realista. A juzgar por el exiguo caudal de agua Lou no confiaba demasiado en que cenaran pescado frito con manteca, si bien semejante manjar no le atraía especialmente.

Mientras Diamond sacaba sus bártulos de la parte trasera del Hudson, Lou, sintiéndose culpable por lo que había dicho, aunque dominada más por la curiosidad que por la culpabilidad, se echó hacia atrás y le susurró por la luna trasera:

—¿Por qué le llamas Ni Hablar?

Diamond, que no se esperaba esa muestra de atención por parte de Lou, se animó y sonrió.

—Porque es su nombre —respondió en tono inofensivo—. Vive con la señora Louisa.

—¿De dónde sacó ese nombre?

Diamond miró hacia el asiento delantero y fingió que buscaba algo en la caja de avíos de pesca.

—Su padre pasó por aquí cuando Ni Hablar era un bebé —explicó en voz baja—, y lo dejó en el suelo. Un tipo le dijo: «¿Vas a volver a recoger al niño?», y él replicó: «Ni hablar». Bueno, Ni Hablar nunca ha hecho nada malo en toda su vida. De pocas personas pueden decirse lo mismo. No de los ricos, desde luego.

Diamond cogió la caja de avíos y se colgó la caña de pescar al hombro. Se encaminó hacia el puente, silbando, y Ni Hablar lo cruzó con el Hudson; la estructura de madera parecía quejarse y lamentarse cada vez que las ruedas giraban. Diamond se despidió y Oz hizo otro tanto con la mano manchada, esperando entablar una amistad duradera con Jimmy *Diamond* Skinner, el pescador pelirrojo de la montaña.

Lou se limitó a mirar hacia el asiento delantero, en dirección a un hombre llamado Ni Hablar.

El precipicio era de unos novecientos metros. Los Apalaches no son tan elevados como las Rocosas, pero para Lou y Oz resultaban imponentes.

Tras dejar atrás el pequeño puente, los noventa y seis caballos del motor del Hudson habían comenzado a gemir y Ni Hablar redujo la marcha. Los quejidos del coche eran comprensibles, porque la irregular carretera de tierra ascendía en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados y serpenteaba por la montaña. Los dos supuestos carriles en realidad se fundían en uno solo. Junto a la calzada había rocas caídas que parecían lágrimas sólidas procedentes del rostro de la montaña.

Oz sólo miró una vez hacia el abismo, caer en el cual supondría ascender a los cielos, y decidió que no volvería a hacerlo. Lou tenía la vista perdida, como si la ascensión a los cielos no le importara en absoluto.

Entonces, de repente, en la curva apareció un tractor, oxidado y sin muchas de las piezas, sujetado con alambre oxidado. La carretera era demasiado estrecha para el tractor, pero con el Hudson, que avanzaba pesadamente, parecía imposible que los dos vehículos pasaran a la vez. Había varios niños jugando en aquél, por lo que se asemejaba a una estructura de barras móvil para juegos infantiles. Un chico de la edad de Lou parecía colgar del aire; apenas se sostenía con los diez dedos y la voluntad de Dios y, además, se reía. Los otros niños, una muchacha de unos diez años y uno de la edad de Oz, se aferraban con todas sus fuerzas a cualquier cosa que pudieran sujetar, aterrados.

El hombre que conducía el tractor asustaba más que la idea de que éste se descontrolara y convirtiera en rehenes a los niños desesperados. Llevaba un sombrero de fieltro, manchado por años de sudor. De barba hirsuta, tenía el rostro quemado y arrugado por el sol inclemente. Aunque de baja estatura, era fornido y musculoso. La ropa que vestía, al igual que la de los niños, era poco más que harapos.

El tractor casi había llegado a la altura del Hudson. Oz se tapó los ojos, demasiado asustado para gritar. Sin embargo, Lou chilló al ver que el vehículo se les venía encima.

Ni Hablar, con una calma absoluta propia de la costumbre, se hizo a un lado y se detuvo para dejar pasar al tractor. Estaban tan cerca del abismo que un tercio de las ruedas del Hudson se sostenían en el helado abrazo del aire de la montaña. Varias rocas y la tierra desprendida rodaron por la ladera y se esparcieron a causa del viento arremolinado. Por unos instantes, Lou pensó que caerían, y se aferró a Oz con todas sus fuerzas, como si eso sirviera de algo.

Mientras el tractor pasaba rugiendo junto a ellos el conductor los miró uno por uno antes de dirigirse a Ni Hablar y gritar: «Negro estúpi...».

El ruido ensordecedor del tractor impidió escuchar el resto, así como la risa y los chillidos del niño suspendido en el aire. Lou miró a Ni Hablar, que ni siquiera había pestañeado. Supuso que no sería la primera vez que escuchaba el insulto o se salvaba

por bien poco de un choque mortal.

Entonces, al igual que una tormenta de verano, el circo itinerante desapareció y Ni Hablar reanudó la marcha.

Tras calmarse, Lou vio por debajo de ellos varios camiones de carbón cargados que avanzaban lentamente por un lado de la carretera mientras que por el otro los camiones vacíos regresaban deprisa, a por más. Habían perforado las montañas en muchos lugares dejando al descubierto la roca tras haber arrasado los árboles y la capa superior del terreno. Lou vio las vagonetas de carbón emergiendo de esas heridas, como gotas de sangre ennegrecida, y luego el carbón se vertía en los camiones.

—Me llamo Eugene.

Lou y Oz miraron hacia el asiento delantero. El hombre les observaba por el retrovisor.

—Me llamo Eugene —repitió—. Diamond se olvidó. Pero es buen chico. Mi amigo.

—Hola, Eugene —dijo Oz, y Lou también le saludó.

—No veo a mucha gente. Me cuesta hablar. Lo siento.

—No pasa nada, Eugene —lo tranquilizó Lou—. Es difícil relacionarse con desconocidos.

—La señora Louisa y yo nos alegramos de que vengáis. Buena mujer. Me acogió cuando no tenía casa. Tenéis suerte de que sea familiar vuestra.

—Vaya, me alegro, porque últimamente no hemos tenido mucha suerte —dijo Lou.

—Habla mucho de vosotros. Y de vuestros padres. Ella se ocupará de mamá. La señora Louisa cura a los enfermos.

Oz miró a Lou, esperanzado, pero ella negó con la cabeza.

Varios kilómetros más adelante Eugene entró en un camino que era poco más que un par de surcos en la tierra cubiertos de hierba y flanqueados de maleza salvaje y densa. Mientras se aproximaban a su destino, Oz y Lou cambiaron una mirada; el entusiasmo, el nerviosismo, el miedo y la esperanza compitieron por unos instantes en sus rostros.

El sendero se desvió hacia el norte tras dejar atrás una subida. Entonces la tierra se separó hasta formar un vasto y hermoso valle. Había varios prados rodeados de bosques espesos con todas las especies de árboles que tanto enorgullecían al estado. Tras los prados había un mosaico de campos que daba a varios corrales de vallas de troncos partidos a lo largo, grises por efecto de las inclemencias del tiempo y rodeados por rosas trepadoras. Un establo de tablones de dos plantas con un techado a dos aguas cubierto de tejas planas y delgadas de cedro aseguraba los corrales. En cada extremo había puertas de doble hoja con una serie de puertecillas para el heno sobre las mismas. Encima del portal había una viga saliente que sostenía la horca que colgaba de ella. Tres vacas estaban echadas en la hierba en un espacio protegido

mientras que un caballo ruano pastaba solo en un pequeño corral. En otro redil Lou contó media docena de ovejas esquiladas. Detrás del redil había otro espacio vallado donde unos cerdos enormes se revolcaban en el barro. Un par de mulas estaban enganchadas a un carro que se encontraba junto al establo; el sol se reflejaba en las ruedas de madera recubiertas de hojalata. Cerca del establo había una casa de labranza de dimensiones modestas.

Había otras construcciones y cobertizos, grandes y pequeños, diseminados aquí y allá, la mayor parte de tablones. Una estructura situada en un saliente de arce parecía estar hecha de troncos cubiertos de barro y daba la sensación de que estaba medio hundida en la tierra. Los campos abiertos, que parecían inclinarse al final como si fueran rizos, se extendían hacia el exterior desde las construcciones de la granja central como si fueran los rayos de una rueda. Al fondo se elevaban los Apalaches, por lo que, en comparación, la enorme propiedad parecía una maqueta para niños.

Lou por fin había llegado; aquél era el lugar sobre el que su padre tanto había escrito pero al que nunca había regresado. Tomó aire varias veces con rapidez y se sentó bien erguida mientras proseguían en coche hacia la casa, donde les esperaba Louisa Mae Cardinal, la mujer que había ayudado a educar a su padre.

En el interior de la granja la enfermera informaba a la mujer sobre el estado de salud de Amanda y otros temas esenciales mientras aquélla escuchaba atentamente al tiempo que le formulaba preguntas mordaces.

—Ya puestos, hablemos de mis condiciones —dijo finalmente la enfermera—. Tengo alergia a los animales y al polen, por lo que debe asegurarse que su presencia sea mínima. Los animales no deben entrar en la casa bajo ningún concepto. Tengo ciertas necesidades alimenticias concretas. Le daré la lista. Asimismo, necesito una libertad absoluta en lo que a la supervisión de los niños se refiere. Sé que no cae dentro de mis obligaciones formales, pero es obvio que los dos necesitan disciplina y tengo la intención de administrársela. Sobre todo la muchacha; dará trabajo. Estoy segura de que agradecerá mi franqueza. Ahora puede mostrarme mi habitación.

—Agradecería que te marcharas —dijo Louisa Mae Cardinal—. Lo cierto es que no tenemos ninguna habitación para ti.

La enfermera se irguió tanto como pudo, pero así y todo era más baja que Louisa Mae Cardinal.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió indignada.

—Dile a Sam que te lleve a la estación. Dentro de poco pasará un tren que va al norte. Es un lugar poco recomendable para caminar mientras se espera.

—Me contrataron para venir aquí y cuidar de la paciente.

—Yo me ocuparé de Amanda.

—No está facultada para hacerlo.

—Sam y Hank tienen que regresar, cielo.

—Tengo que hacer una llamada para solucionar esto. —La enfermera estaba tan roja que daba la sensación de que le faltaba poco para convertirse en la paciente.

—El teléfono más cercano está en Tremont, montaña abajo. Pero por mí, como si llamas al presidente de Estados Unidos, ésta es mi casa. —Louisa sujetó a la enfermera por el codo con tal fuerza que los ojos de ésta parecieron salirse de sus órbitas—. Y no vamos a molestar a Amanda con todo esto, ¿verdad que no? —La condujo fuera de la habitación y cerró la puerta al salir.

—¿De veras espera que me crea que no tiene teléfono? —preguntó la enfermera.

—Tampoco hay electricidad, pero me han dicho que son útiles. Gracias de nuevo y que tengas un buen viaje de vuelta. —Colocó unos dólares gastados en la mano de la enfermera—. Ojalá pudiera darte más, cielo, pero es todo cuanto tengo.

La enfermera contempló el dinero por unos instantes.

—Pienso quedarme hasta que sepa que la paciente... —dijo.

Louisa volvió a sujetarla por el codo y la condujo hasta la puerta de la entrada.

—La gente de por aquí tiene sus propias reglas para el allanamiento de morada. Disparan cerca de la cabeza a modo de advertencia. Así llaman la atención. El siguiente disparo es mucho más personal. Bien, soy demasiado vieja para perder el

tiempo con el disparo de advertencia y lo cierto es que nunca he utilizado sal en el arma. Más claro, imposible, ¿no?

Cuando el Hudson se detuvo la ambulancia seguía aparcada frente a la casa, cuyo porche, grande y fresco, estaba cubierto de sombras que se alargaban a medida que el sol ascendía. Lou y Oz salieron del coche y se plantaron frente a su nuevo hogar. Era más pequeño de lo que parecía a lo lejos. Lou vio varios grupos de añadidos desiguales en los laterales y en la parte posterior de la casa, todos ellos asentados sobre una base de piedras desmoronadas con una especie de sendero, también de piedras, que iba del suelo al porche. El techado, sin tejas, estaba cubierto por lo que parecía cartón alquitranado negro. Una cerca discurría junto al porche y también estaba caída en varios puntos. La chimenea era de ladrillo hecho a mano, y la argamasa se había filtrado por el mismo. Los tablones necesitaban una capa de pintura, y aquí y allá la madera se había alabeado a causa de la humedad.

Lou no se engañó: era una casa vieja que había pasado por varias reencarnaciones y que estaba situada en un lugar en el que los elementos eran inclementes. Sin embargo, la hierba del patio frontal estaba bien cortada, y la muchacha advirtió las primeras flores en tarros de vidrio y cubos de madera colocados a lo largo del pasamanos del porche y en cajas situadas en las ventanas. Las rosas trepadoras ascendían por las columnas del porche, un grupo de pasionarias aletargadas cubrían parte del mismo y una enorme enredadera de madreselvas se extendía por una de las paredes. Había un banco de trabajo toscamente labrado en el porche con varias herramientas encima y una silla de nogal rota a su lado.

Unas cuantas gallinas marrones comenzaron a cacarear a sus pies, pero dos ocas de aspecto amenazador llegaron corriendo y las gallinas huyeron en busca de protección. Entonces apareció un gallo de patas amarillas y asustó a las ocas, ladeó la cabeza hacia Lou y Oz, cacareó y desapareció por donde había venido. La yegua relinchó desde el corral, mientras que el par de mulas se limitó a mantener la mirada perdida. Tenían el pelaje de un negro profundo y las orejas y el hocico no guardaban demasiado equilibrio entre sí. Oz dio un paso en su dirección para observarlas mejor, pero se volvió después de que una de las mulas emitiera un sonido que él no había oído nunca pero que, sin duda, sonaba amenazador.

La puerta principal se abrió abruptamente; Lou y Oz vieron a la enfermera salir con expresión de furia. Pasó junto a ellos y, como si gimiera en dirección a los Apalaches, dijo:

—No he visto cosa igual en mi vida. —A continuación, sin mediar otra palabra, mueca, movimiento brusco del brazo o patada, subió a la ambulancia, cerró las puertas con fuerza y la brigada de voluntarios se retiró tímidamente.

Perplejos y boquiabiertos, Lou y Oz se volvieron hacia la casa en busca de una explicación a todo aquello, y entonces la vieron.

Allí estaba Louisa Mae Cardinal, de pie junto a la puerta.

Era muy alta y, aunque también muy delgada, parecía lo bastante fuerte para

estrangular a un oso y, sin duda, no le faltaba determinación para hacerlo. Tenía el rostro del color del cuero y las arrugas parecían vetas de madera. Aunque le faltaba poco para cumplir ochenta años aún tenía los pómulos marcados. La mandíbula también era fuerte, si bien tenía la boca un poco caída. Llevaba el cabello color plata recogido con un sencillo cordón a la altura de la nuca, y de ahí le caía hasta la cintura.

Lou se animó al percatarse de que Louisa no llevaba vestido sino unos vaqueros holgados y tan gastados que parecían blancos y una camisa color añil remendada en varios lugares. Calzaba unos sencillos zapatos de cuero. Tal era su majestuosidad que parecía una estatua, pero sus extraordinarios ojos color avellana no se perdían nada de lo que sucedía a su alrededor.

Lou, con atrevimiento, se encaminó hacia la casa mientras Oz hacía todo lo posible por ocultarse detrás de ella.

—Soy Louisa Mae Cardinal —se presentó—. Éste es mi hermano, Oscar.

Le temblaba la voz. Sin embargo, se mantuvo firme a escasos centímetros de Louisa, y la proximidad puso de manifiesto un hecho sorprendente: sus perfiles eran prácticamente idénticos. Parecían gemelas separadas por tres generaciones.

Louisa no dijo nada y siguió la ambulancia con la vista.

—¿No tenía que quedarse y cuidar de nuestra madre? —preguntó Lou—. Necesita cuidados especiales y tenemos que asegurarnos de que esté bien.

Su bisabuela observó entonces el Hudson.

—Eugene —dijo Louisa Mae con un leve acento sureño— entra el equipaje, cielo. —Miró entonces a Lou por primera vez, y aunque lo hizo fijamente, tras sus ojos se agitaba algo que hizo que Lou se sintiera bien recibida—. Nos ocuparemos de tu madre.

Louisa Mae se volvió y entró en la casa. Eugene la siguió con las maletas. Oz estaba completamente concentrado en su osito y en su dedo pulgar. Sus grandes ojos azules pestañeaban rápidamente, lo cual daba a entender que estaba al borde de sufrir un ataque de nervios. Es más, daba la sensación de que deseaba volver corriendo a Nueva York de inmediato; y lo habría hecho de haber sabido qué dirección tomar.

El austero dormitorio asignado a Lou era la única habitación de la primera planta, a la que se accedía por una escalera posterior. Tenía una ventana con vistas al corral. El techo bajo y las paredes estaban cubiertas con páginas de revistas y periódicos viejos pegadas como si fueran papel pintado. La mayoría estaban amarillentas y algunas medio despegadas. Había un sencillo catre de tijera de nogal, un armario de pino que se veía muy viejo y, junto a la ventana, un pequeño escritorio de madera toscamente labrada que la luz matinal iluminaba de lleno. El escritorio no era especialmente llamativo, sin embargo Lou quedó prendada de él de inmediato, como si estuviera repleto de oro y diamantes.

Las iniciales de su padre todavía se veían con claridad: «J. J. C», John Jacob Cardinal. Debía de ser el escritorio en que había comenzado a escribir. Se imaginaba a su padre, apenas un muchachito, grabando aquellas iniciales con los labios apretados, y dando comienzo a su carrera como narrador. Resiguió con el dedo las letras grabadas y tuvo la sensación de haber tocado la mano de su padre. Lou intuyó que su bisabuela le había asignado esa habitación adrede.

Su padre siempre se había mostrado reservado acerca de su vida en las montañas. Sin embargo, cuando Lou le preguntaba por su bisabuela su padre siempre le respondía con efusividad: «La mujer más maravillosa de la tierra». Luego le hablaba de su vida en las montañas, pero sin extenderse al respecto. Al parecer, se guardaba los detalles íntimos para los libros, los cuales, a excepción de uno, debería esperar a ser adulta para leerlos, según le había dicho. Así pues, Lou aún desconocía muchas respuestas.

Lou extrajo de la maleta una pequeña fotografía con un marco de madera. Su madre sonreía, y aunque la foto era en blanco y negro Lou sabía que la intensa mirada de sus ojos color ámbar resultaba hipnótica. A Lou siempre le había gustado ese color y en más de una ocasión había deseado que el azul de los suyos desapareciese una mañana y fuera reemplazado por aquella mezcla de marrón y dorado. Habían tomado la foto el día del cumpleaños de su madre. La pequeña Lou estaba delante de Amanda, quien rodeaba a su hija con ambos brazos. La fotografía había inmortalizado sus sonrisas. Lou solía pensar que le gustaría recordar algo de aquel día.

Oz entró en la habitación y Lou guardó el retrato en la maleta. Como siempre, su hermano parecía preocupado.

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó.

—¿Qué tiene de malo tu habitación?

—Está junto a la suya.

—¿Quieres decir junto a la de Louisa?

Oz asintió con expresión grave, como si estuviera prestando declaración en un tribunal.

—Bueno, ¿y qué pasa? —quiso saber ella.

—Me da miedo —repuso Oz—. De verdad, Lou.

—Nos ha permitido venir a vivir con ella.

—Y me alegro de veras de que vinierais —manifestó Louisa entrando en la habitación—. Siento haber sido brusca contigo. Estaba pensando en tu madre. —Miró a Oz fijamente—. Y en sus necesidades.

—No pasa nada —dijo él al tiempo que se acercaba a su hermana—. Creo que asustaste un poco a Lou, pero ya está bien.

Lou observó los rasgos de Louisa para ver si reconocía a su padre en ellos; llegó a la conclusión de que no se parecían.

—No tenemos a nadie más.

—Siempre me tendréis a mí —replicó Louisa Mae. Se acercó un poco más y, de repente, Lou vio fragmentos de su padre en aquel rostro. También entonces comprendió por qué le colgaba la boca. Apenas le quedaban dientes y los tenía todos amarillentos o negruzcos—. Lamento muchísimo no haber ido al funeral. Las noticias tardan en llegar aquí, si llegan. —Bajó la vista por unos instantes, como atenzada por algo que la muchacha no podía ver—. Tú eres Oz y tú Lou. —Les señaló mientras decía los nombres.

—Supongo que te informaron de ello quienes lo arreglaron todo para que llegáramos aquí —dijo Lou.

—Lo sabía mucho antes. Llamadme Louisa. Todos los días hay mucho que hacer. Hacemos o plantamos todo lo que necesitamos. Desayuno a las cinco. Cena cuando cae el sol.

—¡A las cinco de la mañana! —exclamó Oz.

—¿Qué pasa con la escuela? —quiso saber Lou.

—Se llama Big Spruce. Está a pocos kilómetros de aquí. Eugene os llevará el primer día en el carro y luego iréis a pie. O en yegua. No hay mulas libres porque están ocupadas trabajando aquí, pero el jamelgo servirá.

—No sabemos montar a caballo —dijo Oz, palideciendo.

—Aprenderéis. El caballo y la mula es el mejor medio de transporte por aquí, aparte de los pies.

—¿Y el coche? —inquirió Lou.

Louisa negó con la cabeza.

—No es práctico. Gasta dinero que no tenemos. Eugene sabe cómo funciona y le construyó un pequeño cobertizo. De vez en cuando pone el motor en marcha porque dice que hay que hacerlo para poder usarlo cuando lo necesitemos. Por mí no tendría ese cacharro, pero William y Jane Giles nos lo dieron cuando se marcharon. No sé conducir ni pienso aprender.

—¿Big Spruce es la escuela donde estudió mi padre? —preguntó Lou.

—Sí, sólo que el edificio donde estudió ya no existe. Era tan viejo como yo y se derrumbó. Pero está la misma profesora. Los cambios, al igual que las noticias, llegan

despacio aquí. ¿Tenéis hambre?

—Comimos en el tren —respondió Lou, incapaz de apartar la mirada del rostro de Louisa.

—Bien. Vuestra madre ya está instalada. Id a verla.

—Me gustaría quedarme aquí y echar un vistazo —repuso Lou.

Louisa les abrió la puerta y dijo con voz suave pero firme.

—Primero id a ver a vuestra madre.

La habitación era cómoda e iluminada, y tenía la ventana abierta. Unas cortinas artesanales, que la humedad había ondulado y el sol desteñido, se agitaban en la brisa. Lou miró alrededor y supo que habría costado un esfuerzo considerable convertirla en una enfermería. Parte del mobiliario parecía recientemente restaurado, el suelo estaba recién fregado y todavía olía a pintura; en un rincón había una vieja mecedora con una manta gruesa encima.

En las paredes había ferrotipos en los que aparecían hombres, mujeres y niños, todos ellos vestidos con sus mejores galas: camisas de cuello blanco almidonado y bombines para los hombres; faldas largas y sombreros para las mujeres; volantes de encaje para las jóvenes y trajes con pajaritas para los chicos. Lou los observó. Las expresiones iban de adustas a complacidas; los niños parecían los más animados y las mujeres las más desconfiadas, como si pensaran que en lugar de tomarles una fotografía les quitarían la vida.

Amanda estaba recostada sobre varias almohadas de plumas en una cama de álamo amarillo, y tenía los ojos cerrados. El colchón también era de plumas, repleto de bultos pero mullido, enfundado en un cutí a rayas. Estaba tapada con una colcha de *patchwork*. Junto a la cama había una descolorida alfombra para que por la mañana los pies descalzos no tocaran el frío suelo de madera. Lou sabía que su madre no la necesitaría. En las paredes había percheros de los que colgaban prendas de ropa. En una esquina había un viejo tocador con una jarra de porcelana pintada y una jofaina. Lou paseó por la habitación, mirando y tocando. Se percató de que el marco de la ventana estaba un tanto torcido y los cristales empañados, como si la niebla hubiera penetrado en ellos.

Oz se sentó junto a su madre, se inclinó y le dio un beso.

—Hola, mamá.

—No te oye —murmuró Lou para sí al tiempo que se detenía, miraba por la ventana y aspiraba el aire más puro que jamás había respirado; percibió un perfume que era una mezcla de árboles y flores, humo de madera, forraje y animales de todos los tamaños.

—Todo es muy bonito en... —Oz miró a Lou.

—Virginia. —Lou completó la frase sin volverse.

—Virginia. —repitió Oz, y a continuación sacó el collar.

Louisa observaba lo que sucedía desde la entrada.

Lou se volvió y vio lo que hacía su hermano.

—Oz, ese estúpido collar no sirve para nada.

—¿Por qué me lo devolviste entonces? —preguntó él con aspereza.

Aquella réplica pilló por sorpresa a Lou, que no tenía una respuesta preparada. Oz le dio la espalda y comenzó el ritual. Sin embargo, Lou sabía que cada vez que el cuarzo oscilaba, cada vez que Oz pronunciaba las palabras en voz baja, era como si intentara derretir un iceberg con una cerilla; Lou no quería formar parte de aquello. Pasó corriendo junto a su bisabuela y salió al pasillo.

Louisa entró en la habitación y se sentó junto a Oz.

—¿Para qué haces eso, Oz? —preguntó al tiempo que señalaba la alhaja.

Oz sostuvo el collar en la mano ahuecada y lo miró de cerca como si fuera un reloj y quisiese saber de qué marca era.

—Me lo dijo un amigo. Se supone que es para ayudar a mamá. Lou no cree que funcione. —Hizo una pausa—. Yo tampoco estoy seguro.

Louisa le acarició la cabeza.

—Dicen que con creer que la persona mejorará se tiene media batalla ganada. Estoy de acuerdo con esa idea.

Por suerte, en el caso de Oz la esperanza solía seguir a los instantes de angustia. Metió el collar debajo del colchón y dijo:

—Así seguirá irradiando su poder. Se pondrá bien, ¿verdad?

Louisa miró al niño fijamente y luego a la madre de éste. Tocó la mejilla de Oz con la mano; piel vieja contra piel nueva, una mezcla que pareció gustar a ambos.

—Sigue creyéndolo, Oz. No dejes de creerlo jamás.

Las repisas de la cocina eran de pino, al igual que el suelo, cuyas tablas crujían con cada paso. De la pared colgaban varios hervidores negros de hierro. Oz barría con una escoba de mango corto, mientras que Lou introducía grandes cantidades de leña en las entrañas de la cocina Sears, que ocupaba una pared completa de la pequeña estancia. La luz del sol poniente se filtraba por la ventana y las múltiples grietas de las paredes. De un gancho colgaba una vieja lámpara de queroseno. En un rincón había una despensa con puertas metálicas; sobre la misma había una ristra de cebollas secas y, al lado, una jarra de cristal con queroseno.

Mientras Lou examinaba cada trozo de nogal o roble parecía revivir todas las facetas de su vida anterior antes de arrojarla al fuego y despedirse a medida que las llamas la consumían. La estancia estaba casi a oscuras y el olor a humedad y madera quemada resultaba bastante acre. Lou contempló la chimenea. La abertura era grande y Lou supuso que habrían cocinado ahí antes de que llegara la cocina Sears. Los ladrillos ascendían hasta el techo y en el mortero había clavos de hierro de los que colgaban herramientas y cacerolas, así como otros objetos extraños que Lou no supo identificar pero que parecían muy usados. En el centro de la pared de ladrillos había un enorme rifle apoyado sobre dos abrazaderas sujetas al mortero.

Llamaron a la puerta y los dos se sobresaltaron. ¿Es que alguien esperaba visitas a semejantes altitudes? Lou abrió la puerta y vio a *Diamond Skinner*, quien la miraba sonriendo. Sostenía varias lubinas como si estuviera ofreciéndole las coronas de flores de unos reyes muertos. A su lado estaba el fiel *Jeb*, que arrugaba la nariz cada vez que le llegaba el olor a pescado.

Louisa entró con aire resuelto en la estancia, sudando y con las manos enguantadas cubiertas de tierra, al igual que los zapatos. Se quitó los guantes y extrajo un paño del bolsillo para enjugarse el sudor de la cara. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo, pero algunos mechones plateados asomaban aquí y allá.

—Vaya, Diamond, creo que son las mejores lubinas que he visto nunca, hijo. — Le dio una palmadita a *Jeb*—. ¿Qué tal, señor *Jeb*? ¿Has ayudado a Diamond a pescar todos esos peces?

Tan amplia era la sonrisa del muchacho que Lou podía contar casi todos los dientes.

—Sí, señora. ¿Ni Hablar...?

Louisa sostuvo un dedo en alto y le corrigió con cortesía y firmeza:

—Eugene.

Diamond bajó la vista y recobró la calma tras la metedura de pata.

—Sí, señora, lo siento. ¿Le dijo Eugene...?

—¿Que traerías la cena? Sí. Y te quedarás a probarla. Conocerás a Lou y Oz. Seguro que seréis buenos amigos.

—Ya nos conocemos —dijo Lou con frialdad.

Louisa miró entre ella y Diamond.

—Vaya, eso está bien. Diamond y tú sois de edades parecidas. Y a Oz le vendrá bien que haya otro chico por aquí.

—Me tiene a mí —dijo Lou sin rodeos.

—Sí, sí —convino Louisa—. Bien, Diamond, ¿te quedarás a cenar?

El muchacho caviló al respecto.

—Hoy no tengo más citas, de modo que sí, me quedo.

—Miró a Lou, luego se limpió la cara sucia e intentó alisarse uno de los numerosos remolinos. Sin embargo, Lou se había vuelto y no se había percatado de tal esfuerzo.

Habían dispuesto la mesa con platos y tazas de cristal de la época de la Depresión que, según les explicó Louisa, había reunido con el paso de los años gracias a las cajas de avena Crystal Winter. Los platos eran verdes, rosados, azules y ámbar. Sin embargo, por muy bonitos que fuesen nadie les prestaba atención. Cuando Louisa hubo acabado de bendecir la mesa, Lou y Oz se persignaron, mientras que Diamond y Eugene miraron con curiosidad, sin decir nada. *Jeb* estaba tumbado en un rincón, esperando pacientemente su ración. Eugene se sentaba a uno de los extremos de la mesa y masticaba metódicamente. Oz se acabó tan rápido el plato que Lou pensó en comprobar que no se hubiera tragado el tenedor. Louisa sirvió a Oz el último trozo de pescado frito con manteca, el resto de las verduras cocidas y otro pedazo de pan de maíz, que a Lou le supo mejor que un helado.

Louisa no se había servido nada.

—No has tomado pescado —observó Oz mientras miraba con aire de culpabilidad el segundo plato—. ¿No tienes hambre?

—Me alimento viendo a un chico que come para hacerse hombre. He comido mientras cocinaba. Siempre hago lo mismo.

Eugene observó inquisitivamente a Louisa mientras hablaba, y luego continuó comiendo.

Diamond miraba a Lou y a Oz una y otra vez. Parecía dispuesto a intentar entablar amistad de nuevo, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo.

—¿Me enseñarás los lugares por los que solía ir mi padre? —le preguntó Lou a Louisa—. ¿Lo que le gustaba hacer? A mí también me gusta escribir.

—Lo sé —repuso Louisa, y Lou la miró sorprendida. La anciana dejó el vaso de agua en la mesa y observó el rostro de la niña—. A tu padre le gustaba hablar de la tierra. Pero antes de eso hizo algo acertado. —Guardó silencio mientras Lou cavilaba al respecto.

—¿El qué? —preguntó finalmente Lou.

—Llegó a entender la tierra.

—¿Entender... la tierra?

—Tiene muchos secretos, y no todos buenos. Si no te andas con ojo aquí las cosas pueden llegar a hacerte daño. El clima es tan caprichoso que te rompe el corazón

justo cuando te destroza la espalda. La tierra no ayuda a quienes no se molestan en entenderla. —Miró a Eugene—. Bien sabe el Señor que Eugene ayuda. Sin su fornida espalda esta granja dejaría de funcionar.

Eugene engulló un trozo de pescado y bebió un sorbo de agua que se había servido directamente en el vaso desde un cubo. Lou miró a Eugene y se percató de que le temblaban los labios. Lo interpretó como una gran sonrisa.

—Lo cierto es que ha sido una bendición el que vinierais —prosiguió Louisa—. Algunos dicen que os echo una mano, pero no es verdad. Me ayudáis más que yo a vosotros. Por eso os doy las gracias.

—Claro —dijo Oz con cortesía—. Encantado de hacerlo.

—Dijiste que había mucho trabajo —apuntó Lou.

Louisa miró a Eugene.

—Mejor enseñar que hablar. Mañana por la mañana comenzaré a enseñaros.

Diamond no pudo contenerse más.

—El padre de Johnny Bookers dijo que algunos tipos han estado rondando por aquí.

—¿Qué tipos? —preguntó Louisa con brusquedad.

—No lo sé. Pero han estado haciendo preguntas sobre las minas de carbón.

—Mantente alerta, Diamond. —Louisa miró a Lou y a Oz—. Y vosotros también. Dios nos pone en esta tierra y nos lleva cuando lo cree conveniente. Mientras, la familia debe cuidar de sí misma.

Oz sonrió y dijo que mantendría las orejas tan abiertas que le llegarían al suelo y se le llenarían de tierra. Todos se rieron salvo Lou, quien se limitó a mirar a Louisa sin decir nada.

Recogieron la mesa y, mientras Louisa fregaba los platos, Lou agitaba con fuerza la bomba de mano del fregadero para que brotara un fino hilo de agua. Louisa le había dicho que en el interior de la casa no había instalación de agua; también les había explicado cómo funcionaba el excusado exterior y les había mostrado los pequeños rollos de papel higiénico apilados en la despensa. Les había dicho que al anochecer necesitarían linternas, y enseñó a Lou a encender una. Debajo de las camas había un orinal por si las necesidades eran tan apremiantes que no tenían tiempo de llegar al excusado exterior. Sin embargo, Louisa añadió que quien utilizara el orinal debería limpiarlo. Lou se preguntó cómo el tímido Oz, que solía ir al baño a altas horas de la noche, se acostumbraría a aquel objeto. Imaginó que muchas veces tendría que esperar fuera del excusado mientras Oz hacía sus necesidades; sólo de pensarlo se sentía cansada.

Después de cenar Oz y Diamond habían salido de la casa con *Jeb*. Lou observó que Eugene tomaba el rifle que estaba sobre la chimenea. Cargó el arma y salió.

—¿Dónde va con ese rifle? —preguntó Lou a Louisa.

—A vigilar el ganado —respondió la anciana al tiempo que restregaba los platos con energía con una mazorca de maíz endurecida—. Hay que vigilar las vacas y los

puercos, porque el *Viejo Mo* anda por aquí.

—¿El *Viejo Mo*?

—El puma. El *Viejo Mo* es tan viejo como yo, pero el maldito sigue causando problemas. No a las personas. También deja tranquilas a las yeguas y a las mulas, sobre todo a las mulas, *Hit* y *Sam*. Nunca contrarías a una mula, Lou. Son las criaturas más duras que Dios ha creado y te guardan rencor hasta el día del Juicio Final. Si hace falta, fustígalas o clávas las espuelas. Algunos dicen que son tan listas como el hombre. Puede que por eso sean tan malas. —Sonrió—. Pero *Mo* persigue a las ovejas, los puercos y las vacas, de modo que debemos protegerlos. Eugene disparará para asustar al *Viejo Mo*.

—Diamond me ha contado que el padre de Eugene le abandonó.

Louisa la miró con severidad.

—¡Mentira! Tom Randall era un buen hombre.

—Entonces, ¿qué le pasó? —preguntó Lou a pesar de que Louisa no parecía dispuesta a continuar hablando sobre el tema.

La anciana terminó de lavar un plato y lo puso a escurrir.

—La madre de Eugene murió joven. Tom dejó el bebé con su hermana, aquí, y se marchó a Bristol, Tennessee, en busca de un empleo. Trabajó en las minas de carbón, pero entonces llegaron muchas personas en busca de trabajo, y a los primeros que echan siempre es a los negros. Murió en un accidente sin poder ir a por Eugene. Cuando la tía de Eugene falleció, yo me ocupé de él. Todo lo demás son mentiras de personas que tienen el corazón lleno de odio.

—¿Eugene lo sabe?

—¡Claro que sí! Se lo dije cuando se hizo mayor.

—Entonces, ¿por qué no le cuentas la verdad a los demás?

—A la gente no le interesa escuchar y de nada vale que intentes explicárselo. —Miró fijamente a Lou y añadió—: ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lou asintió, pero lo cierto es que no estaba segura de entenderlo.

Cuando Lou salió vio a Diamond y a Oz junto al corral donde pastaba el caballo. Cuando Diamond advirtió la presencia de Lou, extrajo un papel de fumar y una caja de tabaco del bolsillo, lio un cigarrillo, lo cerró con un poco de saliva, prendió una cerilla frotándola contra uno de los troncos y lo encendió.

Oz y Lou quedaron boquiabiertos.

—Eres demasiado joven para eso —exclamó Lou.

Diamond hizo un gesto como para restarle importancia a aquello, sonriendo.

—Ya he crecido. Soy todo un hombre.

—Pero si eres apenas un poco mayor que yo, Diamond.

—Aquí es diferente.

—¿Dónde vivís tu familia y tú? —inquirió Lou.

—Carretera abajo, poco antes de llegar a algún lugar. —Diamond sacó una pelota de béisbol del bolsillo y la lanzó. *Jeb* salió corriendo tras ella y la trajo de vuelta—. Un hombre me dio la pelota porque le leí el futuro.

—¿Y cuál era su futuro? —preguntó Lou.

—Que le daría la pelota a un tipo llamado Diamond.

—Se está haciendo tarde —dijo Lou—. ¿No estarán preocupados tus padres?

Diamond apagó el cigarrillo en el peto y se lo guardó detrás de la oreja mientras se preparaba para lanzar la pelota de nuevo.

—No, ya estoy crecido. Si no quiero hacer nada, no hago nada.

Lou señaló algo que colgaba del peto de Diamond.

—Es la pata izquierda trasera de un conejo de cementerio —explicó el muchacho—. Aparte del corazón de un ternero, es lo que da más suerte en el mundo. Oye, ¿es que no os enseñan nada en la ciudad?

—¿Un conejo de cementerio? —preguntó Oz.

—Eso mismo. Atrapado y muerto en un cementerio por la noche. —Sacó la pata de la cuerda y se la entregó a Oz—. Aquí tienes, puedo conseguir otra cuando quiera.

Oz la sostuvo con reverencia.

—¡Caramba, Diamond, gracias!

Oz vio a *Jeb* correr tras la pelota.

—*Jeb* es un buen perro. Siempre coge la pelota.

Jeb trajo la pelota y la dejó caer delante de Diamond, quien la recogió y se la lanzó a Oz.

—Seguro que en la ciudad no hay mucho sitio para lanzar nada, pero inténtalo, chico.

Oz fijó la mirada en la pelota, como si nunca hubiera tenido una entre las manos. Luego miró a Lou.

—Adelante, Oz. Tú sabes —lo animó su hermana.

Oz se preparó y lanzó la pelota; el brazo chasqueó como un látigo y la pelota salió

disparada de su pequeña mano como si fuera un pájaro liberado, elevándose cada vez más. *Jeb* corrió tras ella, sin conseguir darle alcance. Oz, sorprendido, observó lo que acababa de hacer. Lou tampoco salía de su asombro.

El cigarrillo cayó de la oreja de Diamond, que miraba perplejo.

—Santo Dios, ¿dónde aprendiste a lanzar así?

Oz se limitó a esbozar la sonrisa de un chico que acaba de percatarse de que tal vez esté dotado desde un punto de vista deportivo. Luego se volvió y corrió en busca de la pelota. Lou y Diamond permanecieron en silencio durante unos instantes y luego la pelota regresó volando. La oscuridad no les permitía ver a Oz, pero le oían venir a toda velocidad junto con *Jeb*.

—Y bien, ¿qué haces aquí para entretenerte, Diamond? —preguntó Lou.

—Sobre todo pescar. Oye, ¿alguna vez te has bañado en cueros en una gravera?

—En Nueva York no hay graveras. ¿Algo más?

—Bueno... —Diamond hizo un gesto teatral—. También está el pozo encantado.

—¿Un pozo encantado? —exclamó Oz, que acababa de llegar seguido de *Jeb*.

—¿Dónde está? —preguntó Lou.

—Vamos a verlo.

El capitán Diamond y su compañía de infantería dejaron atrás los árboles y entraron en un prado cubierto de una hierba alta y tan uniforme que parecía una cabellera peinada. Soplaban un viento frío, pero el entusiasmo de Lou y Oz era tal que no se amilanaron ante tan insignificante obstáculo.

—¿Dónde está? —preguntó Lou mientras corría junto a Diamond.

—¡Chist! Estamos acercándonos, así que no tenemos que hacer ruido. Hay fantasmas.

Continuaron corriendo. De repente, Diamond gritó:

—¡Al suelo!

Todos se arrojaron al suelo al mismo tiempo, como si estuvieran unidos por una cuerda.

—¿Qué pasa? —preguntó Oz con voz temblorosa.

Diamond ocultó una sonrisa.

—Me ha parecido oír algo, eso es todo. Con los fantasmas todas las precauciones son pocas.

Se incorporaron.

—¿Qué estáis haciendo?

El hombre había surgido de detrás de un grupo de nogales y tenía una escopeta en la mano derecha. A la luz de la luna Lou apreció el destello de un par de ojos maliciosos que les miraban de hito en hito. Los tres se quedaron paralizados mientras el hombre se aproximaba. Lou advirtió que se trataba del hombre que conducía el tractor de forma temeraria montaña abajo. Se detuvo frente a ellos y lanzó un escupitajo que cayó cerca de sus pies.

—Aquí no tenéis nada que hacer —masculló el hombre al tiempo que alzaba la

escopeta y colocaba el cañón en el antebrazo de modo que la boca del arma les apuntaba, con el índice cerca del gatillo.

Diamond se adelantó.

—No estamos haciendo nada, George Davis, sólo corremos y no hay ninguna ley que lo impida.

—Cállate, *Diamond* Skinner, si no quieres que te cierre la boca de un puñetazo. —El hombre miró a Oz, quien retrocedió y se agarró con fuerza al brazo de su hermana—. Sois quienes Louisa ha acogido, los de la madre lisiada, ¿no? —Volvió a escupir.

—No tienes nada que ver con ellos, así que déjalos en paz —le espetó Diamond.

Davis se acercó a Oz.

—El gato de la montaña está por aquí cerca, chico: —dijo con voz grave. Acto seguido, gritó—: ¡Quieres que te agarre! —Mientras gritaba, Davis fingió atacar a Oz, que se lanzó al suelo y se acurrucó entre la maleza. Davis soltó una risa socarrona y maliciosa, burlándose del niño.

Lou se interpuso entre el hombre y su hermano.

—¡Aléjese de nosotros!

—Maldita sea, niña —masculló Davis—. ¿Es que vas a decirle a un hombre lo que debe hacer? —Miró a Diamond—. Estás en mi tierra, muchacho.

—¡De eso nada! —replicó Diamond al tiempo que apretaba los puños y miraba inquieto la escopeta—. Esta tierra no es de nadie.

—¿Me estás llamando mentiroso? —espetó Davis con voz aterradora.

Entonces oyeron el grito. Fue tan fuerte que Lou creyó que los árboles se inclinarían por la fuerza o que las rocas se desprenderían, caerían desde lo alto de la montaña y, con un poco de suerte, aplastarían a su antagonista. *Jeb* comenzó a gruñir, con el pelo erizado. Davis, inquieto, escudriñó los árboles.

—Tienes la escopeta —dijo Diamond—, así que vete a cazar el viejo gato de la montaña. A menos que tengas miedo.

Davis fulminó al muchacho con la mirada, pero de pronto volvió a oírse el grito, con la misma intensidad, y Davis echó a correr hacia los árboles.

—¡Vámonos! —gritó Diamond, y comenzaron a correr entre los árboles y a campo traviesa. Los búhos ululaban y los colines silbaban. Varios animales, que los chicos no atinaban a ver, subían y bajaban por los árboles y revoloteaban frente a ellos, pero ninguno llegó a asustarles tanto como lo había hecho George Davis y su escopeta. Lou era rápida como un relámpago y corría incluso más deprisa que Diamond. Sin embargo, cuando Oz tropezó y se cayó, se volvió y le ayudó.

Finalmente, se detuvieron y se agacharon en la hierba, respirando con pesadez y esperando escuchar a un hombre loco o a un gato montés tras ellos.

—¿Quién es ese hombre tan desagradable? —preguntó Lou.

Diamond comprobó que no hubiera nadie antes de responder.

—George Davis. Tiene una granja cerca de la de la señora Louisa. Es un hombre

duro. ¡Y malo! Se golpeó en la cabeza cuando era bebé, o puede que una mula le diera una coz, no lo sé. Tiene una destilería de licor de maíz en una de las hondonadas y no le gusta que la gente pase por aquí. Ojalá le pegaran un tiro.

Al poco llegaron a otro pequeño claro. Diamond alzó la mano para indicarles que se detuvieran y luego, no sin orgullo, señaló hacia delante, como si acabara de descubrir el arca de Noé en una montaña de Virginia.

—Ahí está.

El pozo era de ladrillos cubiertos de musgo, estaba medio derruido y resultaba espeluznante. Los tres se deslizaron hasta él; *Jeb* cubría la retaguardia mientras cazaba una pequeña presa en la hierba.

Escudriñaron el pozo desde el brocal. Parecía no tener fondo; era como si estuviesen mirando al otro lado del mundo y cualquier cosa, a su vez, pudiera estar observándolos.

—¿Por qué dices que está encantado? —preguntó Oz sin resuello.

Diamond se tendió sobre la hierba que rodeaba el pozo y Lou y Oz hicieron otro tanto.

—Hace unos mil millones de años —comenzó con una voz sorda y emocionante que hizo que los ojos de Oz se abrieran de par en par, parpadearan y se humedecieran a la vez—, un hombre y una mujer vivían aquí. Bueno, se amaban, eso está claro, de modo que querían casarse. Pero sus familias se odiaban y no lo permitirían. No señor. Así que idearon un plan para escaparse, sólo que algo salió mal y el tipo pensó que la mujer se había matado. Estaba tan destrozado que vino al pozo y saltó. Es muy profundo, ya lo habéis visto. Y se ahogó. Cuando la chica se enteró de lo que había pasado, vino aquí y también saltó. Nunca los encontraron, porque era como si hubiesen caído en el sol. No quedó ni rastro de ellos.

Aquel triste relato no conmovió en absoluto a Lou.

—Se parece mucho a la historia de Romeo y Julieta.

Diamond parecía sorprendido.

—¿Son parientes tuyos?

—Te lo estás inventando —dijo Lou.

Entonces comenzaron a oír unos sonidos de lo más peculiar a su alrededor, como millones de vocecitas intentado hablar a la vez, como si, de repente, las hormigas tuvieran laringe.

—¿Qué es eso? —preguntó Oz, agarrándose a Lou.

—No pongas en duda mis palabras, Lou —dijo Diamond entre dientes, pálido—. Irritas a los espíritus.

—Sí, Lou —dijo Oz, mirando a todos lados y esperando que llegaran los demonios del infierno para llevárselos—. No irrites a los espíritus.

Finalmente los ruidos se desvanecieron y Diamond, que había recobrado la confianza, miró a Lou con expresión triunfal.

—Jo, hasta el más tonto sabe que este pozo es mágico. ¿Es que hay alguna casa

por aquí cerca? No, y os diré por qué. Porque el pozo salió solo de la tierra, por eso. Y no es sólo un pozo encantado. También es un pozo de los deseos.

—¿Un pozo de los deseos? ¿Cómo? —preguntó Oz.

—El hombre y la mujer desaparecieron, pero todavía están enamorados. Las personas mueren, pero el amor nunca muere. Ése es el origen del pozo mágico. Si alguien quiere un deseo viene aquí, lo pide y se cumple. Siempre. Llueva o haga sol.

—¿Cualquier deseo? ¿Estás seguro? —Oz le agarró del brazo.

—Sí, pero tiene truco.

—Me lo imaginaba. ¿Cuál es? —preguntó Lou.

—Puesto que los amantes murieron aquí e hicieron el pozo mágico, si alguien quiere un deseo tiene que dar algo a cambio.

—¿Dar el qué? —inquirió Oz, que estaba tan agitado que parecía flotar por encima de la hierba como una burbuja atada.

Diamond alzó el brazo y señaló el cielo oscuro.

—La cosa que más aprecie en el maldito mundo.

A Lou le sorprendió que no los mirara con expresión de merecerse un aplauso. Mientras Oz le tiraba de la manga ya sabía lo que vendría a continuación.

—Lou, quizá podamos...

—¡No! —exclamó con aspereza—. Oz, tienes que darte cuenta de que los collares y los pozos de los deseos no servirán de nada. Nada servirá.

—Pero, Lou.

Lou se incorporó y apartó la mano de su hermano.

—No seas tonto, Oz. Lo que pasará es que acabarás llorando otra vez.

Lou se marchó corriendo. Tras unos segundos de indecisión, Oz la siguió.

Seguramente Diamond sintió que acababa de conseguir algo, pero a juzgar por su expresión desilusionada, no la victoria. Miró alrededor y silbó, y *Jeb* apareció de inmediato.

—Vámonos a casa, *Jeb* —dijo en voz baja.

Los dos se marcharon corriendo en la dirección opuesta a la que habían seguido Lou y Oz en el instante en que las montañas se disponían a descansar.

Cuando Lou oyó el crujido en la escalera todavía no había salido el sol. La puerta de la habitación se abrió y Lou se sentó en la cama. El resplandor de la luz del farol se abrió paso en el espacio, seguido de Louisa, que ya estaba completamente vestida. Los cabellos color plata junto con la tenue iluminación que la envolvía hacían que, a los ojos de una soñolienta Lou, pareciese una mensajera divina. El aire de la habitación estaba helado; Lou creyó ver su propio aliento.

—Había pensado en dejaros dormir hasta tarde —dijo Louisa en voz baja mientras se aproximaba y se sentaba junto a Lou.

Lou contuvo un bostezo y volvió la vista hacia la oscuridad que se extendía al otro lado de la ventana.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

—¡Las cinco! —Lou se recostó de nuevo sobre la almohada y se tapó con las mantas.

Louisa sonrió.

—Eugene está ordeñando las vacas. Estaría bien que aprendieses a hacerlo.

—¿No puedo hacerlo más tarde? —replicó Lou bajo las mantas.

—Las vacas no se molestan en esperarnos —explicó Louisa—. Mugen hasta que se les secan las ubres —añadió—. Oz ya está vestido.

Lou volvió a incorporarse.

—Mamá nunca lograba sacarlo de la cama antes de las ocho y, aun así, le costaba.

—Está tomándose un tazón de leche fresca y una rebanada de pan de maíz con melaza. Estaría bien que vinieses con nosotros.

Lou apartó las mantas y tocó el suelo frío, lo que le produjo un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero. Ahora estaba convencida de que veía su propio aliento.

—Estaré lista en cinco minutos —dijo con valentía.

Louisa se percató de las molestias físicas de Lou.

—Anoche heló —informó Louisa—. Aquí el frío tarda más en irse. Se te mete en los huesos. Cuando llegue el invierno tú y Oz os trasladaréis al salón para estar junto a la chimenea. La llenaremos de carbón y no pasaréis frío en toda la noche. Os haremos sentir a gusto. —Se calló y miró alrededor—. No estamos en condiciones de daros lo que teniais en la ciudad, pero haremos lo posible. —Se encaminó hacia la puerta—. He puesto agua caliente en la palangana para que te laves.

—¿Louisa?

Louisa se volvió y la luz de la linterna aumentó su sombra en la pared.

—¿Sí, cielo?

—Ésta era la habitación de papá, ¿no?

Louisa volvió a mirar el dormitorio antes de dirigirse a Lou.

—Desde los cuatro años hasta que se marchó. Nadie ha vuelto a usarla.

Lou señaló las paredes revestidas.

—¿Lo hizo mi padre?

Louisa asintió.

—Solía caminar unos quince kilómetros para conseguir periódicos o libros. Se los leía cientos de veces y luego colocaba los periódicos ahí y volvía a leerlos. Nunca he conocido a un muchacho tan curioso. —Miró a Lou—. Apuesto lo que sea a que eres como él.

—Quisiera darte las gracias por acogernos.

Louisa miró hacia la puerta.

—Este lugar también será bueno para tu madre. Si todos nos esforzamos, se pondrá bien.

Lou apartó la mirada y comenzó a quitarse el camisón.

—Enseguida estoy —dijo en tono vacilante.

Louisa aceptó el cambio de actitud de Lou sin decir nada y cerró suavemente la puerta tras ella.

Cuando Lou llegó, vestida con un descolorido pantalón con peto, una camiseta de manga larga y botas con cordones, Oz se estaba acabando el desayuno. La única luz de la habitación provenía de un farol que colgaba de un gancho de la pared, y del fuego de carbón. Lou miró el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea, hecha con una viga de roble cepillado. Ya eran más de las cinco. ¿Quién habría dicho que las vacas se despertaban tan temprano?

—Oye, Lou —dijo Oz—. Tienes que probar la leche. Está muy buena.

Louisa miró a Lou y sonrió.

—La ropa te queda bien. Recé para que así fuera. Si las botas te van grandes podemos rellenarlas con trapos.

—Me van bien —dijo Lou, aunque en realidad le apretaban un poco.

Louisa trajo un cubo y un vaso. Colocó el vaso en la mesa, lo cubrió con una tela, vertió la leche desde el cubo, y la espuma borboteó sobre la tela.

—¿Quieres melaza con el pan de maíz? —preguntó—. Es muy buena y te llena la tripa.

—Está buena —dijo Oz mientras engullía el último bocado y lo bajaba con el resto de la leche.

Lou miró su vaso.

—¿Para qué sirve la tela?

—Separa cosas de la leche que no necesitas —respondió Louisa.

—¿Es que la leche no está pasteurizada? —inquirió Lou en un tono tal de preocupación que Oz miró boquiabierto el vaso vacío, como si fuera a caerse muerto en ese mismo instante.

—¿Qué es pasteurizar? ¿Me puede afectar? —preguntó inquieto.

—La leche es buena —dijo Louisa con calma—. La he bebido toda la vida. Y tu padre también.

Oz se tranquilizó, se echó hacia atrás en el asiento y volvió a respirar con normalidad. Lou olió la leche, la probó con cautela un par de veces y luego bebió un trago.

—Te he dicho que es buena —dijo Oz—. Seguro que si la pasteurizan sabe mal.

—«Pasteurización» proviene de Louis Pasteur, el científico que descubrió un proceso que mata las bacterias y hace que se pueda beber la leche con seguridad.

—Estoy segura de que era un hombre listo —dijo Louisa al tiempo que colocaba un tazón de pan de maíz y melaza frente a Lou—. Pero nosotros hervimos la tela cada vez y nos va de maravilla. —Lo explicó en un tono que hizo que Lou prefiriera no seguir hablando del tema.

Lou probó el pan de maíz y la melaza y abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde la compras? —le preguntó a Louisa.

—¿El qué?

—La comida. Está buenísima.

—Te lo había dicho —repitió Oz con aires de suficiencia.

—No la compro, cielo. La hago.

—¿Cómo?

—Enseñar, ¿lo recuerdas?, es mucho mejor que decir. Y lo mejor de todo es hacer. Venga, daos prisa e id a conocer a una vaca que se llama *Bran*. Si la vieja *Bran* da problemas, ayudad a Eugene.

Aquel incentivo hizo que Lou acabara rápidamente de desayunar y que ella y su hermano corrieran hacia la puerta.

—Un momento, niños —dijo Louisa—. Los platos en la cuba, y después necesitaréis esto. —Cogió otro farol y lo encendió. El olor a queroseno invadió la habitación.

—¿Es verdad que en la casa no hay electricidad? —preguntó Lou.

—Hay gente en Tremont que tiene esa maldita cosa. A veces se va y entonces no saben qué hacer. Ya no recuerdan cómo se enciende el queroseno. Dadme un buen farol y sabré apañármelas.

Oz y Lou llevaron los platos hasta la cuba que hacía las veces de fregadero.

—Cuando hayáis acabado en el establo os enseñaré el cobertizo del arroyo —prosiguió Louisa—. Donde cogemos el agua. Vamos dos veces al día. Será una de vuestras tareas.

Lou parecía confusa.

—Pero tienes la bomba.

—Sólo es para los platos y cosas parecidas. Hace falta agua para muchas otras cosas. Para los animales, para limpiar, para bañarse. El agua de la bomba no tiene presión. Tarda un día en llenar un cubo grande. —Sonrió—. A veces parece que nos pasamos el día buscando madera y agua. Durante los diez primeros años de mi vida llegué a pensar que me llamaba «ve a buscar».

Estaban a punto de salir por la puerta cuando Lou, que llevaba el farol, se detuvo.

—Eh, ¿cuál es el establo de las vacas?

—¿Qué tal si te lo enseño?

El aire estaba tan helado que calaba los huesos, y Lou agradeció llevar una camiseta gruesa, si bien se metió las manos bajo las axilas. Louisa los guiaba con la linterna; pasaron junto al gallinero y los corrales antes de llegar al establo, un edificio en forma de «A» con unas grandes puertas de dos hojas. Estaban abiertas y en el interior se veía una luz solitaria. Lou oyó los bufidos y los gritos de los animales, el incansable ir y venir de las pezuñas por la tierra y, en el gallinero, el batir de alas inquietas. El cielo, curiosamente, estaba más oscuro en unas partes que en otras, pero entonces Lou se percató de que las manchas negras eran los Apalaches.

Lou nunca había visto una noche parecida. Nada de farolas, ni luces de edificios, ni coches, ni ninguna iluminación que procediera de baterías o electricidad. Las únicas luces eran las estrellas, la lámpara de queroseno que llevaba Louisa y la que Eugene tenía en el establo. Sin embargo, a Lou la oscuridad no le asustaba para nada. De hecho, se sentía segura mientras iba detrás de la alta silueta de su bisabuela. Oz las seguía de cerca, y Lou era consciente de que no se sentía tan cómodo. Sabía de sobra que, con el tiempo suficiente, su hermano acababa encontrando elementos terroríficos en cualquier cosa.

El establo olía a heno, tierra húmeda, animales grandes y estiércol. El suelo de tierra estaba cubierto con paja. De las paredes colgaban bridas y arneses, algunos resquebrajados y muy gastados y otros en perfecto estado. Había balancines individuales y dobles, apilados los unos sobre los otros y una escalera de madera con un escalón roto que conducía a un pajar, que ocupaba la mayor parte del nivel superior y estaba repleto de paja suelta o en pacas. Había postes centrales de álamo que Lou supuso que servían para sostener el establo, el cual tenía pequeñas alas en los laterales y en la parte posterior. Habían construido distintos compartimientos y la yegua, las mulas, los cerdos y las ovejas pasaban el tiempo en sus respectivas áreas. Lou veía que de los ollares de los animales surgían chorros de vapor.

Eugene estaba sentado en un pequeño taburete de tres patas que apenas se veía bajo su enorme silueta, en uno de los compartimientos. Junto a él había una vaca blanca con manchas negras que agitaba e introducía la cabeza en el pesebre.

Louisa los dejó con Eugene y volvió a la casa. Oz se arrimó a Lou después de que la vaca del compartimiento contiguo diese una sacudida y mugiera.

—La vieja *Bran* padece de fiebre láctea —dijo—. Hemos de ayudarla. —Señaló una oxidada bomba de bicicleta que estaba en uno de los rincones del compartimiento—. Páseme esa bomba, señorita Lou.

Lou se la entregó y Eugene apretó la manguera con fuerza contra uno de los pezones de *Bran*.

—Ahora, bombee.

Oz bombeaba mientras Eugene apretaba la manguera contra cada uno de los cuatro pezones y daba masaje a la ubre de la vaca, que se estaba inflando como una

pelota.

—Buena chica, nunca hemos dejado de ordeñarte. Nos ocuparemos de ti —dijo Eugene con voz tranquilizadora, dirigiéndose a *Bran*—. Bien, así está bien —añadió volviéndose hacia Oz, quien dejó de bombear y retrocedió, esperando.

Eugene apartó la bomba e hizo señas a Lou para que se sentara en el taburete. Le guio las manos hasta las tetillas de *Bran* y le enseñó a sujetarlas correctamente y a friccionarlas para que la leche fluyera mejor.

—Ya la hemos inflado, ahora tenemos que sacarla. Tire fuerte, señorita Lou, a la vieja *Bran* no le molesta. Tiene que sacar la leche. Eso es lo que le duele.

Lou tiró con vacilación al principio pero luego comenzó a coger el ritmo. Sus manos se movían de manera eficiente y todos oyeron el aire que, al salir de la ubre, formaba nubes pequeñas y cálidas en el aire frío.

Oz se adelantó.

—¿Puedo probar?

Lou se incorporó y Eugene instaló a Oz en el taburete.

Al poco tiraba tan bien como Lou y, finalmente, aparecieron gotas de leche en el extremo de los pezones.

—Lo hace bien, señorito Oz. ¿Ya había tirado de los pezones de una vaca en la ciudad?

Todos se rieron de la ocurrencia.

Tres horas después Lou y Oz ya no reían; habían ordeñado las otras dos vacas, una de las cuales Louisa les había dicho que estaba preñada, y habían tardado media hora con cada una. Luego habían llevado cuatro cubos de agua a la casa y después habían arrastrado otros cuatro desde el cobertizo del arroyo para los animales. A continuación habían cargado madera y carbón para llenar la leñera y la carbonera de la casa. En ese momento estaban dando de comer a los cerdos y parecía que la lista de tareas era cada vez más grande.

Oz se debatió con su cubo y Eugene le ayudó a pasarlo por encima de la cerca. Lou vertió el contenido del suyo y se hizo a un lado.

—Me parece increíble que tengamos que dar de comer a los cerdos —dijo.

—Comen muchísimo —señaló Oz mientras los observaba dar cuenta de lo que parecía basura líquida.

—Son desagradables —afirmó Lou al tiempo que se limpiaba las manos en el peto.

—Y nos dan de comer cuando lo necesitamos.

Los dos se volvieron y vieron a Louisa con un cubo lleno de maíz para las gallinas, sudando a pesar del frío. Louisa recogió el cubo vacío de Lou y se lo dio.

—Cuando llegan las nieves no se puede ir montaña abajo. Tenemos que almacenar víveres. Y son puercos, Lou, no cerdos.

Lou y Louisa se miraron fijamente en silencio por un instante, hasta que el ruido de un coche que llegaba les hizo desviar la mirada hacia la casa.

Era un Oldsmobile descapotable, cuarenta y siete caballos de potencia y asiento trasero descubierto. La pintura negra se había desprendido y aparecía oxidado en varios lugares, los guardabarros estaban abollados y los neumáticos lisos; llevaba la capota baja a pesar del frío. Era un hermoso desecho.

El hombre aparcó el coche y se apeó. Era alto y desgarbado, lo que denotaba cierta fragilidad y una fuerza inusitada a la vez. Cuando se quitó el sombrero vieron que tenía el pelo negro y lacio que le enmarcaba de forma agradable la cabeza. Una nariz y una mandíbula bien formadas, unos ojos azules atractivos y una boca rodeada de abundantes líneas de expresión conformaban un rostro que provocaría una sonrisa hasta en el peor de los días. Parecía más próximo a los cuarenta que a los treinta. Llevaba un traje gris de dos piezas con un chaleco negro y un reloj de caballero del tamaño de un dólar de plata que colgaba de una pesada cadena y se balanceaba por fuera del chaleco. Los pantalones se ensanchaban a la altura de la rodilla y los zapatos hacía tiempo que habían dejado de brillar. Comenzó a caminar hacia ellos, se detuvo, volvió al coche y sacó un maletín estropeado.

Mientras el hombre se dirigía hacia ellos Lou se preguntó cuál sería el apodo de aquel desconocido.

—¿Quién es? —preguntó Oz.

—Lou, Oz, os presento a Cotton Longfellow, el mejor abogado de por aquí — anunció Louisa en voz alta.

El hombre sonrió y le estrechó la mano a Louisa.

—Bueno, dado que soy uno de los pocos abogados que hay por aquí se trata de un mérito más bien discutible, Louisa.

Lou nunca había oído una voz como aquélla, mezcla de acento sureño con la entonación propia de Nueva Inglaterra. No supo decidir de dónde era, algo que por lo general se le daba bien. ¡Cotton Longfellow! Dios Santo, el nombre no le había decepcionado en absoluto^[1].

Cotton dejó el maletín en el suelo y les estrechó la mano con solemnidad, aunque le brillaron los ojos al hacerlo.

—Encantado de conoceros, aunque Louisa me ha contado tantas cosas de vosotros que es como si os conociera de toda la vida. Siempre había deseado veros algún día, y lamento muchísimo que sea en estas circunstancias. —Pronunció las últimas palabras con suma delicadeza.

—Cotton y yo tenemos que hablar de varios asuntos. Cuando hayáis acabado de dar de comer a los puercos ayudad a Eugene con el resto del ganado y dadles heno. Luego terminad de recoger los huevos.

Mientras Cotton y Louisa se encaminaban hacia la casa Oz recogió el cubo y fue a buscar más sobras. Sin embargo, Lou siguió a su bisabuela y al abogado con la mirada, y resultaba obvio que no estaba pensando en los puercos. Se estaba haciendo preguntas sobre aquel hombre con un nombre tan raro, Cotton Longfellow, que hablaba de manera extraña y parecía saber mucho sobre ellos. Finalmente, vio un

puerco de más de ciento cincuenta kilos que evitaría que pasaran hambre durante el invierno y siguió a su hermano. Las paredes montañosas parecieron cerrarse en torno a Lou.

Cotton y Louisa entraron en la casa por la puerta trasera. Mientras iban por el pasillo de camino al salón, Cotton se detuvo y miró por la puerta entreabierta de la habitación en que Amanda yacía en la cama.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó Cotton.

—Trau... ma men... tal —Louisa pronunció lentamente aquellas extrañas palabras—. Así lo llamó la enfermera.

Entraron en la cocina y se sentaron en unas sillas de patas de roble cepillado a mano tan suave que la madera parecía cristal. Cotton extrajo varios documentos del maletín y unas gafas de montura metálica del bolsillo. Se las puso, observó los documentos por unos instantes y luego se echó hacia atrás para hablar sobre los mismos. Louisa le sirvió una taza de café de achicoria. Cotton tomó un sorbo y sonrió.

—Si esto no te despierta, entonces es que estás muerto.

Louisa se sirvió una taza.

—Bueno, ¿qué has averiguado? —inquirió.

—Tu nieto no dejó testamento, Louisa. No es que importase mucho, porque la verdad es que no tenía dinero.

Louisa parecía perpleja.

—¿Y todo lo que escribió, todos esos maravillosos libros?

Cotton asintió con aire pensativo.

—Por muy buenos que fueran lo cierto es que no se vendían mucho. Tenía que aceptar encargos para llegar a fin de mes. Cuando Oz nació tuvo problemas de salud. Muchos gastos. Y Nueva York no es lo que se dice barata.

Louisa bajó la mirada.

—Y eso no es todo —dijo. Cotton la observó con curiosidad—. Jack me envió dinero durante todos esos años. Le escribí una vez y le dije que no era justo, que tenía su propia familia y todo eso. Pero me dijo que era rico. ¿Puedes creerlo? Explicó que quería darme el dinero por todo lo que había hecho por él. Pero yo no había hecho nada.

—Bueno, parece que justo antes del accidente Jack planeaba trabajar para unos estudios de cine en California.

—¿California? —Louisa pronunció la palabra como si fuera una enfermedad, y a continuación dejó escapar un suspiro—. Ese muchacho nunca se olvidó de mí, pero que me diera dinero sin que lo tuviera es el colmo. Maldita la hora en que lo acepté. —Puso los ojos en blanco por unos instantes antes de proseguir—. Tengo un problema, Cotton. Tres años de sequía y ninguna cosecha. Me quedan cinco puercos y tendré que matar uno dentro de poco. Sólo tres puercas y un verraco. En la última carnada hubo más crías que nunca. Tres vacas aceptables. Hice preñar a una, pero todavía no ha parido y estoy preocupada. Y *Bran* tiene la fiebre. Las ovejas me dan

más lata que otra cosa. La vieja jamelga ya no hace nada de nada y se me come la casa entera. Pero durante todos estos años se ha dejado la piel trabajando aquí. —Se calló y tomó aire—. Y McKenzie, el de la tienda, ya no me fía.

—Tiempos duros, Louisa, no voy a negártelo.

—Sé que no puedo quejarme; esta vieja montaña me ha dado todo lo que tenía.

Cotton se inclinó hacia delante.

—Bueno, lo que no puede negarse es que tienes tierras, Louisa. Ésa es una gran baza.

—No puedo venderlas, Cotton. Cuando llegue el momento pasarán a manos de Lou y Oz. Su padre amaba este lugar tanto como yo. Y Eugene también. Él es como de la familia. Trabaja duro. Se quedará con una parte de las tierras para criar a los suyos. Sólo lo justo.

—Me parece bien —dijo Cotton.

—Cuando me escribieron preguntándome si acogería a los niños, ¿cómo iba a negarme? A Amanda ya no le queda nadie, soy cuanto tienen. Vaya salvadora estoy hecha, ya no valgo para nada. —Unió los dedos, nerviosa, y miró inquieta por la ventana—. He pensado en ellos todos estos años, preguntándome cómo serían. Leyendo las cartas de Amanda y mirando las fotografías que me mandaba. Me enorgullecía de lo que Jack había hecho. Y de sus bonitos hijos. —Sacudió la cabeza con cara de preocupación; las profundas arrugas de la frente parecían surcos en un campo.

—Saldrás adelante, Louisa. Si me necesitas para algo, ayudarte a plantar o cuidar de los niños, dímelo. Vendré más que gustoso.

—Vamos, Cotton, eres un abogado ocupado.

—A los de aquí no les hace falta alguien como yo. Puede que así sea mejor. Si tengo un problema voy a ver al juez Atkins, al juzgado, y lo resuelvo con él. Los abogados sólo saben complicar las cosas. —Sonrió y le dio una palmada en la mano a Louisa—. Todo saldrá bien, Louisa. Lo mejor para todos es que los niños se queden contigo.

Louisa sonrió y luego, lentamente, frunció el ceño.

—Cotton, Diamond me ha dicho que hay varios hombres rondando por las minas de carbón. No me gusta nada.

—He oído decir que son topógrafos, expertos en minerales.

—¿Es que no están cavando en las montañas lo bastante rápido? Cada vez que veo otro agujero me entran náuseas. Nunca vendo nada a los del carbón. Destrozan todo lo que es bonito.

—He oído decir que no buscan carbón sino petróleo.

—¡Petróleo! —exclamó ella, incrédula—. No estamos en Tejas.

—Eso es lo que he oído.

—No pienso preocuparme por esas tonterías. —Louisa se incorporó—. Tienes razón, Cotton, todo saldrá bien. El Señor nos traerá lluvias este año. Y si no es así, ya

se me ocurrirá algo.

Mientras Cotton se ponía de pie para marcharse, miró hacia el pasillo.

—Louisa, ¿te importa si le doy el pésame a la señora Amanda?

Louisa caviló al respecto.

—Oír otra voz le vendrá bien. Y eres buena persona, Cotton. ¿Cómo es que no te has casado?

—Todavía no he encontrado a la mujer que sepa soportar mis penas.

Ya en la habitación de Amanda, Cotton dejó el maletín y el sombrero en el suelo y se acercó silenciosamente a la cama.

—Señora Cardinal, soy Cotton Longfellow. Encantado de conocerla. Louisa me ha leído algunas de sus cartas y tengo la sensación de que ya la conozco. —Amanda, por supuesto, no movió músculo alguno y Cotton miró a Louisa.

—He hablado con ella. Oz también. Pero nunca abre la boca, ni mueve un dedo siquiera.

—¿Y Lou? —preguntó Cotton.

Louisa sacudió la cabeza.

—Un día de éstos estallará; se guarda demasiadas cosas dentro.

—Louisa, tal vez sería buena idea que viniera Travis Barnes, de Dickens, y le echase un vistazo.

—Los médicos cuestan dinero, Cotton.

—Travis me debe un favor. Vendrá.

—Gracias —dijo Louisa en voz baja.

Cotton miró alrededor y vio una Biblia en el tocador.

—¿Puedo volver? —inquirió. Louisa le miró con curiosidad—. He pensado que, bueno, podría leerle algo. Estimulación mental. He oído hablar al respecto. No garantiza nada. Pero si hay algo que sé hacer bien es leer.

Antes de que Louisa respondiera, Cotton miró a Amanda.

—Será todo un placer venir a leer libros para usted.

Al alba Louisa, Eugene, Lou y Oz estaban en uno de los campos. *Hit*, la mula, estaba enganchada a un arado con un disco de acero giratorio.

Lou y Oz ya se habían tomado la leche y el pan de maíz con melaza. La comida era buena y llenaba, pero desayunar a la luz del farol comenzaba a cansarles. Oz había recogido los huevos de gallina mientras Lou había ordeñado las dos vacas sanas bajo la atenta mirada de Louisa. Eugene había cortado leña y Lou y Oz la habían cargado hasta la cocina y luego habían llevado cubos de agua para los animales. Habían sacado al ganado y le habían dado heno. Sin embargo, parecía que el verdadero trabajo aún no había comenzado.

—Tenemos que arar todo el campo —anunció Louisa.

Lou olió el aire.

—¿Qué es lo que huele tan mal?

Louisa se agachó, cogió un poco de tierra y la apretó entre los dedos.

—Estiércol. Si encontráis estiércol en los compartimientos, echadlo aquí. Enriquece la tierra.

—Apesta —masculló Lou.

Louisa dejó que la brisa matinal se llevara los trozos de tierra mientras dirigía a Lou una mirada significativa.

—Ese olor acabará gustándote.

Eugene manejó el arado mientras Louisa y los niños caminaban a su lado.

—Ésta es la roturadora —informó Louisa al tiempo que señalaba el extraño disco de metal—. Se ara una fila completa, luego se le da la vuelta y se repasa lo arado. Se forman surcos iguales a los lados del disco, que también lanza terrones de tierra. Después de arar, recorremos el campo rompiendo los terrones. Luego escarificamos y la tierra queda muy igualada. Después usamos otro arado distinto que hace unas buenas hileras. A continuación, plantamos.

Louisa le dijo a Eugene que arara una fila para que los niños vieran cómo lo hacía, y luego le dio una patada al arado.

—Pareces muy fuerte, Lou. ¿Quieres intentarlo?

—Claro —repuso Lou—. Seguro que es fácil.

Eugene la colocó correctamente, le rodeó la cintura con las correas para guiar, le dio el látigo y se hizo a un lado. Al parecer, *Hit* supuso que Lou era un blanco fácil, porque salió muy rápido. Al poco, la fuerte Lou cayó de bruces sobre aquella tierra fértil.

Mientras la ayudaba a levantarse y limpiarse la cara, Louisa dijo:

—Esa vieja mula ha podido contigo esta vez. Estoy segura de que no volverá a pasarte.

—No quiero hacerlo más —dijo Lou tapándose el rostro con la manga al tiempo que escupía trozos de cosas sobre las que prefería no pensar. Había enrojecido y de

sus ojos caían lágrimas.

Louisa se arrodilló delante de ella.

—La primera vez que tu padre intentó arar tenía tu edad. La mula lo arrastró y acabaron en el arroyo. Tardé buena parte del maldito día en sacarlos de allí. Tu padre dijo lo mismo que tú. Y decidí que hiciese lo que quisiera.

Lou dejó de restregarse la cara, tenía los ojos casi secos.

—¿Y qué ocurrió?

—No se acercó a los campos ni a la mula durante dos días. Pero una mañana salí a trabajar y me lo encontré en el campo.

—¿Y lo aró todo? —inquirió Oz.

Lou negó con la cabeza.

—La mula y tu papá acabaron en la pocilga, cubiertos de porquería. —Oz y Lou rieron y Louisa prosiguió—: La siguiente vez la mula y tu padre llegaron a un acuerdo. Él ya había pagado el pato y la mula se había divertido lo suyo, así que se convirtieron en el mejor equipo de labranza jamás visto.

Desde el otro lado del valle llegó el sonido de una sirena. Era tan agudo que Lou y Oz se llevaron las manos a los oídos. La mula resopló y tiró del arnés. Louisa frunció el entrecejo.

—¿Qué es? —preguntó Lou.

—La sirena de la mina de carbón.

—¿Ha habido un hundimiento?

—No, ¡chist, silencio! —dijo Louisa al tiempo que escudriñaba las laderas. Al cabo de cinco minutos de inquietud la sirena dejó de oírse. Entonces les llegó el fragor de un estruendo sordo, como si se tratara de un alud. Lou tuvo la impresión de que los árboles e incluso la montaña temblaban. Sujetó con fuerza la mano de Oz, con la intención de escapar, pero no lo hizo porque Louisa no se había movido. Entonces volvió a reinar el silencio.

Louisa se volvió hacia ellos.

—Los de la mina hacen sonar la sirena antes de la explosión —dijo—. Usan dinamita. A veces demasiada, y se producen derrumbamientos. Algunas personas han resultado heridas. No me refiero a mineros, sino a granjeros. —Volvió a mirar con ceño hacia donde parecía haberse producido la explosión, y luego siguieron labrando la tierra.

Cenaron alubias pintas con pan de maíz, mantequilla y leche, y las bajaron con agua de manantial, que estaba helada.

Era una noche muy fría; el viento aullaba implacablemente mientras azotaba la casa, pero las paredes y el tejado resistían el embate. El fuego de carbón era cálido y la luz del farol resultaba agradable para la vista. Oz estaba tan cansado que estuvo a punto de quedarse dormido sobre el plato Cristal Winters Oatmeal, que era de color azul cielo.

Tras la cena Eugene se dirigió al establo mientras Oz, exhausto, dormitaba

delante del fuego. Louisa vio a Lou acercarse a Oz, apoyar la cabeza de éste en su regazo y acariciarle el pelo. Louisa se puso unas gafas de montura metálica y comenzó a coser una camisa a la luz de la lumbre. Al cabo de un rato dejó la camisa a un lado y se sentó junto a los niños.

—Está cansado —dijo Lou—. No está acostumbrado a esta vida.

—Es difícil acostumbrarse al trabajo duro. —Louisa también acarició el pelo de Oz. Parecía como si a la gente le gustara tocarle la cabeza. Quizá para bien—. Estás haciendo un buen trabajo. De hecho mucho mejor que yo cuando tenía tu edad. Y no soy de ninguna gran ciudad. Eso lo hace más difícil, ¿no?

La puerta se abrió y entró una ráfaga de viento. Eugene parecía preocupado.

—El ternero viene.

En el establo, la vaca llamada *Purty* yacía tumbada en un amplio compartimiento destinado a los partos y se agitaba sin cesar a causa de los dolores. Eugene se arrodilló y la sostuvo mientras que Louisa se colocó tras ella y buscó con los dedos la masa resbaladiza del ternero. Fue una batalla muy reñida, ya que parecía que el ternero todavía no deseaba llegar al mundo. Sin embargo, Eugene y Louisa, armados de paciencia, lo sacaron; era una masa de extremidades de aspecto gelatinoso con los ojos apretados. El parto fue sangriento, y a Lou y a Oz se les revolvió el estómago de nuevo cuando vieron a *Purty* comerse la placenta, pero Louisa les explicó que era normal que lo hiciese. *Purty* comenzó a lamer al ternero, y no se detuvo hasta que quedó completamente limpio. Con ayuda de Eugene el ternero se irguió sobre sus patas vacilantes mientras Louisa preparaba a *Purty* para el siguiente paso, que el ternero acometió como si fuera la cosa más natural del mundo: mamar. Eugene se quedó con la madre y el ternero y Louisa y los niños regresaron a la casa.

Lou y Oz estaban excitados y agotados, y el reloj indicaba que era casi medianoche.

—Nunca había visto el parto de una vaca —dijo Oz.

—Nunca has visto ningún parto —replicó su hermana.

Oz caviló al respecto.

—Sí, uno. El mío.

—Ése no cuenta —dijo Lou.

—Pues debería —replicó Oz—. Costó lo suyo. Mamá me lo contó.

Louisa echó otro trozo de carbón al fuego, lo desplazó hacia las llamas con un atizador de hierro y luego se sentó y siguió cosiendo; las manos, nervudas y nudosas, se movían con lentitud y precisión.

—Venga, los dos a la cama —dijo.

—Primero quiero ver a mamá. Le contaré lo de la vaca. —Oz miró a Lou—. Es la segunda vez. —Se encaminó hacia la habitación de Amanda.

Lou no hizo ademán de alejarse del calor de la chimenea.

—Lou, tú también debes ver a tu madre —señaló Louisa.

Lou fijó la vista en el fuego.

—Oz es demasiado pequeño para entenderlo, pero yo no.

Louisa dejó de coser.

—¿Entender el qué? —inquirió.

—Los médicos de Nueva York dijeron que con cada día que pasase era menos probable que mamá regresara. Ya ha pasado mucho tiempo.

—No debes perder la esperanza, Lou.

Lou se volvió hacia su bisabuela.

—Tú tampoco lo entiendes, Louisa. Papá se ha ido. Le vi morir. Puede —Lou tragó saliva con dificultad— que, al menos en parte, yo fuera culpable de su muerte. —Se restregó los ojos y luego cerró los puños, enojada—. Y mamá no se está curando. Oí lo que dijeron los médicos. Oí todo lo que dijeron los adultos aunque intentaron que no lo supiera. ¡Como si yo no tuviese nada que ver! Dejaron que nos la llevásemos a casa porque no podían hacer nada más por ella. —Se calló, respiró hondo y, poco a poco, se calmó—. Y no conoces a Oz. Se ilusiona demasiado y empieza a hacer locuras. Y luego... —Su voz se fue apagando, y bajó la vista—. Hasta mañana.

A la luz del farol y del fuego parpadeante Louisa siguió a Lou con la mirada mientras se alejaba en dirección al dormitorio. Cuando los pasos se hubieron desvanecido, la anciana se dispuso a proseguir cosiendo pero la aguja no se movió. Cuando Eugene entró y se fue a dormir, la anciana continuaba allí, junto al fuego casi apagado, inmersa en cavilaciones tan humildes como enormes eran las montañas que la rodeaban.

Finalmente, Louisa se puso de pie y se dirigió a su dormitorio, donde extrajo una pequeña pila de cartas del tocador. Subió las escaleras y entró en la habitación de Lou, que miraba por la ventana.

Lou se volvió y vio las cartas.

—¿Qué es eso?

—Cartas que tu madre me escribió. Quiero que las leas —respondió Louisa.

—¿Para qué?

—Porque las palabras dicen mucho de una persona.

—Las palabras no cambian nada. Oz puede creer lo que quiera, pero eso no arregla nada.

Louisa puso las cartas sobre la cama.

—A veces los mayores harían bien en hacer caso a los pequeños. Tal vez aprenderían algo.

Después de que Louisa se hubo marchado, Lou introdujo las cartas en el viejo escritorio de su padre y cerró el cajón con firmeza.

Lou se levantó muy temprano y se dirigió a la habitación de su madre, donde observó durante unos minutos el acompasado subir y bajar del pecho de Amanda. Sentada al borde de la cama, Lou apartó las mantas y frotó y movió los brazos de su madre. Luego le dio masaje durante largo rato en las piernas tal y como le habían enseñado los médicos de Nueva York. Lou estaba a punto de terminar cuando advirtió que Louisa la observaba desde el umbral.

—Tenemos que conseguir que se sienta cómoda —explicó Lou.

Cubrió a su madre y se encaminó hacia la cocina. Louisa la siguió.

Lou puso un hervidor a calentar.

—Puedo hacerlo yo, cielo —dijo Louisa.

—Ya está. —Lou añadió copos de avena al agua y mantequilla. Se llevó el tazón al dormitorio de su madre y, con sumo cuidado, le dio de comer. Amanda comió y bebió de buena gana, si bien sólo podía ingerir alimentos blandos. Louisa se sentó a su lado, y Lou señaló los ferrotipos de la pared—. ¿Quiénes son?

—Mis padres. La que está con ellos soy yo de pequeña. También algunos pacientes de mi madre. Fue la primera vez que me sacaron una foto. Me gustaba, pero a mamá le daba miedo. —Indicó otro ferrotipo—. Ése de ahí es mi hermano Robert. Está muerto. Todos lo están.

—Tus padres y hermano eran altos.

—Lo llevamos en la sangre. Es curioso cómo se heredan esas cosas. Tu padre medía un metro ochenta a los catorce años. Yo sigo siendo alta, pero no tanto como antes. Tú también serás alta.

Lou limpió el tazón y la cuchara y luego ayudó a Louisa a preparar el desayuno para los demás. Eugene estaba en el establo, y las dos oyeron a Oz moviéndose en la habitación.

—Tengo que enseñar a Oz cómo mover los brazos y las piernas de mamá. Y también puede darle de comer.

—Perfecto. —Louisa puso la mano en el hombro de Lou—. Y bien, ¿leíste alguna de las cartas?

—No quería perder a mis padres, pero así ha sido. Ahora tengo que ocuparme de Oz. Y tengo que mirar hacia el futuro, no hacia el pasado —replicó Lou al tiempo que la miraba. Añadió con firmeza—: Tal vez no lo comprendas pero es lo que debo hacer.

Tras las tareas matutinas Eugene llevó a Lou y a Oz a la escuela en el carro tirado por la mula, después de lo cual regresó a la granja para seguir trabajando. Lou y Oz llevaban los libros gastados y varias valiosas hojas de papel entre las páginas de éstos, dentro de unas viejas mochilas de arpillera. Ambos tenían sendos lápices de mina gruesos; Louisa les había dicho que les sacaran punta sólo cuando fuese estrictamente necesario y que lo hicieran con un cuchillo afilado. Los libros eran los

mismos que había utilizado su padre, y Lou apretaba los suyos contra el pecho como si fueran un regalo de Jesucristo. También llevaban un cubo abollado con varios trozos de pan de maíz, un pequeño tarro de mermelada de manzana y una jarrita de leche para almorzar.

La escuela Big Spruce era de construcción reciente. Se había construido con fondos del New Deal, cuando la Gran Depresión, para sustituir el edificio de troncos que había ocupado el mismo lugar durante casi ochenta años. La escuela era de madera blanca con ventanas en un lateral y se asentaba sobre bloques de hormigón. Al igual que la granja de Louisa, el tejado no tenía tejas de madera sino varias planchas largas clavadas de tal modo que formaban secciones traslapadas. En la escuela había una puerta con un pequeño saliente. Una chimenea de ladrillos se alzaba sobre el tejado en forma de «A».

A la escuela solía acudir, un día cualquiera, la mitad de los estudiantes que debían hacerlo, si bien esa cantidad podía considerarse más bien elevada si se comparaba con las del pasado. En la montaña el trabajo en el campo siempre se imponía a los estudios.

En el centro del sucio patio crecía un nogal con el tronco agrietado. Había unos cincuenta niños jugando fuera de la escuela, cuyas edades oscilaban entre la de Oz y la de Lou. La mayoría vestía pantalón con peto, aunque varias niñas llevaban vestidos floreados hechos con bolsas Chop, que eran sacos de comida de cuarenta y cinco kilos para perros. Las bolsas eran bonitas y resistentes, y las niñas se sentían especiales cuando llevaban el «conjunto Chop». Algunos niños iban descalzos y otros con lo que habían sido zapatos pero que ahora parecían una especie de sandalias. Los había que llevaban sombrero de paja, mientras que otros iban con la cabeza descubierta; entre los mayores, varios ya se habían pasado al sombrero de fieltro, sin duda heredado de sus padres. Unas cuantas chicas iban con trenzas, otras llevaban el pelo liso y algunas con rizos.

A juicio de Lou, los niños los recibieron con cara de pocos amigos.

Un niño se adelantó. Lou lo reconoció de inmediato: era el que iba colgando del tractor que habían visto el primer día. Debía de ser el hijo de George Davis, el loco que los había amenazado con la escopeta en el bosque. Lou se preguntó si el hijo también estaría loco.

—¿Qué pasa, es que no sabéis caminar, que Ni Hablar tuvo que traeros? —dijo el muchacho.

—Se llama Eugene —espetó Lou en la cara del chico—. ¿Alguien sabría decirme dónde están las clases de segundo y sexto?

—Claro —respondió el mismo chico al tiempo que indicaba con la mano—. Las dos están por ahí.

Lou y Oz se volvieron y vieron la entrada del excusado exterior de madera que estaba detrás de la escuela.

—Pero sólo son para los nortños —añadió el chico con una sonrisa maliciosa.

Todos los niños comenzaron a gritar y a reír, y Oz, nervioso, se arrimó a su hermana. Ésta observó el excusado exterior por unos instantes y luego volvió a mirar al chico.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Billy Davis —respondió él, orgulloso.

—¿Siempre eres tan perspicaz, Billy Davis?

Billy frunció el entrecejo.

—¿Qué significa eso? ¿Me estás insultando, o qué?

—¿Acaso tú no acabas de insultarnos?

—Sólo he dicho la verdad. El norteño es norteño de por vida, y venir aquí no cambiará las cosas.

El grupo de niños expresó en voz alta su conformidad y Lou y Oz se vieron rodeados por el enemigo. Afortunadamente, la campana de la escuela les salvó y los niños corrieron hacia la puerta. Lou y Oz se miraron y luego siguieron al grupo.

—Me parece que no les caemos bien —musitó Oz.

—Me parece que me da lo mismo —repuso su hermana.

Al cabo de un instante se enteraron de que sólo había una clase que servía para todos los cursos, y que los estudiantes se dividían en grupos según las edades. Había tantas maestras como clases: una. Se llamaba Estelle McCoy y cobraba ochocientos dólares anuales. Era el único trabajo que había tenido y llevaba casi cuarenta años desempeñándolo, lo que explicaba que sus cabellos fueran más blancos que castaño desvaído.

En las tres paredes había sendas pizarras de gran tamaño. En un rincón había una estufa panzuda, de la cual surgía una tubería que llegaba al techo. Una elaborada librería de arce, que parecía fuera de lugar en aquel sencillo lugar, ocupaba otro de los rincones. Tenía puertas de cristal, y Lou vio que contenía varios libros. A su lado, un letrero escrito a mano rezaba: «Biblioteca».

Estelle McCoy estaba frente a ellos, con las mejillas sonrosadas, una sonrisa de oreja a oreja y con físico regordete cubierto con un brillante vestido floreado.

—Hoy tengo el placer de presentaros a dos alumnos nuevos: Louisa Mae Cardinal y su hermano, Oscar. Louisa Mae y Oscar, ¿seríais tan amables de ponerlos de pie?

Como si fuera alguien acostumbrado a hacer una reverencia ante el mínimo atisbo de autoridad, Oz se incorporó de un salto. Sin embargo, clavó la mirada en el suelo, desplazando el peso del cuerpo de un pie al otro, como si no pudiera aguantarse las ganas de orinar.

A pesar de la petición de la profesora, Lou se quedó sentada.

—Louisa Mae —repitió Estelle McCoy—, levántate para que te vean, cielo.

—Me llamo Lou.

La sonrisa de Estelle McCoy perdió cierta intensidad.

—Sí..., esto..., su padre fue un escritor muy famoso, Jack Cardinal.

Entonces Billy Davis intervino.

—¿No se murió? Eso es lo que dicen.

Lou fulminó a Billy con la mirada; el niño hizo una mueca.

La profesora parecía nerviosa.

—Billy, por favor. Esto... Como iba diciendo, era famoso y yo fui maestra suya. Espero, con toda la humildad del mundo, haber ejercido alguna influencia en su evolución como escritor. Se dice que los primeros años de formación son los más importantes. Bueno, ¿sabíais que el señor Jack Cardinal dedicó uno de sus libros al presidente de Estados Unidos en Washington?

Lou miró alrededor y se percató de que aquello no significaba nada para los niños de la montaña. De hecho, mencionar la capital de la nación yanqui no era precisamente lo más inteligente. A Lou no le enojó que no mostraran respeto por los logros de su padre sino que, por el contrario, se compadeció de su ignorancia.

Estelle McCoy no estaba preparada para aquel largo silencio.

—Esto..., bueno, bienvenidos, Louisa Mae y Oscar. Estoy segura de que honraréis a vuestro padre aquí, en su... *alma mater*.

Entonces, en el preciso instante en que Oz se sentaba, con la cabeza gacha y los ojos entornados, Lou se puso de pie. Parecía como si Oz temiese lo que su hermana estaba a punto de hacer. Oz sabía que Lou no se amilanaba ante nada. Para Lou no había término medio: o los dos cañones de la escopeta en la cara o seguir viviendo.

Sin embargo, se limitó a decir:

—Me llamo Lou. —Volvió a sentarse.

Billy se inclinó hacia ella.

—Bienvenida a la montaña, señorita Louisa Mae.

Las clases acababan a la tres, pero los niños no se apresuraban en regresar a casa porque sabían que les esperaban tareas varias. En cambio, daban vueltas por el patio en pequeños grupos, intercambiando navajas, yo-yos tallados a mano y tabaco de mascar casero. Las chicas intercambiaban secretos de cocina y costura, y hablaban sobre los cotilleos locales y sobre los chicos. Billy Davis alzó varias veces un árbol joven que habían colocado en las ramas bajas del nogal como si fuera una pesa ante la mirada de admiración de una chica ancha de caderas y con los dientes torcidos pero de pómulos sonrosados y ojos azules.

Mientras Lou y Oz salían, Billy se apartó del árbol en que estaba apoyado y se acercó a ellos con aire despreocupado.

—Vaya, es la señorita Louisa Mae. ¿Has ido a ver al presidente? —preguntó en tono socarrón.

—Por favor, Lou, sigue caminando —rogó Oz.

—¿Te pidió que firmaras uno de los libros de tu padre, aunque esté muerto y enterrado? —dijo Billy, en voz más alta.

Lou se detuvo. Oz, consciente de que no serviría de nada seguir suplicando, retrocedió. Lou se volvió hacia Billy.

—¿Qué te pasa, todavía estás dolido porque los nortños os dimos una patada en

el trasero, pedazo de paleta?

Los otros niños, intuyendo que habría gresca, formaron silenciosamente un círculo para evitar que la señora McCoy se diera cuenta de lo que ocurría.

—Será mejor que retires lo que acabas de decir.

Lou dejó caer la mochila.

—Será mejor que me des, si es que puedes.

—No pego a las chicas.

El comentario hizo que Lou se enfadara más de lo que lo hubiera hecho un puñetazo. Agarró a Billy por los tirantes del peto y lo arrojó al suelo, donde quedó boquiabierto, tanto por la fuerza como por la valentía de Lou. El círculo se estrechó aún más.

—Te daré una patada en el trasero si no retiras lo que has dicho —espetó Lou al tiempo que se agachaba y le hundía un dedo en el pecho.

Oz tiró de Lou a medida que el círculo se cerraba todavía más.

—Vamos, Lou, por favor, no pelees. Por favor.

Billy se levantó de un salto y se dispuso a atacar. En lugar de intentar pegar a Lou, sujetó a Oz y lo lanzó al suelo con fuerza.

—Maldito norteño apestoso.

Su mirada de triunfo fue efímera, porque Lou se la borró de un puñetazo. Billy cayó al suelo junto a Oz; la nariz le sangraba profusamente. Lou se sentó encima de Billy antes de que éste tuviese tiempo de reaccionar y lo golpeó con los puños. Billy comenzó a agitar los brazos y dar alaridos como si fuera un perro al que propinaran una paliza. Logró golpear a Lou en el labio, pero ella continuó castigándolo hasta que Billy se quedó quieto y se limitó a protegerse el rostro.

Entonces el círculo se rompió y la señora McCoy se abrió paso. Logró separar a Lou de Billy, si bien el esfuerzo la dejó casi sin aliento.

—¡Louisa Mae! ¿Qué pensaría tu padre si te viera? —exclamó.

Lou respiraba a duras penas y todavía tenía los puños cerrados como si se dispusiera a emprenderla a puñetazos.

Estelle McCoy ayudó a Billy a ponerse en pie. El chico se tapó la cara con la manga y sollozó de forma imperceptible.

—Vamos, dile a Billy que lo sientes —instó la profesora.

Lou, a modo de respuesta, embistió y golpeó de nuevo a Billy. El niño retrocedió de un salto, como si fuera un conejo arrinconado por una serpiente dispuesta a devorarlo.

La señora McCoy sujetó con fuerza el brazo de Lou.

—Louisa Mae, estate quieta ahora mismo y dile que lo sientes.

—Por mí como si se va al infierno.

Estelle McCoy estuvo a punto de desplomarse al oír semejante expresión en boca de la hija de un hombre famoso.

—¡Louisa Mae! ¡Eso no se dice!

Lou se soltó y echó a correr carretera abajo.

Billy salió disparado en la dirección contraria. Estelle McCoy se quedó con las manos vacías en medio del campo de batalla.

Oz, de quien se habían olvidado por completo durante la reyerta, se incorporó con calma, recogió del suelo la mochila de arpillera de su hermana, la sacudió para limpiarla y le dio un tirón al vestido de la profesora. Ésta le miró.

—Perdóneme, señorita —dijo Oz—, pero se llama Lou.

Louisa limpió el corte de la cara de Lou con agua y jabón y le aplicó una tintura casera que escocía como si fuera fuego, aunque Lou aguantó el dolor sin rechistar.

—Me alegro de que hayas empezado con tan buen pie, Lou.

—¡Nos llamaron noruegos!

—Vaya, santo Dios —dijo Louisa en un tono de fingida humillación.

—Y le hizo daño a Oz.

Louisa suavizó la expresión del rostro.

—Tenéis que ir a la escuela, cielo. Tenéis que esforzaros por llevaros bien con los demás.

Lou frunció el entrecejo.

—¿Y por qué no se esfuerzan ellos?

—Porque están en casa. Se comportan así porque nunca han visto a nadie como tú.

Lou se levantó.

—No sabes lo que es sentirse como un intruso. —Salió corriendo por la puerta y Louisa la siguió con la mirada al tiempo que sacudía la cabeza.

Oz esperaba a su hermana en el porche delantero.

—Te he dejado la mochila en la habitación —le dijo.

Lou se sentó en los escalones y apoyó el mentón en las rodillas.

—Estoy bien, Lou. —Oz se incorporó, dio una vuelta sobre sí mismo y estuvo a punto de caer al suelo—. ¿Lo ves? No me hizo daño.

—Me alegro, porque si no le habría pegado de verdad.

Oz observó de cerca el corte del labio.

—¿Te duele mucho?

—No siento nada. Tal vez sepan ordeñar vacas y arar los campos, pero los chicos de la montaña no saben pegar.

Alzaron la vista y vieron el coche de Cotton aparcando en el patio delantero. El abogado se apeó, con un libro bajo el brazo.

—Me he enterado de la aventura que habéis protagonizado hoy en la escuela —dijo mientras se acercaba a ellos.

Lou parecía sorprendida.

—Vaya, las noticias vuelan.

Cotton se sentó al lado de los niños.

—Aquí, cuando hay una buena pelea, los habitantes harán lo que sea con tal de que todo el mundo se entere.

—En realidad no fue una pelea —dijo Lou no sin orgullo—. Billy Davis se acurrucó y chilló como un bebé.

—Le hizo un corte en el labio a Lou, pero no le duele —apuntó Oz.

—Nos llamaron nortehños, como si fuera una especie de enfermedad —manifestó Lou.

—Bueno, por si te sirve de algo, yo también soy nortehño. De Boston. Y me han aceptado. Bueno, al menos la mayoría de ellos.

Lou abrió los ojos como platos al caer en la cuenta de la relación y se preguntó cómo era posible que no se hubiera percatado antes.

—¿Boston? Longfellow. ¿Eres...?

—Henry Wadsworth Longfellow fue el bisabuelo de mi abuelo. Creo que es la forma más sencilla de explicarlo.

—Henry Wadsworth Longfellow. ¡Caramba!

—Sí, ¡caramba! —dijo Oz, si bien no tenía ni idea de quién estaban hablando.

—Sí, sí, caramba. Siempre he querido ser escritor, desde niño.

—Vaya, ¿y por qué no lo eres? —preguntó Lou.

Cotton sonrió.

—Aunque reconozco mejor que muchos las obras inspiradas y bien escritas, cuando intento crearlas me quedo en blanco. Tal vez por eso vine aquí después de sacarme el título en Derecho. Lo más lejos posible del Boston de Longfellow. No soy un abogado excelente pero me defiendo bien. Y tengo tiempo para leer a quienes saben escribir. —Se aclaró la garganta y recitó con voz agradable—: Suelo pensar en la hermosa ciudad, que descansa junto al mar; en pensamientos suelo subir y bajar...

Lou retomó la estrofa:

—Por las agradables calles de esa querida y vieja ciudad. Y vuelvo a sentirme joven.

Cotton parecía impresionado.

—¿Conoces citas de Longfellow?

—Era uno de los preferidos de mi padre.

Cotton sostuvo en alto el libro que llevaba.

—Y éste es uno de mis escritores favoritos.

Lou miró el libro.

—Ésa es la primera novela que escribió mi padre.

—¿La has leído?

—Papá me leyó algunos fragmentos. Una madre pierde a su único hijo y cree que está sola en el mundo. Es muy triste.

—Pero también es una historia sobre cómo curarse, sobre personas que se ayudan. —Hizo una pausa y agregó—: Voy a leérsela a tu madre.

—Papá ya le leyó todos sus libros —apuntó Lou con frialdad.

Cotton se percató de lo que acababa de hacer.

—Lou, no intento reemplazar a tu padre.

Lou se incorporó.

—Era un gran escritor. No necesitaba ir por ahí citando a los demás.

Cotton también se puso de pie.

—Estoy seguro de que si tu padre estuviera aquí te diría que citar a los demás no tiene nada de malo. De hecho, es una muestra de respeto. Y yo respeto el talento de tu padre.

—¿Crees que leerle la ayudará? —inquirió Oz.

—Por mí puedes perder todo el tiempo que quieras. —Lou se alejó.

Cotton estrechó la mano de Oz.

—Gracias por tu permiso, Oz. Haré lo que pueda.

—Vamos, Oz, tenemos cosas que hacer —gritó Lou.

Mientras Oz se marchaba corriendo Cotton miró el libro y luego entró en la casa. Louisa estaba en la cocina.

—¿Has venido a leer? —preguntó.

—Ésa era mi intención, pero Lou me ha dejado bien claro que no quiere que le lea los libros de su padre. Tal vez esté en lo cierto.

Louisa miró por la ventana y vio a Lou y a Oz entrando en el establo.

—Te diré algo; Jack me escribió un montón de cartas durante todos esos años. Me gustaron algunas que me envió desde la universidad. Usa algunas palabras raras, que no entiendo, pero las cartas valen la pena. ¿Por qué no se las lees? Mira, Cotton, creo que lo más importante no es lo que se le lea. Creo que lo mejor que podemos hacer es estar con ella, hacerle saber que no hemos perdido la esperanza.

Cotton sonrió.

—Eres una mujer sensata, Louisa. Creo que es una idea excelente.

Lou entró el cubo lleno de carbón y lo vació en la carbonera que estaba junto a la chimenea. Luego se dirigió sigilosamente hacia el pasillo y aguzó el oído. Percibió un murmullo. Volvió a salir a toda prisa y observó, consumida por la curiosidad, el coche de Cotton. Rodeó corriendo la casa y llegó hasta la ventana del dormitorio de su madre. Estaba abierta, pero no era lo bastante baja para que pudiera ver. Aunque se puso de puntillas, tampoco logró vislumbrar nada.

—¡Hola!

Lou giró sobre los talones y vio a Diamond. Lo cogió del brazo y lo apartó de la ventana.

—No deberías acercarte a la gente de ese modo —dijo Lou.

—Lo siento —replicó él, sonriendo.

Lou se percató de que escondía algo tras la espalda.

—¿Qué tienes ahí?

—¿Dónde?

—Detrás de la espalda, Diamond.

—Oh, eso. Bueno, verás, estaba caminando por el prado y, bueno, los vi allí, tan bonitos. Y juro por Dios que decían tu nombre.

—¿Qué eran?

Diamond le mostró un ramo de azafranes de primavera amarillos y se lo tendió.

El gesto conmovió a Lou pero, por supuesto, no quiso demostrarlo. Le dio las

gracias y una palmada en la espalda que lo hizo toser.

—Hoy no te he visto en la escuela, Diamond.

—Oh, bueno. —Parecía incómodo. Jugueteeó en el suelo con un pie descalzo, se tiró del peto y miró a todas partes menos a Lou—. Oye, ¿qué estabas haciendo en la ventana cuando llegué? —preguntó finalmente.

Lou se olvidó de la escuela. Tenía una idea y, al igual que Diamond, prefería que las acciones se antepusieran a las explicaciones.

—¿Quieres ayudarme a hacer algo?

Al cabo de un rato Diamond comenzó a moverse, nervioso, y Lou le dio un golpe en la cabeza para que se quedara quieto. A ella le resultaba fácil porque estaba sentada sobre sus hombros mientras escudriñaba el dormitorio de su madre. Amanda estaba recostada en la cama. Cotton estaba en la mecedora, junto a ella, leyendo. Lou, sorprendida, se percató de que no le leía el libro que había traído sino una carta; asimismo, tuvo que reconocer que la voz de Cotton resultaba agradable.

Cotton había elegido la carta que estaba leyendo de entre un grupo que Louisa le había entregado. Había pensado que resultaba la más apropiada.

Bueno, Louisa, seguro que te alegras si te digo que los recuerdos que guardo de la montaña son tan vividos ahora como el día en que me marché, hace ya tres años. De hecho, no me cuesta nada imaginarme en las montañas de Virginia. Cierro los ojos y, de inmediato, veo a muchos amigos en quienes puedo confiar repartidos aquí y allá como si fueran libros favoritos que se guardan en un lugar especial. Conoces el grupo de abedules que está junto al arroyo. Bueno, cuando las ramas estaban bien juntas siempre pensaba que se transmitían secretos. Entonces, justo delante de mí, varios cervatillos avanzan sigilosamente por la zona donde tus campos arados se acurrucan contra la madera noble. Luego miro al cielo y sigo el vuelo irregular de los cuervos irascibles y después me fijo en un halcón solitario que parece bordado en el cielo de azul cobalto.

Ese cielo. Oh, ese cielo. Tantas veces me contaste que en la montaña parece que basta alargar la mano para cogerlo, sostenerlo, acariciarlo como si fuera un gato soñoliento, admirar su gracia infinita. Siempre consideré que era una manta generosa con la que me apetecía envolverme, Louisa, con la que echarme una larga siestecita en el porche bajo su fresca calidez. Cuando se hacía de noche siempre pensaba en ese cielo hasta que llegaba el rosa ardiente del alba.

También recuerdo que me decías que solías mirar la tierra sabiendo de sobra que jamás te había pertenecido por completo, del mismo modo que no podías exigirle nada al sol ni ahorrar el aire que respirabas. A veces me imagino a nuestros antepasados en la puerta de la casa, observando el mismo suelo. Pero en algún momento la familia Cardinal acabará por desaparecer.

Después, mi querida Louisa, ánimo, porque las convulsiones de la tierra abierta en los valles, el discurrir de los ríos y las suaves sacudidas de las colinas cubiertas de hierba, con pequeños destellos de luz asomando aquí y allá, como si fueran trozos de oro... Anímate, porque todo ello proseguirá su curso. Nada empeorará, porque, como me explicaste en muchas ocasiones, no somos más que un soplo de mortalidad comparados con la existencia eterna que Dios les ha dado.

Aunque mi vida ahora es distinta y vivo en la ciudad, jamás olvidaré que la transmisión de recuerdos es el vínculo más poderoso en el etéreo puente que une a las personas. Y si hay algo que me enseñaste es que lo que atesoramos en el corazón es el elemento más intenso de nuestra humanidad.

Cotton oyó un ruido y detuvo la lectura. Miró hacia la ventana y alcanzó a ver a Lou antes de que se agachara. Cotton leyó en silencio la última parte de la carta y luego decidió que la leería en voz alta. Así, se dirigiría tanto a la hija, que sabía que acechaba al otro lado de la ventana, como a la madre, que descansaba en el lecho.

Y tras ver que durante todos esos años te comportaste con honestidad, dignidad y compasión, sé que no existe nada tan poderoso como la amabilidad y la valentía de un ser humano que ayuda a otro que se encuentra sumido en la desesperación. Pienso en ti todos los días, Louisa, y seguiré pensando en ti hasta que mi corazón deje de latir. Con todo mi cariño,

Jack.

Lou volvió a asomar la cabeza por el alféizar. Subió centímetro a centímetro, hasta ver a su madre. Sin embargo, Amanda no había cambiado. Lou se apartó de la ventana, enfadada. El pobre Diamond se tambaleó peligrosamente, porque con el impulso Lou le había hecho perder el equilibrio. El pobre chico acabó perdiendo el equilibrio, y ambos rodaron por el suelo, emitiendo una serie de gruñidos y gemidos.

Cotton corrió hacia la ventana justo a tiempo para verlos rodear la casa. Se volvió hacia la mujer que yacía en la cama.

—Tiene que volver y unirse a nosotros, señora Amanda —dijo, y luego, como si temiera que alguien le escuchara, añadió en voz baja—: Por muchos motivos.

La casa estaba a oscuras y las nubes que cubrían el cielo anunciaban lluvia para la mañana siguiente. Sin embargo, cuando las caprichosas nubes y las frágiles corrientes cubrían las montañas, el clima solía cambiar rápidamente: la nieve se convertía en lluvia y lo claro en oscuro, y la tormenta se desataba cuando menos se la esperaba. Las vacas, puercos y ovejas estaban a resguardo en el establo, porque el *Viejo Mo*, el puma, había rondado por los alrededores, y se decía que la granja de los Tyler había perdido un ternero y los Ramsey un cerdo. Los montañeros proclives a utilizar la escopeta o el rifle mantenían los ojos bien abiertos por si aparecía el viejo carroñero.

Sam y *Hit* permanecían en silencio en su corral. El *Viejo Mo* no los atacaría. Una mula con malas pulgas podría matar a coces a cualquier otro animal en cuestión de minutos.

La puerta principal de la casa se abrió. Oz la cerró sin hacer ruido alguno. Estaba vestido y sujetaba el osito con fuerza. Miró alrededor por unos instantes y luego pasó junto al corral, dejó atrás los campos y se internó en el bosque.

La noche era negra como el carbón, el viento agitaba las ramas de los árboles, en la maleza se oían multitud de movimientos sigilosos y la hierba parecía aferrarse a las piernas de Oz. El pequeño estaba seguro de que había regimientos de duendes vagando en las inmediaciones y que él era su único blanco en la tierra. Sin embargo, había algo en el interior del niño que se había impuesto a aquellos temores, ya que ni en una sola ocasión pensó en volver sobre sus pasos. Bueno, quizás una vez, reconoció. O puede que dos.

Corrió sin parar durante unos minutos, abriéndose paso por lomas, pequeños barrancos entrecruzados y bosques densos. Dejó atrás una última arboleda, se detuvo, esperó por unos instantes y luego se dirigió hacia el prado. Más arriba vislumbró lo que lo había impulsado a hacer aquello: el pozo. Respiró hondo, agarró el osito con fuerza y, armado de valor, se encaminó hacia él. Sin embargo, Oz no era tonto de modo que, por si acaso, susurró:

—Es un pozo de los deseos, no un pozo encantado. Es un pozo de los deseos, no un pozo encantado.

Se detuvo y observó la construcción de ladrillo y mortero, luego se escupió en una mano y se la frotó en la cabeza para darse suerte. Después observó su querido osito durante largo rato y, finalmente, lo colocó con suavidad junto a la boca del pozo y retrocedió.

—Adiós, osito. Te quiero, pero tengo que entregarte. Ya sabes por qué.

Oz no sabía muy bien cómo seguir. Al final, se persignó y entrelazó las manos como si rezara, pensando que aquello satisfaría hasta al más exigente de los espíritus que concedían deseos a los jovencitos que los necesitaban más que nada en el mundo.

—Deseo que mi madre despierte y vuelva a quererme —añadió alzando la vista al

cielo. Hizo una pausa y luego añadió con solemnidad—: Y a Lou también.

Se quedó allí, expuesto al viento y a los peculiares sonidos que llegaban de todas partes y eran, estaba seguro de ello, diabólicos. No obstante, a pesar de todo ello, Oz no tenía miedo: había cumplido su misión.

—Amén, Jesús —concluyó.

Poco después de que se volviera y se marchara corriendo, Lou salió de entre los árboles y siguió a su hermano con la mirada. Se dirigió hacia el pozo, se agachó y recogió el osito.

—Oz, mira que eres tonto —susurró para sí.

Lou no lo había dicho de corazón, y se le quebró la voz. Irónicamente, fue Lou, la dura y no el bueno de Oz quien se arrodilló en el suelo húmedo y sollozó. Finalmente, se enjugó la cara con la manga, se puso en pie y le dio la espalda al pozo. Con el osito de Oz apretado contra el pecho comenzó a alejarse de aquel lugar. Algo la hizo detenerse, sin embargo, aunque no sabía exactamente el qué. Pero, sí, el viento inclemente parecía arrastrarla de vuelta hacia lo que *Diamond Skinner* había llamado «pozo de los deseos». Se volvió y lo miró, y a pesar de que la luna parecía haberlos abandonado por completo, tanto a ella como al pozo, el ladrillo resplandecía como si estuviera envuelto en llamas.

Lou no perdió el tiempo. Volvió a dejar el osito en el suelo, introdujo la mano en el bolsillo del peto y la extrajo: la fotografía en que aparecían su madre y ella, todavía enmarcada. Lou depositó la preciada imagen junto al querido osito, retrocedió y, tras sacar una página del libro de su hermano, entrelazó las manos y alzó la vista hacia las alturas. Sin embargo, a diferencia de Oz, no se molestó en persignarse ni en hablar en voz alta y clara al pozo o al cielo. Movié la boca pero no se oyeron palabras, como si no acabara de creer en lo que hacía.

Cuando terminó, giró sobre sus talones tras su hermano, aunque procuró guardar una distancia prudencial. No quería que Oz supiera que lo había seguido, si bien sólo lo había hecho para vigilarlo. Tras ella, el osito y la fotografía yacían tristes junto a los ladrillos, como si fueran una especie de santuario temporal a los muertos.

Como Louisa había predicho Lou y *Hit* llegaron a un acuerdo. Louisa, no sin orgullo, había visto a Lou ponerse en pie cada vez que *Hit* la derribaba; en vez de tenerle más miedo tras cada encontronazo con el astuto animal, Lou se mostraba más decidida y sagaz. «Venga, a arar, mula», decía Lou, y se movía con soltura.

Oz, por su parte, se había convertido en un experto en guiar la enorme grada que *Sam* arrastraba por los campos. Puesto que Oz era poco voluminoso, Eugene había apilado piedras a su alrededor. Los grandes terrones de tierra cedían y se rompían bajo el constante arrastre y la grada acababa suavizando el campo como si fuera la cobertura de una tarta. Tras semanas de trabajo, sudor y músculos agotados, los cuatro se apartaron y evaluaron el terreno que ya estaba preparado para ser plantado.

El doctor Travis Barnes había venido desde Dickens para comprobar el estado de Amanda. Era un hombre corpulento, de rostro rojizo y piernas cortas, con patillas

canosas, e iba vestido de negro. A Lou le parecía más un empleado de la funeraria que venía a enterrar un cadáver que un hombre versado en el arte de proteger la vida. Sin embargo, resultó ser amable y estar dotado de un sentido del humor que hizo todo más llevadero dadas las circunstancias. Cotton y los niños esperaron en el salón y Louisa se quedó con Travis durante el reconocimiento. Cuando Travis regresó al salón movía la cabeza y sujetaba con firmeza su maletín negro. Louisa le seguía e intentaba que su semblante resultara alentador. El médico se sentó a la mesa de la cocina y toqueteó la taza de café que Louisa le había servido. Clavó la mirada en la taza durante unos instantes, como si intentara encontrar palabras de consuelo flotando entre los restos de los granos de café y las raíces de achicoria.

—Las buenas nuevas —comenzó a decir— son que, por lo que veo, vuestra madre está bien desde un punto de vista físico. Las heridas han cicatrizado por completo. Es joven y fuerte y puede comer y beber, y mientras le ejercitéis las piernas y los brazos, los músculos no se le debilitarán. —Hizo una pausa, dejó la taza sobre la mesa y añadió—: Pero me temo que también hay malas noticias ya que el problema reside aquí —dijo mientras se tocaba la frente—. Y no podemos hacer gran cosa al respecto. Desde luego, es algo que yo no estoy en condiciones de remediar. Sólo podemos rezar y confiar en que un día salga del estado en que se encuentra. Oz se tomó aquello con calma y su optimismo apenas se vio mermado. Lou asimiló la información como si ésta corroborara algo que ya sabía.

En la escuela se habían producido menos problemas de los que Lou había imaginado. Ella y Oz se dieron cuenta de que los niños montañeses se mostraban mucho más abiertos que antes de que Lou se enfrentara a Billy. Lou tenía la sensación de que nunca entablaría amistad con ellos, pero al menos la hostilidad había disminuido. Billy Davis no volvió a la escuela durante varios días. Cuando lo hizo, los moretones habían desaparecido casi por completo, si bien había otros más recientes que, a juicio de Lou, se los había causado el terrible George Davis. En cierto modo, Lou se sintió culpable. En cuanto a Billy, la evitó como si fuera una serpiente venenosa, pero así y todo Lou no bajó la guardia. Sabía cómo era el mundo: cuando menos uno se lo esperaba, los problemas le tendían una emboscada.

Estelle McCoy también se contuvo al lado de la muchacha. Resultaba evidente que Lou y Oz estaban mucho más adelantados que los otros niños. Sin embargo, no alardeaban de ello, y Estelle McCoy lo apreciaba. Asimismo, nunca más volvió a llamarla Louisa Mae. Lou y Oz habían donado a la biblioteca una caja de libros suyos, y los niños, uno a uno, se lo habían agradecido. Así pues, se había producido una tregua digna de admiración.

Lou se levantaba antes del alba, realizaba las tareas que le correspondían y luego iba a la escuela y cumplía con sus obligaciones. A la hora del almuerzo se tomaba el pan de maíz y la leche con Oz bajo el nogal, en el cual estaban grabados los nombres y las iniciales de quienes habían estudiado en aquella escuela. Lou nunca había sentido el impulso de hacerlo ya que implicaba una permanencia que no estaba, ni

mucho menos, dispuesta a aceptar. Volvían a la granja por la tarde para trabajar y luego se acostaban, exhaustos, poco después de la puesta del sol. Era una vida monótona pero en aquellos momentos Lou lo agradecía.

Los piojos se habían adueñado de Big Spruce, y tanto Lou como Oz habían tenido que restregarse la cabeza con queroseno.

—No os acerquéis al fuego —les había advertido Louisa.

—Es asqueroso —dijo Lou al tiempo que se toqueteaba el pelo apelmazado.

—Cuando fui al colegio y me contagiaron los piojos me pusieron azufre, manteca y pólvora en el pelo —les contó Louisa—. No soportaba el olor y tenía miedo de que alguien encendiera una cerilla y la cabeza me estallara.

—¿Había escuela cuando eras pequeña? —preguntó Oz.

Louisa sonrió.

—Había lo que se llamaba escuela de pago, Oz. Un dólar al mes durante tres meses al año, y era buena estudiante. Éramos unos cien estudiantes en una cabaña de troncos con un suelo de tablones que crujía los días calurosos y se helaba los fríos. El profesor era rápido con la correa y el que se portaba mal tenía que quedarse de puntillas durante media hora con la nariz metida en un círculo que el profesor había dibujado en la pizarra. Yo nunca tuve que ponerme de puntillas. No siempre era buena, pero nunca me pillaron con las manos en la masa. Algunos estudiantes eran adultos que habían regresado de la guerra hacía poco, muchos de ellos mutilados, y que querían aprender a leer y a escribir. Solíamos deletrear las palabras en voz alta. Hacíamos tanto ruido que asustábamos a los caballos. —Le brillaron los ojos—. Tuve un profesor que solía hacer los ejercicios de geografía en su vaca. Siempre que miro un mapa me acuerdo del dichoso animal. —Los miró—. Supongo que puedes llenarte la cabeza en cualquier lugar. Así que aprended lo que tengáis que aprender. Como hizo vuestro padre —añadió, sobre todo pensando en Lou, tras lo cual ésta dejó de quejarse sobre el queroseno que tenía en el pelo.

Una mañana Louisa se compadeció de ellos y les dio un sábado libre para que hicieran lo que quisieran. Hacía buen día; la brisa soplaba del oeste, el cielo estaba despejado y las ramas de los árboles, rebosantes de verde, se mecían con suavidad. Diamond y *Jeb* vinieron a buscarlos, porque el primero decía que en el bosque había un lugar especial que quería enseñarles, así que allá fueron.

Apenas había cambiado de aspecto: el mismo pantalón con peto, la misma camisa y los mismos pies descalzos. Lou pensó que seguramente tendría las plantas de los pies tan encallecidas como cascos de caballo, ya que le vio correr por encima de rocas puntiagudas, maderas e incluso por un matorral espinoso y, sin embargo, no apreció que le sangraran y su rostro tampoco denotó gesto alguno de dolor. Llevaba una gorra manchada de aceite hundida hasta las cejas. Lou le preguntó si era de su padre, pero recibió un gruñido por toda respuesta.

Llegaron hasta un roble alto que se elevaba en un claro o, al menos, donde la maleza estaba cortada. Lou vio que había varios trozos de madera serrada clavados en el tronco del árbol, formando una escalera tosca. Diamond apoyó un pie en el primer escalón y comenzó a trepar.

—¿Adónde vas? —preguntó Lou mientras Oz sujetaba con fuerza a *Jeb*, que parecía deseoso de seguir a su dueño.

—A ver a Dios —repuso Diamond al tiempo que señalaba hacia lo alto. Lou y Oz miraron hacia el cielo.

Más arriba vieron varias tablas de madera de pino colocadas en dos de las enormes ramas del roble, formando una especie de plataforma. Sobre una de las ramas más sólidas y resistentes había una lona tendida cuyos laterales estaban sujetos mediante cuerdas a los pinos, formando así una especie de tosca tienda de campaña. Si bien era cierto que prometía diversión, aquel refugio se encontraba a bastante altura del suelo.

Diamond, que se movía con soltura, ya había trepado las tres cuartas partes.

—Venga, vamos —dijo.

Lou, que habría preferido morir de la manera más horrible imaginable antes que admitir que existía algo fuera de su alcance, puso una mano y un pie en sendos escalones.

—Quédate abajo si quieres, Oz —dijo—. No tardaremos mucho. —Comenzó a subir.

—Aquí tengo mis cosas —dijo Diamond para tentarles. Había llegado arriba y sus pies descalzos asomaban por el borde.

Oz, con toda ceremonia, se escupió en las manos, se agarró con fuerza a un trozo de madera y trepó tras su hermana. Se sentaron con las piernas cruzadas sobre las tablas de madera de pino, que formaban un cuadrado de dos metros por dos, con el techo de lona arrojando una sombra agradable, y Diamond les mostró sus

pertenencias. Primero, una punta de flecha de sílex que, según les dijo, tenía un millón de años y le había sido entregada en sueños. Luego, de una mohosa bolsa de tela, extrajo el esqueleto de un pequeño pájaro que no se veía desde los tiempos en que Dios creara el universo.

—Quieres decir que se ha extinguido.

—No, quiero decir que ya no está por aquí.

A Oz le llamó la atención un cilindro hueco de metal que tenía un fragmento de cristal encajado en uno de los extremos. Miró a través del mismo y, aunque todo se veía aumentado, el cristal estaba tan sucio y rayado que comenzó a dolerle la cabeza.

—Puedes ver a alguien a varios kilómetros de distancia —aseguró Diamond al tiempo que abarcaba con un ademán la totalidad de su reino—. Enemigo o amigo. —A continuación les enseñó una bala disparada por un fusil U. S. Springfield de 1861.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lou.

—Porque mi bisabuelo se la dio a mi abuelo y mi abuelo a mí antes de morir. Mi bisabuelo luchó por la Unión, ya sabéis.

—¡Oh! —exclamó Oz.

—Sí, pusieron su cuadro en la pared y todo, eso hicieron. Pero nunca apuntaba a alguien que fuera desarmado. No es justo.

—Eso es admirable —dijo Lou.

—Mirad esto —dijo Diamond. De una pequeña caja de madera extrajo un trozo de carbón y se lo pasó a Lou—. ¿Qué os parece? —preguntó. Lou observó la piedra: estaba cubierta de esquirlas y era rugosa.

—Es un trozo de carbón —aventuró al tiempo que se la devolvía y se limpiaba la mano en el pantalón.

—No, no es sólo eso. Mirad, hay un diamante dentro. Un diamante, como yo.

Oz se movió lentamente y sostuvo la roca.

—¡Oh, oh! —fue cuanto logró articular.

—¿Un diamante? —dijo Lou—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo el hombre que me la dio. Y no me pidió nada a cambio y eso que ni siquiera sabía que me llamaba Diamond. Para que veas —añadió indignado al ver la expresión incrédula de Lou. Le quitó el trozo de carbón a Oz—. Todos los días le arranco un trocito. Y llegará el día en que le daré un golpecito y ahí estará, el diamante más grande y bonito del mundo.

Oz miró la piedra con la reverencia que solía reservarse para los adultos y la iglesia.

—¿Y qué harás entonces?

Diamond se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede que nada. Puede que lo deje aquí. Puede que te lo dé. ¿Te gusta?

—Si ahí hay un diamante podrías venderlo por un montón de dinero —dijo Lou.

Diamond se frotó la nariz.

—No necesito dinero. En la montaña tengo todo lo que necesito.

—¿Alguna vez te has marchado de la montaña? —preguntó Lou.

Diamond la miró de hito en hito, visiblemente ofendido.

—¿Qué pasa, es que crees que soy un paleta? He ido muchas veces hasta McKenzie's, cerca del río. Y a Tremont.

Lou miró en dirección a los bosques que estaban más abajo.

—¿Y a Dickens?

—¿Dickens? —Diamond estuvo a punto de caerse del árbol—. Se tarda un día en llegar. Además, ¿para qué demonios querría alguien ir allí?

—Porque es diferente de esto. Porque estoy cansada de la tierra y las mulas y el estiércol y de cargar agua —afirmó Lou. Se dio unas palmaditas en el bolsillo—. Y porque tengo veinte dólares que me traje de Nueva York que me están quemando las manos —añadió mirándole fijamente.

La mención de semejante suma dejó pasmado a Diamond, quien no obstante pareció comprender las posibilidades que ofrecería.

—Demasiado lejos para ir a pie —dijo mientras toqueteaba el trozo de carbón como si intentara que surgiese el diamante de su interior.

—Entonces no vayamos a pie —replicó Lou.

Diamond la miró.

—Tremont está más cerca.

—No, Dickens. Quiero ir a Dickens.

—Podríamos ir en taxi —sugirió Oz.

—Si llegamos al puente de McKenzie's —conjeturó Lou— entonces es posible que alguien nos lleve hasta Dickens. ¿Cuánto se tarda en llegar a pie al puente?

Diamond caviló al respecto.

—Bueno, por carretera cuatro horas largas. Es lo que se tarda en bajar, luego hay que volver. La verdad es que es una forma bastante cansada de pasar el día libre.

—¿Hay otro camino que no sea por carretera?

—¿De verdad quieres ir allá abajo? —preguntó Diamond.

Lou respiró hondo.

—Sí, Diamond —respondió.

—Bueno, entonces vámonos. Conozco un atajo. Llegaremos en un santiamén.

Desde la época de la formación de las montañas el agua había continuado erosionando la piedra caliza, creando entre ellas barrancos de cientos de metros de profundidad. La línea de cordilleras se desplazaba a su lado mientras caminaban. El barranco al que llegaron era ancho y aparentemente infranqueable, pero Diamond los condujo hasta un árbol. Los álamos amarillos eran tan gigantescos que se medían con un calibrador que calculaba en metros y no en centímetros. Muchos eran más gruesos que la altura de un hombre y alcanzaban los cuarenta y cinco metros de altura. Un solo álamo proporcionaría una cantidad de madera desorbitada. Un ejemplar en buenas condiciones hacía de puente sobre el barranco.

—Por aquí se ataja mucho —informó Diamond.

Oz se asomó al borde y no vio sino rocas y agua al final de una larga caída y retrocedió como una vaca atemorizada. Lou también parecía vacilante. Sin embargo, Diamond se dirigió hacia el tronco con paso decidido.

—No pasa nada —dijo—. Es grueso y ancho. Mecachis, se puede cruzar con los ojos cerrados. Venga, vamos. —Pasó al otro lado sin siquiera mirar hacia abajo. *Jeb* le siguió corriendo—. Venga, vamos —los apremió al llegar a tierra firme.

Lou puso un pie sobre el álamo pero no dio paso alguno.

—No mires abajo. Es fácil —gritó Diamond desde el otro lado del abismo.

Lou se volvió hacia su hermano.

—Quédate aquí, Oz. Yo lo comprobaré.

Lou apretó los puños y comenzó a caminar sobre el tronco. No apartó la mirada de Diamond ni por un instante y, al poco, llegó al otro lado. Los dos miraron a Oz, quien no hizo ademán de dirigirse hacia el tronco y clavó la mirada en la tierra.

—Sigue, Diamond. Me vuelvo con Oz —dijo Lou.

—No, no. ¿No has dicho que querías ir a la ciudad? Bueno, maldita sea, pues entonces vamos a la ciudad.

—No pienso ir sin Oz.

—No te preocupes.

Diamond volvió corriendo por el puente de álamo tras decirle a *Jeb* que no se moviera. Hizo que Oz se le subiera a la espalda y Lou vio, no sin admiración, cómo cruzaba el puente cargado con Oz.

—Qué fuerte eres, Diamond —declaró Oz al tiempo que se deslizaba con cuidado hasta el suelo con un suspiro de alivio.

—Vaya, eso no es nada. Un oso me persiguió una vez por ese árbol y llevaba a *Jeb* y un saco de harina a la espalda. Y era de noche. Y llovía tanto que parecía que Dios estaba berreando. No veía nada. Estuve a punto de caerme dos veces.

—Vaya, santo Dios —dijo Oz.

Lou disimuló una sonrisa.

—¿Qué le pasó al oso? —preguntó, como si aquello realmente le fascinara.

—Me perdió de vista, se cayó al agua y nunca más volvió a molestarme —respondió.

—Vamos a la ciudad —dijo Lou mientras le tiraba del brazo— antes de que el oso regrese.

Atravesaron otro puente similar, hecho de cuerda y listones de cedro. Diamond les contó que los piratas, los colonos y luego los refugiados confederados habían hecho aquel viejo puente y lo habían reparado en varias ocasiones. Les explicó que sabía dónde estaban enterrados pero que había jurado mantener el secreto a una persona que no pensaba nombrar.

Descendieron por unas laderas tan empinadas que tenían que sujetarse de los árboles, los matojos y los unos de los otros para no caer de cabeza. Lou se detenía de

vez en cuando para contemplar el paisaje mientras se agarraba con fuerza de algún árbol joven. Resultaba emocionante bajar por aquel terreno empinado y disfrutar del vasto panorama. Cuando la inclinación disminuyó y Oz comenzó a cansarse, Lou y Diamond se turnaron para llevarlo.

Al pie de la montaña toparon con otro obstáculo. Había un tren que transportaba carbón, de al menos cien vagones; estaba detenido y obstaculizaba el paso. A diferencia de los vagones de los trenes de pasajeros, éstos estaban demasiado juntos para permitir pasar entre ellos. Diamond cogió una piedra y la arrojó contra uno de los vagones. Golpeó el nombre estampado en el mismo: Southern Valley Coal and Gas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lou—. ¿Trepamos? —Observó los vagones cargados y los escasos asideros y se preguntó si sería posible.

—Qué va —replicó Diamond—. Por debajo. —Se metió la gorra en el bolsillo, se tumbó boca abajo y se deslizó entre las ruedas de los vagones. Lou y Oz lo siguieron de inmediato, al igual que *Jeb*. Emergieron por el otro lado y se sacudieron el polvo.

—El año pasado un chico murió cortado por la mitad haciendo lo mismo —informó Diamond—. El tren arrancó cuando aún estaba debajo. Bueno, yo no lo vi, pero he oído decir que el espectáculo no fue nada agradable.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes de que nos arrastráramos por debajo? —preguntó Lou, asombrada.

—Porque si os lo hubiera dicho no habrías pasado, ¿a qué no?

En la carretera principal un camión Ramsey Candy se detuvo y les llevó en dirección a Dickens. El conductor, regordete y de uniforme, les dio una chocolatina Blue Banner a cada uno.

—Corred la voz —les dijo—. Son de primera.

—Sin duda —convino Diamond al tiempo que mordía la chocolatina. La masticó lenta y metódicamente, como si fuera un entendido en chocolates buenos probando una remesa nueva—. Si me da otra haré correr la voz el doble de rápido, señor.

Tras un trayecto largo y repleto de baches, el camión les dejó en el centro de Dickens. Diamond tocó el asfalto con los pies descalzos y, acto seguido, comenzó a apoyarse en un pie y luego en otro, alternando.

—¡Qué raro! —exclamó—. No me gusta.

—Diamond, estoy segura de que caminarías sobre clavos sin rechistar —comentó Lou mientras miraba alrededor. Dickens no era ni un bache en la carretera comparado con lo que Lou estaba acostumbrada a ver, pero tras pasar un tiempo en la montaña le parecía que era la metrópoli más sofisticada que había visto en su vida. Aquel sábado por la mañana las aceras estaban repletas de personas, si bien algunas también caminaban por la calzada. La mayoría vestía bien, pero resultaba fácil identificar a los mineros ya que se avanzaban pesadamente, encorvados, y tosían sin cesar.

En la calle habían colgado una pancarta enorme que rezaba «*El carbón es el*

rey» en letras tan negras como el mineral. Debajo de una viga que sobresalía de uno de los edificios a la cual se había atado la pancarta se encontraba una oficina de la Southern Valley Coal and Gas. Había una hilera de hombres entrando y otra saliendo, todos muy sonrientes y aferrándose unos al dinero en metálico y los otros a la promesa de un buen trabajo.

Los hombres, vestidos con terno y sombrero flexible de fieltro, arrojaban monedas de plata a los niños que esperaban impacientes en la calle. El concesionario de automóviles vendía más que nunca y las tiendas estaban repletas de artículos de calidad y de personas deseosas de comprarlos. Resultaba evidente que la prosperidad se había apoderado de aquel pueblo situado al pie de la montaña. En el ambiente se respiraba felicidad y energía, lo que provocó que Lou añorara la ciudad.

—¿Cómo es que tus padres nunca te han traído aquí? —le preguntó a Diamond mientras caminaban.

—Porque nunca han tenido motivos para venir aquí —respondió él.

Se metió las manos en los bolsillos y observó un poste telefónico cuyos cables se introducían en un edificio. Luego vio saliendo de una tienda a un hombre encorvado con traje y a un niño con pantalones de deporte negros y una camisa de vestir que llevaba una enorme bolsa de papel llena. Los dos se encaminaron hacia uno de los coches aparcados junto a los bordillos de la calle y el hombre abrió la puerta. El niño miró a Diamond y le preguntó de dónde era.

—¿Cómo sabes que no soy de aquí? —preguntó Diamond mientras lo miraba fijamente.

El chico observó el rostro y las prendas sucias de Diamond, sus pies descalzos y el cabello alborotado, luego subió al coche y cerró la puerta.

Continuaron caminando y pasaron por delante de la gasolinera Esso con los surtidores idénticos y un hombre sonriente con el uniforme de la empresa y rígido como la estatua del indio de los estancos. Luego escudriñaron a través del cristal de una tienda Rexall, donde se liquidaba «todo lo que hay en el escaparate». Las docenas de artículos variados costaban unos tres dólares cada uno.

—No lo entiendo. Todo eso lo puede hacer uno mismo. No pienso comprarlo —dijo Diamond tras percatarse de que Lou tenía la tentación de entrar y comprar cuanto había en el escaparate.

—Diamond, hemos venido a gastarnos el dinero. Diviértete.

—Me estoy divirtiendo —repuso él frunciendo el entrecejo—. No me digas que no me estoy divirtiendo.

Pasaron junto al Dominion Café y sus letreros de «Chero Coke» y «Se venden helados», y entonces Lou se detuvo.

—Entremos —dijo.

Lou sujetó la puerta con fuerza, la abrió, lo cual hizo tintinear una campana, y entró. Oz la siguió. Diamond, se quedó fuera el tiempo suficiente para expresar su desagrado y luego se apresuró a entrar.

El local olía a café, humo de leña y tartas de fruta. Del techo colgaban paraguas a la venta. Había un banco junto a una de las paredes y tres taburetes atornillados al suelo con asientos verdes y acolchados frente a un mostrador que llegaba a la altura de la cintura. En las vitrinas había recipientes de cristal llenos de caramelos. Había también una sencilla máquina de helados y batidos y a través de unas puertas de cantina oyeron el ruido de platos y les llegó el aroma de la comida cocinada. En un rincón había una estufa panzuda y la tubería para el humo, sujeta por un cable, atravesaba una de las paredes.

Un hombre con camisa blanca, mangas recogidas hasta el codo, corbata pequeña y delantal entró procedente de la cocina y se instaló detrás del mostrador. Tenía un rostro agradable y el cabello peinado con raya al medio, cubierto con abundante brillantina.

Los miró como si fueran una brigada del ejército de la Unión enviada por orden directa del general Grant para humillar un poco más a las buenas gentes de Virginia. Retrocedió un paso cuando los vio avanzar hacia él. Lou se sentó en uno de los taburetes y miró la carta escrita en cursiva en una pizarra. El hombre retrocedió un poco más. Deslizó la mano y los nudillos golpearon una vitrina colocada en la pared. La frase «*No se fía*» estaba escrita con gruesos trazos blancos en el cristal.

Lou, en respuesta a un gesto tan poco sutil, extrajo cinco billetes de un dólar y los alineó en el mostrador. El hombre vio el dinero y sonrió, dejando entrever un diente de oro. Acto seguido, Oz se sentó en otro taburete, se inclinó sobre el mostrador y olió los maravillosos aromas que llegaban a través de las puertas de bar. Diamond se quedó atrás, como si quisiera estar lo más cerca posible de la puerta por si tenían que salir corriendo.

—¿Cuánto cuesta un trozo de tarta? —preguntó Lou.

—Cinco centavos —respondió el hombre sin apartar la mirada de los cinco dólares.

—¿Y la tarta entera?

—Cincuenta centavos.

—Entonces con el dinero que tengo podría comprar diez tartas, ¿no?

—¿Diez tartas? —exclamó Diamond—. ¡Toma ya!

—Exacto —se apresuró a responder el hombre—. Y también podemos hacértelas. —Miró a Diamond, de arriba abajo y preguntó—: ¿Va con vosotros?

—No, ellos van conmigo —dijo Diamond al tiempo que se dirigía sin prisa hacia el mostrador engancho con los pulgares los tirantes del peto.

Oz observó otro letrero que había en la pared:

—«*Solo se sirve a blancos*» —leyó en voz alta y luego, turbado, miró al hombre—. Bueno, nosotros somos rubios y Diamond es pelirrojo. ¿Significa eso que sólo sirven tarta a los viejos?

El hombre miró a Oz como si a éste le pasara «algo» en la cabeza, se metió un

palillo entre los dientes y observó a Diamond.

—¿De dónde eres, chico? ¿De la montaña?

—No, de la luna. —Diamond se inclinó hacia delante y sonrió de forma exagerada—. ¿Quieres ver mis dientes verdes?

Como si estuviera blandiendo una espada minúscula, el hombre agitó el palillo delante de la cara del chico.

—De modo que nos ha salido listillo. Pues ya puedes marcharte de aquí ahora mismo. Venga, andando. ¡Regresa a la montaña a la que perteneces y quédate allí!

En lugar de obedecer, Diamond se puso de puntillas, cogió uno de los paraguas que colgaban del techo y lo abrió.

El hombre salió de detrás del mostrador.

—No hagas eso. Da mala suerte.

—Vaya, pues ya lo he hecho. A lo mejor una roca cae rodando por la ladera de la montaña y te aplasta.

Antes de que el hombre le alcanzara, Diamond arrojó el paraguas abierto, el cual cayó sobre la máquina de soda e hizo que un chorro saliera disparado y manchara de marrón una de las vitrinas.

—¡Eh! —gritó el hombre, pero Diamond ya se había marchado corriendo.

Lou se apresuró a recoger el dinero y se dispuso a abandonar el local seguida por su hermano.

—¿Adónde vais? —preguntó el hombre.

—He decidido que no me apetece la tarta —respondió Lou afablemente, y salió del local.

—¡Paletos! —le oyeron gritar.

Alcanzaron a Diamond y los tres se echaron a reír, los habitantes de Dickens pasaban por su lado y los miraban con curiosidad.

—Me alegro de que os lo estéis pasando tan bien —dijo una voz.

Se volvieron y vieron a Cotton, vestido con chaleco, corbata y abrigo, con el maletín en la mano y expresión alborozada.

—Cotton —dijo Lou—. ¿Qué haces aquí?

Cotton señaló hacia el otro lado de la calle y dijo:

—Pues resulta que trabajo aquí, Lou.

Los tres miraron hacia el lugar que había indicado. El juzgado se elevaba ante ellos, los bonitos ladrillos sobre el feo hormigón.

—Vaya, ¿qué hacéis por aquí? —preguntó.

—Louisa nos ha dado el día libre. Hemos estado trabajando duro —respondió Lou.

Cotton asintió.

—Ya lo creo.

Lou observó el bullicio que les rodeaba.

—Cuando vi este lugar por primera vez me sorprendí. Parece muy próspero.

Cotton miró en torno.

—Bueno, las apariencias engañan. Lo que sucede en esta parte del Estado es que nos dedicamos a una industria hasta que agotamos los recursos por completo. Primero fue la madera y ahora la mayoría de los trabajos depende del carbón. La gran parte de los negocios de por aquí depende de las personas que invierten dólares en la industria minera. Si eso desaparece este lugar dejará de parecer próspero. Un castillo de naipes se desmorona rápidamente. Quién sabe, es probable que dentro de cinco años Dickens ni siquiera exista. —Se volvió hacia Diamond y sonrió—. Pero los de la montaña seguirán aquí. Siempre logran arreglárselas. —Miró nuevamente a su alrededor—. Os diré algo: tengo que hacer varias cosas en el juzgado; hoy no hay ninguna sesión pero siempre hay algo de trabajo. Podríamos quedar allí dentro de dos horas y luego estaría encantado de invitaros a comer.

—¿Dónde? —preguntó Lou.

—En un sitio que creo os gustará, Lou. Se llama New York Restaurant. Abre las veinticuatro horas y se puede desayunar, almorzar o cenar a cualquier hora del día o de la noche. Claro que en Dickens no hay muchas personas que estén levantadas después de las nueve de la noche, pero supongo que resulta alentador pensar que es posible tomar huevos revueltos, sémola de maíz y beicon a medianoche.

—Dos horas —repitió Oz—, pero no tenemos forma de saber qué hora es.

—Bueno, en el juzgado hay una torre del reloj, pero suele atrasarse. Mira, Oz, toma. —Cotton extrajo su reloj de bolsillo y se lo dio—. Úsalo y cuídalo. Es un regalo de mi padre.

—¿Te lo regaló cuando decidiste venir aquí? —inquirió Lou.

—Eso mismo. Me dijo que tendría mucho tiempo libre y supongo que quería que siempre supiese qué hora era. —Se llevó una mano al ala del sombrero a modo de saludo—. Dos horas —repitió, y se alejó caminando.

—¿Qué haremos durante las dos horas? —preguntó Diamond.

Lou miró a su alrededor y los ojos se le encendieron.

—Vamos —dijo y comenzó a correr—. Ha llegado la hora de que vea una peli, señor Diamond.

Durante casi dos horas estuvieron en un lugar bien remoto de Dickens, Virginia, los montes Apalaches y las preocupaciones de la vida diaria. Se sumergieron en la impresionante tierra de *El mago de Oz*, que gozaba de gran éxito en los cines de la zona. Cuando salieron, Diamond los acibilló a preguntas sobre cómo era posible lo que acababan de ver.

—¿Es obra de Dios? —les preguntó en más de una ocasión en voz baja.

—Vamos o llegaremos tarde —apremió Lou al tiempo que señalaba el juzgado.

Cruzaron la calle corriendo y subieron los anchos escalones del juzgado. Un ayudante del sheriff, uniformado y con un bigote poblado, los detuvo.

—¿Adónde creéis que vais?

—Tranquilo, Howard, vienen a verme —dijo Cotton saliendo por la puerta—.

Puede que algún día sean abogados. Vienen a visitar los tribunales de justicia.

—Dios no lo quiera, Cotton, no necesitamos más abogados buenos —dijo Howard sonriendo y luego se retiró.

—¿Os habéis divertido? —preguntó Cotton.

—Acabo de ver un león, un maldito espantapájaros y un hombre de hojalata en una pared enorme —dijo Diamond—, y todavía no sé cómo lo han hecho.

—¿Queréis ver dónde trabajo cada día? —instó Cotton.

Los tres gritaron que sí. Antes de entrar Oz le devolvió el reloj de bolsillo a Cotton con aire de solemnidad.

—Gracias por cuidarlo, Oz.

—Han pasado dos horas justas —dijo el pequeño.

—La puntualidad es una virtud —dijo el abogado.

Entraron en el juzgado y *Jeb* se quedó fuera, esperándolos. El amplio pasillo estaba repleto de puertas a ambos lados, y sobre las mismas colgaban placas de latón que anunciaban «Registro matrimonial», «Recaudación de impuestos», «Nacimientos y defunciones», «Abogado del estado», etcétera. Cotton les explicó cada una de las funciones y luego les mostró la sala del tribunal, tras lo cual Diamond dijo que nunca había visto un sitio que fuera tan grande como aquél. Cotton les presentó a Fred, el funcionario del juzgado, que acababa de salir de otra dependencia cuando habían entrado. Les informó que el juez Atkins se había ido a almorzar.

En las paredes había retratos de hombres canos vestidos con togas negras. Los niños pasaron las manos por la madera labrada y, por turnos, se sentaron en el estrado y en la tribuna del jurado. Diamond quiso sentarse en la silla del juez pero ni Cotton ni Fred creyeron que fuera buena idea. Diamond, aprovechando los momentos en que no le miraban, se sentó de todas maneras y luego se marchó, henchido como un gallito, hasta que Lou, que había visto la infracción, le dio un golpe en las costillas y le bajó los humos.

Salieron del juzgado y se encaminaron al siguiente edificio, que albergaba varios despachos pequeños, entre los que se encontraba el de Cotton. Era una estancia grande con un suelo de roble que crujía y estanterías en tres de las paredes sobre las que descansaban libros de Derecho gastados, cajas de testamentos y escrituras, y un bonito ejemplar de los Estatutos de Virginia. Un enorme escritorio de nogal, repleto de documentos y con un teléfono, ocupaba el centro de la habitación. Había un viejo cajón que hacía las veces de papelera y, en un rincón, un perchero. De éste no colgaba sombrero alguno, y en el lugar en que debían estar los paraguas sólo se veía una vieja caña de pescar. Cotton dejó que Diamond marcara un número en el teléfono y hablara con Shirley, la operadora. El chico estuvo a punto de morir de susto cuando oyó una voz áspera al otro lado de la línea.

Cotton les enseñó a continuación el apartamento en que vivía, ubicado en la parte superior del mismo edificio. Tenía una cocina pequeña, repleta de verduras en conserva, tarros de melaza y pan y encurtidos, sacos de patatas, mantas y faroles,

entre muchos otros objetos.

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Lou.

—La gente no siempre cuenta con dinero. A veces pagan las facturas con lo que tienen. —Abrió una nevera pequeña y les enseñó trozos de pollo, ternera y beicon. No puedo ponerlo en el banco, pero de lo que no cabe duda es de que sabe mucho mejor que el dinero.

Había un dormitorio minúsculo con un catre de tijera, una lamparita en una pequeña mesa de noche y otra habitación más grande tan llena de libros que parecía imposible que cupieran más.

Mientras observaban las pilas de libros Cotton se quitó las gafas.

—No es de extrañar que me esté quedando ciego —dijo.

—¿Te has leído todos los libros? —preguntó Diamond, sorprendido.

—Me declaro culpable. De hecho, muchos los he leído más de una vez.

—En una ocasión leí un libro —dijo Diamond, no sin orgullo.

—¿Cómo se titulaba? —preguntó Lou.

—No me acuerdo bien, pero estaba lleno de dibujos. No, retiro lo dicho, he leído dos libros contando la Biblia.

—Creo que la Biblia cuenta, Diamond —dijo Cotton, sonriendo—. Ven aquí, Lou. —Cotton le enseñó una estantería repleta de volúmenes cuidadosamente ordenados; muchos de ellos eran obras de autores famosos encuadernadas en cuero—. Éste es el lugar reservado para mis escritores favoritos.

Lou observó los títulos y, acto seguido, vio todas las novelas y recopilaciones de cuentos que su padre había escrito. Cotton intentaba congraciarse pero Lou no estaba de humor para ello.

—Tengo hambre —dijo Lou—. ¿Podemos comer ya?

En el New York Restaurant no servían nada ni remotamente parecido a la oferta de Nueva York, pero la comida era buena y Diamond se tomó el primer refresco de su vida. Le gustó tanto que se bebió otros dos. Luego caminaron por la calle, saboreando caramelos de menta. Entraron en una tienda de saldos y oportunidades y Cotton les explicó que, debido a la inclinación de la tierra, las seis plantas de la tienda estaban a ras del suelo, hecho del que se había llegado a hablar en los medios de comunicación nacionales.

—Dickens destaca por los ángulos únicos que forma la tierra —dijo, riendo entre dientes.

La tienda estaba repleta de artículos de confección, herramientas y productos alimenticios. El intenso aroma del café y del tabaco parecía haberse adueñado del lugar. Varias colleras colgaban junto a unas estanterías con bobinas de hilo, colocadas cerca de unos enormes barriles llenos de dulces. Lou compró varios pares de calcetines para ella y una navaja para Diamond, quien se mostró reacio a aceptarla hasta que Lou le dijo que, a cambio, tendría que tallarle algo. También compró un osito de peluche para Oz, y se lo dio sin decirle nada sobre el destino del otro.

Lou desapareció durante unos minutos y regresó con un regalo para Cotton. Era una lupa.

—Así podrás leer mejor todos esos libros —le dijo, sonriendo.

—Gracias, Lou. —Cotton le devolvió la sonrisa—. Así, cada vez que abra un libro, me acordaré de ti.

Lou le compró un chal a Louisa y un sombrero de paja a Eugene. Oz le pidió dinero prestado y se fue con Cotton a curiosear. Cuando volvieron llevaba un paquete envuelto en papel marrón y se negó categóricamente a revelar qué era.

Tras pasear por el pueblo, mientras Cotton les enseñaba cosas que Lou y Oz ya habían visto pero que Diamond no, entraron en el Oldsmobile de Cotton, que estaba aparcado frente al juzgado. Salieron de Dickens, Diamond y Lou apretados en el asiento trasero descubierto y Oz y *Jeb* en el delantero junto a Cotton. El sol comenzaba a descender y la brisa les resultaba agradable. Tenían la sensación de que no existía nada más hermoso que el sol poniéndose tras las montañas.

Pasaron por Tremont y al poco cruzaron el pequeño puente situado cerca de McKenzie's e iniciaron el ascenso. Llegaron a un cruce con la vía del tren y en lugar de proseguir por la carretera Cotton viró y condujo el Oldsmobile por las vías.

—Es mejor que por la carretera —explicó—. Ya la retomaremos después. En las estribaciones hay asfalto y macadán, pero aquí no. Las carreteras de la montaña se construyeron con manos que usaban picos y palas. La ley decía que cualquier hombre sano entre dieciséis y sesenta años tenía que ayudar a construir las carreteras durante diez días al año con sus propias herramientas y sudor. Sólo se libraban los profesores y los curas, aunque supongo que esos trabajadores rezarían de vez en cuando. Hicieron un buen trabajo, construyeron unos ciento treinta kilómetros de carretera en cuarenta años, pero viajar por la misma todavía deja el trasero dolorido.

—¿Y si viene un tren? —preguntó Oz, preocupado.

—Entonces supongo que tendremos que apartarnos —contestó Cotton.

Finalmente, oyeron el pitido y Cotton detuvo el coche en un lugar seguro y esperó. A los pocos minutos un tren cargado hasta los topes pasó junto a ellos, como si fuera una serpiente de enormes dimensiones. Avanzaba lentamente porque en las vías había muchas curvas.

—¿Lleva carbón? —inquirió Oz al tiempo que observaba las grandes piedras que se veían en los vagones.

Cotton negó con la cabeza.

—Es coque. Se extrae del cisco y se prepara en los hornos. Lo llevan a las plantas de laminación de acero. —Sacudió lentamente la cabeza—. Los trenes llegan vacíos y se van llenos. Carbón, coque, madera... Nunca traen nada, excepto más mano de obra.

En un ramal de la línea principal, Cotton les señaló una población minera compuesta de pequeñas casas idénticas con una vía férrea justo en el centro y una tienda de la empresa que, según les explicó Cotton, que conocía el lugar, estaba

repleta de artículos. Una larga serie de edificaciones de ladrillo adosadas con forma de colmena ocupaba uno de los caminos. En todas había una puerta metálica y una chimenea cubierta de suciedad. De los cañones de las chimeneas se elevaban columnas de humo que ennegrecían más aún el cielo oscuro.

—Hornos de coque —explicó Cotton.

Vieron una casa grande frente a la cual estaba aparcado un resplandeciente y nuevo Chrysler Crown Imperial. Cotton les dijo que era la casa del encargado de la mina. Al lado había un corral con varias yeguas y un par de añojos saltando y correteando.

—Tengo que ocuparme de un asunto personal —dijo Diamond, que ya había comenzado a desabrocharse los tirantes del peto—. Demasiados refrescos. Iré detrás de esa cabaña; no tardaré nada.

Cotton detuvo el coche, Diamond se apeó y se alejó corriendo. Cotton y los niños hablaron mientras esperaban, y el abogado les explicó otros asuntos de interés.

—Ésta es una explotación hullera de Southern Valley. Se llama Clinch Número Dos. Da mucho dinero, pero el trabajo es muy duro, y tal como la empresa gestiona las tiendas los mineros acaban debiendo más a la empresa de lo que les pagan. — Cotton guardó silencio y miró pensativo en la dirección en que Diamond se había ido, con el ceño fruncido, y luego prosiguió—. Los mineros también enferman y mueren de neumoconiosis o a consecuencia de derrumbamientos, accidentes y cosas parecidas.

Se oyó un pitido y vieron emerger de la entrada de la mina a un grupo de hombres con el rostro ennegrecido y, probablemente, exhaustos. Un grupo de mujeres y niños corrió a su encuentro; todos se encaminaron hacia las casas idénticas, las fiambreras metálicas de la comida y sacando los cigarrillos y las petacas para echar un trago. Otro grupo de hombres, que parecían tan agotados como los anteriores, paró lentamente por su lado para ocupar su lugar bajo la superficie de la tierra.

—Antes había tres turnos, pero ahora sólo hay dos —informó Cotton—. El carbón se está acabando.

Diamond regresó y se subió de un salto al asiento trasero.

—¿Estás bien, Diamond? —preguntó Cotton.

—Ahora sí —respondió el chico al tiempo que esbozaba una sonrisa y se le encendían los felinos ojos verdes.

Louisa se enfadó cuando supo que habían estado en Dickens. Cotton le explicó que no debería haber retenido a los niños tanto tiempo y que, por lo tanto, él era el culpable. Sin embargo, Louisa replicó que recordaba que su padre había hecho lo mismo y que era difícil eludir el espíritu de los antepasados, así que no pasaba nada. Louisa aceptó el chal, emocionada hasta las lágrimas, y Eugene se puso el sombrero y aseguró que era el mejor regalo que le habían hecho en toda la vida.

Tras la cena Oz se excusó y se dirigió al dormitorio de su madre. Lou, curiosa, lo siguió y se puso a espiarlo por la pequeña rendija que quedaba entre la puerta y la

pared. Oz desenvolvió cuidadosamente el paquete que había comprado en el pueblo y sostuvo con firmeza un cepillo para el pelo. El rostro de Amanda transmitía serenidad, y como de costumbre, tenía los ojos cerrados. Para Lou su madre era una princesa que yacía medio moribunda, y ninguno de ellos poseía el antídoto necesario para devolverla a la vida. Oz se arrodilló en la cama y comenzó a cepillarle el pelo a Amanda y a contarle lo bien que se lo habían pasado ese día. Lou vio que le costaba utilizar el cepillo, de modo que entró para ayudarlo. Sostuvo los cabellos de su madre y le enseñó a Oz cómo debía manejar el cepillo. A Amanda le había crecido el pelo, pero todavía era corto.

Más tarde Lou se retiró a su habitación, puso a un lado los calcetines que se había comprado, se tumbó en la cama completamente vestida, pensando en el maravilloso día que habían pasado en el pueblo, y no cerró los ojos ni una vez hasta que llegó la hora de ordeñar las vacas a la mañana siguiente.

Varias noches después estaban sentados a la mesa, cenando, mientras fuera diluviaba. Habían invitado a Diamond, que a modo de impermeable se había puesto una vieja lona hecha jirones con un agujero para introducir la cabeza. *Jeb* se había sacudido y dirigido hacia la chimenea, como si la casa fuera suya. Cuando Diamond se hubo quitado la lona que lo cubría, Lou observó que llevaba algo atado al cuello, y que no olía precisamente bien.

—¿Qué es eso? —preguntó Lou al tiempo que se tapaba la nariz, ya que el hedor resultaba insoportable.

—Asa fétida —respondió Louisa—. Una raíz. Previene contra las enfermedades. Diamond, cielo, creo que si te calientas junto a la chimenea podrías dármela. Gracias. —Aprovechando que el chico no miraba, Louisa salió al porche trasero y arrojó la raíz hedionda a la oscuridad.

De la sartén de Louisa surgía un delicioso aroma a manteca y costillas. Éstas procedían de uno de los puercos que habían tenido que sacrificar. La matanza solía realizarse en invierno, pero, dadas las circunstancias, se habían visto obligados a hacerlo en primavera. Eugene lo había matado mientras los niños estaban en la escuela. Sin embargo, Oz insistió tanto que Eugene aceptó que lo ayudara a vaciar el puerco y sacarle las costillas, la falda, el beicon y el mondongo. No obstante, cuando Oz vio el animal muerto colgado de un trípode de madera con un gancho de acero atravesándole la boca ensangrentada y un caldero de agua hirviendo cerca que, pensó, esperaba el pellejo de un pequeñín como él para proporcionar el mejor de los sabores, salió corriendo. Los gritos resonaron por todo el valle, como si un gigante se hubiera golpeado en el dedo gordo del pie. Eugene se había quedado admirado ante la velocidad y la capacidad pulmonar de Oz, y luego había comenzado a descuartizar el puerco.

Todos comieron la carne con ganas, así como los tomates en conserva y las judías verdes que habían pasado seis meses macerándose en salmuera y azúcar, y las alubias pintas que quedaban.

Louisa llenó todos los platos salvo el suyo. Mordisqueó el tomate y las judías y mojó el pan de maíz en la manteca caliente, pero eso fue todo. Sorbió un poco de café de achicoria y miró a los demás, que se reían de alguna tontería que había dicho Diamond. Escuchó la lluvia que caía sobre el tejado. De momento todo iba bien, aunque el que lloviera entonces no significaba nada; si no llovía en julio y agosto la cosecha sería polvo, y el polvo nunca le había llenado el estómago a nadie. Pronto comenzaría la recolección: maíz, judías trepadoras, tomates, calabazas, cidras, colinabos, patatas tardías, coles, boniatos y judías verdes. En el suelo ya había patatas y cebollas bien apiladas para evitar la escarcha. Este año la tierra se portaría bien con ellos; ya era hora de que así fuera.

Louisa continuó escuchando la lluvia. «Gracias, Señor, pero asegúrate de que tu

generosidad también nos llegue este verano. No demasiado porque los tomates se echan a perder ni muy poco porque el maíz apenas crece hasta la cintura. Sé que pido mucho, pero te lo agradecería infinitamente», pensó. Dijo «amén» en silencio y luego se esforzó por unirse a los demás y disfrutar de la velada.

Llamaron a la puerta. Era Cotton; llevaba el abrigo empapado a pesar de que la distancia que separaba el coche del porche era poca. No parecía el de siempre ya que ni siquiera sonreía. Aceptó una taza de café, un poco de pan de maíz y se sentó junto a Diamond. El chico levantó la vista hacia él, como si supiera lo que se avecinaba.

—El sheriff ha venido a verme, Diamond.

Todos miraron primero a Cotton y luego al chico. Oz tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Y eso? —preguntó Diamond mientras se introducía en la boca un tenedor lleno de judías y cebolla.

—Parece ser que una pila de excremento de caballo entró en el nuevo Chrysler del encargado de la mina Clinch Número Dos. El hombre se sentó en el coche sin saberlo, a oscuras, y como estaba resfriado no olió el estiércol. Comprensiblemente, la experiencia le enojó bastante.

—Caray, qué raro —dijo Diamond—. Me pregunto cómo se las ingeniaría el caballo para entrar allí. Seguramente se apoyó en la ventana y lo dejó caer. —Acto seguido, Diamond continuó comiendo aunque no así los demás.

—Recuerdo que te dejé salir por allí para solucionar algún asuntillo personal cuando volvíamos de Dickens.

—¿Se lo has dicho al sheriff? —se apresuró a preguntar Diamond.

—No —repuso Cotton—, curiosamente la memoria me falló justo cuando me lo preguntó. —Vio que el chico parecía aliviado, y prosiguió—: Pero pasé una hora terrible en el juzgado con el encargado y un abogado de la empresa minera; ambos estaban completamente seguros de que aquello había sido obra tuya. Pero, claro, gracias a mis prudentes repreguntas logré demostrar que no había testigos presenciales ni ninguna prueba que te relacionara con éste... asuntillo. Y, por suerte, no se pueden tomar huellas dactilares en el excremento de caballo. El juez Atkins se mostró de acuerdo conmigo, así que, bueno, ésa es la situación. Pero los de la mina nunca olvidan nada, hijo, ya lo sabes.

—Yo tampoco —replicó Diamond.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Lou.

Louisa miró a Cotton, éste le devolvió la mirada y luego dijo:

—Diamond, estoy contigo, hijo, te lo digo en serio. Lo sabes. Pero la ley no. Y la próxima vez tal vez no sea tan fácil salir airosos. Y es probable que la gente empiece a solucionar las cosas a su manera. Así que te aconsejo que te andes con ojo. Te lo digo por tu bien, hijo, lo sabes de sobra.

Cotton se levantó y se puso el sombrero. No quiso responder a más preguntas por parte de Lou ni quedarse a dormir. Se detuvo y miró a Diamond, que observaba lo

que quedaba de comida sin excesivo entusiasmo.

—Diamond, cuando los de la mina se largaron, el juez Atkins y yo nos reímos un buen rato. Diría que ha sido un buen modo de acabar con tu incipiente carrera de abogado, hijo. ¿Estamos?

Finalmente, el chico sonrió y dijo:

—Estamos.

Una mañana Lou se levantó temprano, antes incluso que Louisa y Eugene, porque no escuchó ningún movimiento abajo. Se había acostumbrado a vestirse a oscuras, y no tenía dificultad ni siquiera cuando se ataba los cordones de las botas. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Estaba tan oscuro que tuvo la sensación de encontrarse bajo el agua. Se estremeció porque creyó ver que algo salía del establo para desaparecer al cabo de un instante, como por arte de magia. Abrió la ventana para ver mejor pero, fuera lo que fuera, ya no estaba allí. Debía de haberlo imaginado.

Bajó las escaleras lo más silenciosamente posible, se encaminó hacia la habitación de Oz para despertarlo pero se detuvo en la puerta del dormitorio de su madre. Estaba entreabierta, y Lou permaneció allí durante unos instantes, como si algo le impidiera el paso. Se apoyó en la pared, se desplazó un poco, deslizó las manos por el marco de la puerta y se echó hacia atrás. Finalmente, Lou asomó la cabeza en el dormitorio.

Se sorprendió al ver dos figuras en la cama. Oz estaba tumbado junto a su madre. Llevaba unos calzoncillos largos y las pantorrillas se le veían un poco porque las perneras se le habían subido y se había puesto unos gruesos calcetines de lana. Tenía el trasero un tanto elevado y el rostro ladeado de modo que Lou lo veía a la perfección. Sonreía dulcemente y sujetaba con fuerza el nuevo osito.

Lou entró con sigilo y le colocó la mano en la espalda. Oz no se movió y Lou deslizó la mano hacia abajo y tocó con suavidad el brazo de su madre. Cuando ejercitaba las extremidades de su madre una parte de Lou siempre confiaba en que ésta empujase un poco. Sin embargo, nunca sucedía, no era más que un peso muerto. Al producirse el accidente Amanda había demostrado que poseía una gran fuerza, y había evitado que sus hijos resultaran heridos. Lou pensó que al salvarlos tal vez la hubiese agotado por completo. Lou los dejó allí y se dirigió a la cocina.

Puso carbón en la chimenea del salón, encendió el fuego y se sentó frente al mismo durante un rato para que el calor calentara su cuerpo aterido. Al alba abrió la puerta y sintió el aire helado en el rostro. Tras la tormenta pasada había en el cielo unas grandes nubes grises cuyos contornos eran de un intenso color rojizo. Debajo se encontraban los descomunales bosques verdes que parecían llegar al cielo. Era uno de los finales de los amaneceres más maravillosos que recordaba. Lou jamás había visto ninguno parecido en la ciudad.

Aunque no había transcurrido tanto tiempo a Lou le parecía que habían pasado varios años desde que había caminado por las calles de Nueva York, viajado en metro, corrido para buscar un taxi con sus padres, caminado entre las multitudes de compradores en Macy's después del día de Acción de Gracias o ido al estadio de los Yankees para ver jugar a su equipo favorito y engullir perritos calientes. Varios meses atrás todo aquello había dado paso a la tierra inclinada, los árboles y los animales que

olían y hacían respetar el lugar. Los tenderos de la esquina se habían convertido en pan crujiente y leche espesa, el agua del grifo en agua bombeada o transportada en cubos, la biblioteca pública en una pequeña vitrina con unos pocos libros y los rascacielos en montañas elevadas. Por una razón que no alcanzaba a comprender, Lou no sabía si podría quedarse en la montaña mucho más tiempo. Quizás existieran motivos sobrados para que su padre no hubiera regresado nunca.

Fue al establo, ordeñó las vacas, llevó un cubo lleno de leche a la cocina y el resto al cobertizo del arroyo, donde la depositó en la fría corriente de agua. El aire ya estaba más cálido.

Lou ya había puesto a calentar la cocina y preparado la sartén con manteca cuando Louisa entró. Estaba enfadada, porque Eugene y ella habían dormido más de la cuenta. Luego vio los cubos llenos en el fregadero y Lou le dijo que ya había ordeñado las vacas. Cuando se percató de todo lo que la chica había hecho, Louisa sonrió agradecida.

—Si me descuido acabarás haciéndote cargo de este lugar sin mi ayuda.

—Lo dudo mucho —replicó Lou en un tono que hizo que Louisa dejara de sonreír.

Media hora después Cotton llegó sin previo aviso. Vestía pantalones de trabajo remendados, una camisa vieja y unos zapatos de cuero desgastados. No llevaba las gafas de montura metálica, y en lugar del sombrero flexible de fieltro se cubría la cabeza con uno de paja que, según Louisa, demostraba que había sido de lo más previsor, porque todo indicaba que ese día el sol sería implacable.

Todos saludaron a Cotton, aunque Lou lo hizo farfullando; cada vez le molestaba más que le leyese a su madre. Sin embargo, le gustaban sus modales y cortesía. Era una situación perturbadora y compleja.

Aunque había hecho frío durante la noche, la temperatura resultaba más agradable. Louisa no tenía un termómetro, pero, tal y como dijo, sus huesos eran tan fiables y precisos como el mercurio. Anunció que había llegado el momento de la siembra. Si lo hacían más tarde de lo debido la cosecha no sería tan buena.

Se dirigieron hacia la primera parcela que sembrarían, un rectángulo inclinado de cuatro hectáreas. El viento había arrastrado las nubes grises hasta la línea montañosa, dejando así el cielo despejado. Sin embargo, las montañas parecían más bajas de lo normal. Louisa esparció con sumo cuidado los granos de maíz de la temporada anterior, abiertos y guardados en el granero durante el invierno. Enseñó a los demás el modo como debían proceder.

—Cada media hectárea hay que poner unos treinta kilos de maíz —dijo—. Si podemos, más.

Durante un rato todo marchó sobre ruedas. Oz recorría sus surcos, arrojando en cada montón de tierra el número de granos que Louisa le había indicado. Sin embargo, Lou no prestaba la atención necesaria, por lo que a veces echaba más y otras menos.

—Lou —dijo Louisa con aspereza—. ¡Tres granos por montón, niña!

Lou la miró fijamente.

—Como si cambiara algo.

Louisa puso las manos en jarras.

—Pues cambia algo básico: comer o no comer.

Lou permaneció inmóvil por unos instantes y luego prosiguió sembrando, al ritmo de tres granos por montón cada veinte centímetros, más o menos. Al cabo de dos horas habían sembrado la mitad de la parcela. Durante la hora siguiente Louisa les enseñó a utilizar la azada para cubrir el maíz sembrado. Al poco, a Oz y a Lou se les formaron ampollas rojizas en las manos, a pesar de que llevaban guantes. A Cotton también le habían salido.

—Hacer de abogado no te prepara para el trabajo verdadero —les explicó al tiempo que les mostraba las dos dolorosas ampollas que le habían salido en las manos.

Louisa y Eugene, cuyas manos tenían tantos callos que no necesitaban guantes, trabajaban el doble de rápido que los otros y las palmas de las manos apenas se les enrojecían un poco.

Tras acabar con el último montón Lou, más aburrida que cansada, se sentó en el suelo y comenzó a darse golpecitos en la pierna con los guantes.

—Vaya, qué divertido. ¿Y ahora qué?

Un palo curvo apareció frente a su rostro.

—Antes de ir a la escuela Oz y tú iréis a buscar las vacas desobedientes.

Lou miró a Louisa de hito en hito.

Lou y Oz recorrieron los bosques a pie. Eugene había dejado las vacas y el ternero pastando en campo abierto y los animales, como harían las personas, vagaban por el campo buscando mejores pastos.

Lou golpeó una lila con el palo que Louisa le había dado para asustar a las serpientes. A Oz no le había mencionado la amenaza que éstas suponían porque suponía que si lo hacía acabaría llevándole cargado a la espalda.

—No puedo creerme que estemos buscando a esas vacas estúpidas —dijo enojada—. Si son tan tontas como para perderse nadie debería ir a buscarlas.

Se abrieron paso por la maraña de cornejos y laureles de montaña. Oz se colgó de la rama más baja de un pino irregular y luego silbó mientras un cardenal revoloteaba a su lado, si bien la mayoría de los habitantes de la montaña lo habrían llamado pájaro rojo.

—Mira, Lou, un cardenal.

Más interesados en encontrar pájaros que vacas, pronto vieron muchas variedades, la mayor parte de las cuales les resultaban desconocidas. Los colibríes revoloteaban en torno a varios grupos de campanillas y violetas; los niños asustaron a un grupo de alondras que estaba en la densa maleza. Un gavilán les hizo saber de su presencia mientras que unos arrendajos azules no dejaban de molestarles. Los

rododendros salvajes comenzaban a florecer, rojos y rosados, al igual que el tomillo de Virginia, de flores blancas y de color azul lavanda en el extremo. En las laderas inclinadas vieron madroños trepadores y capuchas de fraile entre la pizarra apilada y otras rocas amontonadas. Los árboles estaban en su máximo esplendor, coronados por el intenso azul del cielo. Y allí estaban, persiguiendo bovinos que habían perdido el norte, pensó Lou.

Oyeron un cencerro hacia el este.

Oz parecía entusiasmado.

—Louisa nos dijo que nos guiásemos por el sonido del cencerro.

Lou siguió a Oz por las arboledas de hayas, álamos y tilos mientras las poderosas ramas de la glicina se aferraban a ellos como si fueran unas manos fastidiosas, y tropezaban con las raíces que sobresalían de la tierra. Llegaron a un pequeño claro rodeado de cicuta y árboles del caucho y volvieron a oír el cencerro, aunque no vieron las vacas. Un pinzón dorado pasó volando junto a ellos, asustándolos.

De pronto oyeron un mugido, y el cencerro volvió a sonar.

Los dos miraron alrededor, desconcertados, hasta que Lou alzó la vista y vio a Diamond subido a un arce, agitando un cencerro e imitando el mugido de las vacas. Iba descalzo, con la misma ropa de siempre, un cigarrillo en la oreja, y el pelo de punta, como si un ángel travieso tirara de la pelambre rojiza del chico.

—¿Qué haces? —preguntó Lou, furiosa.

Diamond saltó de rama en rama con gran agilidad, luego al suelo y volvió a agitar el cencerro. Lou se percató de que utilizaba un cordel para sujetar al peto la navaja que le había regalado.

—Os creísteis que era una vaca.

—No me ha hecho ninguna gracia —le espetó Lou—. Tenemos que encontrarlas.

—Tranquila, que las vacas nunca se pierden; sólo dan vueltas hasta que alguien las encuentra. —Silbó y *Jeb* surgió de la maleza para unirse a ellos.

Diamond los condujo por una franja de nogales y fresnos; en el tronco de uno de los fresnos un par de ardillas parecían pelearse por el reparto de un botín. Se detuvieron para contemplar, admirados, un águila real encaramada a la rama de un imponente álamo de veinticinco metros de altura. En el claro siguiente vieron a las vacas pastando en un corral natural formado por árboles caídos.

—Enseguida supe que eran las de la señora Louisa. Me imaginé que vendrías a buscarlas.

Con la ayuda de Diamond y *Jeb* llevaron las vacas de vuelta al corral. Por el camino Diamond les enseñó a sujetarse de las colas de los animales para que éstos les arrastraran colina arriba para que así, les dijo, pagaran un poco por haberse escapado. Tras cerrar la puerta del corral, Lou dijo:

—Diamond, explícame por qué pusiste excremento de caballo en el coche de aquel hombre.

—No puedo, porque yo no lo hice.

—Venga, Diamond. Lo admitiste ante Cotton.

—Estoy sordo como una tapia, no oigo nada de nada.

Lou, frustrada, se puso a trazar círculos en la tierra con el pie.

—Mira, Diamond —dijo—, tenemos que ir a la escuela. ¿Quieres venir con nosotros?

—No voy a la escuela —replicó el chico al tiempo que se colocaba el cigarrillo sin encender entre los labios.

—¿Cómo es que tus padres no te obligan a ir?

A modo de respuesta, Diamond llamó a *Jeb* con un silbido y los dos se marcharon corriendo.

—¡Eh, Diamond! —gritó Lou.

El chico y el perro corrieron más deprisa aún.

Lou y Oz llegaron corriendo al patio vacío y entraron enseguida en la escuela. Jadeando, se dirigieron rápidamente a sus asientos.

—Sentimos llegar tarde —dijo Lou a Estelle McCoy, que ya había comenzado a escribir en la pizarra—. Estábamos trabajando en el campo y... —Miró alrededor y se percató de que la mitad de los asientos estaban vacíos.

—No pasa nada, Lou —le dijo la profesora—. Ha comenzado la época de la siembra. Me alegro de veras de que os haya dado tiempo de hacerlo todo.

Lou se sentó. Con el rabillo del ojo vio que Billy Davis estaba en la clase. Parecía tan angelical que Lou se dijo a sí misma que debía ser prudente. Cuando abrió el pupitre para guardar los libros no pudo contener el grito: había una serpiente enrollada y muerta en su pupitre; medía casi un metro de longitud y su piel era cobriza con anillos amarillos. Sin embargo, lo que realmente hizo que Lou se enfadase fue el trozo de papel sujeto en la serpiente con las palabras «*Norteños a CASA*» garabateadas en él.

—Lou —dijo la señora McCoy—, ¿te pasa algo?

Lou cerró el pupitre y miró a Billy, que apretaba la boca y fingía leer su libro.

—No —respondió Lou.

Era la hora de la comida y aunque brillaba el sol, hacía frío, por lo que los niños salieron fuera para comer, con las fiambreras en la mano. Todos tenían algo con lo que llenarse el estómago, aunque sólo fueran restos de pan de maíz o bollos, y se veían muchas jarritas de leche o de agua del arroyo. Los niños se recostaban en el suelo para comer, beber y charlar. Los más pequeños corrían en círculos hasta que estaban tan mareados que se caían, y entonces los hermanos mayores los ayudaban a levantarse y les decían que comieran.

Lou y Oz se sentaron a la sombra del nogal, donde la brisa mecía con suavidad los cabellos de Lou. Oz mordió con ganas el bollo con mantequilla y se bebió la fría agua del arroyo que habían traído en un tarro. Sin embargo, Lou no comió; parecía como si esperara algo, y estiró las piernas como si se preparara para una carrera.

Billy Davis se pavoneó entre los pequeños grupos de niños, agitando con ostentación la fiambarrera de madera, que no era más que un cuñete con un alambre que servía para sujetarlo. Se detuvo junto a un grupo, dijo algo, se rio, miró a Lou y volvió a reírse. Finalmente, se subió a las ramas bajas de un arce y abrió la fiambarrera. Chilló, se cayó del árbol y aterrizó con la cabeza. Tenía una serpiente encima y se agitó y pataleó para sacudírsela. Luego se percató de que era la víbora cobriza, que habían atado a la tapa de la fiambarrera, que todavía sujetaba con la mano. Cuando dejó de chillar como un cerdo degollado vio que todos los niños se estaban riendo de él a mandíbula batiente.

Todos salvo Lou, que seguía sentada con los brazos cruzados y fingía hacer caso

omiso de aquel espectáculo. Luego, en su rostro se dibujó una sonrisa tan amplia, que parecía querer eclipsar el sol. Cuando Billy se incorporó ella hizo otro tanto. Oz se llevó a la boca lo que quedaba del bollo, se bebió el agua y se apresuró a ponerse a salvo tras el nogal. Lou y Billy, con los puños preparados, se encontraron en el centro del patio. La multitud se cerró a su alrededor y la chica nortea y el montañés dieron comienzo al segundo asalto.

Lou, esta vez con el otro extremo del labio cortado, se sentó en su pupitre. Le sacó la lengua a Billy, que se sentaba frente a ella y tenía la camisa desgarrada y el ojo derecho amoratado. Estelle McCoy estaba frente a ellos, con los brazos cruzados y expresión ceñuda. Tras detener el asalto del campeonato, la enojada maestra había dado por concluida las clases antes de la hora habitual y había informado de lo sucedido a las familias de los luchadores.

Lou estaba de muy buen humor porque le había vuelto a dar una paliza a Billy delante de todos. Billy, que no parecía muy contento, se movía inquieto en la silla y miraba nervioso hacia la puerta. Finalmente, Lou comprendió el motivo de su preocupación al ver que la puerta de la escuela se abría y aparecía George Davis.

—¿Qué demonios pasa aquí? —bramó con tal fuerza que hasta Estelle McCoy se encogió de miedo.

Mientras George Davis avanzaba, la maestra retrocedió.

—Billy se ha peleado, George —dijo la señora McCoy.

—¿Me has hecho venir por culpa de una maldita pelea? —le espetó, y luego se irguió amenazadoramente sobre Billy—. Estaba trabajando en el campo, desgraciado, no tengo tiempo para estas tonterías.

Cuando George vio a Lou sus ojos salvajes se tornaron más malvados aún y entonces le propinó a Billy un revés en la cabeza que lo arrojó al suelo. Luego se inclinó sobre él y masculló:

—¿Has dejado que una maldita niña te hiciera eso?

—¡George Davis! —gritó Estelle McCoy—. Deja en paz a tu hijo.

George alzó la mano en ademán amenazador.

—A partir de hoy el chico trabajará en la granja. Se acabó esta maldita escuela.

—¿Por qué no dejas que sea Billy quien lo decida? —inquirió Louisa mientras entraba en la clase, seguida de Oz, quien se aferraba con fuerza a sus pantalones.

—Louisa —dijo la maestra, aliviada.

Davis se mantuvo firme.

—Es un niño y hará lo que le diga.

Louisa ayudó a Billy a sentarse en el pupitre y le consoló antes de volverse hacia su padre.

—¿Tú ves un niño? Pues yo veo a todo un hombrecito.

—¡No es un hombre! —bramó Davis.

Louisa dio un paso hacia Davis y le habló en voz baja, pero su mirada era tan intensa que Lou dejó de respirar durante unos instantes.

—Pero tú sí que lo eres, de modo que no vuelvas a pegarle.

Davis la señaló en la cara con un dedo sin uña.

—No me vengas con cómo debo tratar a mi chico. Tú tuviste uno. Yo he tenido nueve y hay otro en camino.

—El número de niños que se traen al mundo poco tiene que ver con ser un buen padre.

—Ese negro enorme, Ni Hablar, vive contigo. Dios te castigará por eso. Debe de ser esa sangre de cherokee. Ésta no es tu tierra. Nunca lo ha sido, india.

Lou, sorprendida, miró a Louisa. No sólo era norteña, sino india también.

—Se llama Eugene —replicó Louisa—. Y mi padre no era cherokee sino medio apache. Y el Dios que conozco castiga a los malvados. Como los hombres que pegan a sus hijos. —Dio otro paso hacia Davis—. Si vuelves a ponerle una mano encima será mejor que supliques a tu Dios para que no me cruce en tu camino.

Davis soltó una carcajada.

—Qué miedo me das, vieja.

—Entonces es que eres más listo de lo que me pensaba.

Davis apretó el puño y parecía dispuesto a golpear pero en ese preciso instante vio a Eugene en la entrada y cambió de parecer.

Davis sujetó a Billy con fuerza.

—Chico, vete a casa. ¡Vete!

Billy salió corriendo de la clase. Davis lo siguió lentamente, tomándose su tiempo. Se volvió para mirar a Louisa.

—Esto no se ha acabado. No, señor.

Cerró de un portazo.

El curso escolar había llegado a su fin y en la granja había comenzado el trabajo duro. Louisa se levantaba todos los días bien temprano, antes incluso de que amaneciera, y despertaba a Lou. La chica realizaba sus tareas así como las de Oz por haberse peleado con Billy, y luego pasaban el resto del día trabajando en los campos. Tomaban un almuerzo sencillo y bebían agua fría del manantial bajo la sombra de un magnolio, sin hablar demasiado y sintiendo la ropa húmeda por el sudor. Durante los descansos Oz lanzaba piedras tan lejos que los otros sonreían y le aplaudían. Estaba creciendo y los músculos de los brazos y hombros comenzaban a marcársele; el trabajo estaba convirtiéndolo en un muchacho fuerte y esbelto, al igual que a su hermana. Al igual que a todos los que luchaban por sobrevivir en aquellas montañas.

Hacía tanto calor que Oz sólo llevaba el pantalón con peto, sin camisa ni zapatos. Lou también iba descalza, pero llevaba una vieja camiseta de algodón. El sol era más intenso en las alturas, y cada día que pasaba su pelo estaba más rubio y su piel más morena.

Louisa no paraba de enseñarles cosas: les explicó que las judías trepadoras, que crecen por los tallos del maíz y tienen hebras, deben pelarse o, de lo contrario, podrían asfixiarse. Y que podrían cultivar la mayoría de las semillas, excepto la avena, que requería maquinaria para trillarla, maquinaria que los granjeros de las montañas nunca tendrían. Y cómo lavar la ropa empleando la tabla de lavar y el jabón necesario, hecho de lejía y grasa de cerdo, aunque no mucha, manteniendo caliente el fuego, enjuagando la ropa de la forma adecuada y añadiendo azulete al tercer aclarado para que quedara bien limpia. Y luego, por la noche y a la luz de la lumbre, cómo zurcir con aguja e hilo. Louisa también les dijo cuándo sería el mejor momento para que Lou y Oz aprendieran las artes de herrar a las mulas y enguatar.

Finalmente, Louisa encontró tiempo para enseñarles a montar a *Sue*, la yegua. Eugene los subiría por turnos a la yegua y montarían a pelo, sin una manta siquiera.

—¿Dónde está la montura? —inquirió Lou—. ¿Y los estribos?

—Tu trasero te servirá de montura. Y las piernas de estribos —repuso Louisa.

Lou montó sobre *Sue* y Louisa se quedó junto al animal.

—Ahora, Lou, sostén las riendas con la mano derecha como te he enseñado —dijo Louisa—. *Sue* te llevará un rato pero tienes que hacerle saber quién manda.

Lou agitó las riendas, espoleó a la yegua, a quien solían darle con mucha más fuerza, pero *Sue* se mantuvo inmóvil, como si estuviera dormida.

—Mira que eres tonta —le dijo Lou a la yegua.

—Eugene —gritó Louisa en dirección al campo—. Ven a darme un empujoncito, por favor, cielo.

Eugene llegó renqueando y ayudó a Louisa a subir sobre la yegua, detrás de Lou, y sujetó las riendas.

—Veamos, el problema no es que *Sue* sea tonta, sino que tienes que hablarle en su

idioma. Cuando quieras que ande dale un golpe en el costado y sujeta las riendas. Eso significa «vamos». Cuando quieras que gire, en vez de tirar de las riendas muévelas con suavidad. Para que se detenga tienes que dar un pequeño tirón hacia atrás, así.

Lou siguió las indicaciones de Louisa y *Sue* se puso al paso. Lou movió las riendas hacia la izquierda y la yegua le hizo caso. Tiró de las riendas hacia atrás con rapidez y *Sue* se detuvo.

Lou sonrió de oreja a oreja.

—Eh, miradme. Ya sé montar.

Cotton asomó la cabeza por la ventana del dormitorio de Amanda y observó. Luego contempló el hermoso cielo y después a Amanda.

A los pocos minutos la puerta de la entrada se abrió y Cotton sacó a Amanda y la colocó en la mecedora, junto a una pared de pasionarias que estaban en plena floración.

Oz, que estaba montado sobre *Sue* con su hermana, miró hacia la casa, vio a su madre y estuvo a punto de caerse de la yegua.

—Eh, mamá, mírame. ¡Soy un vaquero!

Louisa se quedó junto a la yegua, mirando hacia donde estaba Amanda. Finalmente, Lou también miró, pero ver a su madre fuera de la casa no pareció entusiasmarle demasiado. Cotton dirigió la mirada de la hija a la madre y tuvo que admitir que Amanda parecía fuera de lugar bajo el sol, con los ojos cerrados y sin que la brisa le agitara los cabellos, como si los elementos se hubieran conjurado en su contra. Cotton la llevó de nuevo al dormitorio.

Era una brillante mañana de verano, varios días después, y Lou ya había terminado de ordeñar las vacas y salía del establo con los cubos llenos de leche. Se detuvo por completo al mirar hacia los campos bajo las primeras luces del día. Corrió tan rápido hacia la casa que la leche le salpicó los pies. Dejó los cubos en el porche y entró a toda prisa en la casa, pasó junto a Louisa y Eugene y llegó al pasillo gritando a voz en cuello. Irrumpió en el dormitorio de su madre y allí estaba Oz, cepillándole el pelo a Amanda.

Lou llegó sin resuello.

—Funciona. Está verde. Todo. La cosecha. Oz, ven a verlo.

Oz salió corriendo de la habitación tan apresuradamente que olvidó que sólo llevaba ropa interior. Lou se quedó en el centro del dormitorio, respirando a duras penas y sonriendo. Cuando se hubo calmado, se acercó a su madre, se sentó y le tomó una de las manos.

—Pensé que te gustaría saberlo. Ya ves, hemos trabajado de firme.

Lou permaneció en silencio durante un minuto, luego soltó la mano y salió de la habitación, completamente relajada.

Esa noche, en su dormitorio, al igual que muchas otras noches, Louisa apretó el

pedal de la máquina de coser Singer que había comprado a plazos, por diez dólares, hacía nueve años. No pensaba decir a los niños qué estaba haciendo, y tampoco permitiría que lo adivinaran. No obstante, Lou sabía que debía de ser algo para ella y Oz, lo cual le hacía sentirse más culpable aún por la pelea con Billy Davis.

La noche siguiente, después de la cena, Oz fue a ver a su madre y Eugene a reparar unas guadañas que había en el granero. Lou lavó los platos y luego se sentó en el porche delantero junto a Louisa. Ninguna de las dos se atrevió a hablar durante unos instantes. Lou vio a dos pájaros carboneros salir volando del establo y posarse en la valla. El plumaje gris y los penachos puntiagudos eran maravillosos, pero en aquel momento a Lou no le interesaban demasiado.

—Lamento lo de la pelea —se disculpó Lou rápidamente, y acto seguido dejó escapar un suspiro de alivio.

Louisa clavó la mirada en las dos mulas del corral.

—Me alegra saberlo —dijo, y se calló.

El sol comenzaba a ponerse y el cielo estaba despejado, apenas salpicado por varias nubes minúsculas. Un cuervo enorme surcaba los cielos solo, aprovechando las ráfagas de viento, como si fuera una perezosa hoja cayendo.

Lou sostuvo un poco de tierra entre las manos ahuecadas y vio un batallón de hormigas correteándole por la mano. La enredadera de madreselvas estaba en su máximo esplendor y el aire olía a rosas canela y a claveles silvestres y la pared púrpura de pasionarias ofrecía una sombra inmejorable en el porche. Las rosas trepadoras se habían enrollado en la mayoría de los postes y parecían estallidos de fuego inmóvil.

—George Davis es un hombre malo —dijo Lou.

Louisa se apoyó contra la verja del porche.

—Hace que sus hijos trabajen como mulas y los trata peor que si lo fueran.

—Bueno, Billy no tenía por qué haberse portado así conmigo —dijo Lou y luego sonrió—. Pero me divertí cuando se cayó del árbol después de ver la serpiente muerta que le puse en la fiambrrera.

Louisa se inclinó hacia delante y la miró con curiosidad.

—¿Viste algo más en la fiambrrera?

—¿Algo más? ¿Como qué?

—Comida, por ejemplo.

Lou parecía confusa.

—No, la fiambrrera estaba vacía.

Louisa asintió lentamente, volvió a apoyarse contra la verja y miró hacia el oeste, donde el sol comenzaba a ocultarse tras las montañas, tiñendo el cielo de rosa y rojo.

—¿Sabes qué es lo que me parece divertido? —dijo Louisa—. Que los niños crean que deben sentirse avergonzados porque sus padres no les dan comida, hasta el punto de llevar la fiambrrera vacía a la escuela y fingir comer para que así nadie sepa que no tienen nada que llevarse a la boca. ¿Te parece divertido?

Lou negó con la cabeza, mirándose los pies.

—No.

—Sé que no os he hablado de vuestro padre. Pero estoy con vosotros y, en cierto modo, os quiero aún más que a él para compensar su pérdida, si bien sé que eso es imposible. —Colocó la mano en el hombro de Lou e hizo que se volviera hacia ella—. Vuestro padre fue un padre excelente. Un hombre que os quería. Y sé que por eso es más difícil seguir adelante sin él, es tanto una bendición como una maldición con la que deberemos cargar hasta el fin de nuestros días. La cuestión es que Billy Davis tiene que vivir con su padre cada día. Preferiría estar en tu pellejo, y sé que Billy Davis también. Todos los días rezo por esos niños. Y tú deberías hacer lo mismo.

El reloj que había sobre la repisa de la chimenea acababa de marcar la medianoche cuando las piedrecitas golpearon la ventana de la habitación de Lou. Aquel sonido repentino la hizo despertar. Lou se acercó a la ventana y miró hacia el exterior, pero al principio no vio nada. Luego atisbo a quien la llamaba y abrió la ventana.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Diamond?

—Vengo a buscarte —repuso el chico, que estaba de pie junto a su fiel perro.

—¿Para qué?

A modo de respuesta, el chico señaló la luna. Resplandecía más que nunca. Se veía con tanta nitidez que Lou apreció las manchas oscuras de su superficie.

—Puedo ver la luna sola, muchas gracias —dijo.

Diamond sonrió.

—No, no es sólo eso. Ve a buscar a Oz. Venga, nos lo pasaremos bien. Ya verás.

Lou parecía insegura.

—¿Está muy lejos?

—No. No tendrás miedo a la oscuridad, ¿no?

—Espera aquí —dijo Lou, y cerró la ventana.

Poco después Lou y Oz estaban vestidos y habían salido sigilosamente de la casa al encuentro de Diamond y *Jeb*.

Lou bostezó.

—Espero que valga la pena, Diamond, o te arrepentirás de habernos despertado.

Se dirigieron hacia el sur a buen ritmo. Diamond habló durante todo el camino, pero se negó a revelarles adónde iban. Finalmente, Lou desistió y observó los pies descalzos de Diamond trepar con facilidad por piedras puntiagudas. Lou y Oz llevaban zapatos.

—Diamond, ¿nunca tienes frío en los pies, nunca te duelen? —preguntó cuando se detuvieron en un montículo para recuperar el aliento.

—Cuando nieve, entonces puede ser que me veáis algo en los pies, pero sólo si hay tres metros de nieve o más. Venga, vamos.

Partieron de nuevo y al cabo de veinte minutos Lou y Oz oyeron un torrente de agua. Un minuto después Diamond levantó una mano y se detuvieron.

—Ahora tenemos que ir despacio —dijo.

Le siguieron de cerca mientras avanzaban por unas rocas cada vez más resbaladizas; el sonido del torrente de agua parecía proceder de todas partes a la vez, como si un maremoto estuviera a punto de engullirlos. Lou, nerviosa, agarró con fuerza la mano de Oz, quien debía de estar aterrorizado. Dejaron atrás un grupo de abedules imponentes y sauces llorones repletos de agua y Lou y Oz alzaron la vista, maravillados.

La cascada tenía casi treinta metros de altura. Surgía de un montón de piedras

calizas desgastadas y caía en picado hasta un estanque natural de agua espumosa que luego discurría hacia la oscuridad. Entonces Lou cayó en la cuenta de lo que Diamond había querido decir con lo de la luna. Resplandecía tanto, y la cascada y el estanque estaban tan perfectamente situados, que el trío se vio rodeado de una luz tan intensa que parecía que se hubiera hecho de día.

Retrocedieron un poco hasta un lugar desde el que seguían dominándolo todo, pero el sonido del torrente no era tan fuerte y así no tenían necesidad de hablar a voz en cuello.

—Es el principal afluente del río McCloud —dijo Diamond—, y el más elevado.

—Es como si nevara hacia arriba —comentó Lou mientras, atónita, se sentaba sobre una piedra cubierta de musgo.

De hecho, con el agua espumosa salpicando hacia lo alto y la luz intensa parecía, en efecto, que la nieve regresaba al cielo. En uno de los extremos del estanque el agua brillaba aún más. Se dirigieron hacia aquel lugar.

—Aquí es donde Dios tocó la tierra —dijo Diamond con aire de gravedad.

Lou se inclinó hacia delante y observó el lugar atentamente. Se volvió hacia Diamond y anunció:

—Fósforo.

—¿Qué? —preguntó Diamond.

—Creo que es fósforo. Lo aprendí en la escuela.

—Repite esa palabra —pidió Diamond.

Lou así lo hizo, y Diamond la pronunció una y otra vez hasta que acabó surgiendo con absoluta naturalidad de su boca. Declaró que era una palabra solemne y agradable pero que, de todos modos, era algo que Dios había tocado, y Lou no tuvo el valor de llevarle la contraria.

Oz se agachó e introdujo la mano en el agua, pero la sacó de inmediato y se estremeció.

—Siempre está así de fría —informó Diamond—, incluso el día más caluroso del año. —Miró alrededor, sonriendo—. Pero es bonito, ¿a que sí?

—Gracias por traernos —dijo Lou.

—Aquí traigo a todos mis amigos —explicó afablemente Diamond, y luego miró hacia el cielo—. Eh, ¿conocéis las estrellas?

—Algunas —respondió Lou—. La Osa Mayor y Pegaso.

—Nunca he oído hablar de esas. —Diamond señaló hacia la zona septentrional—. Inclinad un poco la cabeza y veréis la que yo llamo «el oso al que le falta una pierna». Y más allá la «chimenea de piedra». Y allí —señaló hacia el sur— está «Jesús sentado junto a Dios», sólo que Dios no está porque se ha ido a hacer buenas obras. Porque es Dios. Pero se ve la silla. —Los miró—. ¿La veis?

Oz contestó que las veía todas como si fuera de día, aunque fuera de noche. Lou vaciló, preguntándose si sería mejor o no que Diamond aprendiera el nombre correcto de las constelaciones. Finalmente, sonrió.

—Conoces muchas más estrellas que nosotros. Ahora que las has señalado las veo todas.

Diamond esbozó una sonrisa.

—Bueno, aquí en la montaña estamos mucho más cerca que en la ciudad. No os preocupéis, os las enseñaré bien.

Estuvieron una hora allí y entonces Lou pensó que había llegado el momento de regresar.

Estaban a mitad de camino cuando *Jeb* comenzó a gruñir y a trazar círculos en la hierba, mostrando los dientes.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lou.

—Ha olido algo —respondió Diamond—. Hay muchos bichos por aquí. No le hagáis caso.

De repente, *Jeb* comenzó a correr y a aullar con ferocidad.

—¡*Jeb*! —le gritó Diamond—. Vuelve ahora mismo.

El perro no se detuvo y, finalmente, supieron por qué: un oso negro avanzaba a grandes zancadas por el prado.

—Maldita sea, *Jeb*, deja al oso tranquilo —le ordenó Diamond, y echó a correr tras el perro. Lou y Oz lo imitaron, pero el oso y el perro eran más rápidos que ellos. Finalmente, Diamond se detuvo, jadeando, y Lou y Oz continuaron corriendo hasta darle alcance, tras lo cual se desplomaron, con los pulmones a punto de estallar.

Diamond se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—Maldito perro —masculló.

—¿El oso le hará daño? —preguntó Oz, preocupado.

—No, qué va. *Jeb* seguramente lo arrinconará y luego se cansará y volverá a casa. —Sin embargo, no parecía muy convencido—. Venga, vamos.

Caminaron con brío durante varios minutos hasta que Diamond aflojó el paso, miró alrededor y levantó la mano para que se detuvieran. Se volvió, se llevó un dedo a los labios y les hizo señas para que le siguieran agachados. Avanzaron unos diez metros y entonces Diamond se tumbó boca abajo y Lou y Oz hicieron otro tanto. Se arrastraron y al cabo de unos instantes llegaron a una pequeña hondonada. Estaba rodeada de árboles y maleza y las ramas y las enredaderas que colgaban formaban un techo natural, pero los rayos de la luna se abrían paso por distintos puntos, iluminando aquel lugar.

—¿Qué pasa? —preguntó Lou.

—¡Chist! —susurró Diamond. Se llevó la mano a la oreja para oír mejor y añadió—: El hombre está en el alambique.

Lou volvió a mirar y entonces vio el voluminoso aparato con la enorme panza metálica, las tuberías de cobre y las patas de madera. Varios tarros que serían llenados de whisky de maíz descansaban en unas tablas colocadas sobre un montón de piedras. Una lámpara de queroseno encendida colgaba de un poste fino clavado en el suelo húmedo. Del alambique salía vapor. Oyeron ruidos.

Lou se estremeció al ver a George Davis dejando caer al suelo una bolsa de arpillera de unos cien kilos junto al alambique. Se le veía concentrado en el trabajo y, al parecer, no les había oído. Lou miró a Oz, que temblaba tanto que temió que George Davis sintiera los temblores en el suelo. Lou le dio un tirón a Diamond y le señaló el lugar por el que habían venido. Diamond asintió y comenzaron a retroceder lentamente. Lou volvió la vista, pero Davis había desaparecido de la destilería clandestina. Se quedó inmóvil. De pronto estuvo en un tris de gritar porque oyó que alguien o algo los seguía y temió lo peor.

Primero vio al oso y luego a *Jeb*. Aquél arrinconó al perro, que salió disparado, golpeó el poste del cual colgaba la lámpara y lo derribó. La lámpara cayó al suelo y se rompió. El oso arremetió a toda velocidad contra la destilería y el metal cedió bajo los noventa kilos del oso, se rompió y las tuberías de cobre se soltaron. Diamond corrió en dirección a la hondonada, gritando al perro.

—¡*Jeb*, eres un estúpido!

—¡Diamond! —gritó Lou mientras saltaba y veía al hombre dirigirse hacia su amigo.

—¡Qué demonios! —Davis había emergido de la oscuridad, escopeta en mano.

—¡Cuidado, Diamond! —volvió a gritar Lou.

El oso rugió, el perro ladró, Diamond chilló y Davis apuntó con la escopeta y maldijo. Disparó dos veces y el oso, el perro y el chico salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Lou se agachó mientras los perdigones se abrían paso a través de las hojas y acababan incrustándose en la corteza.

—¡Corre, Oz, corre! —le gritó Lou.

Oz se incorporó de un salto y echó a correr, pero estaba tan confundido que en lugar de alejarse de la hondonada se precipitó hacia la misma. Davis estaba cargando el arma cuando Oz se abalanzó sobre él. El chico se percató del error demasiado tarde, y Davis le sujetó por el cuello de la camisa. Lou corrió hacia ellos.

—¡Diamond! —volvió a gritar—. ¡Ayuda!

Davis había inmovilizado a Oz con una mano, mientras con la otra intentaba cargar el arma.

—¡Maldito seas! —bramó Davis a un Oz aterrorizado.

Lou le golpeó con los puños, pero no logró hacerle daño ya que George Davis, aunque bajo, era duro como un ladrillo.

—¡Suéltelo! —chilló Lou—. ¡Suéltelo!

Davis soltó a Oz, pero entonces golpeó de lleno a Lou, que cayó al suelo sangrando por la boca. Sin embargo, Davis no había visto a Diamond. El chico levantó el poste caído, lo balanceó y golpeó a Davis en las piernas, tras lo cual se desplomó. Entonces Diamond le propinó un buen golpe en la cabeza a Davis con el poste. Lou agarró a Oz y Diamond, a su vez, a Lou; los tres estaban a más de cincuenta metros de la hondonada cuando Davis se incorporó hecho una furia. A los pocos segundos oyeron otro disparo de escopeta, pero para entonces ya estaban fuera

del alcance de ésta.

Se percataron de que alguien o algo los seguía, de modo que aceleraron el paso. Entonces Diamond se volvió y les dijo que no se preocuparan, que era *Jeb*. Regresaron corriendo a la granja y se desplomaron en el porche delantero, sin aliento y estremeciéndose tanto por el cansancio como por el miedo.

Cuando se incorporaron Lou pensó en echar a correr de nuevo porque vio a Louisa con el camisón y una lámpara de queroseno en la mano. Quería saber dónde habían estado. Diamond intentó explicárselo pero Louisa le dijo que se callara en un tono tan cortante que Diamond se quedó mudo.

—La verdad, Lou —ordenó Louisa.

Lou se la contó, incluyendo el encuentro casi mortal con George Davis.

—Pero la culpa no fue nuestra —aclaró Lou—. El oso...

—Vete al establo, Diamond. Y llévate ese maldito perro —espetó Louisa.

—Sí, señora —dijo Diamond, tras lo cual se escabulló con *Jeb*.

Louisa se volvió hacia sus nietos. Lou se dio cuenta de que estaba temblando.

—Oz, a la cama. Ahora mismo.

El chico miró a su hermana y luego se fue corriendo. Lou y Louisa se quedaron solas. Lou nunca se había sentido tan nerviosa como en esos momentos.

—Esta noche tu hermano y tú podríais haber muerto.

—Pero, Louisa, no fue culpa nuestra. Verás...

—¡Sí ha sido vuestra culpa! —exclamó Louisa con dureza, y entonces Lou sintió los ojos arrasados en lágrimas—. No te traje a esta montaña para que murieras a manos de George Davis, niña. Que te fueras sola ya habría sido de lo más insensato, pero que te llevaras a tu hermanito ha sido el colmo. ¡Me avergüenzo de ti!

Lou inclinó la cabeza.

—Lo siento. Lo siento de veras.

Louisa se mantuvo firme.

—Nunca le he levantado la mano a un niño, aunque más de una vez me han agotado la paciencia. Pero si vuelves a hacer algo parecido, te daré una paliza que nunca olvidarás. ¿Entiendes?

Lou asintió en silencio.

—Venga, a la cama —ordenó Louisa—. Y no se hable más del asunto.

A la mañana siguiente George Davis llegó en un carro tirado por dos mulas. Louisa salió para plantarle cara, con las manos a la espalda.

Davis escupió en el suelo, junto a la rueda del carro.

—Esos mocosos causaron destrozos en mi propiedad. Vengo a que se me pague.

—Quieres decir que destrozaron tu alambique.

Lou y Oz salieron y miraron a Davis de hito en hito.

—¡Demonios! —bramó—. ¡Malditos críos!

Louisa se encaminó hacia Davis.

—Si piensas hablar así será mejor que salgas de mi propiedad. ¡Ya mismo!

—¡Quiero mi dinero! ¡Y quiero que reciban su merecido por lo que hicieron!

—Vete a buscar al sheriff y enséñale lo que le hicieron a tu destilería y entonces él me dirá qué hacer.

Davis le clavó la mirada en silencio, con la fusta para las mulas apretada en una mano.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Entonces ya sabes cuál es el camino para salir de mis tierras, George.

—¿Y si incendio la granja?

Eugene salió con un palo largo en la mano.

Davis sostuvo en alto la fusta.

—Ni Hablar, quédate bien quietecito antes de que te haga probar mi látigo como le hicieron a tu abuelo. —Davis comenzó a descender del carro—. Vaya, quizá lo haga de todos modos. ¡Quizá lo haga con todos vosotros!

Louisa sacó el rifle de detrás de la espalda y apuntó a George Davis. El hombre se detuvo en cuanto vio la boca del largo cañón del Winchester.

—Vete de mis tierras —masculló Louisa mientras amartillaba el arma y se llevaba la culata hacia el hombro con el dedo en el gatillo—, antes de que pierda la paciencia y tú un poco de sangre.

—Te pagaré, George Davis —gritó Diamond al tiempo que salía del establo, seguido de *Jeb*.

—La maldita cabeza todavía me da vueltas por culpa del golpe que me diste, muchacho —dijo Davis, iracundo.

—Tienes suerte, porque podría haberte pegado mucho más fuerte si hubiera querido.

—¡No te hagas el listillo conmigo! —bramó Davis.

—¿Quieres el dinero o no? —dijo Diamond.

—¿Qué es lo que tienes? No tienes nada.

Diamond introdujo la mano en el bolsillo y extrajo una moneda.

—Esto es lo que tengo. Un dólar de plata.

—¡Un dólar! Rompiste la destilería. ¿Crees que un maldito dólar la arreglará? ¡Idiota!

—Lo heredé de mi bisabuelo. Tiene cien años. Un hombre en Tremont me dijo que me daría veinte dólares a cambio.

Los ojos de Davis se encendieron al oír aquello.

—Déjame verlo.

—No. Lo tomas o lo dejas. Te digo la verdad. Veinte dólares. El hombre se llama Monroe Darcy. Tiene una tienda en Tremont. Lo conoces.

Davis permaneció en silencio durante unos instantes.

—Dámelo —insistió.

—¡No se lo des, Diamond! —gritó Lou.

—Tengo que saldar una deuda —dijo Diamond. Se dirigió hacia el carro con paso

despreocupado. Cuando Davis alargó la mano para recibir la moneda, el muchacho la retiró—. Óyeme bien, George Davis, así estamos en paz. Jura que si te la doy no vendrás más por aquí a molestar a la señora Louisa.

Davis parecía dispuesto a golpear a Diamond con la fusta, pero dijo:

—Lo juro. ¡Dámelo, venga!

Diamond le tiró la moneda a Davis, que la atrapó, la observó de cerca, la mordió y se la metió en el bolsillo.

—Ahora lárgate, George —dijo Louisa.

Davis la fulminó con la mirada.

—La próxima vez no fallaré con la escopeta.

El carro y las mulas dieron la vuelta y Davis desapareció en una nube de polvo. Lou miró a Louisa de hito en hito, que siguió apuntando a Davis hasta que se desvaneció por completo.

—¿Le habrías disparado de verdad? —inquirió Lou.

Louisa desmontó el rifle y entró en la casa sin responder a la pregunta.

Dos días después, Lou estaba lavando los platos de la cena mientras Oz escribía con cuidado las letras del abecedario en una hoja de papel sobre la mesa de la cocina. Louisa estaba sentada a su lado, ayudándolo. Parecía cansada. Era mayor y la vida en la montaña no resultaba nada fácil, eso Lou lo sabía por experiencia. Había que luchar por todas las cosas, por pequeñas que fuesen, y ella llevaba haciéndolo toda la vida. ¿Durante cuánto tiempo más aguantaría? En cuanto Lou hubo secado el último plato, llamaron a la puerta. Oz se apresuró a abrirla.

Cotton estaba ante la puerta principal vestido con traje y corbata y con una caja grande entre los brazos. Detrás de él se veía a Diamond. El muchacho llevaba una camisa blanca limpia, la cara bien lavada, el pelo alisado con agua y quizá savia pegajosa, y Lou estuvo a punto de dar un grito ahogado porque el chico llevaba zapatos. Aunque iba con los dedos al aire, tenía la mayor parte de los pies cubiertos. Diamond los saludó tímidamente a todos con la cabeza, como si el hecho de que lo hubieran restregado y calzado lo convirtiera en una especie de espectáculo.

Oz dirigió la mirada a la caja.

—¿Qué hay ahí dentro?

Cotton dejó la caja sobre la mesa y se tomó su tiempo para abrirla.

—Aunque hay mucho que decir sobre la palabra escrita —les dijo— nunca debemos olvidar ese otro gran producto artístico. —Con un floreo digno del mejor espectáculo de vodevil, descubrió el gramófono—. ¡Música!

Cotton extrajo un disco de una funda y lo colocó cuidadosamente en el gramófono. Acto seguido giró la manivela con fuerza y puso la aguja en su sitio. Rayó un momento el disco y luego la sala se llenó con lo que Lou reconoció como música de Beethoven. Cotton miró alrededor y apoyó una silla contra la pared. Hizo una señal hacia los otros hombres.

—Caballeros, por favor.

Oz, Diamond y Eugene se levantaron, haciendo un espacio en el centro de la estancia.

Cotton recorrió el pasillo y abrió la puerta de Amanda.

—Señorita Amanda, tenemos varias melodías conocidas para deleitarla esta noche. —Volvió al salón.

—¿Por qué has movido los muebles? —preguntó Lou.

Cotton sonrió y se quitó la chaqueta.

—Porque no se puede escuchar la música así sin más. Hay que sentirla. —Hizo una reverencia exagerada hacia Lou—. ¿Me concede este baile, señorita?

Lou se sonrojó ante la formalidad de la invitación.

—Cotton, estás loco.

—Venga, Lou, eres una buena bailarina —dijo Oz antes de añadir—: Mamá le enseñó.

Entonces comenzaron a bailar. Al comienzo de forma torpe pero luego cogieron el ritmo y pronto estuvieron dando vueltas por la habitación. Todos sonreían ante la pareja y Lou se echó a reír tontamente.

Embargado por la emoción, como era habitual en él, Oz fue corriendo a la habitación de su madre.

—¡Mamá, estamos bailando, estamos bailando!

Acto seguido regresó rápidamente para no perderse el resto del espectáculo.

Louisa movía las manos al ritmo de la música y seguía el compás con los pies. Diamond se acercó a ella.

—¿Le apetece salir a la pista, señora Louisa?

Ella le cogió de las manos.

—Es la mejor oferta que me han hecho en años.

Cuando se unieron a Lou y Cotton, Eugene aguantó a Oz encima de sus zapatos y bailaron dando fuertes pisadas junto a los demás.

La música y las risas fluían por el pasillo hasta la habitación de Amanda. Desde su llegada, el invierno había dado paso a la primavera y la primavera al verano, y durante todo ese tiempo el estado de Amanda no había cambiado. Lou interpretaba esto como una prueba fehaciente de que su madre nunca volvería a estar con ellos, mientras que Oz, con su optimismo característico, veía como algo positivo que su madre no hubiera empeorado. A pesar del futuro sombrío que preveía para ella, Lou ayudaba a Louisa a bañarla todos los días y a lavarle el pelo una vez a la semana. Además, tanto Lou como Oz cambiaban de postura a su madre y le daban masaje en los brazos y las piernas a diario. Sin embargo, nunca se producía reacción alguna por su parte; se limitaba a estar allí, con los ojos cerrados y las extremidades inertes. Lou pensaba a menudo que no estaba «muerta» pero no cabía duda que el estado de su madre tampoco podía considerarse «vida». No obstante, en aquel momento la música y las risas que se filtraban en la habitación hacían que se respirase un ambiente extraño. Si fuera posible sonreír sin mover un solo músculo de la cara, Amanda Cardinal lo habría conseguido.

Después de varios discos la música había cambiado en el salón y ahora era de las que hacía levantar los pies. Las parejas de baile también habían cambiado: Lou y Diamond saltaban y daban vueltas con energía juvenil, Cotton hacía girar a Oz, y Eugene, aun con la pierna mala, y Louisa estaban entregados a un baile muy movido.

Cotton dejó la pista de baile al cabo de un rato, fue al dormitorio de Amanda y se sentó al lado de ésta. Le habló con voz queda, transmitiéndole las noticias del día, cómo estaban los niños, el siguiente libro que pensaba leerle. En realidad se trataba de una conversación de lo más normal, y Cotton confiaba en que le oyera y se sintiera más animada con sus palabras.

—He disfrutado con las cartas que le escribiste a Louisa. Tus palabras revelan una actitud maravillosa. De todos modos, estoy ansioso por conocerte personalmente, Amanda. —Le tomó las manos suavemente y las movió con lentitud al ritmo de la

melodía.

Se oía la música procedente del exterior y la luz se fundía en la oscuridad. Durante un momento maravilloso todo en la casa pareció rezumar felicidad y seguridad.

La pequeña mina de carbón de la finca de Louisa se encontraba a unos tres kilómetros de la casa. Había un sendero tortuoso que conducía hasta la misma y que enlazaba con una pista polvorienta que serpenteaba de regreso a la granja. La abertura de la mina era ancha y lo bastante alta para que la mula y la rastra entraran con facilidad, lo cual hacían cada año para extraer el carbón que les proporcionaría calor durante el invierno. Ahora que la luna quedaba oculta detrás de las nubes altas, la entrada de la mina resultaba invisible a primera vista.

A lo lejos se veía una luz parpadeante, como una luciérnaga. Luego se vio otro destello, y otro más. El grupo de hombres surgió lentamente de la oscuridad y se dirigió a la mina, los parpadeos de luz se materializaron entonces en lámparas de queroseno. Los hombres llevaban cascos provistos de luces de carburo. Para entrar en la mina se quitaron el casco, llenaron la lámpara con bolitas de carburo humedecidas, hicieron girar el tirador que ajustaba la mecha, encendieron una cerilla y una docena de lámparas se iluminaron a la vez.

El hombre más corpulento del grupo llamó a los otros para que se congregaran y formaron una buena piña. Se llamaba Judd Wheeler y había pasado la mayor parte de su vida adulta buscando entre la suciedad y las piedras en busca de objetos de valor. En una de las manazas llevaba un rollo de papel largo que extendió y uno de los hombres lo enfocó con una linterna. En el papel había unas marcas detalladas, escritos y dibujos. En la parte superior del mismo se veía un título escrito con trazos vigorosos: «*Estudio geológico de Southern Valley Coal and Gas*».

Mientras Wheeler daba órdenes a sus hombres sobre las labores de la noche se les unió otro hombre surgido de la oscuridad. Llevaba el mismo casco y ropa vieja. George Davis también sostenía una lámpara de queroseno y parecía emocionado por la actividad. Davis charló animadamente con Wheeler durante unos minutos y luego todos entraron en la mina.

A la mañana siguiente Lou se levantó temprano. El sonido de la música había permanecido en su cabeza a lo largo de la noche, sumiéndola en un sueño placentero. Se desperezó, tocó el suelo con cuidado y fue a mirar por la ventana. El sol ya había iniciado su ascenso y Lou sabía que tenía que ir al establo a ordeñar, tarea que ya había asumido como propia, porque había acabado gustándole el frescor del establo por la mañana, así como el olor de las vacas y el heno. A veces subía al pajar, abría las puertas para el heno y se sentaba en el hueco para contemplar las tierras desde aquella posición privilegiada, escuchar los sonidos de los pájaros y pequeños animales que correteaban entre los árboles, los cultivos y la hierba alta y disfrutar de la brisa que siempre parecía soplar allí.

Aquella era otra mañana de cielo despejado, montañas inquietantes, el vuelo juguetón de los pájaros, las actividades eficientes de los animales, árboles y flores. Sin embargo, Lou no estaba preparada para ver a Diamond y a *Jeb* saliendo del establo y dirigiéndose a la carretera.

Lou se vistió rápidamente y bajó las escaleras. Louisa había preparado el desayuno, aunque Oz aún no había aparecido.

—Anoche lo pasamos bien —comentó Lou al tiempo que se sentaba a la mesa.

—Ahora seguro que te ríes, pero cuando era joven se me daba muy bien bailar —apuntó Louisa mientras dejaba un bollo untado con mermelada y un vaso de leche en la mesa para Lou.

—Diamond debe de haber dormido en el establo —dijo Lou al tiempo que daba un bocado al bollo—. ¿Sus padres no se preocupan por él? —Miró a Louisa de soslayo y añadió—: Supongo que antes debería preguntar si tiene padres.

Louisa exhaló un suspiro y luego miró a su biznieta.

—Su madre murió cuando él nació. Aquí arriba sucede a menudo. Demasiado a menudo, en realidad. Su padre murió hace cuatro años.

Lou soltó el bollo.

—¿Cómo murió su padre?

—No es asunto tuyo, Lou.

—¿Tiene alguna relación con lo que Diamond le hizo al coche de ese hombre?

Louisa se sentó y tamborileó sobre la mesa con los dedos.

—Por favor —rogó Lou—, quiero saberlo. Diamond me preocupa. Es mi amigo.

—Dinamitando una de las minas —explicó Louisa sin rodeos—. Cayó por una ladera. Una ladera que Donovan Skinner estaba cultivando.

—Entonces, ¿con quién vive Diamond?

—Es como un pájaro salvaje. Si lo metieras en una jaula moriría. Si necesita algo, sabe que puede pedírmelo.

—¿La compañía minera le pagó algo por el accidente?

Louisa negó con la cabeza.

—Utilizaron artimañas legales. Cotton intentó ayudar, pero no podía hacer gran cosa. Aquí Southern Valley es una empresa muy poderosa.

—Pobre Diamond.

—Seguro que el chico protestó —apuntó Louisa—. En una ocasión las ruedas del coche de un maquinista se cayeron cuando salía de la mina. Y luego un volquete no se abría y tuvieron que ir a buscar a gente de Roanoke. Encontraron una piedra atascada en el engranaje. Ese mismo jefe de la mina de carbón estaba una vez en un retrete que volcó. La puerta no se abría y pasó una hora terrible en el interior. Hasta hoy nadie ha sido capaz de imaginar quién lo hizo o cómo pudieron rodearlo con una cuerda.

—¿Diamond se ha metido alguna vez en problemas?

—Henry Atkins, el juez, es buen hombre; sabe qué tiene entre manos y nunca le ha procesado. Pero Cotton siguió hablando con Diamond y al final el chico dejó de hacer trastadas. —Hizo una pausa—. Por lo menos hasta que el estiércol de caballo apareció en el coche del hombre.

Louisa se volvió, pero Lou ya había visto la amplia sonrisa de la mujer.

Lou y Oz montaban a *Sue* todos los días y habían conseguido que Louisa dijera que eran jinetes buenos y competentes. A Lou le encantaba montar a la yegua. Le daba la impresión de que desde esa posición privilegiada podía ver hasta el infinito y *Sue* tenía el lomo tan ancho que le parecía imposible caer.

Después de las tareas matutinas, iban a nadar con Diamond al estanque de Scott, que según Diamond no tenía fondo. A medida que avanzaba el verano Lou y Oz se broncearon mientras que a Diamond le salieron más pecas.

Eugene les acompañaba siempre que podía, y Lou se sorprendió al enterarse de que sólo tenía veintiún años. No sabía nadar, pero los niños le enseñaron y enseguida practicó distintos estilos, ya que la pierna lisiada no le impedía realizar ningún tipo de movimiento en el agua.

Jugaban al béisbol en un campo que habían segado. Eugene había hecho un bate con la rama de un roble. Utilizaban la pelota sin revestimiento de Diamond y otra hecha con una bola de caucho envuelta en lana de oveja y cordel. Las bases eran trozos de pizarra dispuestos en línea recta, pues según Diamond así era como se hacía. Lou, que era seguidora de los New York Yankees, se guardaba su opinión al respecto y dejaba que el muchacho se divirtiese. Jugaban de tal forma que ninguno de ellos, ni siquiera Eugene, era capaz de golpear una pelota que hubiera lanzado Oz, por lo rápido y astuto que era lanzando.

Pasaron muchas tardes reviviendo las aventuras del Mago de Oz, inventando fragmentos que habían olvidado o que, con su desparpajo juvenil, consideraban que podían mejorar. Diamond sentía cierta debilidad por el espantapájaros; Oz, por supuesto, tenía que ser el león cobarde, y, por rebeldía, Lou era el hombre de hojalata sin corazón. Por unanimidad proclamaron a Eugene el gran y poderoso mago y él salía de detrás de una roca y cantaba a voz en cuello las estrofas que le habían

enseñado y de forma tan airada que el León Cobarde preguntó a Eugene, el Mago Poderoso, si podía bajar un poco la voz. Libraron muchas batallas cuerpo a cuerpo contra monos voladores y brujas enternecedoras, y ayudados por un poco de ingenuidad y de suerte justo en los momentos adecuados, el bien siempre triunfaba sobre el mal en la maravillosa montaña de Virginia.

Diamond les contó que en invierno patinaría en la superficie helada del estanque de Scott, y que empleando un hacha de empuñadura corta cortaría una tira de corteza de roble y que la utilizaría como trineo para deslizarse por las pendientes heladas de las montañas a una velocidad desconocida hasta entonces para los seres humanos. Dijo que le encantaría enseñarles a hacerlo, pero que tendrían que prometerle que lo mantendrían en secreto, no fuera que quienes no debían lo descubriesen y quizá se apoderaran del mundo gracias a ese conocimiento tan valioso.

Lou no insinuó ni una sola vez que sabía lo que había ocurrido con los padres de Diamond. Tras varias horas de diversión se despedían y Lou y Oz se iban a casa a lomo de *Sue* o se turnaban con Eugene cuando iba con ellos. Diamond se quedaba atrás y nadaba un poco más o le daba al balón, hacía, como solía decir, lo que le venía en gana.

Un día que volvían a casa después de una de estas salidas, Lou decidió ir por otro camino. Una ligera neblina rodeaba las montañas cuando ella y Oz se acercaron a la granja desde la parte posterior. Llegaron a una cuesta y en lo alto de una pequeña loma, situada a unos ochocientos metros de la casa, Lou detuvo a *Sue*. Oz se retorció detrás de ella.

—Venga, Lou, tenemos que volver. Hay cosas que hacer.

Sin embargo, la chica desmontó a *Sue* y dejó las riendas a Oz, lo que a punto estuvo de hacerle caer del animal. Enfadado, le gritó, pero Lou no pareció oír nada.

Lou se acercó al pequeño espacio despejado bajo la densa sombra de un árbol de hoja perenne y se arrodilló. Las marcas de la tumba no eran más que trozos de madera oscurecidos por el tiempo. Lo cierto es que había pasado mucho tiempo. Lou leyó los nombres de los muertos y las fechas de su nacimiento y su muerte, que estaban bien grabadas en la madera.

El primer nombre era Joshua Cardinal. La fecha de su nacimiento y muerte hizo pensar a Lou que debió de ser el esposo de Louisa, el bisabuelo de Lou y Oz. Había muerto a los cincuenta y dos años, por lo que había tenido una vida no muy larga, pensó Lou. El segundo era un nombre que Lou conocía por su padre. Jacob Cardinal era el padre de su padre, es decir su abuelo. Mientras leía el nombre, Oz se unió a ella y se arrodilló en la hierba. Se quitó el sombrero de paja y permaneció en silencio. Su abuelo había muerto a edad mucho más temprana que su padre. Lou se preguntó si aquel lugar tenía algo de extraño, pero entonces se acordó de la edad de Louisa y dejó de formularse preguntas.

La tercera marca parecía la más antigua. Sólo tenía un nombre, sin fechas de nacimiento o muerte.

—Annie Cardinal —leyó Lou en voz alta. Durante un rato los dos se quedaron allí arrodillados y contemplaron las placas de madera que señalaban los restos mortales de unos familiares a los que nunca habían conocido. Entonces Lou se levantó, se acercó a *Sue*, agarró las crines de la yegua, subió a ella y luego ayudó a Oz a montar. Ninguno de ellos habló durante el camino de regreso a casa.

Mientras cenaban aquella noche Lou, en más de una ocasión, estuvo a punto de formular una pregunta a Louisa sobre lo que habían visto, pero en el último momento se callaba. Era obvio que a Oz le picaba la misma curiosidad, pero, como de costumbre, estaba predispuesto a seguir el ejemplo de su hermana. Lou pensó que ya tendrían tiempo de saber la respuesta a todas las preguntas. Antes de acostarse, Lou salió al porche trasero y lanzó una mirada a aquella loma. Aunque la luna estuviera en lo alto, desde ahí no se veía el cementerio, si bien ya sabía dónde estaba. Nunca se había interesado demasiado por los muertos, sobre todo desde que había perdido a su padre. Ahora era consciente de que volvería pronto a ese cementerio y que examinaría una vez más aquellos nombres grabados en la madera correspondientes a personas de su misma sangre.

Cotton apareció con Diamond al cabo de una semana y dio unas pequeñas banderas americanas a Lou, Oz y Eugene. También trajo una lata de veinte litros de gasolina, que vació en el depósito del Hudson.

—No cabemos todos en el Olds —explicó—. Y me hice cargo de un problema de propiedades que tuvo Leroy Meekins, el encargado de la gasolinera Esso. Sin embargo, a Leroy no le gusta pagar en efectivo, por lo que puede decirse que ahora mismo estoy bien surtido de productos derivados del petróleo.

Con Eugene al volante, los cinco bajaron a Dickens a ver el desfile. Louisa se quedó para cuidar de Amanda, pero prometieron traerle algún regalito.

Comieron muchos perritos calientes con un montón de mostaza y *catsup*, y algodones de azúcar y refrescos suficientes para que los niños tuvieran que ir a los baños públicos con mucha frecuencia. Había concursos de habilidad en las casetas instaladas por todas partes, y Oz arrasó en todas las que había que lanzar algo para derribar lo que fuera. Lou le compró un bonito sombrero a Louisa y dejó que Oz lo llevara en una bolsa de papel.

El pueblo estaba adornado con banderolas de color rojo, blanco y azul y tanto los habitantes de la localidad como los de las montañas iban agolpándose a ambos lados de la calle a medida que bajaban las carrozas. Estas barcazas de tierra iban tiradas por caballos, mulas o carros y representaban los momentos estelares de la historia de América, la cual, para la inmensa mayoría de los virginianos, se había producido en el estado de Virginia. En una de esas carrozas había un grupo de niños, que representaban las trece colonias originales; uno de ellos llevaba los colores de Virginia, que eran mucho mayores que las banderas de otros niños y además vestía el traje más vistoso. Un regimiento de veteranos de guerra condecorados de la zona desfilaba al lado, incluidos varios hombres delgados y con una barba bien larga que afirmaban haber servido tanto con el honorable Bobby Lee como con el sumamente beato Stonewall Jackson.

Una de las carrozas, patrocinada por Southern Valley, estaba dedicada a la extracción del carbón y tiraba de ella un camión Chevrolet adaptado y pintado de color dorado. No había ningún minero con la cara negra y la espalda inclinada a la vista, sino que, en pleno centro de la barcaza, sobre una plataforma elevada que simulaba un volquete para el carbón, había una hermosa joven rubia, con un cutis perfecto y la dentadura blanquísima, llevando una banda que rezaba «*Miss carbón bituminoso 1940*» y saludando con la mano de forma tan mecánica como una muñeca de cuerda. Incluso el más duro de entendederas de entre los miembros del público habría sido capaz de advertir la relación implícita entre los trozos de roca negra y el recipiente dorado que tiraba de los mismos. Y los hombres jóvenes y viejos recibieron a la belleza que desfilaba con la típica reacción de vítores

y silbidos. De pie al lado de Lou había una mujer vieja y jorobada que le dijo que su esposo y sus tres hijos trabajaban en las minas. Observó a la reina de la belleza con una mirada de desdén y luego comentó que probablemente aquella joven no hubiera estado cerca de una mina en toda su vida y que sería incapaz de reconocer un trozo de carbón en el mismísimo infierno.

Los mandamases del pueblo pronunciaron discursos grandilocuentes que motivaron los aplausos entusiastas del público. El alcalde pontificó desde un escenario improvisado, arropado por hombres sonrientes y con ropa cara que, según le explicó Cotton a Lou, eran directivos de Southern Valley. El alcalde era joven y dinámico, tenía el pelo lacio y brillante, lucía un buen traje y una cadena y un reloj modernos, aparte de transmitir un entusiasmo inagotable con su radiante sonrisa y sus manos alzadas al cielo, como si estuviera preparado para abalanzarse sobre cualquier arco iris que intentara escapársele de las manos.

—El carbón es el rey —anunció el alcalde por un micrófono de sonido metálico que era casi tan grande como su cabeza—. Y entre la guerra que se está fraguando al otro lado del Atlántico y los poderosos Estados Unidos de América construyendo barcos, armas y tanques a un ritmo febril, la demanda de las plantas de laminación de acero harán que el coque, nuestro buen coque de Virginia, suba como la espuma. La prosperidad está aquí en abundancia, y aquí se quedará. No sólo nuestros hijos vivirán el glorioso sueño americano, sino también sus hijos. Y todo será gracias al buen trabajo de gente como la de Southern Valley y su implacable voluntad de extraer el negro mineral que conduce a este pueblo a la grandeza. Tened por seguro, amigos, que nos convertiremos en la Nueva York del sur. Un día, algunos mirarán atrás y dirán: «¿Quién iba a imaginar la suerte excepcional que el destino depararía a la gente de Dickens, Virginia?». Pero vosotros ya lo sabéis porque os lo estoy diciendo ahora mismo. ¡Un viva por Southern Valley y Dickens, Virginia!

El eufórico alcalde lanzó su canotíe al aire. La multitud se unió a él en los vítores y más sombreros fueron catapultados por encima de las cabezas. Aunque Diamond, Lou, Oz, Eugene y Cotton también aplaudieron y los niños se miraron los unos a los otros sonriendo, Lou advirtió que la expresión de Cotton no era precisamente de optimismo.

Al caer la noche contemplaron una exhibición de fuegos artificiales que dio color a la noche, y luego el grupo subió al Hudson y se marchó del pueblo. Acababan de pasar por delante del juzgado cuando Lou preguntó a Cotton sobre el discurso del alcalde y su reacción poco entusiasta ante el mismo.

—Bueno, ya he visto a este pueblo prosperar y luego decaer —declaró—, y suele ocurrir cuando los políticos y los empresarios están más entusiasmados. De modo que no sé. Quizás esta vez sea distinto, pero no estoy seguro.

Lou reflexionó al respecto mientras el fragor de la celebración iba quedando atrás. Llegó un momento en que se apagaron por completo y los reemplazó el ulular del viento a través de las rocas y los árboles, mientras regresaban a la montaña.

No había llovido demasiado, pero Louisa todavía no estaba preocupada, si bien rezaba todas las noches para que se abrieran los cielos y bramaran con fuerza y durante un buen rato. Estaban desherbando el maizal, hacía calor y las moscas y mosquitos resultaban especialmente molestos. Lou escarbó la tierra como si algo no estuviera bien.

—Ya hemos plantado las semillas. ¿No pueden crecer solas?

—Hay muchas cosas que van mal en la agricultura, y un par de ellas suele ocurrir siempre —respondió Louisa—. Y el trabajo no se acaba nunca, Lou. Aquí las cosas son así.

Lou se colocó el azadón al hombro.

—Lo único que digo es que más vale que este maíz sepa bien.

—Lo que produzca este maizal —explicó Louisa— será para los animales.

Lou estuvo a punto de soltar la azada.

—¿Estamos haciendo todo esto para alimentar a los animales?

—Trabajan duro para nosotros; debemos hacer lo mismo por ellos. También tienen que comer.

—Sí, Lou —intervino Oz mientras atacaba la tierra con golpes vigorosos—. ¿Cómo van a engordar los cerdos si no comen?

Trabajaron en las colinas de maíz, codo con codo bajo un sol de justicia. El chirrido de los grillos les llegaba desde todas partes. Lou dejó de lado la azada por un instante y observó a Cotton conduciendo hasta la casa y bajarse del coche.

—El hecho de que Cotton venga todos los días y lea a mamá hace que Oz piense que va a mejorar —le comentó a Louisa, en voz baja para que su hermano no la oyera.

Louisa cavó con la azada alrededor de un montoncillo con la energía de una persona joven y la destreza de una mayor.

—Tienes razón, es terrible que Cotton deba ayudar a tu mamá.

—No lo decía en ese sentido. Cotton me cae bien.

Louisa se detuvo y se apoyó en la azada.

—No me extraña, porque Cotton es una de las mejores personas que conozco. Me ha ayudado en muchos momentos difíciles desde que llegó aquí. No sólo asesorándome como abogado, sino doblando la espalda. Cuando Eugene se hizo daño en la pierna, vino aquí todos los días durante un mes para trabajar el campo cuando podría haber estado en Dickens ganando dinero. Ayuda a tu madre porque quiere que mejore. Quiere que pueda volver a abrazaros a ti y a Oz.

Lou no respondió a ese comentario, y volvió a concentrarse en la azada, pero golpeaba en vez de cortar. Louisa volvió a enseñarle cómo se hacía y la muchacha aprendió la técnica adecuada rápidamente.

Trabajaron un rato más en silencio, hasta que Louisa se enderezó y se frotó la espalda.

—El cuerpo me pide un poco de descanso, pero también querrá comer cuando

llegue el invierno.

Lou contempló la campiña. El cielo parecía pintado de un azul intenso y daba la impresión de que los árboles llenaban todos los huecos con un verde seductor.

—¿Cómo es que papá nunca volvió? —preguntó Lou con voz queda.

—No existe ninguna ley que diga que una persona tiene que volver a su casa —repuso.

—Pero escribió sobre eso en sus libros. Yo sé que le gustaba este lugar.

Louisa miró a la muchacha y dijo:

—Vamos a beber algo frío.

Le dijo a Oz que descansara un poco, que ellas irían en busca de un poco de agua. El chico soltó la azada de inmediato, cogió unas piedras y empezó a lanzarlas y a gritar con cada lanzamiento, de una forma que sólo los niños parecían poder hacerlo. Últimamente le había dado por colocar una lata encima de un poste y luego lanzarle piedras hasta hacerla caer. Se le daba tan bien que le bastaba con un solo lanzamiento fuerte para conseguir que la lata volase por los aires.

Lo dejaron entreteniéndose de ese modo y se fueron al cobertizo del arroyo, que estaba en una de las vertientes de la ladera situada bajo la casa y que recibía la sombra de un roble inclinado, varios fresnos y unos rododendros gigantes. Al lado de esta especie de cabaña se hallaba el tocón de un álamo, del que sobresalía el extremo de un panal, rodeado de un enjambre de abejas.

Cogieron tazas metálicas de unos ganchos que había en la pared y las sumergieron en el agua antes de sentarse a beber en el exterior. Louisa recogió las hojas verdes de un tártago que crecía cerca del cobertizo del arroyo y entonces vieron las hermosas flores violetas que aquél ocultaba.

—Uno de los pequeños secretos de Dios —explicó.

Lou estaba ahí sentada con la taza entre las rodillas, mirando y escuchando a su bisabuela bajo la apacible sombra mientras Louisa señalaba otras cosas interesantes.

—Ahí hay una oropéndola. Ya no se ven muchas, no sé por qué. —Señaló otro pájaro posado en la rama de un arce—. Es un chotacabras. No me preguntes de dónde ha salido ese nombre porque no lo sé. —Hizo una pausa, se le ensombreció el semblante y prosiguió en un tono grave—: La madre de tu padre nunca fue feliz aquí. Era del valle de Shenandoah. Mi hijo Jake la conoció en un concurso de baile de éstos en los que el premio es un pastel. Se casaron demasiado rápido y se instalaron aquí en una especie de cabaña. Pero yo sé que a ella le gustaba más la ciudad. El valle era un sitio atrasado para ella. Dios mío, estas montañas debían de parecerle la prehistoria a la pobre chica. Pero tenía a tu padre, y los años siguientes sufrimos la peor sequía que he visto en mi vida. Cuanto menos llovía, más duro trabajábamos. Mi hijo pronto perdió lo que tenía y se vinieron a vivir con nosotros. Seguía sin llover. Perdimos los animales, perdimos casi todo lo que teníamos. —Louisa apretó las manos y luego las abrió—. Pero conseguimos salir adelante. Y entonces llegaron las lluvias y mejoró nuestra situación. Sin embargo, cuando tu padre tenía siete años su madre se hartó de

esta vida y se marchó. Nunca se había preocupado por aprender a cuidar de la granja ni tampoco a cocinar, así que de todos modos a Jack no le resultaba de gran ayuda.

—Pero ¿Jack no quiso irse con ella?

—Oh, supongo que sí, porque era una mujer muy guapa y un hombre joven siempre es un hombre joven. No es que estén precisamente hechos de piedra. Pero ella no quería que la acompañara, no sé si me entiendes, ya que él era montañés y todo eso. Y tampoco quería a su propio hijo. —Louisa sacudió la cabeza al recordar aquellos hechos dolorosos—. Y, claro, Jack nunca lo superó. Poco después, su padre murió, lo cual no mejoró en nada la situación. —Esbozó una sonrisa—. Pero tu padre era la alegría de nuestras vidas. Aun así veíamos morir un poco cada día a un hombre al que amábamos, y nos sentíamos impotentes. Dos días después de que tu padre cumpliera diez años, Jake murió. Algunos dicen que sufrió un ataque al corazón. Yo digo que más bien éste se le partió de pena. Entonces nos quedamos sólo tu padre y yo. Pasamos buenos ratos, Lou, nos queríamos mucho. Pero tu padre sufría terriblemente. —Se calló unos momentos y tomó un sorbo de agua fría—. Pero todavía me pregunto por qué no volvió ni una sola vez.

—¿Te recuerdo a él? —preguntó Lou con voz queda.

Louisa sonrió.

—La misma pasión, la misma tozudez. También un gran corazón. Igual que como eres con tu hermano. No pasaba día sin que tu padre me hiciera reír al menos un par de veces. Cuando me levantaba y justo antes de acostarme. Decía que quería que empezara y acabara el día con una sonrisa.

—Ojalá mamá hubiera dejado que te escribiéramos. Decía que algún día, pero nunca llegó.

—Cuando recibí la primera carta fue como si me hubieran derribado con un palo. En ocasiones contestaba, pero tengo la vista muy mal. Y el papel y los sellos escasean.

Lou parecía sentirse muy violenta.

—Mamá le pidió a papá que volvieran a Virginia.

—¿Y qué dijo tu padre? —preguntó Louisa, sorprendida.

Lou no podía decirle la verdad.

—No lo sé.

—Oh —se limitó a susurrar Louisa.

Lou se dio cuenta de que estaba empezando a enfadarse con su padre, algo que no recordaba que le hubiera ocurrido con anterioridad.

—Me cuesta creer que te dejara aquí sola.

—Yo le obligué a marcharse. La montaña no es un sitio para alguien como él. Tenía que compartir al muchacho con el mundo. Y tu padre me escribió todos esos años y me dio dinero cuando lo necesité. Se ha portado bien conmigo. Nunca pienses mal de él por esto.

—Pero ¿no te dolió que nunca volviera?

Louisa rodeó a la niña con el brazo.

—Sí que volvíó. Tengo conmigo a las tres personas que él más amaba en este mundo.

Había sido una cabalgada dura por el estrecho sendero que a menudo se perdía entre una maraña de arbustos, lo cual obligaba a Lou a desmontar y guiar a la yegua. No obstante era un trayecto agradable, porque los pájaros trinaban y el díctamo asomaba por entre las pilas de pizarra. Había pasado por cuevas secretas rodeadas de piedra de las que sobresalían sauces. Muchas de las cuevas estaban adornadas con cálices espumosos de agua de manantial. Había terrenos de casas abandonadas desde hacía tiempo, la retama crecía alrededor de los restos de las chimeneas.

Al final, siguiendo las indicaciones que Louisa le había dado, Lou llegó a la pequeña casa del claro. Echó un vistazo a la propiedad. Parecía hartó probable que en otro par de años esta finca también sucumbiera al acoso de la naturaleza que la rodeaba por todas partes. Los árboles se extendían por encima del tejado que tenía casi tantos agujeros como tejas. En varias ventanas faltaba el cristal; un árbol joven crecía por una abertura del porche delantero, y había un zumaque salvaje adherido a la barandilla astillada del porche. La puerta delantera colgaba de un solo clavo; de hecho, la habían sujetado de forma que siempre permaneciera abierta. Sobre el dintel había una herradura, de la buena suerte, supuso Lou, y buena falta parecía hacerle al lugar. Los campos circundantes también estaban cubiertos de maleza. Sin embargo, el patio de tierra aparecía limpio de hierbajos e incluso había un pequeño arriate de peonías y lilas y junto a un pequeño pozo de manivela florecía una gran madreselva. Un rosal crecía a uno de los lados de la casa. Lou había oído decir que las rosas crecían con fuerza cuando estaban desatendidas. Si eso era cierto, aquél era el rosal más descuidado que Lou había visto en su vida, ya que estaba inclinado por el peso de sus flores, de un color rojo intenso. *Jeb* dobló la esquina y ladró al jinete y al caballo. Cuando *Diamond* salió de la casa, se paró en seco y miró alrededor como si buscara un lugar donde esconderse.

—¿Qué haces aquí? —acertó a decir finalmente.

Lou desmontó y se arrodilló para jugar con *Jeb*.

—He venido a hacerte una visita. ¿Dónde están tus padres?

—Papá trabajando, y mamá ha ido a *McKenzie's*.

—Diles que he pasado a saludar.

Diamond se metió las manos en los bolsillos.

—Mira, tengo cosas que hacer —murmuró.

—¿Como qué? —preguntó Lou al tiempo que se levantaba.

—Como pescar. Eso, he de ir a pescar.

—Pues voy contigo.

—¿Tú sabes pescar? —preguntó *Diamond*, ladeando la cabeza.

—En *Brooklyn* hay un montón de sitios donde pescar.

Se colocaron en un embarcadero improvisado construido con unas pocas tablas de

roble toscamente labrado que no estaban ni siquiera clavadas entre sí, sino sujetas entre las piedras que sobresalían de la orilla del amplio arroyo. Diamond enganchó un gusano rosado en el anzuelo mientras Lou miraba con cara de asco, y le pasó la otra caña.

—Ve a lanzar el anzuelo ahí.

Lou cogió la caña y vaciló.

—¿Necesitas ayuda?

—Puedo hacerlo sola.

—Mira, esto es una caña del sur y supongo que tú estás acostumbrada a las modernas cañas norteñas.

—Tienes razón, eso es lo que uso: caña norteña.

En su honor, Diamond no esbozó ni una sola sonrisa sino que cogió la caña, le enseñó a sujetarla y luego la lanzó con una técnica casi perfecta.

Lou observó los movimientos con atención, llevó a cabo un par de lanzamientos de práctica y luego hizo uno bastante bueno.

—Vaya, éste ha sido casi tan bueno como los míos —dijo Diamond con la debida modestia sureña.

—En un par de minutos más lo haré mejor que tú —afirmó ella con timidez.

—Todavía tienes que pescar algo —replicó Diamond animosamente.

Media hora más tarde él había pescado su tercera lubina y la acercó a la orilla mediante movimientos regulares. Lou lo miraba completamente impresionada por su habilidad, pero era una muchacha muy competitiva y duplicó sus esfuerzos para vencer a su compañero de pesca.

Al final, su caña se tensó y la arrastró hacia el agua. Con un fuerte tirón, la levantó y un grueso siluro asomó medio cuerpo fuera del agua.

—¡Cielo santo! —exclamó Diamond al ver que el pez saltaba y volvía a sumergirse en el agua—. Es el siluro más grande que he visto en mi vida. —Hizo ademán de coger la caña.

—¡Lo tengo, Diamond! —gritó Lou. El muchacho dio un paso atrás y observó la lucha, bastante equilibrada, entre la chica y el pez. Al principio Lou parecía ir ganando, el sedal se tensaba y luego se aflojaba, mientras Diamond le daba consejos y le dedicaba palabras de aliento. Lou resbaló y se deslizó por el inestable muelle, una de las veces estuvo a punto de caer al agua, antes de que Diamond la agarrara por el peto y la arrastrara hacia él.

Sin embargo, al final, Lou se cansó y reconoció con voz entrecortada:

—Necesito ayuda.

Tirando los dos a la vez de la caña y del sedal consiguieron arrastrar el pez hasta la orilla. Diamond se agachó, lo sacó del agua y lo dejó caer sobre los tablones, donde estuvo dando coletazos a un lado y a otro. Con lo carnoso y grueso que era, dijo que sería un buen manjar. Lou se agachó y observó orgullosa su presa, aunque la hubieran ayudado a conseguirla. Mientras miraba atentamente al pez, éste coleteó una vez más,

saltó en el aire, escupió agua y entonces el anzuelo se le salió de la boca. Lou gritó y dio un respingo, chocó contra Diamond y los dos cayeron al agua. Salieron a la superficie farfullando y vieron cómo el siluro se acercaba al borde del muelle, caía al agua y desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Diamond y Lou se miraron el uno al otro por un angustioso instante y luego comenzaron a salpicarse mientras sus carcajadas resonaban en las montañas circundantes.

Lou estaba sentada delante de la chimenea mientras Diamond avivaba el fuego para que se secaran. El muchacho fue a buscar una manta vieja que a Lou le pareció que olía a *Jeb*, a moho o a ambos, pero le dio las gracias cuando se la puso sobre los hombros. Por dentro, la casa estaba sorprendentemente limpia y ordenada, aunque había pocos muebles y se notaba que eran de fabricación casera. En la pared Lou vio una foto vieja de Diamond con un hombre que supuso era su padre. No había ninguna fotografía que pudiera atribuir a su madre. Mientras el fuego iba tomando cuerpo, *Jeb* se tumbó junto a ella y empezó a perseguir unas pulgas que tenía en el pelaje.

Diamond quitó las escamas de las lubinas con destreza, las atravesó con una palmeta, de la boca a la cola, y las asó en el fuego. Acto seguido, cortó una manzana e hizo caer el jugo en el interior de la carne. Le enseñó a Lou a extraer la carne blanca y sabrosa que envolvía las pequeñas espinas. Comieron con los dedos, y les supo a gloria.

—Tu padre era muy guapo —afirmó Lou, señalando la foto.

Diamond lanzó una mirada a la fotografía.

—Sí, sí que era guapo. —Respiró hondo y miró a Lou.

—Louisa me lo contó —dijo ella.

El muchacho se levantó y atizó el fuego con un palo torcido.

—No quiero que uses trucos conmigo.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque somos amigos.

Esa frase pareció tranquilizar a Diamond, que volvió a sentarse.

—¿Echas de menos a tu madre? —preguntó Lou.

—No, ¿por qué? Nunca la conocí —repuso él, y se le ensombreció el semblante—. Murió cuando yo nací.

—Lo sé, pero aun así puedes echarla de menos, aunque no la conocieras.

Él asintió, mientras se rascaba distraídamente la mejilla sucia con el pulgar.

—A menudo pienso en cómo sería mi madre. No tengo ninguna foto de ella. Mi padre me la describió varias veces, pero no es lo mismo. —Se calló, empujó con suavidad un trozo de leña con un palo y añadió—: Sobre todo me pregunto qué voz tendría y por su olor. La forma en que su cabello y sus ojos reflejarían la luz. Pero también echo de menos a mi padre, porque era un buen hombre. Me enseñó todo lo necesario. A cazar, a pescar. —La miró—. Supongo que tú también echas de menos a tu padre.

Lou se sintió incómoda. Cerró los ojos unos momentos y asintió.

—Sí, lo echo de menos.

—Eres afortunada: aún tienes a tu madre.

—No, no la tengo. No la tengo, Diamond.

—Ahora parece que está mal, pero se pondrá bien. La gente sólo desaparece cuando se la olvida. Yo no sé mucho, pero eso lo sé.

Lou quería decirle que él no lo entendía. Él había perdido a su madre, no cabía duda. Con respecto a su propia madre, Lou pisaba un terreno de arenas movedizas. Además, Lou tenía que cuidar de Oz.

Se sentaron a escuchar el crepitar del fuego mientras los árboles, los insectos, los animales y los pájaros seguían con sus vidas.

—¿Cómo es que no vas al colegio? —preguntó Lou.

—Tengo catorce años y me va bien así.

—Dijiste que habías leído la Biblia.

—Sí, algunas personas me leen fragmentos.

—¿Sabes firmar?

—Qué más da, aquí todo el mundo sabe quién soy. —Diamond se puso en pie, extrajo la navaja y marcó una «X» en la pared desnuda—. Así es como mi padre lo hizo toda su vida, y si a él le bastó, a mí también.

Lou se envolvió con la manta y contempló el baile de llamas mientras sentía que un extraño escalofrío la recorría por dentro.

Una noche especialmente calurosa se oyó un golpe en la puerta justo cuando Lou estaba pensando en subir a acostarse.

Billy Davis casi se cayó al suelo cuando Louisa abrió.

Louisa agarró al muchacho, que temblaba.

—¿Qué ocurre, Billy?

—El bebé de mamá está al caer.

—Ya sabía que faltaba poco... ¿Ha llegado la comadrona?

El muchacho tenía los ojos como platos y no parecía que las piernas soportasen su peso más tiempo.

—No vendrá. Papá no quiere.

—Santo cielo, ¿por qué no? —Dice que cobran un dólar, y que él no piensa pagar.

—Es mentira, las comadronas de aquí no cobran un solo centavo.

—Pues papá afirma lo contrario. Pero mamá dice que el bebé no está bien. He venido en mula a buscarla.

—Eugene, pon a *Hit* y a *Sam* en el balancín para el carro. Rápido —ordenó.

Antes de salir, Eugene tomó el rifle del estante y se lo tendió a Louisa.

—Será mejor que se lleve esto si tiene que vérselas con ese hombre.

Sin embargo, Louisa sacudió la cabeza mientras observaba lo nervioso que estaba Billy, pero acabó sonriéndole.

—No estaré sola, Eugene. Lo intuyo. Todo irá bien.

Eugene no soltó el arma.

—Entonces, la acompaño. Ese hombre está loco.

—No, quédate con los niños. Venga, prepara el carro.

Eugene vaciló por un instante, y finalmente obedeció.

Louisa cogió algunas cosas y las introdujo en un cubo, se metió un paquete pequeño de trapos en el bolsillo, hizo un fardo con varias sábanas limpias y se dirigió a la puerta.

—Louisa, voy contigo —anunció Lou.

—No, no es un buen sitio para ti.

—Da igual, Louisa —repuso la muchacha—. En el carro o con *Sue*, pero iré. Quiero ayudarte. —Lanzó una mirada a Billy—. Y a ellos.

Louisa se lo pensó unos segundos, y luego dijo:

—No me irá mal una ayudita. Billy, ¿tu padre está ahí?

—Hay una yegua a punto de parir. Papá dijo que no saldría del establo hasta que lo hiciera.

Louisa miró al muchacho y, sacudiendo la cabeza, salió por la puerta.

Siguieron a Billy en el carro. Él iba a lomos de una vieja mula de hocico blanco que tenía parte de la oreja derecha desgarrada.

El muchacho llevaba una lámpara de queroseno en una mano para guiarlos.

Louisa dijo que estaba tan oscuro que aunque hubiera una mano justo delante de ellos podría desenfundar una pistola sin que se dieran cuenta.

—No fustigues a las mulas, Lou. A Sally Davis no le serviría de nada que cayéramos en una zanja.

—¿Es la madre de Billy?

Louisa asintió mientras el carro se balanceaba de un lado a otro, los árboles se cerraban a su paso y la única luz que les alumbraba era aquella lámpara de arco. Lou tenía la impresión de que o bien se trataba de una especie de faro, o bien de alguna clase de sirena que los guiaba hasta el naufragio.

—La primera esposa murió de parto. Los hijos de esa pobre mujer se alejaron de George en cuanto pudieron, antes de que tuviera tiempo de matarlos a trabajar, a palos o de hambre.

—¿Por qué se casó Sally con él si era tan malo?

—Porque tenía tierras, ganado y era un viudo con una buena espalda. Aquí arriba, basta con eso. Y a Sally no le quedaba otra opción, sólo tenía quince años.

—¡Quince años! ¡Sólo tres años más que yo!

—Aquí la gente se casa rápido. Empiezan a tener hijos, a formar una familia, para que ayuden a trabajar la tierra. Así son las cosas. Yo fui al altar con catorce.

—Podía haberse marchado de la montaña.

—Esto es todo lo que ha visto en la vida. Asusta dejar lo único que se conoce.

—¿Tú te planteaste dejar la montaña?

Louisa caviló durante unos instantes.

—No habría podido aunque hubiese querido —dijo al fin—. Pero en lo más hondo de mi corazón no creo que en otro lugar hubiera sido más feliz. Bajé al valle una vez. El viento soplaba de forma extraña sobre el terreno llano. No me gustó demasiado. Yo y esta montaña nos llevamos bien la mayor parte del tiempo. —Se calló, con la mirada clavada en la oscilante lámpara que tenía delante.

—Vi las tumbas allí arriba, detrás de la casa —dijo Lou.

Louisa se puso tensa.

—¿Ah, sí?

—¿Quién era Annie?

Louisa bajó la vista hacia sus pies.

—Annie era mi hija.

—Pensaba que sólo habías tenido a Jacob.

—No, tuve a la pequeña Annie.

—¿Murió joven?

—No vivió más que un minuto.

Lou advirtió su angustia.

—Lo siento. Tenía curiosidad por mi familia.

Louisa se apoyó contra el duro asiento de madera del carro y contempló el cielo oscuro como si fuera la primera vez que lo miraba.

—Siempre tuve problemas con los embarazos. Yo quería formar una gran familia, pero siempre perdía los bebés antes de que nacieran. Pensé que Jake sería el único. Pero luego llegó Annie, un día fresco de primavera, con una buena mata de pelo negro. Nació rápido, no hubo tiempo para comadronas. Fue un parto muy duro. Pero, oh, Lou, era tan hermosa... Me agarró con sus deditos, sentí cómo me rozaba con las yemas de los dedos. —Se calló de pronto. Sólo se oía el sonido de los cascos de las mulas y el que producían las ruedas al girar. Por fin, Louisa prosiguió en voz baja, mientras contemplaba el cielo—. Y el pechito le bajaba y le subía hasta que se olvidó de subir otra vez. Fue increíble lo rápidamente que se enfrió, pero era tan pequeña... —Tomó varias bocanadas de aire con rapidez como si intentara respirar por su hija—. Fue como un trozo de hielo en la lengua en un día caluroso. Sienta muy bien pero luego desaparece tan rápido que no estás segura de que haya llegado a existir.

Lou colocó la mano sobre la de Louisa.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo, aunque no lo parezca. —Louisa se pasó una mano por los ojos—. Su padre le hizo el ataúd, poco más que una cajita. Y yo permanecí despierta toda la noche y cosí el vestido más hermoso que he hecho en mi vida. Por la mañana se lo puse. Habría dado todo lo que tenía para que me mirara una sola vez. No me parecía bien que una madre no pudiera ver los ojos de su bebé ni una sola vez. Entonces su padre la puso en la cajita, la llevamos a la loma, la enterramos y rezamos por ella. Luego plantamos un pino en el extremo sur para disfrutar de su sombra todo el año. —Cerró los ojos.

—¿Subiste ahí alguna vez?

Louisa asintió.

—Todos los días, pero no he vuelto desde que enterré a mi otro hijo. Está demasiado lejos para ir andando. —Tomó las riendas de manos de Lou y, a pesar de su anterior advertencia, fustigó a las mulas—. Será mejor que nos demos prisa. Esta noche tenemos que ayudar a traer a un bebé al mundo.

Lou no veía gran cosa del corral o de la casa de los Davis, porque estaba muy oscuro y rezó para que George Davis permaneciera en el establo hasta que el bebé naciera y ellas se marcharan.

La casa era increíblemente pequeña. Estaba claro que la sala en que entraron era la cocina porque allí estaban los fogones, pero también había varios catres alineados con sendos colchones desnudos. En tres de las camas había igual cantidad de niños, dos de los cuales, al parecer unas gemelas de unos cinco años, dormían desnudos. El tercero, un niño de la edad de Oz, llevaba una camiseta interior de hombre, sucia y manchada de sudor, y observó a Lou y a Louisa con ojos asustados. Lou lo reconoció como el otro niño que había bajado de la montaña en el tractor. En un cajón de manzanas situado junto a los fogones, bajo una manta sucia, había un bebé que no debía de tener más de un año. Louisa se acercó al fregadero, bombeó agua y utilizó la pastilla de jabón de lejía que había traído para lavarse a conciencia las manos y los

antebrazos. Acto seguido, Billy los condujo por un estrecho pasillo y abrió una puerta.

Sally Davis yacía en la cama, con las rodillas encogidas y emitiendo quejidos en voz baja. Una niña delgada de diez años con el pelo castaño cortado de cualquier manera y vestida con lo que parecía un saco de semillas, estaba de pie descalza cerca de la cama. Lou también la reconoció del encuentro temerario con el tractor. Parecía tan asustada ahora como entonces.

Louisa le hizo señas con la cabeza.

—Jesse, calienta un par de ollas de agua: Billy, trae todas las sábanas que tengáis, hijo. Y tienen que estar bien limpias.

Louisa dejó las sábanas que había traído en una inestable silla de madera, se sentó al lado de Sally y le tomó la mano.

—Sally, soy Louisa. Todo irá bien, querida.

Lou miró a Sally. Tenía los ojos enrojecidos y los pocos dientes y las encías oscurecidos. Seguramente no había cumplido los treinta, pero parecía tener el doble. Su pelo era cano, su cara demacrada y arrugada, y unas venas azuladas le latían bajo la piel fina descolorida como una patata de invierno.

Louisa levantó la ropa de cama y vio la sábana empapada debajo.

—¿Cuánto hace que has roto aguas?

—Después de que Billy fuera a buscarte —respondió Sally entre jadeos.

—¿Cada cuánto tienes las contracciones? —preguntó Louisa.

—Es como una que no acabase nunca —gimió la mujer.

Louisa palpó el vientre hinchado.

—¿Crees que el niño ya tiene ganas de salir?

Sally agarró a Louisa de la mano.

—Dios mío, eso espero, o de lo contrario me matará.

Billy entró con un par de sábanas, las dejó caer sobre la silla, dirigió una fugaz mirada a su madre y luego salió disparado.

—Lou, ayúdame a mover a Sally para poner sábanas limpias. —Lo hicieron moviendo a la mujer que sufría con el mayor cuidado posible—. Ahora vete a ayudar a Jesse con el agua. Y llévate esto. —Dio a Lou unos paños y una bobina de hilo—. Coloca el hilo en medio de todos los paños y ponlo todo en el horno, caliéntalo hasta que esté chamuscado por fuera.

Lou entró en la cocina y ayudó a Jesse. Lou nunca la había visto en la escuela, ni tampoco al niño de siete años que la observaba con ojos temerosos. Jesse tenía una cicatriz ancha que le rodeaba el ojo izquierdo y Lou ni siquiera osaba aventurarse a pensar cómo se la habría hecho.

El hornillo ya estaba caliente, y el agua del hervidor empezó a bullir en pocos minutos. Lou comprobó la parte exterior de los paños que había colocado en la bandeja del horno, y al cabo de unos instantes comprobó que estaba suficientemente quemada. Protegiéndose las manos con unos trapos viejos, llevaron las ollas y los

paños al dormitorio y los colocaron cerca de la cama.

Louisa lavó la zona por la que saldría el bebé con agua caliente y jabón y luego la cubrió con una sábana.

—Ahora el bebé está tomando su último descanso, al igual que Sally. —Le susurró a Lou—. Todavía no sé exactamente cómo está colocado pero no será un parto de través. —Al ver que la muchacha la miraba perpleja, añadió—: Es cuando el bebé está cruzado en el vientre. Os llamaré cuando os necesite.

—¿En cuántos partos has ayudado?

—Treinta y dos a lo largo de cincuenta y siete años —respondió—. Los recuerdo todos.

—¿Vivieron todos?

—No —contestó Louisa con voz queda. Acto seguido, le dijo a Lou que saliera, que ya la llamaría.

Jesse estaba en la cocina, apoyada contra la pared, con las manos cruzadas delante, la cabeza gacha; uno de los lados del cabello cortado a tajos le cubría la cicatriz y parte del ojo.

Lou miró al niño que estaba en la cama.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Lou. El niño no respondió. Cuando Lou dio un paso hacia él, profirió un grito y se tapó la cabeza con la manta; le temblaba todo el cuerpo. Lou retrocedió hasta salir de la casa.

Miró alrededor hasta que vio a Billy en el establo atisbando por entre las puertas dobles abiertas. Cruzó el corral en silencio y miró por encima del hombro del niño. George Davis estaba a poco menos de tres metros de ellos. La yegua yacía en el suelo cubierto de paja; del animal sobresalía una pata delantera y una paletilla del potrillo, cubiertas con esa bolsa blanca semejante a un capullo. Davis tiraba de aquella pierna viscosa sin dejar de lanzar improperios. El suelo del establo no era de tierra, sino de tablones. Gracias al resplandor de varios faroles, Lou vio hileras de herramientas relucientes bien alineadas en las paredes.

Lou, incapaz de soportar el lenguaje grosero de Davis y el sufrimiento de la yegua, fue a sentarse en el porche delantero. Billy la siguió y se desplomó a su lado.

—Tienes una granja grande —comentó ella.

—Papá contrata a hombres para que le ayuden, pero cuando me haga mayor ya no los necesitará. Lo haré yo.

Oyeron a George Davis gritar en el establo, y dieron un respingo. Billy parecía avergonzado y excavaba la tierra con el dedo gordo del pie.

—Lamento haberte puesto esa serpiente en la fiamblera.

Billy la miró sorprendido.

—Yo te hice lo mismo antes.

—Aun así, no está bien hacer esas cosas.

—Papá mataría a quien se lo hiciera.

Lou advirtió el terror en los ojos del niño y se compadeció de él.

—Tú no eres tu padre y no tienes por qué ser como él.

Billy parecía nervioso.

—No le he dicho que iba a buscar a la señora Louisa. No sé qué dirá cuando os vea.

—Hemos venido a ayudar a tu madre. No creo que le importe.

—¿Es verdad lo que dices?

Levantaron la mirada y se encontraron con George Davis, de pie delante de ellos, con la camisa y los brazos cubiertos de sangre. El polvo giraba en torno a sus piernas como si la montaña se hubiera convertido en un desierto.

Billy se puso de pie delante de Lou.

—Papá, ¿cómo está el potrillo?

—Muerto.

Lou se estremeció ante el tono de su voz. El hombre la señaló y añadió:

—¿Qué demonios hace aquí?

—He ido a buscarlas para que ayudaran con el bebé. La señora Louisa está dentro con mamá.

George lanzó una mirada a la puerta y luego volvió a mirar a Billy. Tenía una expresión tan terrible que Lou estaba convencida de que la mataría en aquel momento.

—¿Esa mujer está en mi casa?

—Ha llegado el momento.

Todos miraron hacia la puerta y vieron a Louisa.

—El bebé está a punto de llegar —declaró.

Davis apartó a su hijo de un empujón y Lou dio un salto para apartarse también de su camino cuando se dirigió, enfurecido, hacia la puerta.

—No tienes nada que hacer aquí —le espetó a Louisa—. Lárgate de mis tierras antes de que te dé en la cabeza con la culata del rifle, y a esa niñata también.

Louisa no retrocedió ni un milímetro.

—Puedes ayudar a que salga el bebé o no. Es problema tuyo. Venga, Lou, y tú también, Billy. Voy a necesitaros a los dos.

Estaba claro que George no permitiría aquello. Louisa era muy fuerte para su edad y más alta que Davis, pero aun así no podía enredarse en una pelea.

Entonces oyeron un grito procedente del bosque. Era el mismo sonido que Lou había oído la primera noche en el pozo, pero en cierto modo más horrendo, como si aquello que lo había proferido estuviera muy cerca y fuera a aplastarlos. Incluso Louisa lanzó una mirada llena de aprensión hacia la oscuridad.

George Davis dio un paso atrás, con el puño cerrado como si esperara tener en él un arma. Louisa rodeó a los niños con los brazos y se los acercó al cuerpo. Davis no hizo ningún movimiento para detenerlos, pero se puso a gritar:

—¡Asegúrate de que esta vez sea un niño! Si es una niña, ya puedes dejarla morir. ¿Me has oído? ¡No necesito más puñeteras niñas!

Mientras Sally empujaba, a Louisa se le aceleró el corazón al ver las nalgas del bebé, seguidas de un pie. Sabía que no tenía mucho tiempo para sacar a la criatura antes de que el cordón quedara aplastado entre la cabeza del bebé y el hueso de Sally. Mientras lo pensaba, vio salir el otro pie.

—Lou —llamó—, rápido, ven aquí.

Louisa tomó los pies del bebé con la mano derecha y levantó el cuerpo para que las contracciones no tuvieran que soportar el peso de la criatura y mejorar así el ángulo de salida de la cabeza. Sabía que podían sentirse afortunadas porque, después de tantos partos, Sally Davis tenía los huesos bien abiertos.

—Empuja, Sally, empuja, querida —la animó Louisa. Cogió las manos de Lou y las dirigió a un punto en concreto del abdomen de Sally—. Tenemos que sacar la cabeza lo antes posible —añadió—, aprieta aquí tan fuerte como puedas. No te preocupes, no le harás daño al bebé, la pared del vientre es muy dura.

Lou hizo presión con todas sus fuerzas mientras Sally le gritaba y empujaba y Louisa levantaba más el cuerpo del bebé.

A voz en cuello, la anciana anunció que ya se le veía el cuello y luego el pelo. Entonces apareció toda la cabeza y enseguida tuvo al bebé entre los brazos y le dijo a Sally que descansara, que todo había terminado ya.

Louisa pronunció una oración de agradecimiento cuando vio que era un niño. Sin embargo, era muy pequeño y pálido. Hizo que Lou y Billy calentaran cubos de agua mientras ataba el cordón umbilical en dos puntos con el hilo de la bobina y luego cortó el cordón entre los dos puntos con unas tijeras hervidas. Envolvió el cordón en uno de los paños limpios y secos que Lou había calentado en el horno y ató otro de esos trapos con holgura en el costado izquierdo del bebé. Utilizó aceite dulce para limpiar a la criatura, la lavó con jabón y agua templada, la envolvió con una manta y se la entregó a la madre.

Louisa colocó la mano sobre el vientre de Sally y lo palpó para ver si el útero era duro y pequeño. Si se notaba grande y blando, existía la posibilidad de una hemorragia interna, explicó a Lou en voz baja. Sin embargo, el vientre se notaba pequeño y prieto.

—Todo bien —le dijo a Lou, que experimentó un gran alivio.

Acto seguido, Louisa tomó al bebé y lo dejó sobre la cama. Cogió una pequeña ampolla de cera de su cubo y extrajo un pequeño frasquito de cristal. Hizo que Lou mantuviera abiertos los ojos del bebé y vertió dos gotas en cada uno de ellos, mientras el recién nacido se retorció y lloraba.

—Es para que el bebé no se quede ciego —le explicó a Lou—. Travis Barnes me lo dio. La ley dice que hay que hacerlo.

Con ayuda de recipientes calientes y algunas mantas, Louisa preparó una rudimentaria incubadora y colocó al bebé en su interior. Respiraba de forma tan superficial que cada pocos minutos le pasaba una pluma de ganso por debajo de la nariz para comprobar que seguía tomando aire.

Al cabo de media hora las últimas contracciones hicieron salir la placenta y Louisa y Lou limpiaron la cama, cambiaron las sábanas de nuevo y frotaron a la madre por última vez utilizando los últimos paños calientes.

Lo último que Louisa extrajo del cubo fue un lápiz y una hoja de papel. Se los dio a Lou y le dijo que escribiera la fecha y la hora. Louisa sacó un viejo reloj de cuerda del bolsillo de los pantalones e indicó a Lou la hora del nacimiento.

—Sally, ¿qué nombre le vas a poner al niño? —preguntó Louisa.

Sally miró a Lou.

—Te ha llamado Lou; ¿te llamas así? —inquirió con un hilo de voz.

—Sí, más o menos —respondió Lou.

—Entonces será Lou. En tu honor, niña. Gracias.

Lou se quedó asombrada.

—¿Y tu esposo?

—A él le da igual que tenga nombre o no. Sólo le importa que sea niño para que trabaje. Y no veo que haya venido. Se llamará Lou.

Louisa sonrió mientras Lou escribía el nombre de Lou Davis.

—Se lo daremos a Cotton —declaró Louisa—. Él lo llevará al juzgado para que todo el mundo sepa que en esta montaña tenemos a otro hermoso niño.

Sally se durmió y Louisa permaneció sentada junto a la madre y el niño toda la noche; despertaba a Sally para que amamantara al pequeño Lou cuando lloraba y apretaba los labios. George Davis no entró en la habitación ni una sola vez. Oyeron sus fuertes pisadas en el porche durante un rato y luego se oyó un portazo.

Louisa salió varias veces para ver cómo estaban los demás niños. Dio a Billy, Jesse y al otro niño, cuyo nombre Louisa desconocía, una jarrita de melaza y unas galletas que había llevado consigo. Le apenó ver con qué rapidez devoraban una comida tan austera. También dio a Billy un tarro de confitura de fresa y un poco de pan de trigo para dar a los demás niños cuando se despertaran.

Se marcharon a última hora de la mañana. La madre estaba bien y el bebé se veía más fuerte y menos pálido. Mamaba con fruición y sus pulmones parecían en forma.

Sally y Billy les dieron las gracias, e incluso Jesse consiguió emitir un gruñido. Pero Lou se dio cuenta de que la cocina estaba fría y que no olía a comida.

George Davis y sus hombres estaban en los campos, pero antes de que Billy se reuniera con ellos, Louisa lo llevó a un lado y le habló de cosas que Lou no oyó.

Al sacar el carro pasaron por establos llenos de ganado suficiente para formar un rebaño, y cerdos y ovejas, un corral lleno de gallinas, cuatro buenos caballos y el doble de mulas. Los campos de cultivo se extendían hasta donde alcanzaba la vista y estaban circundados por una peligrosa alambrada. Lou vio que George y sus hombres trabajaban los campos con equipos mecanizados, los cuales levantaban nubes de polvo a su paso.

—Poseen más campos y ganado que nosotros —observó Lou—. ¿Cómo es que no tienen nada de comer?

—Porque su padre lo quiere así. Y el padre de él se comportó igual. Siempre controlando el dinero. No soltó un dólar hasta que estuvo metido en el ataúd.

Pasaron por delante de un edificio, y Louisa indicó el robusto candado de una puerta.

—El hombre dejará que la carne de esa caseta de ahumados se pudra antes de dársela a sus hijos. George Davis vende hasta el último grano de su cosecha al campamento maderero y a los mineros y la transporta hasta Tremont y Dickens. — Señaló un edificio grande que tenía una hilera de puertas alrededor de la primera planta. Estaban abiertas y se veían claramente las grandes hojas verdes colgadas de unos ganchos del interior.

—Es tabaco curándose —explicó—. Debilita la tierra, y lo que no masca él lo vende. Tiene una destilería y nunca ha bebido una gota, sino que vende el whisky de maíz que produce a otros hombres que deberían dedicar el tiempo y el dinero a sus familias. Y va por ahí con un fajo de dólares y tiene esta granja enorme con todas esas máquinas modernas y deja morir de hambre a su familia. —Dio una sacudida a las riendas—. En cierto modo, sin embargo, me da pena, porque es el hombre más miserable que he conocido. Un día Dios hará saber a George Davis lo que piensa de él, pero ese día todavía no ha llegado.

Eugene guiaba el carro tirado por las mulas. Oz, Lou y Diamond iban en la parte trasera, sentados sobre sacos de semillas y otras provisiones que habían comprado en McKenzie's Mercantile con el dinero de la venta de los huevos y algunos dólares que Lou se había guardado después de hacer sus compras en Dickens.

El trayecto les condujo cerca de un afluente de caudal considerable del río McCloud, y Lou se sorprendió al ver varios automóviles y carromatos cerca de la orilla llana y herbosa. La gente estaba dispersa al lado del río, y vio a algunas personas metidas en el agua pardusca. En aquel preciso instante un hombre con la camisa arremangada estaba sumergiendo a una joven en el agua.

—Vamos a echar un vistazo —propuso Diamond.

Eugene hizo detener a las mulas y los tres niños se apearon del carro. Lou volvió la vista hacia Eugene, quien no hizo ademán de moverse.

—¿Tú no vienes?

—Vayan ustedes, señorita Lou, yo me quedaré aquí, descansando.

Lou frunció el ceño ante la respuesta, pero se unió a los demás.

Diamond se había abierto camino entre una multitud de curiosos y observaba algo con ansiedad. Cuando Lou y Oz se acercaron a él y vieron lo que era, los dos dieron un respingo.

Una anciana, tocada con lo que parecía un turbante hecho con trapos y vestida con sábanas prendidas con alfileres y ceñidas en torno a la cintura, se movía describiendo pequeños círculos mientras entonaba un cántico incomprensible, como si estuviera ebria, loca o fuera una fanática de una religión desconocida. Junto a ella había un hombre vestido con una camiseta y unos pantalones holgados, que sostenía un cigarrillo entre los labios. Con las manos cogía sendas serpientes, que permanecían rígidas, inmóviles.

—¿Son venenosas? —le susurró Lou a Diamond.

—¡Por supuesto! Son peores que las peores víboras.

Oz, encogido de miedo, tenía la mirada clavada en los reptiles y parecía dispuesto a echar a correr en dirección a los árboles en cuanto las viera balancearse. Lou se dio cuenta, y cuando las serpientes comenzaron a moverse, agarró a Oz de la mano y lo apartó de allí. Diamond los siguió a regañadientes, hasta que estuvieron a solas.

—¿Qué están haciendo con esas serpientes, Diamond? —preguntó Lou.

—Ahuyentando los malos espíritus, para que el agua sea buena para los hundimientos. —Los miró—. ¿A vosotros os han hundido?

—Querrás decir si nos han bautizado —puntualizó Lou—. Nos bautizaron en una iglesia católica. Y el cura se limita a rociarte la cabeza con un poco de agua. —Miró el río del que emergía la mujer, que en ese momento escupía agua—. No intenta ahogarte.

—¿Catódica? Ésa no la he oído nunca. ¿Es nueva?

Lou estuvo a punto de echarse a reír.

—No mucho. Nuestra madre es católica, A papá nunca le importó demasiado la religión. Tienen sus propios colegios. Oz y yo fuimos a uno en Nueva York. Aprendes cosas como los sacramentos, el credo, el rosario y el padrenuestro. Y te enseñan cuáles son los pecados mortales y los veniales. Y haces la primera confesión, la primera comunión y luego la confirmación.

—Sí —corroboró Oz— y cuando te estás muriendo te dan... ¿cómo se llama eso, Lou?

—El sacramento de la extremaunción. Los últimos ritos.

—Para no pudrirse en el infierno —informó Oz a Diamond.

Diamond se mostró verdaderamente sorprendido.

—Jo, ¿quién iba a decir que creer en Dios daba tanto trabajo? Probablemente aquí arriba no haya catódicos por eso. Te carga demasiado la cabeza. —Dirigió la mirada al grupo que estaba cerca del río—. Éstos son baptistas primitivos. Tienen algunas creencias extrañas. Como que no puedes cortarte el pelo y las mujeres no pueden maquillarse. Además, tienen otras ideas curiosas sobre ir al infierno y tal. La gente que incumple las normas no es demasiado feliz. Viven y mueren de acuerdo con las Escrituras. Probablemente no sean tan especiales como vosotros los catódicos, pero por aquí tienen bastantes seguidores. —Bostezó y se desperezó—. ¿Veis?, por eso yo no voy a la iglesia. Dondequiera que esté, me imagino que tengo una iglesia. Si quiero hablar con Dios, pues digo: ¿Qué tal, Dios?, y charlamos un rato.

Lou se lo quedó mirando, absolutamente estupefacta ante aquella emanación de sabiduría eclesiástica del profesor de religión *Diamond Skinner*, que de repente exclamó:

—¡Mirad eso!

Todos observaron a Eugene mientras bajaba a la orilla y hablaba con alguien, que a su vez llamaba al predicador que estaba en el río, mientras hacía salir a una de sus últimas «víctimas».

El predicador se acercó a la orilla, habló con Eugene durante un minuto o dos y luego lo condujo hasta el agua, lo sumergió por completo y pronunció unas palabras. El hombre mantuvo a Eugene sumergido tanto tiempo que Lou y Oz empezaron a preocuparse. Pero cuando Eugene emergió, sonrió, dio las gracias al hombre y regresó al carro. Diamond echó a correr hacia el predicador, que miraba alrededor en busca de otros candidatos a la inmersión divina.

Lou y Oz se acercaron sigilosamente mientras Diamond entraba en el agua con el hombre sagrado y se sumergía también por completo. Al final emergió a la superficie, habló con el hombre unos minutos, se introdujo algo en el bolsillo y, totalmente empapado y sonriente, se unió a ellos y se dirigieron todos juntos al carro.

—¿Nunca te habían bautizado? —preguntó Lou.

—¡Jo! —exclamó Diamond, sacudiéndose el agua del pelo, cuyo remolino se

había quedado exactamente igual—, es la novena vez que me sumerjo.

—¡Se supone que debes hacerlo sólo una vez, Diamond!

—Pues, no veo nada de malo en repetir. Tengo intención de hacerlo cien veces. Así iré directo al cielo.

—No se trata de eso —señaló Lou.

—Sí que se trata de eso —replicó él—. Lo pone en la Biblia. Cada vez que te sumerges significa que Dios manda un ángel para cuidar de ti. Supongo que ahora debo de tener todo un regimiento de ángeles a mi disposición.

—Eso no está en la Biblia —insistió Lou.

—A lo mejor deberías volver a leerla.

—¿En qué parte está? Dímelo.

—Al principio. —Diamond llamó a *Jeb* con un silbido, corrió hasta llegar al carro y subió a él—. Eh, Eugene —dijo—, ya te contaré la próxima vez que haya hundimiento. Podemos ir a nadar juntos.

—¿Nunca te habían bautizado, Eugene? —le preguntó Lou.

Eugene negó con la cabeza.

—Pero aquí sentado me han entrado ganas de hacerlo. Supongo que ya era hora.

—Me sorprende que Louisa nunca hiciera que os bautizaran.

—La señora Louisa cree en Dios de todo corazón, pero no va mucho a la iglesia. Dice que la forma que algunos tipos tienen de llevar los asuntos de ésta hace que no quieras saber nada de Dios.

Cuando el carro empezó a avanzar, Diamond se sacó del bolsillo un frasco pequeño con un tapón de rosca metálico.

—¡Eh, Oz, mira lo que me ha dado el predicador! Agua bendita, de hundimiento. —Se la pasó al niño, que la observó detenidamente—. He pensado que podrías ponerle un poco a tu madre de vez en cuando. Seguro que la ayudaría.

Lou estaba a punto de protestar cuando recibió la sorpresa de su vida. Oz le devolvió el frasco a Diamond y dijo con voz queda, antes de apartar la mirada.

—No, gracias.

—¿Estás seguro? —inquirió el muchacho.

Oz respondió que estaba completamente seguro, por lo que Diamond inclinó el frasco y vertió el agua bendita. Lou y Oz intercambiaron una mirada y la tristeza que denotaba el rostro de éste volvió a sorprenderla. Lou alzó la vista al cielo porque imaginó que su hermano había perdido la esperanza, que el final del mundo no debía de estar lejos. Volvió la espalda a los que iban en el carro y fingió admirar las montañas.

Atardecía. Cotton acababa de leerle a Amanda y resultaba obvio que experimentaba una sensación de frustración cada vez mayor.

Lou miraba por la ventana encaramada a un cubo vuelto del revés.

Cotton observó a la mujer.

—Amanda, sé que me oyes. Tienes dos hijos que te necesitan de verdad. Debes

levantarte de esta cama. Aunque sólo sea por ellos. —Guardó silencio, como si quisiera elegir las palabras con cuidado—. Por favor, Amanda. Daría todo lo que puedo llegar a tener en la vida si te levantarás ahora mismo.

Transcurrieron unos momentos angustiosos y Lou contuvo la respiración mientras la mujer seguía inmóvil. Cotton acabó inclinando la cabeza con gesto de desesperación. Cuando más tarde Cotton salió de la casa y se subió al coche para marcharse, Lou se apresuró a llevarle una cesta de comida.

—De tanto leer debes de tener apetito.

—Pues gracias, Lou. —Dejó la cesta de comida en el asiento del acompañante y añadió—: Louisa me ha dicho que eres escritora. ¿Sobre qué te gusta escribir?

—Mi padre escribió sobre este lugar, pero a mí no se me ocurre nada —respondió la muchacha.

Cotton dirigió la mirada hacia las montañas.

—De hecho, tu padre fue uno de los motivos por los que vine aquí. Cuando estaba estudiando Derecho en la Universidad de Virginia leí su primera novela, y me sorprendieron tanto su poder como su belleza. Y luego leí un artículo en el periódico sobre él. Hablaba de cómo le habían inspirado las montañas. Pensé que venir aquí también me resultaría beneficioso. Recorrí todos estos lugares con una libreta y un lápiz, con el deseo de que frases hermosas se apoderaran de mí para poder plasmarlas sobre el papel. —Sonrió con expresión de nostalgia—. Pero no me ocurrió.

—A mí tampoco —dijo Lou con voz queda.

—Bueno, al parecer la gente se pasa la mayor parte de la vida persiguiendo algo. Quizás eso forme parte de la naturaleza humana. —Cotton señaló el camino—. ¿Ves esa vieja cabaña de ahí? —Lou vio una cabaña de troncos embarrada y medio derruida que ya no utilizaban—. Louisa me habló de una historia que escribió tu padre cuando era pequeño.

Trataba sobre una familia que sobrevivió un invierno aquí, en esa cabaña. Sin leña, sin comida.

—¿Cómo lo consiguieron?

—Creían en cosas.

—¿En qué? ¿En el pozo de los deseos? —preguntó con escepticismo.

—No, creían el uno en el otro y consiguieron una especie de milagro. Algunos dicen que la realidad supera a la ficción. Creo que eso significa que lo que una persona es capaz de imaginar existe, en algún lugar. ¿No te parece una posibilidad maravillosa?

—No sé si mi imaginación da para tanto, Cotton. Ni siquiera sé si escribir se me da bien. Lo que escribo no parece tener mucha vida.

—Sigue intentándolo, quizá te lleves una sorpresa. Y ten por seguro, Lou, que los milagros existen. Que tú y Oz vinierais aquí y conocierais a Louisa ha sido un milagro.

Lou se sentó en el borde de la cama esa noche y comenzó a leer las cartas de su

madre. Cuando Oz entró, las escondió rápidamente bajo la almohada.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó el niño—. Tengo miedo de estar en mi cuarto. Estoy seguro de que he visto a un gnomo en el rincón.

—Ven aquí —dijo Lou.

Oz se sentó a su lado. De repente, parecía preocupado.

—Cuando te cases, ¿a la cama de quién iré cuando tenga miedo, Lou?

—Un día serás más alto que yo, y entonces seré yo quien recurra a ti cuando tenga miedo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ése es el trato que hace Dios con las hermanas mayores y sus hermanos pequeños.

—¿Yo más alto que tú? ¿De veras?

—Mira los zapatones que llevas. Si sigues creciendo a ese ritmo, serás más alto que Eugene.

Oz se acurrucó entre las mantas, feliz. Entonces vio las cartas debajo de la almohada.

—¿Qué es esto?

—Unas cartas que mamá escribió hace mucho tiempo —repuso Lou con voz queda.

—¿Y qué pone en ellas?

—No lo sé, no las he leído.

—¿Me las leerás?

—Ahora es tarde y estoy cansada, Oz.

—Por favor, Lou. Por favor.

Se lo veía tan apenado que Lou tomó una carta, dio más mecha a la lámpara de queroseno que estaba en la mesita de noche para que diera más luz y dijo:

—Bueno, pero sólo una.

Oz se puso cómodo mientras Lou empezaba a leer.

«Querida Louisa, espero que estés bien. Por nuestra parte lo estamos. Oz se ha recuperado de la difteria y ya duerme toda la noche...».

Oz dio un respingo.

—¡Ése soy yo! ¡Mamá escribía sobre mí! —Hizo una pausa y adoptó una expresión de desconcierto—. ¿Qué es la difteria?

—Será mejor que no lo sepas. Bueno, ¿quieres que siga leyendo o no? —Oz se recostó en la cama mientras su hermana retomaba la lectura—.

«Lou quedó en primera posición tanto en el concurso de ortografía como en la carrera de cincuenta metros lisos del primero de mayo. ¡Y también

corrían chicos! Llegará lejos, Louisa. He visto una foto tuya que tenía Jack y os parecéis muchísimo. Los dos crecen tan rápido... que me asusta. Lou se parece a su padre. Tiene una mente despierta, y me temo que debo de parecerle un poco aburrida. Esa idea me impide dormir por las noches. La quiero tanto. Intento hacer lo posible por ella. Y aun así, bueno, ya sabes, un padre y su hija... La próxima vez te cuento más. Y te mando fotos. Todo mi amor, Amanda. P. S.: Mi sueño es llevar a los niños a la montaña para que por fin puedan conocerte. Espero que ese sueño se convierta en realidad algún día».

—Es una carta bonita. Buenas noches, Lou —dijo Oz.

Cuando su hermano se durmió, Lou cogió otra carta lentamente.

Lou y Oz seguían a Diamond y *Jeb* por el bosque un espléndido día a comienzos de otoño, con la luz del sol moteada en el rostro; les rodeaba una brisa fresca junto con el suave aroma de la madreselva y la rosa silvestre.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lou.

—Ya lo verás —respondió Oz misteriosamente.

Subieron por una pequeña pendiente y se detuvieron. En el camino, a quince metros de distancia de ellos, vieron a Eugene, cargado con un cubo de carbón vacío y una linterna. En el bolsillo llevaba un cartucho de dinamita.

—Eugene va a la mina de carbón. Va a llenar ese cubo. Antes de que llegue el invierno, llevará un volquete ahí con las mulas y sacará un buen cargamento de carbón.

—Vaya, es tan emocionante como ver dormir a alguien —fue la opinión considerada de Lou.

—¡Guau! ¡Espera a que estalle la dinamita! —exclamó Diamond.

—¡Dinamita! —exclamó Oz.

Diamond asintió.

—Hay carbón en lo más profundo de la roca. Con el pico no se puede llegar a él. Hay que provocar una explosión.

—¿Es peligroso? —preguntó Lou.

—No. Él sabe lo que hace. Yo también lo he hecho.

Mientras observaban a lo lejos, Eugene extrajo la dinamita del bolsillo y le introdujo una mecha larga. A continuación, encendió la linterna y entró en la mina. Diamond se sentó apoyado contra un árbol, sacó una manzana y la cortó. Lanzó un pedazo a *Jeb*, que estaba merodeando por la maleza. Diamond advirtió la cara de preocupación de Lou y Oz.

—Esa mecha es lenta. Te da tiempo de ir a la luna y volver antes de que se produzca la explosión.

Un poco después Eugene salió de la mina y se sentó en una roca cerca de la entrada.

—¿No debería alejarse de ahí?

—No. No se utiliza tanta dinamita para un cubo. Después de que explote y el polvo se asiente, os enseñaré cómo ha quedado.

—¿Qué hay que ver en una vieja mina? —inquirió Lou.

De repente Diamond se inclinó hacia delante.

—Os lo voy a decir. Una noche vi a unos tipos merodeando por aquí. ¿Os acordáis de que doña Louisa me dijo que mantuviera los ojos bien abiertos? Pues eso es lo que he hecho. Llevaban linternas y entraron en la mina con unas cajas. Entremos y veamos qué traman.

—Pero ¿y si ahora están en la mina?

—No. He estado allí hace un rato, he echado una vistazo por ahí, he tirado una piedra dentro. Y había pisadas recientes que iban hacia el exterior. Además, Eugene los habría visto. —De repente se le ocurrió una idea—. ¡Eh!, a lo mejor destilan licor y utilizan la mina para guardar el alambique, el maíz y todo eso.

—Es más probable que no sean más que vagabundos que utilizan la mina para guarecerse por la noche —apuntó Lou.

—Nunca he oído decir que aquí arriba haya vagabundos.

—¿Y por qué no se lo dijiste a Louisa? —le retó Lou.

—Ya tiene bastante de lo que preocuparse. Primero quería estar seguro. Es lo que tiene que hacer un hombre.

Jeb vio una ardilla y la persiguió alrededor de un árbol mientras todos observaban en espera de la explosión.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros? —sugirió Lou.

Diamond la miró, claramente turbado por la pregunta. Se volvió hacia su perro de caza.

—Déjala, *Jeb*. La ardilla no te ha hecho nada.

—Me refiero a que podrías ayudarnos —añadió Lou—. Otro hombre fuerte en la casa. Y *Jeb* también.

—No, yo soy un tipo que necesita libertad.

—Eh, Diamond, podrías ser mi hermano mayor. Así Lou no tendría que dar palizas ella sola.

Lou y Diamond cambiaron una mirada y sonrieron.

—A lo mejor deberías pensártelo —afirmó Lou.

—Tal vez. —Miró hacia la mina—. Ya falta poco.

Tomaron posiciones y esperaron. Entonces la ardilla salió del bosque y se dirigió rápidamente a la mina. *Jeb* fue tras ella.

Diamond se puso en pie de un salto.

—¡*Jeb!* ¡*Jeb!* ¡Vuelve aquí!

El muchacho corrió tras el perro y salió del bosque. Eugene intentó retenerlo pero Diamond lo esquivó y corrió hacia la mina.

—¡Diamond! ¡No! —gritó Lou.

La muchacha corrió hacia la entrada de la mina.

—¡Lou, no! ¡Vuelve! —chilló Oz. Antes de que pudiera llegar a la entrada, Eugene la sujetó.

—Espere aquí. Yo lo cogeré, señorita Lou.

Eugene cojeó rápidamente hacia el interior de la mina.

—¡Diamond! ¡Diamond! —gritó.

Lou y Oz se miraron, aterrorizados. El tiempo seguía transcurriendo, inexorable. Lou caminaba impaciente describiendo círculos cerca de la entrada.

—Por favor, por favor, date prisa. —Fue a la entrada y oyó algo—. ¡Diamond! ¡Eugene!

Sin embargo, era *Jeb* el que salía corriendo de la mina detrás de la ardilla. Lou agarró al perro, pero la sacudida de la explosión la tumbó al suelo. De la mina salió polvo y tierra y Lou tosió y le entraron náuseas con tal torbellino. Oz se apresuró a ir en su ayuda mientras *Jeb* ladraba y saltaba.

Lou se tranquilizó, recuperó el aliento y se acercó a la entrada dando un traspié.

—¡Eugene! ¡Diamond!

Al final oyó unos pasos. Cada vez se acercaban más y parecían vacilantes. Lou rezó en silencio. Parecían no llegar nunca, pero entonces apareció Eugene, aturdido, cubierto de polvo y sangre. Los miró con lágrimas en los ojos.

—Maldita sea, señorita Lou.

Lou dio un paso atrás y luego otro, y otro más. Entonces se volvió y corrió por el sendero lo más rápido que pudo gimiendo con desesperación.

Unos hombres transportaron el cuerpo cubierto de Diamond a un carro. Tuvieron que esperar un rato para que se disipara el humo y asegurarse de que la mina no se derrumbaría sobre ellos. Cotton observó que los hombres se llevaban a Diamond y luego se dirigían a Eugene, que estaba sentado en una piedra grande y se cubría la cabeza ensangrentada con un trapo húmedo.

—Eugene, ¿estás seguro de que no necesitas nada más?

Eugene miró hacia la mina como si esperara ver a Diamond salir de ella con su sonrisa bobalicona.

—Lo único que necesito, señor Cotton, es que esto sea una pesadilla y me despierte cuanto antes.

Cotton le dio una palmada en la espalda y luego dirigió una mirada a Lou, sentada en un pequeño montículo de tierra de espaldas a la mina. Se acercó a ella y se sentó a su lado.

Lou tenía los ojos rojos de llorar y un reguero de lágrimas le corría por las mejillas.

—Lo siento, Lou. Diamond era un buen chico.

—Era un hombre. ¡Un hombre bueno!

—Supongo que tienes razón. Era un hombre.

Lou miró a *Jeb*, sentado con expresión lastimera en la entrada de la mina.

—Diamond no debería haber entrado a buscar a *Jeb* a la mina.

—Bueno, ese perro era todo lo que tenía. Cuando quieres algo, no puedes quedarte sentado sin hacer nada.

Lou cogió unas agujas de pino y dejó que algunas cayeran entre sus dedos. Pasaron unos minutos hasta que volvió a hablar.

—¿Por qué ocurren cosas como ésta, Cotton?

Cotton dejó escapar un profundo suspiro.

—Supongo que debe de ser la manera que Dios tiene de decirnos que amemos a las personas mientras están aquí, porque mañana quizá no estén. Imagino que se trata de una respuesta un tanto penosa, pero me temo que es la única que se me ocurre.

Permanecieron en silencio un rato más.

—Me gustaría leerle a mi madre —dijo Lou al fin.

—Es la mejor idea que he oído —admitió Cotton.

—¿Por qué te parece buena idea? —inquirió ella—. Necesito saberlo.

—Porque si alguien que ella conocía, alguien a quien ella... quería le leyese, creo que se notaría la diferencia.

—¿De verdad crees que ella se da cuenta?

—Cuando saqué a tu madre de la casa aquel día, sostenía a una persona viva que luchaba con denuedo por superar su estado. Lo noté. Y algún día lo conseguirá. Lo creo de todo corazón, Lou.

Ella sacudió la cabeza.

—Es duro, Cotton, querer a alguien a quien sabes que nunca tendrás.

Cotton asintió lentamente.

—Eres madura para tu edad. Y lo que dices tiene sentido. Pero creo que con respecto a los asuntos del corazón, el sentido común quizá sea lo último a lo que uno quiera hacer caso.

Lou dejó que se cayera el resto de agujas de pino y se limpió las manos.

—Tú también eres un hombre bueno, Cotton.

La rodeó con el brazo y permanecieron sentados juntos pues ninguno de ellos deseaba mirar la cavidad ennegrecida e hinchada de la mina de carbón que les había arrebatado a su amigo para siempre.

Hubo suficiente lluvia continuada y alguna tormenta eléctrica de propina, de forma que prácticamente todos los cultivos crecieron sanos y abundantes. Cayó una fuerte granizada que dañó parte del maíz, pero no demasiado. Un torrente de lluvia fuerte borró un barranco de una colina, como si fuera una bola de helado, pero ninguna persona, animal o cultivo resultaron dañados.

La época de la cosecha había llegado y Louisa, Eugene, Lou y Oz trabajaban duro y durante muchas horas, lo cual era positivo porque así apenas les quedaba tiempo para pensar en el hecho de que Diamond ya no estaba con ellos. De vez en cuando escuchaban la sirena de la mina y luego, un poco después, el lento estruendo de la explosión. En cada ocasión, Louisa les hacía cantar una canción para que intentaran olvidar que el muchacho había muerto de forma tan terrible.

Louisa no habló demasiado de la muerte de Diamond. Sin embargo, Lou la vio leer la Biblia más a menudo junto a la luz de la lumbre y advirtió que se le empañaban los ojos de lágrimas cuando oía su nombre o al mirar a *Jeb*. Era duro para todos ellos, pero lo único que podían hacer era seguir adelante y, además, les esperaba mucho trabajo.

Recolectaron las alubias pintas, las introdujeron en bolsas Chop, las pisaron para extraer la cascarilla y las tomaron todos los días para cenar con salsa de carne y galletas. Recogieron las judías trepadoras, que habían crecido alrededor de los tallos del maíz, con cuidado, tal como Louisa les había enseñado, para evitar los gusanos verdes que picaban y vivían bajo las hojas. Contaron el maíz y liaron las mazorcas en gavillas, que más tarde utilizarían como pienso para los animales. Llenaron el granero hasta los bordes. Desde la distancia el vertido de mazorcas semejaba un montón de avispas jugando con frenesí.

Las patatas salieron grandes y carnosas, y acompañadas de mantequilla constituían una comida completa. Los tomates también crecieron gordos y rojos como la sangre; los comían enteros o en rodajas, y los troceaban y enlataban en un enorme hervidor de hierro en los fogones, junto con alubias, pimientos y muchas otras hortalizas. Apilaron las latas en la despensa y debajo de la escalera. Llenaron cubos con fresas, grosellas silvestres y manzanas, hicieron confituras y pasteles, y con lo que sobró, conservas. Molieron los tallos de caña de azúcar e hicieron melaza y pelaron parte del maíz para hacer harina y pan frito crujiente.

A Lou le pareció que no se desperdiciaba nada; era un proceso eficiente y le producía admiración, aunque ella y Oz trabajaran hasta caer agotados desde antes del amanecer hasta bien pasado el atardecer. Allí donde aparecieran con un instrumento o aun sus manos desnudas, la comida abundaba. Esto dio que pensar a Lou sobre Billy Davis y su familia, que no tenían nada que llevarse a la boca. Pensó tanto sobre el tema que habló con Louisa al respecto.

—Quédate levantada mañana por la noche, Lou, y te darás cuenta de que tú y yo

pensamos lo mismo.

Ya bien entrada la noche todos ellos esperaban junto al granero cuando oyeron que un carro bajaba por el camino. Eugene enfocó con la linterna y la luz cayó directamente sobre Billy Davis mientras hacía parar a las mulas y miraba nervioso a Lou y a Oz.

Louisa se acercó al carro.

—Billy, creo que nos iría bien una ayuda. Quiero estar segura de que te llevas una buena carga. La tierra ha sido generosa con nosotros este año.

Billy se mostró avergonzado.

—Venga, Billy —intervino Lou—, necesito tus músculos para levantar este cubo.

Después de que lo animaran así, Billy se bajó del carro para ayudar. Todos se pasaron la siguiente hora cargando el carro con bolsas de harina de maíz, cubos y tarros con conservas de judías y tomates, colinabos, col rizada, pepino, cebolla e incluso lonchas de carne de cerdo curada.

Mientras Lou cargaba vio que Louisa se llevaba a Billy a una esquina del granero y le examinaba el rostro con una linterna. Luego vio que le hacía levantar la camisa y le miraba aquí y allá con resultado al parecer satisfactorio.

Cuando Billy se marchó, las mulas casi no podían avanzar debido al peso, pero el muchacho desplegó una amplia sonrisa al sacudir las riendas y desapareció en la oscuridad de la noche.

—No pueden esconderle toda esa comida a George Davis —apuntó Lou.

—Hace muchos años que hago esto. Él nunca se ha preocupado por saber de dónde provenía.

Lou parecía enfadada.

—No es justo. Vende su cosecha y gana dinero, y nosotros tenemos que alimentar a su familia.

—Lo que es justo es que una madre y sus hijos coman bien —replicó Louisa.

—¿Qué estabas mirando bajo la camisa? —preguntó Lou.

—George es listo. La mayor parte de las veces pega donde no se ve por estar oculto por la ropa.

—¿Por qué no le preguntaste a Billy si le había pegado?

—Los niños mienten cuando se sienten avergonzados —respondió Louisa.

Con todos sus excedentes, Louisa decidió que los cuatro llevarían el carro lleno de los productos de la cosecha al campamento maderero. El día en que debían emprender el viaje Cotton fue a la granja a cuidar de Amanda. Los hombres de la madera les esperaban, ya que se había reunido una buena muchedumbre en el momento de su llegada. El campamento era grande y tenía escuela, tienda y oficina de correos propias. Como el campamento se veía obligado a trasladarse con frecuencia cuando se agotaban los bosques, todo el pueblo estaba sobre rieles, incluso las casas de los trabajadores, la escuela y la tienda. Se hallaban dispuestas en varios ramales, como un barrio. Cuando había que hacer un traslado, las locomotoras se

acoplaban a los vagones y rápidamente todo el pueblo se ponía en movimiento.

Las familias del campamento maderero pagaban las cosechas con dinero en efectivo o haciendo trueques con café, azúcar, papel higiénico, sellos, papel y lápiz, algunas prendas y zapatos usados, y periódicos viejos. Lou había bajado a *Sue* y ella y Oz se turnaban para dejar que los niños del campamento la montaran gratis, pero los clientes podían «donar» bastones de menta y otros dulces si lo creían conveniente, y muchos lo hacían.

Más tarde, desde lo alto de una colina, contemplaron un afluente del McCloud. Río abajo se había formado una acumulación de piedras y troncos que impedía el flujo del agua y dificultaba el transporte de troncos por el río. El río estaba cubierto de árboles de una orilla a la otra, álamos robustos en su mayoría cuya base estaba marcada con el nombre de la compañía maderera. Desde la altura a la que se encontraban parecían lápices pero entonces Oz y Lou advirtieron que las pequeñas motas que había sobre ellos eran en realidad hombres hechos y derechos montados sobre los troncos. Bajarían flotando hasta la presa, donde quitarían una cuña vital y la fuerza del agua arrastraría los troncos río abajo, para luego atarlos y hacerlos llegar de Virginia a los mercados de Kentucky.

Mientras Lou escudriñaba el terreno desde su posición privilegiada, tuvo la sensación de que faltaba algo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que faltaba eran los árboles. Hasta donde alcanzaba a ver, sólo había tocones. Cuando bajaron de nuevo al campamento, también advirtió que algunas de las vías férreas estaban vacías.

—Hemos arrasado con todos los árboles que hemos podido —explicó orgulloso uno de los leñadores—. Nos marcharemos pronto.

Aquello parecía importarle muy poco. Lou imaginó que probablemente estuviese acostumbrado a ello. Conquistar y seguir adelante, dejando como único rastro de su presencia trozos de corteza.

De regreso a casa sujetaron a *Sue* al carro y Lou y Oz se colocaron en la parte posterior con Eugene. Había sido un buen día para todos, pero Oz era el que estaba más contento, porque le había «ganado» una pelota de béisbol oficial a uno de los chicos del campamento lanzándola más lejos que todos ellos. Les dijo que era su posesión más preciada después de la pata del conejo de cementerio que *Diamond Skinner* le había dado.

Como lecturas para su madre Lou no escogió libros sino periódicos *Grit* y algunos ejemplares del *Saturday Evening Post* que habían conseguido en el campamento maderero. Lou se apoyaba en la pared del dormitorio de su madre sosteniendo el periódico o la revista delante de ella y le leía sobre economía, catástrofes del mundo, la guerra expansionista de Hitler en Europa, política, arte, cine y las últimas noticias sobre libros y escritores, lo cual hizo que Lou se diera cuenta del tiempo que hacía que no había leído un libro. El curso empezaba dentro de poco; aun así había ido con Sue a Big Spruce hacía unos días y había sacado en préstamo algo para leer para ella y Oz de la biblioteca pública, con el permiso de Estelle McCoy, por supuesto.

Louisa había enseñado a Eugene a leer cuando era pequeño, por lo que Lou también cogió un libro para él. Le preocupaba no tener un momento para leerlo, pero finalmente lo encontró por las noches; a la luz de la lámpara, se humedecía el pulgar y pasaba las páginas absorto en la lectura. En otras ocasiones Lou le ayudaba con las palabras mientras labraban los campos para prepararlos para el cercano invierno, o cuando ordeñaban las vacas junto a la lámpara de queroseno. Lou repasaba con él las revistas, y Eugene disfrutaba especialmente diciendo «Roosevelt, presidente Roosevelt», nombre que aparecía con frecuencia en las páginas del *Grit* o del *Post*. Las vacas lo miraban extrañadas cuando decía «Roosevelt» como si pensarán que en realidad les estaba mugiendo. Lou se quedó boquiabierto cuando Eugene le preguntó por qué a alguien se le ocurría llamar a su hijo «presidente».

—¿Has pensado alguna vez en vivir en otro sitio? —le preguntó Lou una mañana mientras ordeñaban.

—La montaña es lo único que he visto, pero sé que en el mundo hay muchas más cosas.

—Algún día podría llevarte a la ciudad. Hay edificios tan altos que para subir arriba de todo se necesita un ascensor. —Al ver que él la miraba con cara de curiosidad, añadió—: Es una especie de coche que te sube y te baja.

—¿Un coche, como el Hudson?

—No; es más bien como una habitación pequeña en la que estás de pie.

A Eugene le pareció interesante, pero dijo que lo más probable era que se quedara labrando la tierra.

—Quiero casarme, formar una familia y educar bien a mis hijos.

—Serás un buen padre —comentó Lou.

—Usted también será una buena madre —dijo él con una sonrisa—. Se nota por el modo en que trata a su hermano y todo eso.

Lou lo miró y dijo:

—Mi madre era una madre fantástica.

Lou intentó recordar si se lo había dicho alguna vez. Lou sabía que había pasado

la mayor parte de su vida adorando a su padre. Le parecía una idea turbadora, ya que ahora no podía remediarse.

Una semana después de su visita a la biblioteca de la escuela, Lou acababa de leerle a Amanda cuando salió al establo sola. Subió al pajar y se sentó en el hueco de las puertas dobles a contemplar el valle que se extendía a sus pies. Después de reflexionar sobre el futuro sombrío de su madre, dirigió sus pensamientos a la pérdida de Diamond. Había intentado no pensar más en ello, pero se dio cuenta de que nunca lo conseguía.

El funeral de Diamond había sido una ceremonia curiosa. La gente había aparecido procedente de granjas y casas que Lou ni siquiera sabía que existían, y todas esas personas fueron a casa de Louisa a lomos de caballo o de mula, a pie y en tractor, e incluso en un Packard abollado y sin puertas. La gente desfiló con bandejas de comida apetitosa y jarras de sidra. No avistó clérigo alguno, sino que un grupo de personas se levantó y con voz queda presentó sus condolencias a los amigos del fallecido. El ataúd de cedro se colocó en el salón, con la tapa bien clavada, porque nadie deseaba ver los estragos que la dinamita había causado en *Diamond Skinner*.

Lou no estaba segura de que todos los tipos mayores fueran amigos de Diamond, pero supuso que debían de haber sido amigos de su padre. De hecho había oído a un anciano llamado Buford Rose, casi sin dientes y con una abundante cabellera blanca, murmurar sobre la triste ironía de que tanto el padre como el hijo hubieran muerto en la dichosa mina.

Enterraron a Diamond cerca de las tumbas de sus padres, aunque ya hacía tiempo que éstas se confundían con la tierra. Varias personas leyeron fragmentos de la Biblia y se derramaron ríos de lágrimas. Oz se colocó en el centro de todos ellos y anunció con gran atrevimiento que su amigo, tantas veces bautizado, era una bendición del cielo. Louisa depositó un ramo de flores sobre el túmulo, retrocedió e intentó hablar, pero fue incapaz de hacerlo.

Cotton dedicó un hermoso panegírico a su joven amigo y recitó unos ejemplos de un cuentacuentos al que dijo admirar profundamente: *Jimmy Diamond Skinner*.

—A su manera —dijo Cotton—, avergonzaría a muchos de los mejores escritores de relatos del mundo.

Lou pronunció unas palabras en voz baja, aunque en realidad las dirigió a su amigo enterrado bajo la tierra recién removida, que despedía un olor dulce que a ella le producía náuseas. Sin embargo, Lou sabía que él no estaba bajo esos tabloncillos de cedro. Había ido a un lugar más elevado incluso que las montañas. Había vuelto con su padre y estaba viendo a su madre por primera vez. Seguro que era feliz. Lou alzó la mano al cielo y se despidió una vez más de una persona que había llegado a significar muchísimo para ella y que se había marchado para siempre.

Pocos días después del entierro, Lou y Oz se habían aventurado a entrar en la cabaña del árbol de Diamond y se repartieron sus pertenencias. Lou dijo que sin duda el muchacho querría que Oz se quedara con el esqueleto del pájaro, la bala de la

guerra de Secesión, la punta de flecha de sílex y el rudimentario telescopio.

—Pero ¿tú qué te quedas? —preguntó Oz, mientras examinaba los trofeos que acababa de heredar.

Lou recogió la caja de madera y extrajo el trozo de carbón que supuestamente contenía el diamante. Se encargaría personalmente de desgastarlo hasta que apareciera el centro brillante, y entonces lo enterraría con Diamond. Cuando notó el pequeño trozo de madera en el suelo de la parte trasera de la cabaña, se dio cuenta de lo que era incluso antes de recogerlo. Se trataba de una pieza a medio tallar. Estaba cortada en un trozo de nogal en forma de corazón, en un lado estaba tallada la letra L y en el otro una D casi terminada. *Diamond Skinner* sí conocía sus iniciales. Lou se guardó la madera y el trozo de carbón, bajó del árbol y no dejó de correr hasta llegar a su casa.

Naturalmente, adoptaron al fiel *Jeb*, que parecía estar a gusto con ellos, si bien a veces se deprimía y echaba de menos a su amo. No obstante, a él también parecían gustarle las excursiones que Lou y Oz hacían hasta la tumba de Diamond, y el perro, siguiendo las misteriosas costumbres de sus congéneres, se ponía a ladrar y a dar vueltas cuando se acercaban a ella. Lou y Oz esparcían hojas caídas sobre el montículo y se sentaban a hablar con Diamond y el uno con el otro y volvían a relatar las cosas graciosas que el muchacho había dicho o hecho, las cuales no eran precisamente pocas. Luego se enjugaban las lágrimas y regresaban a casa, con el profundo convencimiento de que el alma de su amigo deambulaba con libertad en su querida montaña, con el cabello igual de erizado, la sonrisa igual de amplia y los pies igual de descalzos. *Diamond Skinner* no había tenido posesiones materiales, y aun así era la persona más feliz que Lou había conocido en toda su vida. Sin duda él y Dios iban a llevarse a las mil maravillas.

Se prepararon para el invierno afilando los enseres con el afilador y las limas, limpiando los compartimientos y esparciendo el estiércol por los campos arados. Sin embargo, Louisa se había equivocado porque a Lou nunca llegó a gustarle el olor a estiércol. Estabularon el ganado, lo alimentaron y abrevaron, ordeñaron las vacas e hicieron otras tareas, que a esas alturas ya les parecían tan naturales como respirar. Llevaron jarras de leche y mantequilla, y tarros de conservas en vinagre y salmuera, y chucrut y alubias enlatadas a la lechería parcialmente subterránea, que tenía gruesas paredes de troncos, pintados de cualquier manera y agrietados, y con rellenos de papel donde se había caído el barro. Además, hicieron las reparaciones pertinentes en la granja.

Empezó el curso y, fiel a las palabras de su padre, Billy Davis no regresó a la escuela. En ningún momento se habló de su ausencia, como si el muchacho no hubiera existido. Sin embargo, Lou se acordaba de él de vez en cuando y deseaba que las cosas le fueran bien.

Una tarde de otoño, después de cumplir con sus obligaciones, Louisa mandó a Lou y a Oz al arroyo que fluía en el lado sur de la finca para recoger las bolas de los

sicomoros que abundaban en esa parte. Las bolas tenían unas espinas afiladas, pero Louisa les dijo que las utilizarían para la decoración de Navidad. Todavía faltaba mucho para las festividades, pero Lou y Oz obedecieron.

Cuando volvieron se sorprendieron al ver el coche de Cotton frente a la casa. Estaba a oscuras y abrieron la puerta con cautela, no muy seguros de lo que se encontrarían. Se hizo la luz cuando Louisa y Eugene quitaron los trapos negros de las lámparas y todos exclamaron «¡Feliz cumpleaños!». Y es que era el cumpleaños de los dos, porque Lou y Oz habían nacido el mismo día, con cinco años de diferencia, tal como Amanda había informado a Louisa en una de sus cartas. Lou pasaba a convertirse en una adolescente y Oz alcanzaba la madura edad de ocho años.

Sobre la mesa había una tarta de fresas, junto con tazas de sidra tibia. La tarta estaba adornada con dos velas, y Oz y Lou las apagaron soplando al mismo tiempo. Louisa sacó los regalos en los que había estado trabajando todo aquel tiempo con su máquina de coser Singer: un vestido hecho con varias bolsas Chop para Lou, en un bonito estampado de flores rojas y verdes y una elegante chaqueta, unos pantalones y una camisa blanca para Oz, los cuales había confeccionado con ropa que Cotton le había dado.

Eugene había tallado dos silbatos para ellos que emitían al distintos sonidos, para que pudieran comunicarse cuando estuvieran separados en los bosques o en los campos. Las montañas enviarían un eco que volvería a ellos, les dijo Louisa. Hicieron sonar el silbato, y el cosquilleo que sintieron en los labios los hizo reír.

Cotton le regaló a Lou un libro de poemas de Walt Whitman.

—Debo reconocer con humildad que este antepasado me supera en el ámbito de la poesía —dijo.

A continuación extrajo de una bolsa algo que hizo que Oz contuviera la respiración. Los guantes de béisbol eran hermosos, estaban bien engrasados, gastados lo justo, olían a cuero de calidad, a sudor y a hierba veraniega, y sin duda contenían sueños infantiles eternos y queridos.

—Eran míos cuando era pequeño —declaró Cotton—, pero me avergüenza reconocer que, aunque no soy un abogado excepcional, soy mucho mejor abogado que jugador de béisbol. Dos guantes, uno para ti y el otro para Lou. Y para mí también, si de vez en cuando sois capaces de soportar mis pobres capacidades atléticas.

Oz dijo que se sentiría orgulloso de ello y se llevó con cariño los guantes al pecho. Luego se comieron la tarta con ganas y se bebieron la sidra. Después Oz se probó el traje, que le quedaba muy bien; al lado de Cotton parecía casi un abogado en miniatura. Louisa había tenido la prudencia de dejar unos buenos dobladillos para cuando el niño creciera, lo cual parecía ocurrir a diario. Así vestido, Oz tomó los guantes de béisbol y el silbato y fue a enseñárselos a su madre. Al cabo de unos instantes Lou oyó unos ruidos extraños procedentes del dormitorio de Amanda. Cuando fue a mirar de qué se trataba, vio a Oz subido a un taburete con una sábana

sobre los hombros, el guante de béisbol en la cabeza como una corona y blandiendo un palo largo.

—Y el gran Oz el Valiente —declaraba—, que ya dejó de ser el León Cobarde, mató a todos los dragones y salvó a todas las mamás, y todos ellos vivieron felices por los siglos de los siglos en Virginia. —Se despojó de su corona de cuero engrasado e hizo una serie de reverencias—. Gracias, mis leales súbditos, todo va bien. —Se sentó junto a su madre, cogió un libro de la estantería y lo abrió por un sitio marcado con un trozo de papel—. Bueno, mamá —dijo—, ahora viene la parte que da miedo, pero, para que lo sepas, la bruja no se come a los niños.

Se acercó más a ella, pasó un brazo por su cintura y con los ojos bien abiertos empezó a leer el fragmento que supuestamente daba miedo.

Lou volvió a la cocina, se sentó a la mesa con su vestido de bolsas Chop, que también le quedaba muy bien, y leyó los conmovedores versos de Whitman bajo la luz de la lámpara de queroseno. Se hizo tan tarde que Cotton se quedó a dormir, cosa que hizo frente al fuego. Y así transcurrió otro agradable día en la montaña.

Sin que Louisa o Eugene lo supieran, Lou cogió un farol y cerillas, montó a *Sue* y fue con Oz a la mina. Al llegar se apeó, pero Oz permaneció a lomos de la yegua, contemplando la entrada de esa cueva como si fuese la boca del mismísimo infierno.

—Yo no entro —declaró.

—Entonces espera aquí —dijo su hermana.

—¿Por qué quieres entrar ahí después de lo que le ocurrió a Diamond? La montaña podría desplomarse encima de ti. Y seguro que hace daño.

—Quiero saber qué tramaban los hombres que vio Diamond.

Lou encendió el farol y entró. Oz finalmente se apeó y esperó cerca de la entrada, caminando nervioso de un lado a otro antes de decidirse a seguir a su hermana.

—Pensé que no ibas a entrar —dijo Lou.

—Es por si te asustas —respondió Oz al tiempo que se agarraba a la camisa de su hermana.

Se adentraron en la cueva temblando debido al aire fresco y a que tenían los nervios a flor de piel. Lou miró alrededor y vio lo que parecían unas vigas de soporte a lo largo de los muros y el techo del pozo. En las paredes también advirtió varias marcas que parecían hechas con pintura blanca.

Oyeron un fuerte sonido sibilante procedente de la parte superior.

—¿Una serpiente? —inquirió Oz.

—Si lo es, debe de tener el tamaño del Empire State. Venga.

Siguieron adelante y oyeron que el silbido se tornaba más fuerte a cada paso. Doblaron una esquina y el sonido les recordó el del vapor cuando escapa al exterior. Doblaron otra esquina, corrieron hacia delante, rodearon una última curva en la roca y se detuvieron. Los hombres llevaban casco, unas linternas potentes e iban tapados con máscaras. En el suelo de la mina había un orificio del que salía una gran tubería de metal. Una máquina de aspecto similar a una bomba estaba sujeta mediante mangueras a la tubería y era la que producía el sonido sibilante que habían oído. Los hombres enmascarados se encontraban en torno al orificio pero no vieron a los niños. Lou y Oz retrocedieron lentamente, se volvieron y echaron a correr. Se chocaron de frente contra Judd Wheeler. Lo esquivaron y siguieron corriendo.

Al cabo de un minuto Lou y Oz salieron de la mina a todo correr. Lou se detuvo al lado de *Sue* y se montó, pero Oz, que al parecer no quería dejar su supervivencia en manos de algo tan lento como un caballo, pasó a la velocidad del cohete junto a su hermana y la yegua. Lou espoleó a *Sue* con los pies y siguió a su hermano. Sin embargo, no consiguió alcanzarlo ya que, de repente, Oz parecía correr más rápido que un coche.

Cotton, Louisa, Lou y Oz estaban celebrando una asamblea alrededor de la mesa de la cocina.

—Ha sido una locura entrar en esa mina —les reprendió Louisa.

—Si no lo hubiésemos hecho no habríamos visto a esos hombres —replicó Lou.

Louisa no supo qué responder, y dijo:

—Venga, marchaos. Cotton y yo tenemos que hablar.

Cuando Lou y Oz se hubieron ido, miró a Cotton.

—¿Qué opinas? —preguntó Louisa.

—Por como lo ha descrito Lou, creo que buscaban gas natural en vez de petróleo. Y lo han encontrado.

—¿Qué debemos hacer?

—Están en tu propiedad sin permiso y saben que lo sabemos. Supongo que vendrán a hablar contigo.

—No pienso vender mis tierras, Cotton.

Él sacudió la cabeza.

—No, lo que puedes hacer es vender los derechos sobre los minerales y conservar la tierra. Además, para extraer gas no hay necesidad de destruir el terreno, como ocurre con el carbón.

Ella sacudió la cabeza con terquedad.

—Nos ha dado una buena cosecha. No necesitamos ayuda de nadie.

Cotton bajó la mirada y habló despacio.

—Louisa, espero que vivas más que todos nosotros. Pero lo cierto es que si esos niños heredan la granja mientras sean menores de edad, les resultará muy difícil seguir adelante. —Hizo una pausa y luego añadió con voz queda—: Y Amanda necesita cuidados especiales.

Louisa asintió al oír aquellas palabras, pero no dijo nada.

Más tarde observó a Cotton marcharse en el coche mientras Oz y Lou perseguían alegremente el descapotable por la carretera y Eugene trabajaba con diligencia en la maquinaria agrícola. Aquél era el mundo de Louisa; parecía funcionar sin complicaciones, pero como ella bien sabía, era muy frágil. La mujer se apoyó contra la puerta con cara de preocupación.

Los hombres de Southern Valley aparecieron el día siguiente por la tarde.

Louisa abrió la puerta y se encontró con Judd Wheeler, junto a un individuo bajito con ojos de serpiente y una sonrisa maliciosa, vestido con un terno de buena calidad.

—Señora Cardinal, me llamo Judd Wheeler. Trabajo para Southern Valley Coal and Gas. Le presento a Hugh Miller, el vicepresidente de la compañía.

—¿Y quieren mi gas natural? —preguntó ella sin rodeos.

—Sí, señora —respondió Wheeler.

—Bueno, soy afortunada de tener a mi abogado aquí conmigo —dijo ella, al tiempo que dirigía la mirada a Cotton, que acababa de entrar en la cocina procedente del dormitorio de Amanda.

—Señora Cardinal —dijo Hugh Miller cuando tomaron asiento—. No me gusta andarme por las ramas. Tengo entendido que ha heredado algunas responsabilidades

familiares adicionales y sé lo duro que puede llegar a ser. Así pues, le ofrezco... cien mil dólares por su propiedad. Y tengo aquí mismo el cheque y los documentos necesarios para que los firme.

Louisa no había tenido en las manos más de cinco dólares en efectivo en toda su vida, por lo que sólo fue capaz de exclamar:

—¡Cielo santo!

—Para que nos entendamos bien —intervino Cotton—, Louisa sólo está dispuesta a vender los derechos minerales subyacentes.

Miller sonrió y negó con la cabeza.

—Me temo que en esa cantidad de dinero incluímos también el terreno.

—No pienso hacerlo —dijo Louisa.

—¿Por qué no puede ceder sólo los derechos sobre los minerales? —inquirió Cotton—. Aquí en la montaña es algo muy habitual.

—Tenemos grandes planes para su propiedad. Vamos a nivelar la montaña, implantar un buen sistema de carreteras y construir unas instalaciones para la extracción, producción y transporte de gas. Será el gasoducto más largo fuera de Tejas.

Hemos pasado un tiempo analizando el terreno. Esta propiedad es perfecta. No presenta ningún inconveniente.

Louisa lo miró con el ceño fruncido.

—El único inconveniente —dijo— es que no pienso venderla. No van a revender esta tierra como han hecho en el resto de lugares.

Miller se inclinó hacia delante.

—Esta zona está acabada, señora Cardinal. La madera se ha acabado. Las minas cierran. La gente está perdiendo el empleo. ¿De qué sirven las montañas si no se utilizan para ayudar a la gente? No son más que piedras y árboles.

—Yo tengo una escritura de esta tierra en la que dice que soy su propietaria, pero las montañas no son de nadie en realidad. Yo me limito a vigilarlas mientras estoy aquí, y ellas me dan todo lo que necesito.

Miller miró alrededor.

—¿Todo lo que necesita? Pero si aquí arriba ni siquiera tienen electricidad ni teléfono. Como mujer temerosa de Dios estoy seguro de que se da cuenta de que nuestro creador nos dio el cerebro para que saquemos provecho de cuanto nos rodea. ¿Qué es una montaña comparada con que la gente se gane bien la vida? Yo creo que lo que usted hace va en contra de las Escrituras.

Louisa miró al hombre bajito y dijo con una sonrisa irónica:

—Dios creó estas montañas para que duraran para siempre. Sin embargo, nos puso a nosotros, los hombres, sólo durante un reducido espacio de tiempo. ¿Qué le parece?

Miller estaba exasperado.

—Mire, señora, mi empresa desea hacer una inversión sustanciosa para dar vida a

este lugar. ¿Cómo puede usted negarse a una cosa así?

Louisa se puso en pie.

—Pues como he hecho toda la vida. Con firmeza.

Cotton siguió a Miller y a Wheeler hasta su coche.

—Señor Longfellow —dijo Miller—, tiene que convence a su clienta de que acepte nuestra propuesta.

Cotton sacudió la cabeza.

—Cuando Louisa Mae Cardinal toma una decisión, conseguir que la cambie es como intentar evitar que salga el sol:

—Bueno, el sol también se pone cada noche —apuntó Miller.

Cotton contempló a los hombres de Southern Valley mientras se marchaban.

La pequeña iglesia se encontraba en un prado a pocos kilómetros de la granja de los Cardinal. Estaba construida con troncos toscamente labrados y tenía un pequeño campanario, una modesta ventana de cristal normal y corriente y mucho encanto. Había llegado el momento del servicio religioso y la cena en el suelo, y Cotton llevó en el coche a Lou, Oz y Eugene. La llamaban «en el suelo», les explicó Cotton, porque no había ni mesas ni sillas sino sólo mantas, sábanas y unas lonas; era un gran picnic disfrazado de servicio religioso.

Lou se había ofrecido a quedarse en casa con su madre pero Louisa se negó en rotundo.

—Leo la Biblia, le rezo al Señor pero no necesito sentarme a cantar con otra gente para demostrar mi fe.

—Entonces, ¿por qué tengo que ir yo? —le había preguntado Lou.

—Porque después de la misa hay una cena, y no hay que perdérsela —respondió Louisa con una sonrisa.

Oz iba con el traje y Lou llevaba el vestido Chop y unos leotardos marrones que se sujetaba con unas ligas de goma, mientras que Eugene llevaba el sombrero que Lou le había dado y una camisa limpia. También había otras personas de color, incluida una mujer menuda con unos ojos extraordinarios y una tez tersa y suave con la que Eugene conversó largo y tendido. Cotton explicó que había tan pocos negros por aquella zona que no tenían una iglesia distinta.

—Y cuánto me alegro de ello —dijo—. No es lo normal en el sur, y en las ciudades está claro que hay prejuicios.

—En Dickens vimos el cartel de «Solo blancos» —comentó Lou.

—No me extraña —dijo Cotton—. Pero las montañas son distintas. No digo que aquí arriba todos sean unos santos, porque no es así, pero la vida es dura y la gente intenta salir adelante. Eso no deja mucho tiempo para pensar en cosas en las que, de todos modos, no se debería pensar. —Señaló la primera fila y agregó—: Con excepción de George Davis y otros, claro está.

Lou se sorprendió al ver a George Davis sentado en el primer banco. Llevaba ropa limpia e iba perfectamente peinado y afeitado. Tuvo que reconocer, a su pesar,

que presentaba un aspecto respetable. Sin embargo, no iba acompañado de ningún miembro de su familia. Había inclinado la cabeza para rezar. Antes del comienzo del oficio religioso, Lou preguntó a Cotton sobre aquel espectáculo.

—George Davis casi siempre viene a misa, pero nunca se queda a la comida. Y jamás trae a su familia porque él es así. Me gustaría pensar que viene a rezar porque siente que tiene muchos pecados que expiar, pero creo que sólo quiere cubrirse las espaldas. Sin duda es un hombre calculador.

Lou contempló a Davis rezando ahí como si tuviera a Dios en su corazón y en su hogar, mientras dejaba de lado a su familia y los dejaba vestidos con harapos y sin comer de forma que tuvieran que depender de la bondad de Louisa Cardinal. No pudo sino negar con la cabeza.

—Hagas lo que hagas, aléjate de ese hombre —dijo entonces a Cotton.

Cotton la miró, asombrado.

—¿Por qué?

—Es peligroso —respondió.

Tras escuchar durante demasiadas horas al pastor d turno, les dolía el trasero debido a la dureza de los bancos de roble y sentían un cosquilleo en la nariz a causa del olor a jabón de lejía, agua de lila y los efluvios de quienes no se habían molestado en lavarse antes de acudir a la iglesia. Oz se quedó dormido en dos ocasiones y Lou tuvo que darle sendos codazos para despertarlo. Cotton ofreció una oración especial por Amanda, que Lou y Oz apreciaron sobremanera. Sin embargo, según aquel rollizo ministro baptista, todos parecían estar condenados al infierno. Jesús había dado su vida por ellos y menuda gente eran, dijo, él incluido. No hacían más que pecar y comportarse de manera poco menos que depravada. Entonces el santo varón se excedió de verdad e hizo llorar, o por lo menos estremecer, a todos los presentes en el templo a causa de su inutilidad absoluta y del sentimiento de culpabilidad que albergaban sus almas pecaminosas. Luego pasó el platillo y pidió con educación el dinero tan duramente ganado de los allí congregados, a pesar de sus terribles pecados.

Tras el oficio, todos salieron del templo.

—Mi padre es pastor en Massachusetts —explicó Cotton mientras bajaban las escaleras—. Y también es partidario de insistir en el fuego eterno. Uno de sus héroes era Cotton Mather, de él sacó el nombre tan curioso que me puso. Sé que mi padre se llevó una gran decepción al ver que yo no seguiría los pasos, pero así es la vida. No sentí la llamada del Señor y no quería prestar un mal servicio a la Iglesia sólo por contentar a mi padre. Bueno, yo no soy un experto en la materia, pero una persona se cansa de que lo arrastren por las zarzas sagradas para que una mano piadosa acabe vaciándole el bolsillo con regularidad. —Sonrió mientras miraba a la gente reunida alrededor de la comida—. Pero supongo que es u precio justo para degustar algunos de estos manjares.

De hecho, la comida era de lo mejor que Lou y Oz habían probado en su vida;

consistía en pollo asado, jamón cocido al estilo de Virginia, col rizada y beicon, sémola de maíz, pan frito crujiente, estofados de verdura, muchos tipos de alubias y pasteles de fruta tibios, todo ello sin duda cocinado siguiendo las recetas familiares más secretas y mejor guardadas. Los niños comieron hasta hartarse, y luego se tumbaron bajo un árbol a descansar.

Cotton estaba sentado en las escaleras de la iglesia, tomándose una pata de pollo y una jarra de sidra y disfrutando de la paz de una buena cena en la iglesia cuando se acercaron los hombres. Todos eran granjeros de brazos musculosos y espaldas anchas, caminaban un poco inclinados hacia delante, con el puño casi cerrado, como si todavía estuvieran trabajando con la azada o la guadaña, cargando cubos de agua u ordeñando vacas.

—Hola, Buford —saludó Cotton al tiempo que inclinaba la cabeza hacia uno de los hombres, que se apartó del grupo con un sombrero de fieltro en la mano. Cotton sabía que Buford Rose trabajaba duro en sus propias tierras; todos lo conocían, y era un hombre bueno y honesto. Tenía una granja pequeña, pero la llevaba con eficacia. No era tan mayor como Louisa, pero hacía años que había dejado atrás la mediana edad. No hizo ademán de hablar, clavó la mirada en sus desgastados zapatos de cuero. Cotton miró a los demás hombres, a la mayoría de los cuales conocía por haberles ayudado con algún problema legal, que solía estar relacionado con deudas, testamentos o impuestos territoriales.

—¿Tenéis algo que decirme? —preguntó Cotton.

—Los tipos del carbón han venido a vernos a todos, Cotton —dijo Buford—. Para hablar de las tierras. Bueno, para pedirnos que las vendamos.

—Creo que ofrecen mucho dinero —declaró Cotton.

Buford lanzó una mirada nerviosa a sus compañeros mientras se toqueteaba el ala del sombrero.

Bueno, todavía no han ido tan lejos. La cosa es que no quieren comprar nuestras tierras hasta que Louisa no venda la suya. Dicen que tiene que ver con la situación del gas y todo eso. Yo no entiendo de esas cosas, pero es lo que dicen.

—Este año la cosecha ha sido buena —manifestó Cotton—. La tierra ha sido generosa con todos. Quizá no necesitéis vender.

—¿Y qué pasará el año que viene? —intervino un hombre que era más joven que Cotton pero parecía diez años mayor. Cotton sabía que se trataba de un granjero de tercera generación y que no se sentía precisamente muy optimista en aquellos momentos—. Un buen año no compensa tres malos.

—¿Por qué Louisa no quiere vender, Cotton? —inquirió Buford—. Ella es incluso mayor que yo, y ya estoy cansado de trabajar; además, mi hijo no quiere seguir dedicándose a esto. Y ella tiene que cuidar de los niños y de la mujer enferma. No entiendo que no sea partidaria de vender.

—Ésta es su casa, Buford. Igual que es la vuestra. Y no tenemos por qué entenderlo. Es su decisión. Hemos de respetarla.

—Pero ¿tú no puedes hablar con ella?

—Ya ha tomado una determinación. Lo siento.

Los hombres lo contemplaron en silencio, y quedó claro que a ninguno de ellos le agradó aquella respuesta. Acto seguido, dieron media vuelta y se marcharon, dejando atrás a un atribulado Cotton Longfellow.

Oz había llevado la pelota y los guantes a la cena de la iglesia, y practicó lanzamientos con Lou y luego con otros niños. Los hombres contemplaban admirados su habilidad y dijeron que el chico tenía un brazo de oro. Más tarde, Lou topó con un grupo que hablaba de la muerte de *Diamond Skinner*.

—Hay que ser tonto para morir en una explosión como ésa —dijo un muchacho mofletudo que Lou no conocía.

—¡Entrar en una mina con dinamita encendida! —exclamó otro—. Dios mío, qué tontería.

—Claro que nunca fue a la escuela —apuntó una muchacha de pelo oscuro que llevaba un caro sombrero de ala ancha con un lazo alrededor y un vestido de volantes a todas luces costoso. Lou sabía que se trataba de Charlotte Ramsey. Su familia no era de granjeros sino la propietaria de una de las minas de carbón más pequeñas, y las cosas le iban muy bien—. Así que el pobre probablemente no diera para más.

Tras oír aquello, Lou se abrió paso entre el grupo. Había crecido desde que vivía en la montaña y era más alta que los demás niños, aunque todos tuvieran aproximadamente su misma edad.

—Entró en esa mina para salvar a su perro —declaró.

El muchacho mofletudo se echó a reír.

—Arriesgar su vida para salvar a un chucho. Hay que ser tonto.

Lou le propinó un puñetazo y el muchacho cayó al suelo agarrándose uno de los mofletes que, de repente, estaba un poco más hinchado. Lou se marchó indignada.

Oz vio lo que había ocurrido, recogió la pelota y los guantes y la alcanzó. No dijo nada, pero siguió caminando en silencio a su lado para darle tiempo a tranquilizarse. Se estaba levantando viento y las nubes que se formaban en la cima de las montañas amenazaban tormenta.

—¿Vamos a volver a casa andando, Lou?

—Si quieres puedes ir con Cotton y Eugene.

—¿Sabes, Lou?, con lo inteligente que eres no hace falta que vayas por ahí pegando a la gente. Puedes golpearlos con palabras.

Lou le lanzó una mirada y fue incapaz de contener una sonrisa al oír ese comentario.

—¿Desde cuándo eres tan maduro?

Oz caviló al respecto por unos instantes.

—Desde que cumplí ocho años.

Siguieron caminando.

Oz se había colgado los guantes al cuello con un cordel e iba lanzando la pelota al

aire con despreocupación. De pronto, la pelota cayó al suelo, y él no se agachó para recogerla.

George Davis había surgido del bosque con sumo sigilo. A los ojos de Lou, su ropa buena y la cara limpia no servían para ocultar su maldad. Oz se sintió rápidamente intimidado, pero Lou le habló con fiereza.

—¿Qué quieres?

—Sé lo del gas. ¿Louisa va a vender?

—Eso es asunto suyo.

—¡Y mío! Apuesto algo a que también hay gas en mis tierras.

—Entonces, ¿por qué no vendes tu propiedad?

—El camino que va a mi finca cruza sus tierras. No pueden llegar a la mía si ella no vende la suya.

—Bueno, eso es problema tuyo —le espetó Lou, disimulando una sonrisa porque pensaba que quizá Dios se había decidido a darle un escarmiento a ese hombre.

—Dile a Louisa que si sabe lo que le conviene, mejor que venda.

—Y tú, mejor que no te acerques a nosotros.

Davis levantó la mano.

—¡Maldita niña respondona!

Con la rapidez del rayo, alguien agarró el brazo de Davis y lo detuvo en el aire. Cotton estaba allí de pie, conteniendo aquel brazo fornido y mirando fijamente al hombre.

Davis se soltó con un movimiento brusco y apretó los puños.

—Ahora vas a enterarte de lo que es bueno, abogado.

Davis lanzó un puñetazo, pero Cotton interceptó el puño en el aire y lo sostuvo. Esta vez Davis no pudo desasirse, aunque lo intentó con todas sus fuerzas.

Cotton habló en un tono tranquilo que hizo que Lou sintiera una enorme satisfacción.

—En la universidad me especialicé en literatura americana pero también fui capitán del equipo de boxeo. Si vuelves a levantarles la mano a estos niños, te daré una paliza que te dejará al borde de la muerte.

Cotton le soltó el puño y Davis retrocedió, sin duda intimidado tanto por el temple de su contrincante como por la fuerza de sus manos.

—Cotton, quiere que Louisa venda sus tierras para que él también pueda vender —explicó Lou—. Se estaba poniendo un poco pesado, —explicó Lou.

—Louisa no quiere vender —dijo Cotton con firmeza—, de modo que no hay más que hablar.

—Pasan muchas cosas que hacen que la gente quiera vender.

—Si es una amenaza, podemos informar al sheriff. A menos que quieras arreglarlo conmigo ahora mismo.

George Davis se marchó, rojo de furia e indignación.

Cuando Oz recogió la pelota de béisbol, Lou dijo:

—Gracias, Cotton.

Lou estaba en el porche intentando zurcir calcetines, pero la tarea no le agradaba demasiado. Lo que más le gustaba era trabajar al aire libre, y estaba ansiosa por sentir el sol y el viento en su cuerpo. El trabajo en el campo implicaba un orden que le atraía. En opinión de Louisa, había aprendido rápidamente a comprender y respetar la tierra. Cada día refrescaba más, y llevaba un grueso jersey de lana que Louisa había tejido para ella. Al levantar la vista, vio el coche de Cotton bajar por la carretera, y agitó la mano. Cotton la vio, le devolvió el saludo, dejó el coche y se unió a ella en el porche. Los dos se pusieron a contemplar el campo.

—Está bonito en esta época del año —observó él—. La verdad es que no hay nada comparable.

—¿Por qué piensas que mi padre nunca regresó aquí?

Cotton se quitó el sombrero y se frotó la cabeza.

—Bueno, he oído hablar de escritores que han vivido en un sitio en su juventud y que luego escribieron sobre él durante el resto de su vida sin volver a pisarlo. No sé, Lou, quizá temiera que si volvía y veía el sitio con nuevos ojos ya no podría contar sus historias.

—¿Como si el hecho de regresar contaminara sus recuerdos?

—Quizá. ¿Qué opinas? ¿No vas a volver a tus raíces para poder ser una gran escritora?

Lou no tuvo que reflexionar demasiado al respecto.

—Creo que es un precio demasiado alto.

Antes de acostarse cada noche, Lou intentaba leer por lo menos una de las cartas que su madre le había escrito a Louisa. Una noche, mientras abría el cajón del escritorio donde las había guardado, éste no se deslizó bien y se quedó atascado. Lou introdujo la mano en el interior del cajón para hacer palanca y rozó con los dedos algo que había en la parte inferior del mismo.

Se arrodilló y miró, al tiempo que introducía más la mano. Al cabo de unos segundos extrajo el sobre que se había quedado atascado. Se sentó en la cama y lo observó. No había nada escrito en el exterior, y lentamente extrajo las hojas que contenía. Estaban viejas y amarillentas, al igual que el sobre. Leyó la pulida escritura de las páginas, y antes de terminarla las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. A tenor de la fecha en que había sido escrita, su padre tenía quince años por entonces.

Lou se acercó a Louisa y se sentó con ella junto al fuego, le explicó lo que había encontrado y le leyó las páginas con la voz más clara posible.

«Me llamo John Jacob Cardinal, aunque me llaman Jack para abreviar. Hace ya cinco años que murió mi padre; y mi madre... pues espero que le

vaya bien allá donde esté. Crecer en una montaña deja huella en todos aquéllos que comparten tanto su munificencia como sus privaciones. La vida aquí también es bien conocida por producir historias que divierten y también hacen llorar. En las siguientes páginas explico un cuento que mi padre me contó poco antes de morir. Desde entonces he pensado en sus palabras todos los días, pero sólo ahora he sido capaz de armarme del valor suficiente para escribirlas. Recuerdo el cuento con claridad, y aunque quizás algunas de las palabras sean de mi propia cosecha y no de mi padre, creo que he sido fiel al espíritu de su historia».

»El único consejo que puedo dar a quienquiera que encuentre estas páginas es que las lea detenidamente y que se forme su propio criterio sobre las cosas. Quiero las montañas casi tanto como quería a mi padre, aunque sé que un día me marcharé de aquí, y cuando lo haga dudo que regrese. Dicho esto, es importante entender que creo que podría ser muy feliz aquí el resto de mi vida.

Lou volvió la página y empezó a leerle a Louisa la historia de su padre.

«Había sido un día largo y duro para el hombre, aunque como granjero que era, todos se parecían. Con los campos de cultivo llenos de polvo, la chimenea vacía, los niños hambrientos y la mujer descontenta con todo, se fue a dar un paseo. No había llegado lejos cuando se topó con un clérigo sentado en una roca alta desde la que observaba el agua estancada. “Eres un hombre de la tierra”, dijo él con voz suave y aparentemente llena de sabiduría. El granjero respondió que sin duda dedicaba su vida al campo, aunque no desearía tal vida a sus hijos ni a su peor enemigo. El predicador invitó al granjero a subir con él a la roca, tras lo cual se sentó al lado del hombre. Preguntó al granjero por qué no quería que sus hijos siguieran la estela de su padre. El granjero alzó la vista al cielo con ademán pensativo porque su mente sabía perfectamente lo que dirían sus labios: “Porque es la vida más miserable que existe”, respondió. “Pero este lugar es tan hermoso —repuso el predicador—. Piensa en los desdichados de la ciudad que viven en la miseria. ¿Cómo es posible que un hombre del aire libre y la buena tierra diga tal cosa?”. El granjero respondió que él no era un hombre culto, pero que había oído hablar de la gran pobreza de las ciudades, donde la gente se quedaba en sus tugurios todo el día porque no tenía trabajo. O que sobrevivía gracias al subsidio del paro. Se morían de hambre, lentamente, pero se morían. ¿Acaso no era cierto?, preguntó. Y el predicador asintió. “Eso es morir de hambre sin esfuerzo”, dijo el granjero. “Una existencia miserable donde las haya”, apuntó el santo varón. El granjero se mostró de acuerdo con él y dijo: “Y también he oído decir que en otras partes del país hay

granjas tan enormes en unas tierras tan llanas que los pájaros no pueden recorrerlas volando en un solo día”. “Esto también es cierto”, repuso el otro. El granjero continuó: “Y que cuando en esas granjas llega el momento de la cosecha, pueden comer como reyes durante años con una única cosecha y vender el resto y llenarse los bolsillos de dinero”. “Todo eso es cierto”, admitió el predicador. “Pero en las montañas no existen granjas como éstas —apuntó el granjero—. Si la cosecha es buena, podemos comer, nada más”. “¿Y tu problema?”, preguntó el predicador. “Bueno, mi situación es la siguiente, predicador: mis hijos, mi mujer y yo nos partimos la espalda cada año trabajando desde que el sol sale hasta que se pone. Trabajamos duro para conseguir que la tierra nos alimente. La situación parece buena, las expectativas son altas y luego, con demasiada frecuencia, todo queda en nada. Y nos morimos de hambre. Pero nos morimos de hambre con gran esfuerzo. ¿No es eso aún más penoso?”. “Sin duda ha sido un año duro —reconoció el predicador—. Pero ¿sabes que el maíz crece con lluvia y oraciones?”. “Rezamos todos los días —dijo el granjero—, y el maíz me llega por la rodilla y ya estamos en septiembre”. “Bueno, está claro que cuanto más lluvia, mejor. Pero has recibido la bendición de ser un siervo de la tierra”. El granjero dijo que su matrimonio no aguantaría muchas bendiciones más, porque la buena de su esposa no veía las cosas exactamente de ese modo. Inclino la cabeza y dijo: “Estoy seguro de que soy un miserable por quejarme”. “Habla, hijo mío —le instó el santo varón—, porque yo soy los oídos de Dios”. “Bueno, esto de trabajar duro y no obtener recompensa —dijo el granjero—, provoca malestar en la pareja, dolor entre el marido y la mujer”. El hombre piadoso elevó un dedo y dijo: “Pero el trabajo duro puede ser una recompensa en sí mismo”. El granjero sonrió: “Alabado sea entonces el Señor, porque siempre he sido muy bien recompensado”. El predicador asintió y preguntó: “Entonces ¿tienes problemas en tu matrimonio?”. “Soy un infeliz por quejarme”, repuso el granjero. “Yo soy los ojos del Señor”, le recordó el predicador. Los dos observaron un cielo tan límpido que no contenía ni una sola de las gotas de lluvia que el granjero necesitaba. “Algunas personas no están hechas para una vida que ofrece tanta recompensa”, dijo. “Ahora estás hablando de tu esposa”, afirmó el predicador. “Tal vez sea yo”, dijo el granjero. “Dios te conducirá a la verdad, hijo mío”, le aseguró el predicador. “¿Puede un hombre temer la verdad?”, quiso saber el granjero. “Un hombre puede temer cualquier cosa”, respondió el predicador. Descansaron allí un rato porque el granjero se había quedado sin palabras. Luego contempló cómo llegaban las nubes, se abrían los cielos y el agua caía sobre ellos. Se levantó, porque había trabajo que hacer. “¿Lo ves? —dijo el santo varón—, mis palabras se han hecho realidad. Dios te ha mostrado el camino”. “Ya veremos —dijo el granjero—. Porque la

estación ya está muy avanzada”. Cuando se levantó y se marchó en dirección a sus tierras, el predicador lo llamó. “Hijo de la tierra —dijo—, si la cosecha sale bien, recuerda a tu Iglesia en momentos de bonanza”. El granjero volvió la vista atrás y se tocó el ala del sombrero. “Los caminos del Señor son inextricables”, dijo al otro hombre. Y entonces se volvió y dejó atrás los oídos y los ojos de Dios».

Lou dobló la carta y miró a Louisa con la esperanza de haber hecho bien al leérsela, y preguntándose si el joven Jack Cardinal se había dado cuenta de que la historia se había convertido en algo mucho más personal al mencionar el desmoronamiento del matrimonio.

Louisa permaneció en silencio unos minutos, contemplando el fuego, y finalmente dijo:

—La vida era dura aquí arriba, sobre todo para un niño. Y dura también para una pareja, aunque yo nunca lo viví así. Si mi padre y mi madre se dijeron una palabra fea el uno al otro, yo nunca la escuché. Y yo y mi marido Joshua nos llevamos bien hasta el momento en que él exhaló su último suspiro. Pero sé que no fue igual para tu padre. Jake y su mujer tuvieron sus más y sus menos.

—Papá quería que vinieras a vivir con nosotros. ¿Habrías venido? —preguntó.

Louisa volvió la mirada hacia la niña.

—¿Me estás preguntando por qué nunca dejo este lugar? —dijo—. Amo esta tierra, Lou, porque nunca me fallará. Si la cosecha no es buena, tengo las conservas de manzanas o fresas, o las raíces que crecen bajo la tierra; sé dónde buscarlas. Incluso si la nieve se acumula tres metros, puedo apañármelas. Nieve, granice o haga un calor que derrita el asfalto, puedo apañármelas. Encuentro agua donde se supone que no hay. Sobrevivo. Yo y la tierra. Yo y esta montaña. Esto probablemente no signifique nada para la gente que aprieta un botón y tiene luz o que habla con otras personas sin verlas. —Hizo una pausa, respiró hondo y agregó—: pero para mí lo es todo. —Miró hacia el fuego una vez más—. Todo lo que dice tu padre es verdad. Las montañas altas son hermosas, las montañas altas son crueles. —Clavó la mirada en Lou y añadió con voz queda—: Y la montaña es mi hogar.

Lou apoyó la cabeza en el pecho de Louisa, que le acarició el pelo muy suavemente con la mano mientras permanecían junto al calor del fuego.

Entonces Lou dijo algo que nunca imaginó que diría:

—Y ahora también es mi hogar.

Los copos de nieve caían de los vientres de las hinchadas nubes. Cerca del establo se oyó una especie de zumbido, y luego se produjo un destello de luz que iba en aumento.

En el interior de la casa Lou se quejaba en medio de una pesadilla. Habían trasladado su cama y la de Oz al salón, ubicándolas junto al hogar de carbón, y estaban abrigados con coloridos edredones que Louisa había cosido a lo largo de los años. En su tormentoso sueño, Lou oyó un ruido, pero no supo reconocerlo. Abrió los ojos y se incorporó. Alguien arañó la puerta. Lou se despertó por completo. Abrió la puerta y *Jeb* irrumpió en la estancia, ladrando y saltando.

—¿Qué ocurre, *Jeb*?

Luego oyó los gritos de los animales en el establo.

Lou salió de la casa en camisón. El perro la siguió, ladrando, y Lou vio lo que lo había asustado: el establo estaba en llamas. Regresó corriendo a la casa, explicó gritando lo que sucedía y volvió a salir a toda prisa.

Eugene apareció en el vano de la puerta delantera, advirtió la presencia del fuego y salió seguido de Oz, que le pisaba los talones.

Cuando Lou abrió la gran puerta del establo, el humo y las llamas se abalanzaron sobre ella.

—¡*Sue!* ¡*Bran!* —gritó antes de que el humo le inundara los pulmones y notase que se le erizaba el vello de los brazos a causa del calor.

Eugene pasó por su lado, entró en el establo y salió rápidamente, haciendo arcadas. Lou lanzó una mirada al abrevadero que había junto al corral y una manta que colgaba de la verja. Agarró la manta y la arrojó al agua fría.

—Eugene, ponte esto encima.

Eugene se tapó con la manta húmeda y luego volvió a entrar en el establo.

El interior estaba en llamas. Se desplomó una viga que estuvo a punto de caer encima de Eugene. Por todas partes había humo y fuego. Eugene estaba tan familiarizado con aquel establo como con el resto de la granja, pero era como si se hubiera quedado ciego. Consiguió llegar hasta *Sue*, que estaba revolviéndose en el compartimiento, abrió la puerta y rodeó el cuello de la aterrorizada yegua con una cuerda.

Eugene salió a trompicones del establo con *Sue*, le lanzó la cuerda a Lou y ésta se llevó al animal con la ayuda de Louisa y Oz, para que Eugene volviera a entrar en el establo. Lou y Oz arrojaron cubos de agua desde el cobertizo del arroyo, pero ella sabía que era como intentar derretir la nieve con el aliento. Eugene consiguió sacar las mulas y a todas las vacas menos una. No obstante, perdieron todos los cerdos, todo el heno y la mayor parte de las herramientas y los arneses. Las ovejas pasaban el invierno fuera, pero aun así las pérdidas fueron devastadoras.

Louisa y Lou observaron desde el porche cómo el establo, ahora con la cuadra

vacía, seguía ardiendo. Eugene permaneció junto al corral, adonde había trasladado a los animales. Oz estaba a su lado con un cubo de agua para verter sobre todo amago de fuego.

Entonces Eugene soltó un grito.

—¡Va a caerse!

Apartó a Oz justo a tiempo. El establo se desplomó, al tiempo que las llamas se alzaban hacia el cielo y la nieve caía delicadamente sobre aquel infierno.

Louisa observaba la tragedia con angustia evidente, como si ella misma estuviera envuelta en llamas. Lou le agarraba la mano con fuerza y enseguida se dio cuenta de que a Louisa le empezaron a temblar los dedos y de que ya no podía sujetarle bien la mano.

—¿Louisa?

La mujer se desplomó en el porche sin articular palabra.

—¡Louisa!

Los gritos angustiosos de la muchacha resonaron por el valle frío y agreste.

Cotton, Lou y Oz estaban de pie junto a la cama de hospital en la que yacía Louisa. Había sido un trayecto movido bajando por la montaña en el viejo Hudson, con las marchas machacadas por un desesperado Eugene, los gemidos del motor, las ruedas resbalando y luego quedándose atrapadas en la nieve sucia. El coche estuvo a punto de volcar en dos ocasiones. Lou y Oz se habían agarrado a Louisa, rezando para que no los abandonara. La habían llevado al pequeño hospital de Dickens y luego Lou había corrido a despertar a Cotton. Eugene había regresado para cuidar de Amanda y de los animales.

Travis Barnes la atendió y se mostró preocupado. El hospital también era su casa y el ver una mesa de comedor y una nevera de General Electric no había reconfortado a Lou.

—¿Cómo está, Travis? —preguntó Cotton.

Barnes miró a los niños y luego se llevó a Cotton aparte.

—Ha sufrido un ataque de apoplejía —informó en voz baja—. Parece que hay parálisis en el lado izquierdo.

—¿Se recuperará? —La pregunta procedía de Lou, que lo había oído todo.

Travis respondió encogiéndose de hombros con expresión de tristeza.

—No podemos hacer gran cosa por ella. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales. Si estuviera en condiciones para el viaje, la habría mandado al hospital de Roanoke. No estamos bien equipados para este tipo de ataques. Podéis volver a casa. Os llamaré si se produce algún cambio.

—¡Yo no me marchó! —exclamó Lou. Oz dijo lo mismo a continuación.

—Me parece que no están de acuerdo con tu propuesta —dijo Cotton con voz queda.

—Ahí fuera hay un sofá —señaló Travis en tono amable.

Todos estaban dormidos, abrazados entre sí, cuando la enfermera dio un golpecito

a Cotton en el hombro.

—Louisa ha despertado —informó en voz baja.

Cotton y los niños abrieron la puerta con cuidado y entraron. Louisa tenía los ojos abiertos pero poco más. Travis estaba a su lado.

—¿Louisa? —dijo Cotton.

No hubo respuesta, ni siquiera muestras de reconocimiento. Miró a Travis, quien comentó:

—Todavía está muy débil, incluso me sorprende que haya recuperado la conciencia.

Lou se limitó a mirarla, más asustada que nunca. No daba crédito. Su padre, su madre. Diamond. Ahora Louisa. Paralítica. Su madre no había movido ni un solo músculo desde hacía más tiempo del que era capaz de recordar. ¿Correría Louisa la misma suerte? ¿Una mujer que tanto amaba la tierra, que quería tanto la montaña, que había tenido una vida tan buena y plena? Todo aquello era suficiente para que Lou no creyese más en un Dios capaz de hacer algo semejante. Dejar a una persona sin esperanza. Dejar a una persona sin prácticamente nada.

En la casa, Cotton, Oz, Lou y Eugene se disponían a comer.

—No puedo creer que no hayan averiguado quién quemó el establo —dijo Lou, enfadada.

—No hay pruebas de que alguien lo quemara, Lou —repuso Cotton mientras vertía la leche antes de pasar las galletas.

—Yo sé quién lo hizo. Fue George Davis. Probablemente la compañía del gas le pagara.

—No puedes ir por ahí diciendo eso, Lou, es una difamación.

—¡Es la verdad! —exclamó la muchacha.

Cotton se quitó las gafas.

—Óyeme, Lou...

Lou se levantó de la mesa de un salto, soltó el cuchillo y el tenedor e inquirió:

—¿Por qué tengo que creer en tus palabras, Cotton? Dijiste que mi madre volvería. Ahora Louisa también se ha ido. ¿Vas a mentir y asegurar que se pondrá bien?

Lou se marchó corriendo. Oz quiso perseguirla, pero Cotton se lo impidió.

—Déjala sola, Oz —dijo. Se levantó y salió al porche. Se puso a mirar las estrellas y a contemplar el colapso de todo lo que conocía.

Lou pasó ante sus ojos como un rayo, montada en la yegua. Cotton dio un respiro y siguió a la muchacha y al animal con la mirada hasta que los perdió de vista.

Lou hizo cabalgar a *Sue* por los senderos iluminados por la luna, dejando que las ramas de los árboles y la maleza la golpeasen. Finalmente llegó a la casa de Diamond y desmontó; echó a correr, se cayó varias veces hasta que abrió la puerta y entró en la casa.

Con las mejillas surcadas por las lágrimas, Lou recorrió la estancia.

—¿Por qué tuviste que dejarnos, Diamond? Ahora Oz y yo no tenemos a nadie. ¡A nadie! ¿Me oyes? ¿Me oyes, *Diamond Skinner*?

Se oyó un correteo procedente del porche delantero. Lou se volvió, aterrorizada. Entonces *Jeb* entró por la puerta abierta y se lanzó a sus brazos, lamiéndole la cara entre jadeos. Lou lo abrazó. Acto seguido, las ramas de los árboles empezaron a repiquetear contra el cristal y un quejido angustioso bajó por la chimenea; Lou se agarró con todas sus fuerzas al perro. De repente se abrió una ventana y el viento sopló por la estancia; poco después todo recobró la tranquilidad, incluida Lou.

Salió al exterior, montó a *Sue* y se dirigió de regreso a la casa, sin estar muy segura de por qué había ido hasta allí. *Jeb* la siguió con la lengua fuera. Llegó a un desvío del camino y giró a la izquierda, hacia la granja. *Jeb* empezó a ladrar antes de que Lou oyera los ruidos. Los gruñidos guturales y los movimientos de la maleza eran un mal presagio. Lou espoleó la yegua, pero antes de que ésta empezara a galopar el primero de los perros salvajes emergió del bosque y se interpuso en su camino. *Sue* se irguió sobre las patas traseras ante la horrible criatura, más lobo que perro, que enseñaba los colmillos y tenía el pelo del lomo completamente erizado. A continuación, fueron apareciendo más perros, hasta que quedaron rodeados por media docena de ellos. *Jeb* enseñó los colmillos y también se le erizó el pelo del lomo, aunque Lou bien sabía que no tenía ninguna posibilidad de vencer a aquellas bestias. *Sue* seguía encabritándose y relinchando y dando vueltas en pequeños círculos; entonces Lou notó que se estaba deslizando porque el ancho lomo de la yegua parecía tornarse más estrecho que una cuerda floja y también más resbaladizo, pues la yegua, tras la carrera, estaba empapada de sudor.

Uno de los perros de la jauría se abalanzó sobre la pierna de Lou, quien lo apartó con fuerza; *Sue* le dio una coz y quedó temporalmente aturdido. De todos modos había demasiados perros, rodeándolos y gruñendo. *Jeb* quiso atacar, pero una de las bestias lo derribó al suelo y lo obligó a retirarse con sangre en el pellejo.

Acto seguido, otra bestia quiso morder a *Sue* en la pata delantera, y la yegua se encabritó nuevamente, arrojando a Lou al suelo, donde cayó de espaldas con un golpe seco. *Sue* tomó el camino de regreso a casa, pero *Jeb* se quedó como petrificado frente a su dueña caída, sin duda dispuesto a morir por ella. La jauría avanzó, consciente de la presa fácil. Lou se esforzó por incorporarse, a pesar del dolor que sentía en el hombro y en la espalda. Ni siquiera tenía ningún palo a mano y ella y *Jeb* fueron retrocediendo hasta que no pudieron hacerlo más. Mientras se preparaba para morir luchando, Lou no hacía más que pensar que Oz se quedaría solo y las lágrimas se le agolparon en los ojos.

De pronto, se oyó un grito terrible y los perros se volvieron. Incluso el mayor de ellos, del tamaño de un ternero, se estremeció al ver lo que se avecinaba. El puma era grande y esbelto, y se veían los músculos perfectamente marcados bajo la piel. Sus ojos eran color ámbar y los colmillos que dejaba al descubierto doblaban en tamaño a los de los perros. Las garras también infundían temor. Volvió a rugir al llegar al

sendero y se abalanzó sobre la jauría con la potencia de una locomotora a toda marcha. Los perros dieron media vuelta para evitar la lucha y el felino los persiguió soltando un rugido con cada grácil paso.

Lou y *Jeb* corrieron a toda velocidad hacia la casa. A poco menos de un kilómetro de la misma volvieron a oír el fragor de la maleza cerca de ellos. A *Jeb* se le erizó de nuevo el pelo del lomo y a Lou estuvo a punto de detenersele el corazón: advirtió los ojos ámbar del felino en la oscuridad mientras corría en paralelo a ellos por el bosque. Aquel terrorífico animal podía hacer trizas tanto a la muchacha como al perro en cuestión de segundos. Sin embargo, se limitaba a correr cerca de ellos, sin aventurarse jamás fuera del bosque. El único indicio que Lou tenía de su presencia era el sonido de sus garras al rozar las hojas y la maleza, y el brillo de sus ojos, que parecían flotar en la oscuridad puesto que la piel negra se fundía en la oscuridad de la noche.

Lou soltó un grito de agradecimiento cuando vio la casa y ella y *Jeb* corrieron al porche y entraron rápidamente. No había nadie más despierto, y Cotton, supuso Lou, hacía rato que se habría marchado. Con el corazón latándole con fuerza, la muchacha miró por la ventana pero no vio a la fiera por ninguna parte.

Lou recorrió el pasillo, con los nervios todavía a flor de piel. Se detuvo ante la puerta de su madre y se apoyó contra ella. Aquella noche había estado al borde de la muerte y le había parecido terrible, más terrible incluso que el accidente de coche, porque en esta ocasión le había sucedido a ella sola. Echó un vistazo al interior de la habitación y se sorprendió al ver la ventana abierta. Entró, la cerró y se volvió hacia la cama. Por un instante de aturdimiento no fue capaz de encontrar a su madre bajo las mantas, pero, por supuesto, allí estaba. La respiración de Lou recobró la normalidad y los escalofríos de miedo fueron desvaneciéndose a medida que se acercaba a la cama. Amanda respiraba suavemente, tenía los ojos cerrados y el puño casi cerrado, como si sufriera. Lou extendió la mano, la tocó y luego la retiró. Su madre tenía la piel húmeda, pegajosa. Lou salió corriendo de la habitación y se topó con Oz, que estaba de pie en el pasillo.

—Oz —dijo—, no te vas a creer lo que me ha pasado.

—¿Qué hacías en la habitación de mamá?

Lou retrocedió.

—¿Qué? Yo...

—Si no quieres que mamá mejore, entonces déjala en paz, Lou. ¿Lo has oído? ¡Déjala en paz!

—Pero Oz...

—Eras la preferida de papá, pero yo cuidaré de mamá. Igual que ella siempre cuidó de nosotros. Yo sé que mamá se pondrá bien, aunque tú no lo creas.

—Entonces, ¿por qué no quisiste coger la botella de agua bendita que Diamond te consiguió?

—No creo que los collares y el agua bendita ayuden a mamá, pero sí estoy seguro

de que mejorará. Como tú no crees que esto sea posible, déjala en paz.

Oz jamás le había hablado de ese modo. Allí estaba, de pie, fulminándola con la mirada, con los brazos delgados y fuertes colgando a los lados, y las manos crispadas. ¡Su hermano pequeño estaba verdaderamente enfadado con ella! Era increíble.

—¡Oz! —exclamó ella, pero él dio media vuelta y se marchó—. ¡Oz! —volvió a llamarlo—. Por favor, no te enfades conmigo. ¡Por favor!

Oz no se volvió ni una sola vez. Entró en su cuarto y cerró la puerta.

Lou se dirigió con paso vacilante a la parte posterior de la casa, salió y se sentó en los escalones. La hermosa noche, la sobrecogedora presencia de las montañas, las llamadas de todo tipo de vida salvaje no le causaban impresión alguna. Se miró las manos donde el sol las había curtido, las palmas rugosas como la corteza de un roble. Tenía las uñas sucias y cortadas de forma irregular, el pelo enredado y lavado con lejía hasta la saciedad, el cuerpo más cansado de lo propio para su edad, el ánimo propenso a la desesperación tras perder casi todo lo que le importaba. Y ahora su amado Oz ya no la quería.

En aquel preciso momento, la odiosa sirena de la mina resonó por todo el valle. Era como si la montaña gritara anticipándose al dolor que estaba por venir. El sonido pareció desgarrarle las entrañas. A continuación se oyó el estruendo de la dinamita, que fue la gota que colmó el vaso. Lou observó el montículo que hacía las veces de cementerio de los Cardinal y de repente deseó estar allí, donde nada más pudiera causarle ningún daño.

Se inclinó y lloró en silencio. No llevaba mucho tiempo allí cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas. Al principio pensó que quizá fuera Eugene, que se interesaba por ella, pero las pisadas eran demasiado ligeras. Unos brazos la rodearon y la sujetaron con fuerza.

Lou percibió la respiración cálida de su hermano en el cuello. Ella siguió inclinada pero extendió la mano hacia atrás y lo rodeó con el brazo. Hermano y hermana permanecieron así unidos durante instantes eternos.

Bajaron con el carro hasta McKenzie's Mercantile, y Eugene, Lou y Oz entraron en la tienda. Rollie McKenzie estaba detrás de un mostrador de arce alabeado que le llegaba a la cintura. Era un hombre bajo y regordete, con una calva reluciente y una barba larga, blanca y canosa que le caía sobre el pecho. Llevaba unas gafas de mucha graduación, y aun así tenía que entornar los ojos para ver. La tienda estaba llena hasta los topes de suministros necesarios para la vida en el campo y materiales para la construcción de varios tipos. El olor de los arneses de cuero, del aceite de queroseno y de los troncos que ardían en la estufa de la esquina invadía toda la estancia. Había dispensadores de cristal para golosinas y una caja de Chero Cola apoyada contra una pared. En la tienda había algunos clientes más, y todos se quedaron boquiabiertos al ver a Eugene y los niños, como si fueran una aparición.

McKenzie entornó los ojos y asintió en dirección a Eugene, al tiempo que se toqueteaba la espesa barba, como una ardilla jugando con una nuez.

—Hola, señor McKenzie —saludó Lou. Había ido a la tienda varias veces ya y el hombre le parecía brusco pero honesto.

Oz llevaba los guantes de béisbol alrededor del cuello y estaba lanzando la pelota. Iba a todas partes con ellos, y Lou sospechaba que incluso dormía con ellos.

—Siento mucho lo de Louisa —dijo McKenzie.

—Se pondrá bien —repuso Lou con firmeza y Oz le dedicó una mirada de sorpresa y estuvo a punto de dejar caer la pelota de béisbol.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó McKenzie.

—Tenemos que levantar un establo nuevo —contestó Eugene—. Necesitamos algunas cosas.

—Alguien prendió fuego al establo —declaró Lou y lanzó una mirada alrededor.

—Necesitamos tablones, postes, clavos, material para las puertas y todo eso —indicó Eugene—. He traído una lista. —Extrajo un trozo de papel del bolsillo y lo dejó sobre el mostrador.

McKenzie ni la miró.

—Tendréis que pagarme ahora mismo —dijo cuando por fin dejó de tocarse la barba.

Eugene miró fijamente al hombre.

—Pero si tenemos cuenta abierta y no debemos nada, señor.

Entonces McKenzie lanzó una mirada al papel.

—Es una lista muy larga. No puedo fiarte tanto.

—En ese caso traeremos parte de la cosecha. Haremos un trueque.

—No, en metálico.

—¿Por qué no puede darnos un adelanto? —preguntó Lou.

—Son tiempos duros —repuso McKenzie.

Lou miró las pilas de suministros y de artículos que había por todas partes.

—Pues a mí me parece que estamos en un momento fantástico.

McKenzie le devolvió la lista.

—Lo siento.

—Pero necesitamos un establo —dijo Eugene—. El invierno llegará pronto y no podemos dejar a los animales fuera. Se morirán.

—Di mejor los animales que nos quedan —puntualizó Lou, mirando de nuevo a los rostros que los contemplaban.

Un hombre de la misma envergadura que Eugene se acercó desde el fondo de la tienda. Lou sabía que era el yerno de McKenzie, quien esperaba heredar aquel negocio el día que éste muriera.

—Oye mira, Ni Hablar —dijo el hombre—, ya te han dicho lo que hay.

Antes de que Lou tuviera tiempo de hablar, Eugene se plantó frente al hombre.

—Sabe que yo nunca me he llamado así. Me llamo Eugene Randall. No lo olvide.

El hombre, sorprendido, dio un paso atrás. Lou y Oz intercambiaron una mirada y luego miraron con orgullo a su amigo.

Eugene observó a cada uno de los clientes de la tienda con la clara intención, pensó Lou, de indicarles que aquel comentario también iba dirigido a ellos.

—Lo siento, Eugene —intervino Rollie McKenzie—. No volverá a suceder.

Eugene asintió y con un movimiento de la cabeza indicó a los niños que se marchaban. Salieron y subieron al carro. Lou temblaba de ira.

—Es por culpa de esa compañía de gas. Han asustado a todo el mundo. Ha vuelto a la gente contra nosotros.

Eugene tomó las riendas.

—Todo irá bien, ya se nos ocurrirá algo.

—¡Eugene, espera un momento! —exclamó Oz. Saltó del carro y entró en la tienda—. ¿Señor McKenzie? —gritó. El viejo lo miró parpadeando y tocándose la barba. Oz dejó caer los guantes y la pelota sobre las planchas de arce alabeadas—. ¿Con esto podemos comprar un establo?

McKenzie contempló al niño y le temblaron los labios, mientras detrás de los gruesos cristales los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Vete a casa, chico. Anda, vete a casa.

Limpieron todos los escombros del establo y recogieron los clavos, tornillos y troncos servibles que pudieron. Cotton, Eugene y los niños permanecieron de pie contemplando la exigua pila.

—No es gran cosa —dijo Cotton.

Eugene miró hacia el bosque que los rodeaba.

—Bueno, tenemos un montón de madera, y además gratis.

Lou señaló hacia la cabaña abandonada sobre la que su padre había escrito.

—Y podemos usar cosas de ahí —señaló. Luego miró a Cotton y sonrió. No habían hablado desde su estallido de furia, y se sentía incómoda por ello—. Quizá logremos un milagro —añadió.

—Pues manos a la obra —dijo Cotton.

Derribaron la cabaña y arramblaron con lo que pudieron. Durante los siguientes días talaron árboles con un hacha y una sierra que habían guardado en el granero, por lo que se había salvado del incendio. Tiraron de los árboles caídos con las mulas y las cadenas. Afortunadamente, Eugene era un carpintero extraordinario. Mocharon los árboles, les quitaron la corteza y, con ayuda de una escuadra y cinta métrica, Eugene hizo unas marcas en la madera para señalar dónde había que tallar las muescas.

—No tenemos suficientes clavos, de modo que hemos de apañárnoslas. Haremos las muescas y amarraremos las uniones de la mejor manera posible, con barro en medio. Cuando tengamos más clavos, los utilizaremos.

—¿Y los postes de las esquinas? —preguntó Cotton—. No tenemos argamasa para asegurarlos.

—No hace falta. Haremos los agujeros bien profundos, muy abajo, perforando la roca. Los postes aguantarán, ya lo verá. Reforzaré los postes con unas abrazaderas.

—Tú mandas —dijo Cotton con una sonrisa alentadora.

Valiéndose de un pico y una pala, Cotton y Eugene excavaron un agujero. Era difícil luchar contra la dureza del terreno, por no mencionar el frío que hacía. Mientras trabajaban, Lou y Oz tallaron e hicieron las muescas a mano y los orificios de inserción de los postes donde la ensambladura de mortaja se uniría a la de espiga. Luego arrastraron uno de los postes con ayuda de la mula hasta el agujero, pero se dieron cuenta de que no había forma de introducirlo allí. Por mucho que lo intentaran, desde todos los ángulos posibles y aplicando toda clase de palancas, y por más que el corpulento Eugene tensara todos sus músculos, al igual que el pequeño Oz, no consiguieron levantarlo lo suficiente.

—Ya se nos ocurrirá algo más tarde —dijo Eugene, fatigado.

Eugene y Cotton dispusieron la primera pared en el suelo y empezaron a martillar. Cuando iban por la mitad se quedaron sin clavos. Recogieron toda la chatarra que pudieron y Eugene hizo un buen fuego de carbón para su forja. Acto seguido, valiéndose de su martillo de herrero, unas tenacillas y un yunque, fabricó un montón de toscos clavos.

—Menos mal que el hierro no arde —observó Cotton mientras contemplaba a Eugene trabajando en el yunque, que todavía estaba en medio de lo que había sido el establo.

Todo el arduo trabajo de Eugene les proporcionó clavos suficientes para terminar otro tercio de la primera pared, pero nada más.

Tras varios días fríos el único resultado visible del trabajo era un agujero y un único poste de esquina terminado que no parecían querer unirse, aparte de una pared sin clavos suficientes para sostenerla.

Una mañana, a primera hora se reunieron alrededor del poste y del agujero para hacer un análisis de la situación, y todos convinieron en que no pintaba bien. Cada vez se aproximaba más el crudo invierno y no tenían establo. Además, *Sue*, las vacas

e incluso las mulas mostraban los efectos adversos de pasar toda la noche al fresco. No podían permitirse el lujo de perder más animales.

Por dura que fuese la situación, en realidad aquél era el menor de los problemas, puesto que, aunque Louisa había recobrado la conciencia en alguna que otra ocasión, no había pronunciado ni una sola palabra y tenía la mirada perdida. Travis Barnes se mostraba muy preocupado e inquieto porque pensaba que quizá debería haberla enviado a Roanoke, pero lo cierto es que temía que no sobreviviera al viaje y suponía que de todos modos no podían hacer gran cosa por ella. Había bebido y comido un poco, y, aunque no representase mucho, Lou lo tomaba como una señal positiva. Al igual que ocurría con su madre, pensaba, al menos seguía con vida.

Lou miró a los deprimidos miembros del pequeño grupo, luego observó los árboles desnudos de las laderas y deseó que el invierno se transformara mágicamente en el calor estival y que Louisa se levantara recuperada y sana del lecho. Los sonidos de las ruedas hicieron que todos se volvieran a mirar. La hilera de carros que se acercaban conducidos por tiros de caballos y mulas y yuntas de bueyes era larga. Estaban llenos de troncos cortados, grandes bloques de piedra, barriles de clavos, cuerdas, escaleras, un aparejo de poleas, barrenas y todo tipo de herramientas, que Lou imaginó que procedían en parte de McKenzie's Mercantile. Lou contó treinta hombres en total, todos montañeses, todos granjeros. Fuertes, silenciosos, barbudos, llevaban ropas burdas y sombreros de ala ancha para protegerse del sol, y tenían las manos grandes, gruesas y bien curtidas por las inclemencias de la montaña y toda una vida de trabajo duro. Les acompañaban media docena de mujeres. Descargaron los suministros. Mientras las mujeres desplegaban la lona y las mantas y utilizaban los fogones y el hogar para empezar a cocinar, los hombres comenzaron a construir el establo.

Bajo el mando de Eugene construyeron soportes para el aparejo de poleas. Renunciaron a introducir el poste y el mortero en el agujero y optaron por hacer los cimientos del establo con grandes bloques. Excavaron unos agujeros poco profundos, colocaron las piedras, las nivelaron y luego dispusieron enormes troncos tallados sobre las piedras como planchas de apoyo. Unieron estas planchas por encima de todos los cimientos. Dispusieron más troncos en el centro del suelo del establo y los unieron a las planchas de apoyo. Más tarde colocarían otros postes allí y los apuntalarían para que sostuvieran el armazón del tejado y el pajar. Con ayuda del aparejo de poleas, los tiros de mula levantaron los enormes postes de las esquinas y los colocaron sobre las planchas de apoyo. Clavaron gruesos postes de apuntalamiento en los postes de las esquinas y luego sujetaron con fuerza los puntales a las planchas de apoyo.

Una vez terminados los cimientos del establo, construyeron los armazones de las paredes en el suelo, y Eugene midió, marcó y dio instrucciones sobre su colocación. Apoyaron escaleras contra los postes de las esquinas. Utilizaron el aparejo de poleas para levantar los troncos que servirían de vigas transversales. Habían practicado unos

orificios en esos troncos, que sujetaron en los postes de las esquinas con grandes tornillos de metal.

Cada vez que levantaban una pared soltaban gritos de alegría. Pusieron el almacén del tejado y luego el martilleo se tornó incesante mientras construían las paredes tachonadas. Las sierras cortaban el aire, los alientos fríos se apiñaban, el serrín revoloteaba en la brisa, los hombres sostenían clavos entre los labios y las manos movían los martillos con ademán experto.

Descansaron dos veces para comer, y los hombres se dejaron caer en el suelo y comieron con avidez. Lou y Oz llevaron platos de comida caliente y ollas llenas de café de achicoria. Cotton se sentó con la espalda apoyada contra la barandilla de una verja para tomarse el café y descansar los doloridos músculos mientras observaba con una amplia sonrisa que el establo empezaba a surgir de la nada gracias a los esfuerzos y la caridad de los buenos vecinos.

Lou delante de los hombres colocó una bandeja de pan caliente untado con mantequilla.

—Quiero daros las gracias a todos por vuestra ayuda —les dijo.

Buford Rose cogió una rebanada de pan y le dio un mordisco casi salvaje, a pesar de que le faltaban varios dientes.

—Bueno, aquí arriba tenemos que ayudarnos los unos a los otros, porque nadie más va a hacerlo. Pregúntale a mi mujer y ya verás. Y sabe Dios que Louisa se ha cansado de ayudar a la gente de por aquí. —Lanzó una mirada a Cotton, que inclinó su taza de café en dirección al hombre—. Sé que te dije que estaba todo resuelto, Cotton, pero a mucha gente le va peor que a mí. Mi hermano tiene una granja lechera en el valle. Apenas puede caminar de tanto sentarse en el taburete, tiene los dedos retorcidos como una raíz. Y la gente dice que hay dos cosas que un granjero nunca necesitará en toda su vida: un buen traje y un lugar donde dormir. —Cogió otro trozo de pan.

—La señora Louisa me ayudó a nacer —declaró un joven—. Mi madre dice que no estaría en este mundo si no fuese por ella.

Otros hombres asintieron y sonrieron al oír aquel comentario. Uno de ellos lanzó una mirada hacia donde estaba Eugene, cerca de la estructura elevada, masticando un pedazo de pollo y pensando en las siguientes tareas que le quedaban por hacer.

—Y él me ayudó a levantar un nuevo establo hace dos primaveras. Este hombre es bueno con el martillo y la sierra. En serio.

Desde debajo de unas cejas bien pobladas, Buford Rose escudriñó las facciones de Lou.

—Recuerdo bien a tu padre, muchacha. Te pareces mucho a él. Vaya chico, siempre importunando al personal con sus preguntas. Tuve que decirle que ya no tenía más palabras en la cabeza. —Hizo un amago de sonrisa y Lou le sonrió a su vez.

El trabajo prosiguió. Un grupo puso tablones en el tejado y luego desplegó el

rollo de papel para techar encima. Otro equipo, encabezado por Eugene, hizo la puerta de doble hoja en ambos lados, así como las puertas del pajar, mientras otro grupo ponía tablones y pintarrajeaba las paredes exteriores. Cuando estuvo demasiado oscuro para ver lo que clavaban y cortaban, iluminaron la noche con lámparas de queroseno. El martilleo y el sonido de la sierra acabaron resultando agradables al oído. Sin embargo, nadie se quejó cuando se hubo colocado el último tablón, clavado el último clavo. Era ya bien entrada la noche cuando se acabó el trabajo y los carros se marcharon.

Eugene, Cotton y los niños arrearon, ya cansados, a los animales hacia su nuevo hogar y cubrieron el suelo con heno recogido de los campos y del granero. Todavía había que construir el pajar, los compartimientos, los recipientes de almacenaje y similar y el rollo para techar tendría que cubrirse algún día con buenas tablillas, pero los animales ya estaban calientes bajo un techo. Eugene cerró las puertas del establo con una sonrisa de alivio.

Cotton llevó a los niños en coche a visitar a Louisa. Aunque ya había llegado el invierno, todavía no habían caído nieves copiosas, sólo unos pocos copos que habían dejado algunos centímetros, aunque sólo era cuestión de tiempo que empezase a nevar con fuerza. Pasaron por el pueblo de la compañía carbonera donde Diamond había «adornado» el nuevo Chrysler Crown Imperial del encargado con estiércol de caballo. El pueblo estaba vacío, al igual que la tienda y las casas abandonadas, el volquete suelto, la entrada de la mina cerrada con tablas y el moderno Chrysler del encargado hacía tiempo que había desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lou.

—La han cerrado —respondió Cotton con tristeza—. Es la cuarta mina en otros tantos meses. Los filones ya se estaban agotando y luego resultó que descubrieron que el carbón de coque que hacen aquí es demasiado blando para la producción de acero, así que la máquina de guerra americana fue a buscar su materia prima a otro lugar. Mucha gente de aquí se ha quedado sin trabajo. Y la última compañía maderera se trasladó a Kentucky hace un par de meses. Ha sido un duro golpe por partida doble. Los granjeros de la montaña han tenido un buen año pero la gente de los pueblos está pasando una mala época. Normalmente o son unos o son los otros. Aquí parece que la prosperidad sólo llega por mitades. —Sacudió la cabeza—. De hecho, el fabuloso alcalde de Dickens dimitió de su cargo, vendió sus acciones a precios inflados antes del *crash* y se marchó a Pensilvania a buscar fortuna. He visto muchas veces que los que hablan de que todo va bien son los primeros en huir al menor indicio de crisis.

Al bajar por la montaña, Lou advirtió que había menos camiones carboneros y que muchos de los volquetes de las montañas ni siquiera se utilizaban. Cuando pasaron por Tremont vio que la mitad de las tiendas estaban cerradas con tablas y que había poca gente en la calle; Lou se dio cuenta de que no era sólo porque hiciera frío.

Al llegar a Dickens, Lou se quedó sorprendida, porque también había muchas tiendas cerradas con tablas, incluso aquélla en la que Diamond había abierto un paraguas. La mala suerte había acabado apoderándose del lugar pero a Lou ya no le resultaba gracioso. Los hombres mal vestidos se sentaban en las aceras y escalones, con la mirada perdida. No había muchos coches aparcados en batería y los tenderos estaban de pie con las manos sobre las caderas, con expresión nerviosa, en las puertas de las tiendas vacías. Eran pocos los hombres y las mujeres que paseaban por las calles, y los que lo hacían tenían una palidez angustiosa en el rostro. Lou observó un autobús lleno de gente que se alejaba lentamente del pueblo. Una locomotora de carbón vacía estaba simbólicamente situada detrás de una hilera de edificios y en paralelo a la carretera principal. La pancarta que rezaba «El carbón es el rey» ya no ondeaba imponente y orgullosa en la calle y Lou imaginó que Miss Carbón Bituminoso de 1940 probablemente también habría huido.

Mientras seguían avanzando, Lou se percató de que más de un grupo de personas los señalaba y hablaban entre sí.

—No parecen muy felices —comentó Oz con nerviosismo al tiempo que bajaban del Oldsmobile de Cotton y miraban al otro lado de la calle a otro grupo de hombres que los observaba con fijeza. George Davis era quien estaba en cabeza de dicho grupo.

—Vamos, Oz —dijo Cotton—. Estamos aquí para ver a Louisa, eso es todo.

Los llevó al hospital, donde Travis Barnes les informó de que el estado de Louisa no había cambiado. Tenía los ojos bien abiertos y vidriosos. Lou y Oz le cogieron cada uno de una mano, pero resultaba evidente que no los reconocía. Lou habría pensado que ya estaba muerta a no ser por su respiración superficial. La observó respirar y rezó con todas sus fuerzas para que siguiera haciéndolo, hasta que Cotton les dijo que había llegado el momento de marchar y Lou se llevó una sorpresa al enterarse de que había pasado una hora.

Cuando volvieron caminando al Oldsmobile, los hombres les estaban esperando. George Davis tenía la mano en la puerta del coche de Cotton.

Cotton caminó con gesto atrevido hacia ellos.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó educadamente, al tiempo que apartaba con firmeza la mano de Davis de la puerta del coche.

—¡Obliga a la mujer de ahí dentro a vender su tierra! —gritó Davis.

Cotton miró a los hombres de arriba abajo. Aparte de Davis, ninguno era montañés. Pero sabía que eso no significaba que estuvieran menos desesperados que la gente cuya supervivencia dependía de la tierra, las semillas y la inconstancia de la lluvia. La única diferencia residía en que la esperanza de estos tipos dependía del carbón. Sin embargo, el carbón no era como el maíz; una vez arrancado, no volvía a crecer.

—Ya he hablado de eso contigo, George, y la respuesta no ha cambiado. Con tu permiso, tengo que llevar a estos niños a casa.

—Todo el pueblo se va al carajo —apuntó otro hombre.

—¿Y creéis que es por culpa de Louisa? —preguntó Cotton.

—Se está muriendo. No necesita la tierra —dijo Davis.

—¡No se está muriendo! —exclamó Oz.

—Cotton —intervino un hombre bien vestido de unos cincuenta años que regentaba el concesionario de automóviles de Dickens. Tenía los hombros estrechos, los brazos delgados y las manos suaves, lo cual ponía de manifiesto que nunca había levantado una paca de heno, utilizado una guadaña o arado un campo—. Voy a perder el negocio. Voy a perder todo lo que tengo si nadie sustituye el carbón. Y no soy el único. Mira alrededor, estamos pasando por un momento nefasto.

—¿Qué ocurrirá cuando se acabe el gas natural? —inquirió Cotton—. ¿A quién acudiréis entonces para que os salve?

—No hace falta preocuparse por ese futuro tan lejano. Vamos a preocuparnos del

presente, y el presente es el gas —declaró Davis, en tono de enfado—. Vamos a hacernos ricos. No tengo problema por vender mis tierras, así ayudo a mis vecinos.

—¿En serio? —dijo Lou—. No te he levantando el establo, George. De hecho, no has vuelto desde que Louisa te echó. A no ser, claro está, que tuvieras algo que ver con el incendio.

Davis escupió, se limpió la boca y se subió los pantalones. Sin duda habría estrangulado a la niña allí mismo si Cotton no hubiera estado a su lado.

—Lou —dijo Cotton con firmeza—, ya basta.

—Cotton —señaló el hombre bien vestido—, no puedo creerme que nos abandones por una estúpida montañesa. Vaya, ¿crees que podrás ejercer de abogado cuando el pueblo muera?

Cotton sonrió.

—No os preocupéis por mí. Os sorprendería ver cuán poco necesito para vivir. Y con respecto a la señora Cardinal, escuchadme bien, porque será la última vez que lo digo. No quiere vender su tierra a Southern Valley. Está en su derecho y más os vale que lo respetéis. Además, si de verdad no podéis sobrevivir aquí sin los de la compañía de gas, entonces os aconsejo que os marchéis. Porque ya veis que la señora Cardinal no tiene ese problema. Aunque mañana desaparecieran todos los restos de carbón y gas de estas tierras, junto con los teléfonos y la electricidad, ella seguiría igual de bien. —Miró de forma harto significativa al hombre bien vestido—. Ahora decidme, ¿quién es el estúpido aquí?

Cotton dijo a los niños que subieran al coche y él se sentó en el asiento del conductor en el momento en que los hombres avanzaron y lo rodearon. Varios de ellos retrocedieron y se pusieron detrás del coche, bloqueando el camino. Cotton puso en marcha el motor del Olds, bajó la ventanilla y los miró.

—El embrague de este coche es bastante curioso. A veces se dispara, y entonces esta cafetera da un salto de más de un kilómetro. En una ocasión casi mato a un hombre a causa de ello. Bueno, vamos allá. ¡Cuidado!

Soltó el embrague y el Olds dio un salto hacia atrás, al igual que todos los hombres. El camino se despejó, Cotton salió dando marcha atrás, y se apartaron. Cuando la piedra cayó sobre la parte posterior del vehículo, Cotton pisó a fondo el acelerador y le dijo a Lou y a Oz que se agacharan y estuvieran quietos. Cayeron más piedras antes de que pudieran alejarse del lugar. Cotton tomó aire y exhaló un largo suspiro.

—¿Qué va a pasar con Louisa? —preguntó Lou.

—No le pasará nada. Travis está casi siempre por ahí y no es la clase de hombre que se deje intimidar por una escopeta. Y cuando él no está, la enfermera es igual de valiente. Ya le advertí al sheriff que la gente está un poco irritada. Estarán alerta. Además, esos hombres no le harán nada a una mujer indefensa que esté en cama. Nos están perjudicando pero en realidad no son así.

—¿Van a tirarnos piedras cada vez que vengamos a ver a Louisa? —preguntó Oz

atemorizado.

Cotton rodeó al muchacho con el brazo.

—Bueno, si lo hacen, me imagino que las piedras se les terminarán antes de que nosotros terminemos las visitas.

Cuando regresaron a la granja, Eugene salió a su encuentro con expresión angustiada y con un trozo de papel en la mano.

—Un hombre del pueblo ha venido con esto, señor Cotton. No sé qué es. Me ha dicho que se lo diera cuanto antes.

Cotton desdobló la hoja de papel y lo leyó. Era un aviso de pago por morosidad. Había olvidado que Louisa no había pagado los impuestos sobre la propiedad inmobiliaria de los últimos tres años porque no había habido cosecha y, por consiguiente, tampoco dinero. El condado le había postergado el pago, al igual que al resto de los granjeros en circunstancias similares. Se suponía que pagarían, claro está, pero siempre les daban más tiempo. Sin embargo, este aviso exigía que saldase la deuda de inmediato. Ascendía a doscientos dólares. Además, como había estado en mora durante tanto tiempo, las autoridades podían ejecutar y vender la propiedad mucho más rápido de lo normal. Cotton presintió la despiadada huella de Southern Valley en aquel documento.

—¿Ocurre algo, Cotton? —preguntó Lou.

Él la miró y sonrió.

—Me ocuparé de ello, Lou. No es más que papeleo, querida.

Cotton contó los doscientos dólares frente al empleado del juzgado y éste le entregó un recibo sellado. Regresó a su apartamento y guardó en una caja la última pila de libros. Al cabo de unos minutos levantó la mirada y se encontró con Lou en el umbral de su puerta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

—Me ha traído Buford Rose en su viejo Packard. No tiene puertas así que hay buenas vistas pero siempre estás a punto de caerte y además hace frío. —Lanzó una mirada a la estancia vacía—. ¿Dónde están todos tus libros, Cotton?

Él se rio.

—Ocupaban demasiado espacio. —Se dio un toquecito en la frente—. Además, lo tengo todo aquí dentro.

Lou sacudió la cabeza.

—He pasado por el juzgado. Me imaginé que aquel papel decía algo más que no me contaste. Doscientos dólares por todos los libros. No tenías que haberlo hecho.

Cotton cerró la caja.

—Todavía me quedan algunos, y me gustaría que te los quedaras tú.

Lou entró en el apartamento.

—¿Por qué?

—Porque son las obras de tu padre. Y eres la persona más indicada para que cuide de ellos.

Lou no dijo nada mientras él precintaba la caja con cinta adhesiva.

—Vamos a ver a Louisa —dijo Cotton.

—Cotton, estoy asustada. Han cerrado más tiendas. Y se acaba de marchar otro autobús lleno de gente. Y qué miradas me ha echado la gente por la calle. Todos están enfadados. Y Oz se enzarzó en una pelea en la escuela con un niño que le dijo que estábamos arruinando la vida de la gente por no vender la tierra.

—¿Le ha pasado algo a Oz?

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—De hecho, ganó la pelea. Creo que él mismo fue él más sorprendido. Tiene el ojo morado, pero está muy orgulloso.

—Todo irá bien, Lou. Esto se solucionará. Capearemos el temporal.

Lou dio otro paso hacia delante con expresión muy seria.

—Las cosas no van bien. No desde que vinimos aquí. Quizá deberíamos vender y marcharnos. Quizá sería mejor para todos nosotros. Y hacer que mamá y Louisa reciban los cuidados necesarios —Hizo una pausa, apartó la mirada y añadió—: En otro lugar.

—¿Eso es lo que quieres hacer?

—A veces —repuso Lou en tono cansino—, lo que quiero hacer es subir a esa pequeña loma que hay detrás de nuestra casa, tumbarme en el suelo y no volver a moverme. Eso es todo.

Cotton reflexionó al respecto por un instante y luego dijo:

*«En el amplio campo de batalla del mundo / En el vivaque de la vida /
No seas como el ganado que sigue a la manada / Sé un héroe en la lucha /
No confíes en el futuro, por placentero que sea / Deja que los muertos
pasados entierren su muerte / Actúa, actúa en el presente vivo / El corazón
en el interior, Dios en lo alto / Las vidas de todos los grandes hombres nos
recuerdan / Que podemos hacer sublimes nuestras vidas / Y, al marchar,
dejar tras de nosotros... huellas en la arena de los tiempos».*

—*Salmo a la vida*, de Henry Wadsworth Longfellow —dijo Lou sin mucho entusiasmo.

—El poema es más largo, pero siempre he pensado que estos versos son los más importantes.

—La poesía es hermosa, pero no estoy segura de que sirva para arreglar la vida real.

—La poesía no tiene por qué arreglar la vida real, pero es necesaria. Lo de arreglar es asunto nuestro. Y tumbarse en el suelo y no volverse a mover, o huir de los problemas, no es propio de la Lou Cardinal que conozco.

—Muy interesante —dijo Hugh Miller, en el hueco de la puerta—. Te he buscado

en la oficina, Longfellow. Tengo entendido que has estado en el juzgado pagando las deudas de otros. —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. Eres un buenazo, aunque te equivocas.

—¿Qué quieres, Miller? —preguntó Cotton.

El hombre bajito entró en el apartamento y miró a Lou.

—Bueno, primero quiero decir lo mucho que lo lamento por la señora Cardinal.

Lou cruzó los brazos y desvió la mirada.

—¿Eso es todo? —preguntó Cotton en tono cortante.

—También he venido a hacer otra oferta por la finca.

—No puedo venderla porque no es mía.

—Pero la señora Cardinal no está en condiciones de estudiar la oferta.

—Ya te dije que no en una ocasión, Miller.

—Por eso voy directo al grano y elevo mi oferta a quinientos mil dólares.

Cotton y Lou intercambiaron una mirada de sorpresa, y a continuación el primero dijo:

—Te repito que no puedo vender una propiedad que no es mía.

—Supuse que tendrías un poder notarial para actuar en su nombre.

—No. Y si lo tuviera, tampoco te la vendería. Bueno, ¿puedo hacer algo más por ti?

—No, ya me has dicho todo lo que necesitaba. —Miller le pasó un fajo de papeles a Cotton—. Considera servida a tu clienta.

Miller se marchó con una sonrisa. Cotton leyó rápidamente los papeles mientras Lou permanecía nerviosa a su lado.

—¿De qué se trata, Cotton?

—Nada bueno, Lou.

De repente Cotton agarró a Lou por el brazo y corrieron escaleras abajo para dirigirse al hospital. Cotton abrió de un empujón la puerta de la habitación de Louisa. La luz se disparó en cuanto entraron. El hombre los miró y luego tomó otra foto de Louisa en la cama. A su lado había otro hombre, alto y fornido. Ambos llevaban buenos trajes y sombreros bien rígidos.

—¡Salgan inmediatamente de aquí! —gritó Cotton.

Se abalanzó sobre ellos e intentó arrebatarse la cámara al hombre, pero el más corpulento lo apartó, con lo que su compañero pudo salir por la puerta.

Entonces el hombre fornido se marchó de la habitación con una sonrisa en los labios.

Cotton permaneció inmóvil, estupefacto, respirando con dificultad y mirando con impotencia a Lou y a Louisa.

Cotton entró en la sala del tribunal en un día especialmente frío y de cielo despejado. Se detuvo al ver allí a Miller y a otro hombre alto, corpulento y que iba muy bien vestido; llevaba el pelo canoso bien peinado en una cabeza tan grande que parecía antinatural.

—Estaba prácticamente seguro de que te encontraría aquí —le dijo Cotton a Miller.

Miller señaló al otro hombre con un movimiento de la cabeza.

—Probablemente hayas oído hablar de Thurston Goode, el abogado del Estado, es de Richmond...

—Por supuesto que sí. Recientemente defendió un caso ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos, ¿verdad, caballero?

—Para ser exactos —respondió Goode con una voz de barítono profunda y segura—, gané el caso, señor Longfellow.

—Enhorabuena. Está muy lejos de casa.

—El Estado ha tenido la amabilidad de permitir que el señor Goode viniera hasta aquí y actuara en su nombre en este asunto de tanta trascendencia —explicó Miller.

—¿Desde cuándo un sencillo pleito para declarar mentalmente incapaz a una persona exige la experiencia de uno de los mejores abogados del Estado?

Goode sonrió y dijo.

—Como funcionario del Estado de Virginia no tengo por qué dar cuenta de mi presencia aquí, señor Longfellow. Baste con decir que estoy aquí.

Cotton se llevó una mano al mentón y fingió cavilar sobre algo.

—Vamos a ver. Virginia elige a sus abogados de Estado. ¿Me permite que le pregunte si Southern Valley ha efectuado un donativo para su campaña, señor?

Goode se sonrojó.

—¡No me gusta lo que está insinuando!

—No lo considero una insinuación.

Fred, el alguacil, entró en la sala.

—Todos en pie. El tribunal del honorable Henry J. Atkins está reunido. Quienes tengan algo que tratar ante dicho tribunal, tengan la amabilidad de acercarse y serán escuchados —anunció.

El juez Henry Atkins, un hombre de baja estatura con la barba corta, el pelo canoso y escaso y unos ojos gris claro, hizo su entrada en la sala desde las estancias adyacentes y tomó asiento ante el estrado. Antes de llegar parecía demasiado pequeño para la toga negra pero, una vez allí, parecía demasiado voluminoso para la sala.

En ese preciso instante Lou y Oz consiguieron entrar sin que nadie los viera. Ataviados con un abrigo que habían conseguido en una permuta, unos calcetines gruesos y unas botas de un tamaño mayor al suyo, habían vuelto sobre sus pasos por el puente de troncos de álamo y bajado la montaña hasta que encontraron a un

camionero dispuesto a llevarlos hasta Dickens. La caminata había sido mucho más dura debido al frío, pero, tal y como Cotton les había contado, el efecto potencial de aquel juicio en todas sus vidas era evidente. Se sentaron acurrucados en la parte posterior y su cabeza apenas resultaba visible por encima del respaldo de los asientos que tenían delante.

—Llamada al próximo caso —dijo Atkins. Era el único caso del día, pero el tribunal de justicia tenía sus propios rituales.

Fred anunció el asunto pendiente de «El Estado contra Louisa Mae Cardinal».

Atkins desplegó toda su sonrisa desde su posición privilegiada.

—Señor Goode, es un honor para mí tenerlo en mi sala. Haga el favor de exponer la postura del Estado.

Goode se puso en pie y, enganchándose un dedo en la solapa de la chaqueta, dijo:

—Sin duda no se trata de una tarea agradable, pero el Estado tiene la obligación de llevarla a cabo. Southern Valley Coal and Gas ha realizado una oferta de compra de un terreno que es propiedad exclusiva de la señora Cardinal. Consideramos que debido a la apoplejía que sufrió recientemente no está legalmente preparada para tomar una decisión con fundamento sobre dicha oferta. Sus únicos parientes son menores de edad y por consiguiente inhabilitados para actuar en su nombre. Además, tenemos entendido que la madre viva de dichos niños está gravemente incapacitada a nivel mental. Asimismo, sabemos de las mejores fuentes que la señora Cardinal no ha firmado ningún poder notarial que permita a otras personas representar sus intereses.

Al oír estas palabras Cotton lanzó una mirada severa a Miller, quien se limitó a mirar al frente con su petulancia habitual.

—A fin de proteger los derechos de la señora Cardinal en este asunto —prosiguió Goode—, pretendemos que sea declarada mentalmente incapacitada y que se nombre a un custodio para proceder a la correcta disposición de sus bienes, incluida esta oferta tan lucrativa de Southern Valley.

Atkins asintió mientras Goode se sentaba.

—Gracias, señor Goode. ¿Cotton?

Cotton se puso en pie y se situó frente al estrado.

—Señoría, nos encontramos ante un intento de burlar, más que facilitar, los deseos de la señora Cardinal. Ella ya rechazó una oferta de Southern Valley para comprar sus tierras.

—¿Es eso cierto, señor Goode? —inquirió el juez.

—En efecto, la señora Cardinal rechazó una de tales ofertas —respondió Goode, seguro—, sin embargo, la oferta actual supone una suma de dinero mucho más elevada y, por consiguiente, debe contemplarse por separado.

—La señora Cardinal dejó bien claro que no vendería sus tierras a Southern Valley bajo ningún concepto —apuntó Cotton. Enganchó el dedo en la solapa de la chaqueta, igual que había hecho Goode, pero se lo pensó mejor y bajó la mano.

—¿Tiene algún testigo que pueda corroborarlo? —preguntó el juez Atkins.

—Pues..., sólo yo.

Goode intervino de inmediato.

—Bueno, si el señor Longfellow pretende convertirse en testigo material de este caso, insisto en que se retire como abogado de la señora Cardinal.

Atkins miró a Cotton.

—¿Eso es lo que desea hacer?

—No, eso no. Sin embargo, puedo representar los intereses de Louisa hasta que se recupere.

Goode sonrió.

—Señoría, el señor Longfellow ha expresado un perjuicio claro para con mi cliente ante este tribunal. Es difícil que podamos considerarlo independiente para representar de forma imparcial los intereses de la señora Cardinal.

—Me inclino a estar de acuerdo con él al respecto, Cotton —declaró Atkins.

—Bueno, entonces argüimos que la señora Cardinal no está mentalmente incapacitada —replicó Cotton.

—En ese caso nos hallamos ante un conflicto, caballeros —dijo el juez—. Dentro de una semana dará comienzo el juicio.

—No hay tiempo suficiente —dijo Cotton, sorprendido.

—Con una semana nos basta —señaló Goode—. La señora Cardinal se merece que sus asuntos sean atendidos con la celeridad y el respeto debidos.

Atkins tomó el mazo.

—Cotton, he ido al hospital a visitar a Louisa. Independientemente de que esté consciente o inconsciente, creo que como mínimo esos niños necesitarán un tutor. Mejor que lo solventemos lo antes posible.

—Podemos cuidarnos solos.

Todos dirigieron la mirada al fondo de la sala, donde Lou se había puesto en pie.

—Podemos cuidarnos solos —repitió—, hasta que Louisa se ponga mejor.

—Lou —intervino Cotton—, éste no es el lugar ni el momento.

Goode les dedicó una sonrisa.

—Seguro que sois unos niños adorables. Me llamo Thurston Goode. ¿Qué tal?

Ni Lou ni Oz respondieron.

—Jovencita —dijo Atkins—, venga aquí.

Lou se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y se acercó al estrado, donde Atkins bajó la mirada para contemplarla, cual Zeus mirando a un mortal.

—Jovencita, ¿es usted miembro del colegio de abogados?

—No. Bueno yo... no.

—¿Sabe que sólo los miembros del colegio de abogados pueden dirigirse al tribunal, a menos que se trate de circunstancias excepcionales?

—Bueno, como esto nos afecta a mi hermano y a mí, creo que las circunstancias son excepcionales.

Atkins miró a Cotton y sonrió antes de volver a mirar a Lou.

—Es usted lista, es fácil de ver. Y rápida. Pero la ley es la ley, y los niños de su edad no pueden vivir solos.

—Tenemos a Eugene.

—No es un familiar.

—Pues, *Diamond Skinner* no vivía con nadie.

Atkins lanzó una mirada a Cotton.

—Cotton, ¿tendrá la amabilidad de explicárselo?

—Lou, el juez tiene razón, no sois lo bastante mayores para vivir solos. Necesitáis a un adulto.

De repente a Lou se le inundaron los ojos de lágrimas.

—Sin embargo, parece que los adultos no hacen más que dejarnos. —Se volvió y corrió por el pasillo, abrió la puerta de doble hoja y desapareció. Oz huyó detrás de ella.

Cotton volvió a mirar al juez Atkins.

—Una semana —dijo el juez. Dio un golpe con el mazo y volvió a su despacho, como un mago deseoso de descansar después de practicar un hechizo especialmente difícil.

Goode y Miller esperaron a Cotton en el exterior de la sala. Goode se inclinó hacia él.

—¿Sabe, señor Longfellow?, si se decidiese a cooperar las cosas serían mucho más fáciles. Todos sabemos cuáles serán los resultados de un reconocimiento psiquiátrico. ¿Por qué humillar a la señora Cardinal de esa manera?

Cotton se inclinó todavía más hacia Goode.

—Señor Goode, a usted le importa un bledo que los asuntos de Louisa reciban el respeto que merecen. Está aquí como sicario de una gran empresa que desea tergiversar la ley para apropiarse de sus tierras.

—Nos veremos en el juicio —dijo Goode con una sonrisa.

Esa misma noche Cotton se la pasó sentado a su escritorio, trabajando tras una pila de papeles. Murmuraba para sí, tomaba notas y luego las tachaba y recorría la habitación de un extremo a otro como un padre esperando los resultados de un parto. La puerta se abrió con un chirrido y Cotton vio que Lou entraba con una cesta de comida y una cafetera llena.

—Eugene me ha traído en el coche para ver a Louisa —explicó—. He comprado esto en el New York Restaurant. He supuesto que no habrías cenado.

Cotton bajó la mirada. Lou despejó una parte del escritorio, dispuso la comida y sirvió el café. Cuando terminaron, la muchacha no parecía dispuesta a marcharse.

—Tengo mucho trabajo, Lou. Gracias por la comida.

Cotton se sentó a la mesa, pero no movió ni un solo papel ni abrió libro alguno.

—Lamento lo que dije en el tribunal.

—No pasa nada. Supongo que si estuviera en tu lugar habría hecho lo mismo.

—Has hablado muy bien.

—Al contrario, he fracasado por completo.

—Pero el juicio todavía no ha empezado.

Cotton se quitó las gafas y las frotó contra la corbata.

—La verdad es que hace años que no tengo un caso, y tampoco es que fuese muy bueno. No hago más que archivar papeles, redactar escrituras y testamentos y ese tipo de cosas. Además, nunca me he enfrentado a un abogado como Goode. —Volvió a ponerse las gafas y pareció ver con claridad por primera vez en todo el día—. Y no me gustaría prometerte algo que no puedo cumplir.

Esta última frase se alzó entre ellos como un muro de llamas.

—Creo en ti, Cotton. Pase lo que pase, creo en ti. Quería que lo supieras.

—¿Por qué demonios confías en mí? ¿Acaso no he hecho otra cosa que decepcionarte? Te he citado tristes poemas que no pueden cambiar nada.

—No, lo único que has hecho es ayudar.

—Nunca podré ser como tu padre, Lou. De hecho, no sirvo para gran cosa.

Lou se acercó a él.

—¿Me vas a prometer una cosa, Cotton? ¿Me prometes que nunca nos dejarás?

Al cabo de unos momentos Cotton sostuvo el mentón de la muchacha entre las manos y con voz titubeante, aunque no por ello carente de convicción, dijo:

—Me tendréis mientras vosotros queráis.

En el exterior del juzgado había varios Ford, Chevy y Chrysler estacionados en batería junto a carros tirados por mulas y caballos.

Una ligera nevada lo había cubierto casi todo con una capa blanca, pero nadie le prestaba atención. Todo el mundo había entrado rápidamente en el juzgado.

En la sala nunca se habían reunido tantas almas. Los asientos del hemiciclo principal estaban llenos. Incluso había gente de pie en la parte trasera y en la galería de la segunda planta había una aglomeración de hasta cinco personas por fila. Había hombres de ciudad con traje y corbata, mujeres con el vestido de ir a misa y sombreros en forma de caja con velos y flores falsas o con frutas colgando. A su lado se sentaban granjeros con petos limpios y sombreros de fieltro en la mano, con las mascadas de tabaco en la mano. Sus mujeres se situaron detrás de ellos con vestidos de bolsas Chop hasta los tobillos y gafas de montura metálica en sus rostros cansados y arrugados. Miraban alrededor emocionadas, como si se hallaran en un tris de ser testigos de la entrada de una reina.

Los niños estaban apretujados aquí y allá entre los adultos como el mortero entre ladrillos. Para ver mejor, un muchacho se subió a la barandilla de una galería y se agarró a una columna. Un hombre le obligó a bajar y le reprendió con dureza diciéndole que aquello era un tribunal de justicia y que debía comportarse y no hacer payasadas. El muchacho se marchó caminando penosamente. Entonces el hombre se subió a la barandilla para ver mejor.

Cotton, Lou y Oz subían las escaleras del juzgado cuando un muchacho bien vestido con americana, pantalones de sport y zapatos negros relucientes se acercó corriendo a ellos.

—Mi papá afirma que perjudicáis a todo el pueblo por una mujer —dijo—. Asegura que los del gas han de venir como sea. —Miró a Cotton como si el abogado hubiera escupido a su madre y luego se hubiera reído.

—¿Ah, sí? —replicó Cotton—. Respeto la opinión de tu padre, pero no la comparto. Dile que si más tarde quiere hablar del tema en persona, no tengo ningún problema en hacerlo. —Miró alrededor y vio a un hombre que con toda seguridad era el padre del muchacho, porque se parecía a éste y había estado observándolos, y que apartaba la mirada rápidamente. Señaló con la cabeza hacia todos los coches y carros y añadió—: Será mejor que tú y tu padre entréis y consigáis un sitio. Parece que hoy la cosa está concurrida.

Cuando entraron en la sala Cotton se quedó asombrado al ver la gran afluencia de público. El trabajo más duro de las granjas había concluido y la gente tenía tiempo. Para los habitantes del pueblo se trataba de un espectáculo accesible que prometía fuegos artificiales a un precio asequible. Parecía que no estaban dispuestos a perderse ni una sola artimaña legal, ni un solo juego semántico. Para mucha gente probablemente se trataba del momento más emocionante de su vida. Qué triste, pensó

Cotton.

No obstante, era consciente de que había mucho en juego. Un lugar en decadencia una vez más que quizá se revitalizara gracias a una compañía poderosa. Y lo único que tenía para contrarrestarla era una anciana postrada en la cama que parecía haber perdido la conciencia. Además, había dos niños angustiados que habían depositado su confianza en él, y, tumbada en otra cama, una mujer de la que quizá se enamorara si llegaba a despertar. «Dios mío, ¿cómo voy a sobrevivir a todo esto?», se preguntó.

—Buscad un sitio —dijo Cotton a los niños—. Y permaneced en silencio.

Lou le dio un beso en la mejilla.

—Buena suerte. —Cruzó los dedos por él. Un granjero que conocían les hizo sitio en una de las filas de asientos.

Cotton subió por el pasillo saludando con la cabeza a los conocidos que había entre el público. En el centro de la primera fila se encontraban Miller y Wheeler.

Goode estaba en la mesa del abogado y, cuando miró en torno y vio a un público que parecía ansioso por presenciar la lucha, adoptó una expresión de felicidad similar a la de un hombre hambriento en una cena de iglesia.

—¿Está preparado para enfrentarse a esto? —preguntó Goode.

—Tan preparado como usted —respondió Cotton animosamente.

Goode soltó una risita.

—Con los debidos respetos, lo dudo.

Fred, el alguacil, apareció y pronunció las palabras oficiales; todos se pusieron en pie y entonces se reunió el tribunal del honorable Henry J. Atkins.

—Que entre el jurado —indicó el juez a Fred.

El jurado entró en la sala en fila. Cotton observó a los miembros uno por uno y no dio crédito cuando advirtió que George Davis estaba entre los elegidos.

—¡Señoría, George Davis no se encontraba entre los miembros del jurado elegidos! ¡Tiene intereses personales en el resultado de este caso! —bramó.

Atkins se inclinó hacia delante.

—Cotton, ya sabe que nos ha costado mucho formar el jurado. Tuve que prescindir de Leroy Jenkins porque su mujer enfermó, y a Garcie Burns su mula le propinó una fuerte coza. Ya sé que no es la persona más querida de la zona, pero George Davis tiene tanto derecho a formar parte del jurado como cualquier otro. Escuche, George, ¿adoptará una actitud justa y abierta en este caso?

Davis llevaba la ropa de ir a misa y presentaba un aspecto respetable.

—Sí, señor —respondió educadamente y, mirando alrededor, añadió—: Todos saben que las tierras de Louisa están junto a las mías. Nos llevamos bien. —Sonrió y enseñó una dentadura deteriorada.

—Estoy seguro de que el señor Davis será un buen miembro del jurado, señoría —dijo Goode—. No hay objeción por mi parte.

Cotton miró a Atkins y la extraña expresión que observó en el rostro éste le hizo preguntarse si no ocurriría algo anormal.

Lou se sentía furiosa por lo ocurrido. Aquello no era justo. Tenía ganas de ponerse en pie y protestar, pero por primera vez en su vida se sentía demasiado cohibida para hacerlo. Al fin y al cabo se encontraba en un tribunal de justicia.

—¡Es mentira! —bramó una voz. Todas las cabezas se volvieron en su dirección.

Lou miró a su lado y vio a Oz de pie en el asiento, con lo cual se elevaba por encima de las cabezas de todos los presentes. Sus ojos despedían chispas, y estaba señalando directamente con el dedo a George Davis.

—¡Es mentira! —volvió a exclamar con una voz tan profunda que ni siquiera Lou habría podido reconocerla—. Odia a Louisa. No es justo que esté aquí.

Cotton se había quedado igual de boquiabierto que el resto de los presentes. Recorrió la sala con la mirada. El juez Atkins observaba al niño, no demasiado contento. Goode estaba a punto de ponerse en pie. La mirada de Davis despedía tal fiereza que Cotton se alegró de que no tuviera ninguna pistola a mano. Cotton se acercó corriendo a Oz e hizo bajar al niño.

—Parece ser que la familia Cardinal es propensa a los estallidos en público —dijo Atkins con voz resonante—. Esto no se puede aceptar, Cotton.

—Lo sé, señor juez. Lo sé.

—¡No es justo! ¡Ese hombre es un mentiroso! —gritó Oz.

Lou estaba asustada.

—Oz, por favor, ya vale —le dijo.

—No, no vale, Lou —replicó Oz—. Ese hombre es odioso. Mata de hambre a su familia. ¡Es malvado!

—Cotton, saque a ese niño de la sala —rugió el juez—. Inmediatamente.

Cotton se llevó a Oz seguido de cerca por Lou.

Se sentaron en la fría escalinata del juzgado. Oz no lloraba. Se limitó a golpearse los delgados muslos con sus pequeños puños. Lou notó que las lágrimas le corrían por las mejillas mientras lo observaba. Cotton rodeó al niño con el brazo.

—No es justo, Cotton —dijo Oz—. No es justo. —Siguió golpeándose las piernas.

—Lo sé, hijo. Lo sé. Pero todo irá bien. El hecho de que George Davis esté en ese jurado quizá nos beneficie.

Oz dejó de darse golpes.

—¿Cómo es posible?

—Bueno, es uno de los misterios de la ley, Oz, pero tendrás que confiar en mí. Supongo que seguís queriendo asistir al juicio. —Los dos respondieron que así era.

Cotton miró alrededor y vio a Howard Walker, el ayudante del sheriff, junto a la puerta.

—Howard, aquí hace demasiado frío para que estos niños estén esperando. Si te garantizo que no habrá más escenas, ¿se te ocurre alguna forma de que vuelvan a entrar? Es que yo tengo que darme prisa. Ya me entiendes.

Walker sonrió y se agarró la cartuchera.

—Niños, venid conmigo. Dejemos que Cotton ponga en práctica su vieja magia.

—Gracias, Howard —dijo Cotton—, aunque si nos ayudas quizá pierdas popularidad en este pueblo.

—Mi hermano y mi padre murieron en esas minas. Southern Valley puede irse al carajo. Ahora entra ahí y demuéstroles lo buen abogado que eres.

Después de que Cotton entrara, Walker llevó a Lou y a Oz por una puerta trasera y los instaló discretamente en una galería reservada para los visitantes especiales, después de que Oz le prometiera que no volvería a gritar.

Lou miró a su hermano y le susurró.

—Oz, has sido muy valiente haciendo eso. Yo no me he atrevido.

Él sonrió. Entonces ella se dio cuenta de que le faltaba algo.

—¿Dónde está el osito que te traje? —preguntó.

—Lo he tirado, Lou, soy demasiado mayor para los ositos y para chuparme el pulgar.

Lou observó a su hermano y de repente se dio cuenta de que estaba en lo cierto. Se le llenaron los ojos de lágrimas, porque súbitamente se imaginó a su hermano alto y fuerte y sin necesidad de que ella lo protegiese.

Abajo en la sala Cotton y Goode estaban enfrascados en una acalorada discusión con el juez Atkins.

—Escuche, Cotton —dijo Atkins—, no voy a hacer caso omiso de lo que está diciendo sobre George Davis y su objeción quedará registrada, pero Louisa ayudó a venir al mundo a cuatro de los miembros del jurado y el Estado no puso ninguna objeción al respecto. —Miró a Goode—. Señor Goode, ¿tendría la amabilidad de disculparnos unos minutos?

El abogado pareció sorprenderse.

—Señoría, ¿un contacto *ex parte* con el abogado defensor? En Richmond no hacemos esas cosas.

—Pues entonces menos mal que no estamos en Richmond. Venga, retírese un momento, por favor. —Atkins movió la mano como si estuviera espantando moscas y Goode se retiró a su mesa a regañadientes—. Cotton —dijo Atkins—, ni usted ni yo ignoramos que hay muchos intereses en juego en este caso, y ambos sabemos por qué: dinero. Louisa está en el hospital y la mayoría de la gente piensa que no va a recuperarse. Y, por otro lado, tenemos el dinero de Southern Valley tentando a todo el mundo.

Cotton asintió.

—¿Significa eso que en su opinión el jurado irá contra nosotros a pesar de la base jurídica de la causa?

—Pues, no sabría decirle, pero si pierde...

—Entonces el hecho de que George Davis sea miembro del jurado me ofrece motivos para solicitar una apelación —concluyó Cotton.

A Atkins le satisfizo que Cotton captara la estrategia con tanta rapidez.

—Pues no se me había ocurrido. Me alegro de que a usted sí. Bueno, que empiece el espectáculo.

Cotton regresó a su mesa mientras Atkins daba un golpe con el mazo.

—Este jurado queda constituido. Tomen asiento.

Los miembros del jurado se sentaron todos a la vez.

Atkins los miró detenidamente uno por uno antes de posar la vista en Davis y dijo:

—Una puntualización antes de empezar. Hace treinta y cuatro años que soy juez aquí y nunca ha habido nada parecido a una manipulación por parte del jurado en mi sala. Y nunca va a haberla porque, en caso de que se produjera, las personas que lo propiciaran pensarían que la vida que han pasado en las minas de carbón es una fiesta de cumpleaños en comparación con lo que les haría. —Lanzó otra mirada a Davis, dedicó las mismas invectivas visuales tanto a Goode como a Miller y añadió—: Señor abogado del Estado, puede llamar a su primer testigo.

—El Estado llama al doctor Luther Ross —anunció Goode.

El corpulento doctor Ross se levantó y se acercó al estrado. Poseía la circunspección que gusta a los abogados, aunque por lo demás no era más que un mentiroso bien pagado.

Fred le hizo pronunciar el juramento.

—Levante la mano derecha, coloque la izquierda sobre la Biblia. ¿Jura solemnemente decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Antes de instalarse en el banco de testigos, Ross juró que, por supuesto, diría la verdad y nada más que la verdad.

Fred se retiró y Goode se acercó al estrado.

—Doctor Ross, ¿sería tan amable de poner al jurado al corriente de su excelente trayectoria profesional? —Goode pronunciaba las palabras al más puro estilo sureño.

—Soy el director del centro psiquiátrico de Roanoke. He impartido cursos sobre evaluación mental en la facultad de Medicina de Richmond y en la Universidad de Virginia. Personalmente he tratado más de dos mil casos como éste.

—Ahora estoy seguro de que el señor Longfellow y este tribunal convendrán en que es usted un verdadero experto en su campo. De hecho, quizá sea el mejor experto de su especialidad, y me atrevería a decir que este jurado no se merece menos.

—¡Protesto, señoría! —exclamó Cotton—. No creo que haya pruebas de que el señor Goode sea experto en valorar expertos.

—Se acepta la protesta, Cotton —dijo Atkins—. Continúe, señor Goode.

—Señor Ross —dijo Goode al tiempo que lanzaba una mirada de soslayo a Cotton—, ¿ha tenido la oportunidad de examinar a Louisa Mae Cardinal?

—Así es.

—¿Y cuál es su opinión experta sobre sus capacidades mentales?

Ross dio un manotazo al marco del estrado con una de sus manos fofas.

—No está capacitada mentalmente. De hecho, soy de la opinión de que habría que

internarla.

Se oyó un fuerte murmullo procedente del público y Atkins golpeó el mazo con impaciencia.

—Orden en la sala —dijo.

—¿Internada? —prosiguió Goode—. Vaya, vaya. Esto sí que es grave. Entonces, ¿considera que no está en condiciones de ocuparse de sus asuntos? Para vender sus tierras, por ejemplo.

—Bajo ningún concepto. Sería fácil que alguien se aprovechara de ella. La pobre mujer ni siquiera puede firmar. Probablemente ni siquiera se acuerde de su nombre. —Miró al jurado con expresión autoritaria—. Hay que internarla —repitió.

Goode planteó una serie de preguntas cuidadosamente formuladas y para cada una de ellas recibió la respuesta deseada: según el doctor Luther Ross, Louisa Mae estaba, sin lugar a dudas, mentalmente incapacitada.

—No tengo más preguntas —dijo finalmente Goode.

—¿Señor Longfellow? —preguntó Atkins—. Supongo que querrá aprovechar su turno.

Cotton se levantó, se quitó las gafas y se acercó al banco de los testigos.

—Doctor Ross, ¿dice que ha examinado a más de dos mil personas? —inquirió.

—Correcto —respondió Ross, ufano.

—Y de esas dos mil personas, ¿cuántas dictaminó que estaban incapacitadas?

Ross se mostró extrañado; estaba claro que no se esperaba esa pregunta.

—Humm..., pues... no sabría decir; es difícil recordar todos los casos.

Cotton lanzó una mirada al jurado y se acercó hacia el mismo.

—No, no es tan difícil. Sólo tiene que decirlo. Permítame que le ayude. ¿Un ciento por ciento? ¿Un cincuenta por ciento?

—Un ciento por ciento no.

—¿Un cincuenta por ciento?

—Tampoco.

—¿Un ochenta? ¿Un noventa? ¿Un noventa y cinco?

Ross reflexionó por un instante.

—El noventa y cinco por ciento creo que sería el porcentaje correcto.

—De acuerdo. Veamos, creo que eso supondría mil novecientas personas de dos mil. Eso es mucha gente loca, doctor Ross.

El público rio y Atkins dio un golpe con el mazo, aunque no consiguió disimular una débil sonrisa.

Ross lo miró.

—Yo digo lo que veo, abogado.

—Doctor Ross, ¿a cuántos afectados de apoplejía ha examinado para determinar que estaban mentalmente incapacitados?

—Pues, así de pronto no recuerdo ninguno.

Cotton caminó a un lado y a otro delante del testigo, que mantenía la vista fija en

él mientras unas gotas de sudor aparecían en su frente.

—Supongo que la mayoría de sus pacientes padece alguna enfermedad mental. En el caso que nos ocupa tenemos a una víctima de apoplejía cuya incapacidad física puede dar a entender que no está mentalmente capacitada, aunque pueda estarlo. — Cotton buscó entre el público con la mirada y vio a Lou en la galería—. Me refiero a que el hecho de que una persona no pueda hablar o moverse no implica que no comprenda lo que ocurre a su alrededor. Es perfectamente posible que vea, escuche y lo entienda todo. ¡Todo! —Se dio la vuelta y miró al testigo—. Y con el tiempo es posible que se recupere plenamente.

—La mujer que vi no tiene posibilidades de recuperarse.

—¿Es usted un especialista en víctimas de apoplejía? —preguntó Cotton.

—No, pero...

—Entonces me gustaría que el juez indicara al jurado que desestime esta declaración.

Atkins se volvió hacia los miembros del jurado.

—Ordeno que no se tenga en cuenta el hecho de que el doctor Ross haya dicho que la señora Cardinal no se recuperará, porque no cabe duda que está incapacitado para testificar al respecto.

Atkins y Ross cambiaron miradas a causa de las palabras que había escogido el juez, mientras que Cotton se llevó una mano a la boca para disimular su sonrisa.

—Doctor Ross —continuó Cotton—, realmente no puede decirnos que hoy, mañana o pasado mañana Louisa Mae Cardinal no vaya a ser perfectamente capaz de ocuparse de sus asuntos, ¿verdad?

—La mujer que examiné...

—Por favor, responda a la pregunta.

—No.

—¿No, qué? —inquirió Cotton en tono amable.

Ross, frustrado, cruzó los brazos.

—No, no puedo asegurar que la señora Cardinal no se recupere hoy, mañana o pasado mañana.

Goode se puso en pie con gran esfuerzo.

—Señoría, veo a dónde quiere llegar el abogado, y creo que tengo una propuesta. En las circunstancias actuales el testimonio del doctor Ross es que la señora Cardinal está incapacitada. Si mejora, lo cual todos esperamos, entonces el custodio nombrado por el tribunal cesará en sus funciones y a partir de ese momento ella podrá ocuparse de sus asuntos.

—Para entonces ya no le quedarán tierras —apuntó Cotton.

Goode aprovechó esa oportunidad.

—En ese caso —dijo— no cabe duda que la señora Cardinal podrá consolarse con el medio millón de dólares que Southern Valley ha ofrecido por sus tierras.

El público emitió un grito de asombro conjunto ante la mención de semejante

cantidad. Un hombre estuvo a punto de caer por encima de la barandilla de la galería antes de que sus vecinos lo agarraran. Tanto los niños ricos como los pobres se miraron entre sí con los ojos desorbitados. Sus respectivos padres hicieron exactamente lo mismo. Los miembros del jurado también se miraron mutuamente con clara expresión de sorpresa. Sin embargo, George Davis permaneció mirando al frente, sin dejar traslucir ningún tipo de emoción.

Goode se apresuró a continuar.

—Al igual que otras personas cuando la compañía les haga ofertas similares.

Cotton miró alrededor y decidió que habría preferido dedicarse a cualquier otra cosa que a su profesión. Vio tanto a los habitantes de las montañas como a los del pueblo observándolo boquiabiertos: era el hombre que les impedía hacerse con una verdadera fortuna. No obstante, a pesar de cargar ese peso sobre los hombros, dijo:

—Señor juez, con esa declaración es como si acabara de sobornar al jurado. Deseo que el juicio se declare nulo. Mi clienta no puede recibir un trato justo si toda esta gente cuenta los dólares de Southern Valley.

Goode miró al jurado con una sonrisa.

—Retiro la declaración —dijo—. Lo siento, señor Longfellow. No pretendía perjudicarlo.

Atkins se echó hacia atrás en el asiento.

—No va a conseguir que el juicio se declare nulo, Cotton, porque, ¿adónde va a ir con este asunto? Creo que todos los habitantes de ochenta kilómetros a la redonda están sentados en la sala de este tribunal y el juzgado más cercano está a un día de viaje en tren. Además, el juez titular no es ni la mitad de amable que yo. —Se volvió hacia el jurado—. Escuchen, caballeros, deben pasar por alto la declaración del señor Goode sobre la oferta de compra de las tierras de la señora Cardinal. No debería haberlo dicho y han de olvidarlo. ¡Y hablo en serio!

A continuación Atkins miró a Goode.

—Tengo entendido que goza de buena reputación —dijo—, y odiaría ser quien tenga que empañarla. Pero si vuelve a echar mano de recursos como ése, tengo una preciosa cárcel en este edificio donde podrá cumplir condena por desacato y hasta es probable que se me olvide que está dentro de ella. ¿Entendido?

—Sí, señoría —afirmó Goode con voz mansa.

—Cotton, ¿tiene alguna pregunta más para el doctor Ross?

—No, señor juez —respondió Cotton antes de regresar a su asiento.

Goode llamó al estrado a Travis Barnes y, aunque fue lo más benévolo posible, con sus hábiles artimañas el pronóstico del buen doctor con respecto a Louisa fue bastante sombrío. Al final, Goode le mostró una fotografía.

—¿Es ésta su paciente, Louisa Mae Cardinal?

Barnes observó la foto.

—Sí.

—Pido permiso para mostrarla al jurado.

—Adelante, pero rápido —dijo Atkins.

Goode dejó caer una copia de la instantánea delante de Cotton, quien ni siquiera la miró, sino que la partió en dos y la arrojó a la escupidera situada junto a su mesa mientras Goode hacía desfilar el original ante los rostros del jurado.

A tenor de los chasquidos de lengua, los comentarios apagados y los movimientos de cabeza, la fotografía tuvo el efecto esperado. El único a quien no pareció afectarle fue George Davis. Tuvo la foto entre las manos durante más tiempo que el resto y a Cotton le pareció que intentaba por todos los medios ocultar su goce. Una vez hecho el daño, Goode tomó asiento.

—Travis —dijo Cotton cuando se levantó y se acercó a su amigo—, ¿ha tratado alguna vez a Louisa Cardinal a causa de alguna dolencia antes del reciente ataque?

—Sí, un par de veces.

—¿Nos puede explicar de qué se trató?

—Hace unos diez años la mordió una serpiente cascabel. Ella misma mató a la serpiente con un azadón y luego bajó de la montaña a caballo para verme. Cuando llegó tenía el brazo tan hinchado que parecía una pierna. Se puso muy enferma, tuvo la fiebre más alta que he visto en mi vida. Permaneció semiinconsciente varios días. Pero se recuperó, justo cuando ya lo dábamos todo por perdido. Luchó como una mula, como una verdadera mula.

—¿Y la otra vez?

—Una pulmonía. Fue durante el invierno de hace cuatro años, cuando cayó más nieve que en el Polo Sur. Se acuerdan, ¿no? —preguntó al público que llenaba la sala y todos asintieron con la cabeza—. No había forma de subir o bajar de la montaña. No recibí la noticia hasta al cabo de cuatro días. Subí a la granja y la traté cuando la tormenta terminó pero ya había pasado lo peor ella sola. Una persona joven se habría muerto incluso medicándose y ella que ya tenía más de setenta años no tomó nada, le bastaron sus ganas de vivir. Nunca he visto nada igual.

Cotton se acercó al jurado.

—Así pues, parece ser una mujer de espíritu indomable. Un espíritu incapaz de ser conquistado.

—Protesto, señoría —dijo Goode—. ¿Se trata de una pregunta o de un pronunciamiento divino por su parte, señor Longfellow?

—Espero que ambas cosas, señor Goode.

—Bueno, digámoslo de otro modo —puntualizó Barnes—, si fuera un apostador, no apostaría contra esta mujer.

Cotton dirigió una mirada al jurado.

—Yo tampoco. No tengo más preguntas.

—Señor Goode, ¿quién es su siguiente testigo? —preguntó Atkins.

El abogado del Estado se incorporó y recorrió la sala con la mirada. Escudriñó el recinto hasta que llegó a la galería y posó la vista en Lou y Oz, antes de centrarse exclusivamente en el niño.

—Jovencito, ¿por qué no baja aquí y nos habla?

Cotton se había puesto en pie.

—Señoría, no veo motivos para...

—Señor juez —lo interrumpió Goode—, los niños son quienes van a tener un tutor y por tanto considero razonable saber la opinión de uno de ellos. Y para lo pequeño que es tiene una voz poderosa, ya que todos los presentes en la sala la han oído con claridad e insistencia.

Se oyeron risas ahogadas entre el público, y Atkins golpeó con el mazo mientras reflexionaba por un instante en la petición.

—Voy a permitirselo —dijo al fin—, pero recuerde que no es más que un niño.

—Por supuesto, señoría.

Lou agarró a Oz de la mano y los dos bajaron lentamente las escaleras y pasaron junto a todas las filas, con todas las miradas clavadas sobre ellos. Oz puso la mano sobre la Biblia y pronunció el juramento mientras Lou regresaba a su asiento. Oz se encaramó a la silla; parecía tan pequeño e indefenso que Cotton se compadeció de él, sobre todo cuando Goode se le aproximó.

—Veamos, señor Oscar Cardinal —empezó.

—Me llamo Oz y mi hermana se llama Lou. No la llame Louisa Mae porque se enfadará y le dará un puñetazo.

Goode sonrió.

—No te preocupes por eso. De modo que sois Oz y Lou. —Se apoyó contra la barandilla del estrado—. Ya sabes que a la sala le apena muchísimo saber que vuestra madre está muy enferma.

—Se pondrá bien.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que dicen los médicos?

Oz mantuvo la vista alzada hacia Lou hasta que Goode le tocó la mejilla y le obligó a mirarle.

—Hijo, aquí en el estrado tienes que decir la verdad. No puedes mirar a tu hermana mayor para que te dé la respuesta. Has jurado por Dios que dirías la verdad.

—Yo siempre digo la verdad. ¡Se lo juro!

—Buen chico. Entonces, ¿los médicos dicen que tu madre se pondrá bien?

—No, dicen que no están seguros.

—Entonces, ¿cómo sabes que se recuperará?

—Porque... porque pedí un deseo. En el pozo de los deseos.

—¿En el pozo de los deseos? —repitió Goode con una expresión dedicada al jurado que claramente mostraba lo que opinaba sobre esa respuesta—. ¿Por aquí hay un pozo de los deseos? Ya me gustaría a mí que tuviéramos uno en Richmond.

El público rio y Oz se sonrojó y se encogió en el asiento.

—Hay un pozo de los deseos —insistió—. Mi amigo *Diamond* Skinner nos lo enseñó. Pides un deseo, das lo más importante que tengas y el deseo se cumple.

—Suená bien. ¿Dices que pediste un deseo?

—Sí, señor.

—Y diste lo más importante que tenías. ¿Qué era?

Oz miró nervioso alrededor.

—La verdad, Oz —lo conminó Goode—. Recuerda lo que prometiste por Dios, hijo.

Oz respiró hondo.

—Mi osito. Di mi osito.

Se oyeron varias risas ahogadas de los presentes hasta que todos vieron la lágrima solitaria que se deslizaba por el rostro del niño, y entonces dejaron de reírse.

—¿Tu deseo se ha cumplido? —preguntó Goode.

Oz negó con la cabeza.

—No.

—¿Hace tiempo que lo pediste?

—Sí —respondió Oz en voz baja.

—Y tu mamá todavía está muy enferma, ¿verdad?

Oz inclinó la cabeza.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

Goode se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, es triste, pero las cosas no se convierten en realidad sólo porque las deseemos. La vida no es así. Veamos, sabes que tu bisabuela está muy enferma, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿También has pedido un deseo por ella?

Cotton se puso en pie.

—Goode, déjelo ya.

—Bueno, bueno. Oz, sabes que no podéis vivir solos, ¿verdad? Si tu bisabuela no se recupera, según estipula la ley, tendréis que vivir en casa de un adulto. O ir a un orfanato. Supongo que no querrás ir a un viejo orfanato, ¿no?

Cotton volvió a ponerse en pie.

—¿Orfanato? ¿Desde cuándo se contempla esa posibilidad?

—Si la tierra de la señora Cardinal no se vende y ella no experimenta una recuperación milagrosa como hizo cuando la mordió una serpiente y enfermó de pulmonía, los niños tendrán que ir a algún lugar. A no ser que dispongan de un dinero cuya existencia ignoro, irán a un orfanato, porque ahí es donde van los niños que no tienen parientes que puedan cuidar de ellos u otras personas respetables que estén dispuestas a adoptarlos.

—Pueden venir a vivir conmigo —dijo Cotton.

Goode miró alrededor con una sonrisa en los labios.

—¿Con usted? ¿Un hombre soltero? ¿El abogado de un pueblo en plena decadencia? Sería la última persona del planeta a quien un tribunal adjudicaría a estos niños. —Goode se volvió hacia Oz—. ¿No te gustaría vivir en tu casa con alguien

que se preocupe por tu bienestar?

—No sé.

—Claro que te gustaría. Los orfanatos no son el mejor lugar del mundo. Algunos niños permanecen en ellos para siempre.

—Señoría —intervino Cotton—, ¿tiene esto algún propósito aparte del de aterrorizar al testigo?

—Precisamente iba a preguntárselo al señor Goode —declaró Atkins.

Sin embargo, fue Oz quien habló entonces.

—¿Lou también puede venir? No me refiero al orfanato, sino al otro sitio.

—Por supuesto, hijo, por supuesto —se apresuró a contestar Goode—. No se separa a los hermanos. Pero en los orfanatos no existe esa garantía —añadió con voz queda—. Entonces, ¿esta solución te convendría?

Oz vaciló e intentó mirar a Lou, pero Goode actuó con rapidez y le bloqueó la vista.

—Supongo —dijo finalmente Oz.

Cotton dirigió la mirada a la galería. Lou estaba de pie, agarrada con fuerza a la barandilla, contemplando a su hermano con expresión angustiada.

Goode se acercó al jurado y se restregó los ojos con ademán exagerado.

—Buen chico. No tengo más preguntas.

—¿Cotton? —preguntó Atkins.

Goode se sentó y Cotton hizo ademán de levantarse pero se quedó a medias, agarrado al borde de la mesa mientras contemplaba a un niño desmoronado en el gran estrado, un niño pequeño que, como Cotton bien sabía, sólo quería levantarse y volver junto a su hermana, porque estaba profundamente asustado de tantos orfanatos, abogados gordos que pronunciaban palabras rimbombantes y formulaban preguntas comprometidas y salas enormes llenas de desconocidos que lo miraban fijamente.

—No tengo preguntas —dijo Cotton con voz queda y Oz volvió corriendo junto a su hermana.

Después de que comparecieran otros testigos, los cuales declararon que Louisa era totalmente incapaz de tomar una decisión consciente, y teniendo en cuenta que Cotton sólo fue capaz de rebatir pequeños argumentos de su testimonio, se levantó la sesión para el resto de la jornada y Cotton y los niños salieron de la sala. En el exterior, Goode y Miller los pararon.

—Está presentando buenos argumentos, señor Longfellow —dijo Goode—, pero todos sabemos cómo va a terminar. ¿Qué le parece si acabamos con esto ahora mismo? Ahorraremos problemas a la gente. —Miró a Lou y a Oz. Empezó a acariciarle la cabeza a éste pero el niño le dedicó una mirada tan feroz que lo obligó a retirarla antes de arrepentirse.

—Mire, Longfellow —dijo Miller al tiempo que extraía un trozo de papel del bolsillo—, tengo aquí un cheque por medio millón de dólares. Lo único que tiene que

hacer es poner fin a este juicio sin sentido y será suyo.

Cotton miró a Oz y a Lou.

—Lo dejo en manos de los niños, Miller. Haré lo que ellos digan.

Miller se agachó y dedicó una sonrisa a Lou y a Oz.

—Este dinero será para vosotros. Podréis comprar lo que queráis. Vivir en una casa con un buen coche y gente que cuide de vosotros. Una buena vida. ¿Qué decís, niños?

—Ya tenemos una casa —respondió Lou.

—¿Y vuestra madre? Las personas en su estado necesitan muchos cuidados y no son baratos. —Goode le enseñó el talón a la niña—. Esto soluciona todos tus problemas. —Volvió la mirada hacia Oz—. Y así estaréis lejos, muy lejos, de esos desagradables orfanatos. Tú quieres estar con tu hermana, ¿verdad?

—Quédese con su dinero —dijo Oz—, porque ni lo necesitamos ni lo queremos. ¡Y Lou y yo siempre estaremos juntos! ¡En un orfanato o en otro sitio! —Tomó a su hermana de la mano y se marcharon.

Cotton miró a los hombres cuando se incorporaron y Miller se introdujo enfadado el cheque en el bolsillo.

—Todos deberíamos aprender de la sabiduría de estos niños —sentenció Cotton antes de marcharse también.

De regreso en la granja, Cotton habló del caso con Lou y Oz.

—Me temo que a no ser que Louisa aparezca por su propio pie en esa sala mañana, va a perder las tierras. —Los miró a los dos—. Pero quiero que sepáis que pase lo que pase, estaré con vosotros. Me ocuparé de vosotros. No os preocupéis. Nunca iréis a un orfanato. Y nunca os separarán. Lo juro.

Lou y Oz abrazaron a Cotton tan fuerte como pudieron antes de que se marchara para prepararse para el día final del juicio. Quizá su último día en aquellas montañas.

Lou preparó la cena para Oz y Eugene y luego fue a darle de comer a su madre. Después de eso se sentó frente al fuego para cavilar sobre la situación. Aunque hacía mucho frío, sacó a *Sue* del establo y llevó a la yegua hasta la loma que había tras la casa. Rezó delante de cada tumba y se detuvo especialmente ante la más pequeña, la de Annie. Si hubiera vivido, Annie habría sido su tía abuela. Lou deseó con todas sus fuerzas haber sabido cómo era aquella niñita, y le dolió que fuera imposible. Las estrellas brillaban con claridad y Lou miró a su alrededor, hacia las montañas teñidas de blanco; el brillo del hielo en las ramas resultaba casi mágico al multiplicarse como en aquel momento. La tierra no podía ayudar a Lou en aquellos momentos, pero había algo que sí podía hacer por sí sola. Sabía que tenía que haberlo hecho hacía tiempo. Sin embargo, cuando un error no se corregía seguía siendo un error.

Cabalgó de vuelta con *Sue*, cerró al animal en el establo y entró en la habitación de su madre. Se sentó en la cama, tomó la mano de Amanda y no se movió durante algún tiempo. Al final, Lou se inclinó y le dio un beso en la mejilla, mientras las lágrimas empezaban a correrle por el rostro.

—Pase lo que pase, siempre estaremos juntas. Te lo prometo. Siempre nos tendrás a mí y a Oz. Siempre. —Se secó las lágrimas—. Te echo mucho de menos. —Le dio otro beso—. Te quiero, mamá. —Salió corriendo de la habitación, por lo que nunca llegó a ver la lágrima solitaria que se deslizó por el rostro de su madre.

Lou estaba tumbada en la cama, sollozando en silencio, cuando Oz entró. Lou ni siquiera intentó disimular. Oz se subió a la cama y abrazó a su hermana.

—Todo irá bien, Lou, ya lo verás.

Lou se sentó, se secó la cara y lo miró.

—Supongo que lo único que necesitamos es un milagro.

—Podría intentarlo de nuevo en el pozo de los deseos —propuso él.

Lou sacudió la cabeza.

—¿Qué tenemos que dar para que se cumpla nuestro deseo? Ya lo hemos perdido todo.

Permanecieron unos minutos en silencio hasta que Oz vio la pila de cartas sobre la mesa de Lou.

—¿Las has leído todas?

Lou asintió.

—¿Te han gustado? —preguntó Oz.

Lou parecía volver a estar a punto de echarse a llorar.

—Son maravillosas, Oz. Papá no era el único escritor de la familia.

—¿Por qué no me lees unas cuantas más? Por favor...

Lou acabó accediendo y Oz se puso cómodo y cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué haces eso? —preguntó su hermana.

—Si cierro los ojos cuando me lees las cartas es como si mamá estuviera hablándome aquí mismo.

Lou contempló las cartas como si contuvieran oro.

—¡Oz, eres un genio!

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Acabas de encontrar nuestro milagro.

Unas nubes densas coronaban las montañas, al parecer sin intención de desplazarse hacia otro lugar a corto plazo. Lou, Oz y *Jeb* corrían bajo una lluvia helada. Llegaron al claro calados hasta los huesos justo delante del viejo pozo. Corrieron hasta el mismo. El osito de Oz y la foto seguían ahí, empapados y maltratados por las inclemencias del tiempo. Oz miró la fotografía y luego sonrió a su hermana. Ella se inclinó y cogió el osito para tenderse a Oz.

—Quédate con el osito —dijo con cariño—. Aunque ya seas mayor. —Introdujo la fotografía en la bolsa que llevaba y extrajo las cartas de su interior—. Bueno, Diamond dijo que debíamos entregar lo más importante que tuviéramos en el mundo para que el pozo de los deseos funcione. No tenemos a mamá, pero tenemos algo casi tan valioso como eso: sus cartas.

Lou colocó con cuidado el paquete de cartas en el borde del pozo y lo protegió

del viento con una piedra grande.

—Ahora hemos de pedir un deseo.

—¿Que mamá vuelva?

Lou negó con la cabeza lentamente.

—Oz, tenemos que pedir que Louisa pueda ir a ese juzgado. Como dijo Cotton, es la única forma de que conserve la granja.

Oz adoptó una expresión de sorpresa.

—¿Y qué pasa con mamá? Quizá no tengamos la posibilidad de pedir otro deseo.

Lou lo estrechó entre sus brazos.

—Después de lo que ha hecho por nosotros, le debemos esto a Louisa.

Oz asintió entristecido.

—Dilo tú.

Lou cogió a Oz de la mano y cerró los ojos, al igual que su hermano.

—Deseamos que Louisa Mae Cardinal se levante de la cama y demuestre a todo el mundo que está bien.

—Amén, Jesús —dijeron al unísono. Acto seguido, echaron a correr para alejarse lo más rápidamente posible de ese lugar, esperanzados y rezando para que sólo quedara un deseo por cumplir en aquel montón de ladrillos viejos y agua estancada.

Esa misma noche Cotton caminó por la desértica calle principal de Dickens, con las manos en los bolsillos, sintiéndose el hombre más solitario del mundo. Caía una lluvia incesante y fría, pero él era ajeno a ella. Se sentó en un banco cubierto y observó el parpadeo de las farolas de gas tras la cortina de agua. El nombre escrito en la placa de la farola se veía bien claro: «*Southern Valley Coal and Gas*». Un camión de carbón vacío bajó a la deriva por la calle. El tubo de escape produjo una detonación que desgarró con violencia el silencio de la noche.

Cotton observó la trayectoria del camión y se dejó caer de nuevo en el banco. Sin embargo, cuando su mirada volvió a topar con el parpadeo de la farola de gas, una idea parpadeó en su cabeza. Se incorporó, siguió el camión de carbón con la mirada y luego volvió a mirar la farola de gas. El destello se convirtió entonces en una idea sólida. Acto seguido, Cotton Longfellow, calado hasta los huesos, dio una palmada que sonó como un portentoso trueno, pues la idea se había convertido en un milagro por derecho propio.

Al cabo de unos minutos Cotton entró en la habitación de Louisa. Se situó junto a la cama y tomó la mano de la mujer inconsciente.

—Te juro, Louisa Mae Cardinal, que no perderás tus tierras.

Cuando se abrió la puerta de la sala del tribunal, Cotton entró con aire resuelto. Goode, Miller y Wheeler ya se encontraban allí. Junto a ese triunvirato, el grueso de la población de la montaña y del pueblo parecía haber conseguido caber en dicha sala. El medio millón de dólares que estaba en juego había despertado sentimientos que habían permanecido adormecidos durante muchos años. Incluso un anciano caballero al que le faltaba el brazo derecho y desde hacía tiempo afirmaba ser el soldado de la Confederación más viejo superviviente de la guerra de Secesión había acudido a presenciar el asalto final de esta batalla legal. Entró con paso decidido, luciendo una barba blanca como la nieve que le llegaba a la cintura y vestido con el uniforme marrón claro de los soldados confederados. Quienes estaban sentados en la primera fila le hicieron sitio como muestra de respeto.

El día era frío y húmedo, si bien las montañas se habían cansado de la lluvia y finalmente las nubes se habían marchado a otra parte. La acumulación de calor corporal se respiraba en el ambiente y la humedad era lo suficientemente elevada como para empañar las ventanas. No obstante, los cuerpos de todos los espectadores estaban tensos contra los del vecino, contra el asiento o la pared.

—Supongo que ha llegado el momento de poner punto final a este espectáculo —comentó Goode a Cotton con cierta afabilidad. Sin embargo, lo que Cotton vio fue un hombre con la expresión satisfecha de un asesino profesional a punto de soplar el humo de su revólver último modelo y luego guiñar un ojo al cadáver tendido en la calle.

—Creo que no ha hecho más que empezar —respondió Cotton con contundencia.

En cuanto se anunció la entrada del juez y el jurado ocupó la tribuna, Cotton se puso en pie.

—Señoría, querría hacerle una oferta al Estado.

—¿Una oferta? ¿A qué se refiere, Cotton? —preguntó Atkins.

—Todos sabemos por qué nos encontramos aquí. No se trata de decidir si Louisa Mae Cardinal está capacitada o no. El gas es la cuestión.

Goode se puso en pie con cierta torpeza.

—El Estado tiene un gran interés en ver que los asuntos de la señora Cardinal...

—El único asunto que tiene entre manos la señora Cardinal —lo interrumpió Cotton— es decidir si vende sus tierras.

Atkins estaba intrigado.

—¿Cuál es su oferta?

—Estoy dispuesto a reconocer que la señora Cardinal está incapacitada mentalmente.

Goode sonrió.

—Bueno, algo es algo.

—Pero a cambio quiero que se juzgue si Southern Valley es la compañía

adecuada para adquirir sus tierras.

Goode se mostró sorprendido.

—Cielos, es una de las empresas más importantes del estado.

—No me refiero al dinero —dijo Cotton—. Hablo de ética.

—¡Señoría! —exclamó Goode con indignación.

—Acérquense al estrado —indicó Atkins.

Cotton y Goode se aproximaron al juez.

—Señor juez, hay una buena cantidad de jurisprudencia en Virginia en la que se especifica claramente que a quien comete un agravio se le impedirá aprovecharse del mismo.

—Eso son tonterías —declaró Goode.

Cotton se acercó más a su adversario.

—Si no accede a dejarme hacer, Goode, tengo mi propio experto que pondrá en entredicho todo lo que ha declarado el doctor Ross. Y si pierdo, apelaré. Llegaré hasta el Tribunal Supremo de ser necesario. Para cuando su cliente consiga ese gas, todos nosotros ya estaremos muertos.

—Pero yo soy abogado del Estado. Carezco de autoridad para representar a una empresa privada.

—La declaración más irónica que he oído en mi vida —dijo Cotton—. Pero renuncio a las objeciones y me comprometo a acatar el dictamen de este jurado, aunque esté formado por gente tan penosa como George Davis.

Goode estaba mirando a Miller en busca de alguna indicación, de modo que Cotton le dio el empujón que le faltaba.

—Vamos Goode, vaya a hablar con su cliente y deje de perder el tiempo.

Con una expresión de corderillo, Goode se alejó y mantuvo una acalorada discusión con Miller, que no dejaba de mirar a Cotton. Al final asintió y Goode regresó al estrado.

—No hay objeciones.

El juez asintió.

—Adelante, Cotton.

Lou había bajado al hospital en el Hudson con Eugene y Oz se había quedado en la casa. Había dicho que no quería saber nada más de juzgados y leyes. La esposa de Buford Rose se ofreció a cuidar de Oz y de su madre. Lou se sentó en la silla a observar a Louisa, en espera de que se produjera el milagro. En la austera habitación hacía frío, por lo que no parecía muy adecuada para la recuperación de nadie, pero Lou no confiaba en que la medicina hiciera mejorar el estado de la mujer. Había depositado su esperanza en un montón de ladrillos viejos en un prado cubierto de hierba y en un paquete de cartas que era muy probable que contuvieran las últimas palabras de su madre.

Lou se levantó y se acercó a la ventana. Desde allí veía el cine donde todavía seguían proyectando *El mago de Oz*. Sin embargo, Lou había perdido a su querido

Espantapájaros y el León Cobarde ya no tenía miedo. ¿Y el Hombre de Hojalata? ¿Ella había encontrado su corazón? Tal vez nunca lo hubiera perdido.

Lou se volvió y observó a su bisabuela. La muchacha se puso tensa cuando Louisa abrió los ojos y la miró. Notó una fuerte sensación de reconocimiento, un atisbo de sonrisa y las esperanzas de Lou remontaron el vuelo. Como si no sólo sus nombres sino sus espíritus fueran idénticos, una lágrima rodó por las mejillas de las dos Louisas. Lou se acercó a ella, le tomó la mano y se la besó.

—Te quiero, Louisa —dijo, con el corazón a punto de partirse, pues no recordaba haberle dicho esas palabras con anterioridad. Louisa movió los labios y, aunque Lou no oyó las palabras, leyó claramente en los labios de su bisabuela lo que le decía: «Te quiero, Louisa».

Acto seguido, Louisa cerró los ojos lentamente y no volvió a abrirlos y Lou se preguntó si su milagro había consistido sólo en aquello.

—Señorita Lou, nos reclaman en el juzgado.

La muchacha se volvió y vio a Eugene en el vano de la puerta.

—El señor Cotton quiere que los dos subamos al estrado.

Lou soltó despacio la mano de Louisa, se volvió y se marchó.

Al cabo de un minuto, Louisa abrió los ojos de nuevo.

Miró alrededor. Adoptó una expresión temerosa por un par de segundos, pero luego se tranquilizó. Intentó incorporarse, confusa al principio al ver que el lado izquierdo de su cuerpo no respondía. Mantuvo la vista fija en la ventana de la habitación mientras se esforzaba por moverse. Fue progresando centímetro a centímetro hasta que logró estar medio sentada, sin apartar los ojos de la ventana. Respiraba pesadamente porque había agotado casi todas sus energías después de ese mínimo esfuerzo. No obstante, se recostó en la almohada y sonrió, porque más allá de la gran ventana veía su montaña con claridad. El paisaje le resultaba muy hermoso, aunque el invierno lo había despojado de gran parte de su color. No obstante, el año próximo sin duda regresaría. Como siempre. Como el familiar que nunca te deja del todo. Así era la montaña. Dejó la mirada fija en la familiar elevación de piedra y árboles y, en ese instante, Louisa Mae Cardinal se quedó inmóvil por completo.

En la sala del tribunal, Cotton, que se encontraba frente al estrado, elevó la voz y anunció:

—Llamo a la señorita Louisa Mae Cardinal.

Se oyó un grito ahogado procedente del público. Entonces la puerta se abrió y aparecieron Lou y Eugene. Miller y Goode adoptaron de nuevo una expresión de desprecio al comprobar que no era más que la niña. Eugene tomó asiento mientras Lou subía al banco de los testigos.

Fred se aproximó a ella.

—Levante la mano derecha, coloque la izquierda sobre la Biblia. ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro —repuso ella con voz queda. Miró alrededor y vio que todo el mundo

estaba pendiente de ella. Cotton le sonrió para tranquilizarla. Sin que nadie le viera, le enseñó que tenía los dedos cruzados para que le trajera suerte.

—Vamos a ver, Lou, lo que tengo que preguntarte va a resultar doloroso pero necesito que respondas a mis preguntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—El día que murió Jimmy Skinner, tú estabas con él, ¿verdad?

Miller y Goode intercambiaron miradas de preocupación y este último se levantó.

—Señoría, ¿qué tiene que ver esto con el caso que nos ocupa?

—El Estado acordó dejarme presentar mi teoría —apuntó Cotton.

—Protesta denegada —dijo el juez—, pero no se tome todo el día.

Cotton se volvió hacia Lou.

—¿Estabas en la entrada de la mina cuando se produjo la explosión?

—Sí.

—¿Podrías describirnos qué ocurrió?

Lou tragó saliva y se le empañaron los ojos.

—Eugene puso la dinamita y salió. Estábamos esperándole para marcharnos. Diamond, es decir Jimmy, entró corriendo en la mina para buscar a *Jeb*, su perro, que había entrado a cazar una ardilla. Eugene siguió a Jimmy al interior. Yo estaba de pie frente a la entrada cuando estalló la dinamita.

—¿Fue una explosión fuerte?

—La más fuerte que he oído en mi vida.

—¿Sabrías decirme si oíste dos explosiones?

La muchacha adoptó una expresión de sorpresa.

—No, no lo sé.

—Es probable que no. ¿Qué sucedió a continuación?

—Entonces salió una enorme ráfaga de aire y humo que me derribó.

—Debió de ser muy fuerte.

—Sí, fue muy fuerte.

—Gracias, Lou. No tengo más preguntas.

—¿Señor Goode? —dijo Atkins.

—No tengo preguntas, señoría. A diferencia del señor Longfellow no voy a hacer perder el valioso tiempo del jurado.

—Llamo a declarar a Eugene Randall —dijo Cotton.

Eugene, nervioso, se situó en el estrado. Tenía el sombrero que Lou le había dado bien cogido entre las manos. Todas las miradas estaban fijas en él.

—Vamos a ver, Eugene, fuiste a la mina a buscar carbón el día que Jimmy Skinner murió, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Utilizas dinamita para extraer el carbón?

—Sí, como la mayoría de la gente. El carbón calienta bien. Mucho mejor que la leña.

—¿Cuántas veces calculas que has usado dinamita en esa mina?

Eugene reflexionó al respecto.

—A lo largo de los años, treinta veces o más.

—Creo que eso te convierte en un experto.

Eugene sonrió ante esa designación.

—Supongo.

—¿Cómo utilizas la dinamita exactamente?

—Pues pongo un cartucho de dinamita en un agujero de la pared rocosa, lo tapo, tiendo la mecha y la enciendo con la llama del farol.

—¿Qué haces a continuación?

—Ese pozo se curva en un par de sitios, por lo que a veces doblo una esquina si no he puesto demasiada dinamita. Otras veces espero fuera. Ahora los ruidos empiezan a afectarme los oídos. Y la explosión levanta mucho polvo, y éste es malo.

—No lo dudo. De hecho, el día en cuestión, saliste, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y luego entraste a buscar a Jimmy, pero no lo encontraste.

—Sí, señor —respondió Eugene bajando la mirada.

—¿Era la primera vez que ibas a la mina desde hacía tiempo?

—Sí, señor. Desde principios de año. El invierno pasado no fue tan malo.

—De acuerdo. Cuando se produjo la explosión, ¿dónde estabas?

—Unos veinticinco metros, dentro. No en la primera curva. Ahora tengo la pierna mala, ya no puedo moverme rápido.

—¿Qué te ocurrió cuando se produjo la explosión?

—Me lanzó a tres metros. Golpeé contra la pared. Creí que me había matado. Pero no solté el farol. No sé cómo lo conseguí.

—Dios mío, ¿tres metros? ¿A un hombre tan corpulento como tú? ¿Recuerdas dónde habías puesto la carga de dinamita?

—Nunca se me olvidará, señor Cotton. Pasada la segunda curva. A noventa metros hacia el interior. Allí había una buena veta de carbón.

Cotton fingió sentirse sorprendido.

—Hay algo que no entiendo, Eugene. Has dicho que a veces, cuando explotaba la dinamita, te quedabas en la mina, y nunca habías resultado herido. Y en cambio en este caso, ¿cómo es que estabas a más de sesenta metros de la carga de dinamita, pasadas no una sino dos curvas del pozo, y aun así la explosión te arrojó tres metros por el aire? Si hubieras estado un poco más cerca, probablemente te habría matado. ¿Cómo se explica?

Eugene también se mostró desconcertado.

—No lo sé, señor Cotton. Pero le aseguro que ocurrió.

—Te creo. Ya has oído declarar a Lou que la onda expansiva la derribó cuando estaba en el exterior de la mina. Las veces que tú esperaste fuera de la mina, ¿te ocurrió eso en alguna ocasión al explotar la dinamita?

Eugene ya negaba con la cabeza antes de que Cotton terminara la frase.

—Con la poca dinamita que yo uso es imposible que haya una explosión semejante. Sólo cojo carbón para llenar un cubo. Uso más dinamita en invierno cuando bajo la rastra y las mulas, pero ni siquiera entonces la explosión sería tan fuerte. ¡Estamos hablando de noventa metros y de pasar dos curvas!

—Tú encontraste el cadáver de Jimmy. ¿Estaba cubierto de piedras y rocas? ¿Se había derrumbado la mina?

—No, señor. Pero sabía que estaba muerto. No tenía el farol, ¿sabe? En esa mina sin luz no se sabe dónde está la salida. La vista juega malas pasadas. Probablemente ni siquiera viera a *Jeb* pasar por su lado camino de la salida.

—¿Puedes decirnos exactamente dónde encontraste a Jimmy?

—A otros cuarenta metros hacia dentro. Pasada la primera curva, pero no la segunda.

Granjeros y comerciantes estaban codo con codo presenciando el interrogatorio de Cotton. Miller, que se toqueteaba el sombrero, se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído a Goode. Éste asintió, miró a Eugene, sonrió y volvió a asentir.

—Bueno, supongamos —continuó Cotton— que Jimmy estuviera cerca de la carga de dinamita cuando estalló. Podría haber lanzado su cuerpo muy lejos, ¿verdad?

—Si estaba cerca, seguro.

—Pero su cadáver estaba más allá de la segunda curva...

Goode se puso en pie.

—Eso es fácil de explicar. La explosión de la dinamita pudo lanzar al muchacho más allá de la segunda curva.

Cotton miró al jurado.

—No alcanzo a entender cómo un cuerpo lanzado por los aires puede sortear una curva de noventa grados y seguir volando antes de caer. A no ser que el señor Goode sostenga que Jimmy Skinner tuviera la capacidad de volar.

Se oyeron varias risas entre el público. Atkins se retrepó en el asiento pero no golpeó con el mazo para pedir orden en la sala.

—Prosiga, Cotton. Esto se está poniendo interesante.

—Eugene, ¿recuerdas haberte sentido mal cuando estabas en la mina aquel día?

Eugene caviló al respecto.

—Es difícil de recordar. Quizás un poco de dolor de cabeza.

—De acuerdo. Según tu opinión de experto, ¿es posible que la explosión de dinamita por sí sola hiciera que el cuerpo de Jimmy Skinner acabara donde acabó?

Eugene lanzó una mirada al jurado y se tomó su tiempo para mirar a sus miembros uno por uno.

—¡No, señor!

—Gracias, Eugene. No deseo formular más preguntas.

Goode se acercó y colocó las palmas de la mano en el banco de los testigos y se

inclinó hacia Eugene.

—Muchacho, vives en casa de la señora Cardinal, ¿verdad?

Eugene se echó hacia atrás en el asiento con la mirada fija en el abogado.

—Sí, señor.

Goode dedicó una mirada mordaz al jurado.

—¿Un hombre de color y una mujer blanca en la misma casa?

Cotton se puso en pie antes de que Goode terminara la pregunta.

—Señoría, no puede permitirle ese tipo de preguntas.

—Señor Goode —intervino Atkins—, de Richmond para abajo quizá formulen ese tipo de preguntas, pero no las voy a permitir en mi sala. Si tiene algo que preguntar al hombre sobre este caso, hágalo o de lo contrario permanezca sentado.

Y según consta en mis notas, se llama señor Eugene Randall, no «muchacho».

—De acuerdo, señoría. —Goode se aclaró la garganta, dio un paso atrás y se introdujo las manos en los bolsillos—. Veamos, señor Eugene Randall, según su opinión de experto ha dicho que estaba a unos sesenta metros de la carga y que el señor Skinner se encontraba aproximadamente a la mitad de esa distancia de la dinamita. ¿Recuerda haber dicho esto?

—No, señor. He dicho que estaba a unos veinticinco metros en el interior de la mina, por lo que estaba a unos sesenta metros de la carga. Y he dicho que encontré a Diamond a unos cuarenta metros de donde yo me encontraba. Eso significa que él estaba a unos treinta metros de donde puse la dinamita. No tengo forma de decirle a qué distancia salió disparado.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Ha ido a la escuela alguna vez, señor Randall?

—No.

—¿Nunca?

—No, señor.

—Entonces nunca ha estudiado matemáticas, no ha aprendido a sumar y a restar. Y está aquí testificando bajo juramento sobre todas estas distancias exactas.

—Sí.

—¿Cómo es posible que un hombre de color sin estudios, que nunca ha sumado uno más uno bajo la mirada de un maestro, diga estas cosas? ¿Por qué debería creerle este honorable jurado cuando habla de todas estas cifras?

Eugene no apartó ni un solo momento la vista de Goode.

—Me sé los números muy bien —dijo—. Sé sumar y restar. La señora Louisa me enseñó. Y yo soy muy mañoso con el clavo y la sierra. He ayudado a mucha gente de la montaña a levantar sus establos. Para ser carpintero hay que saber de números. Si cortas una tabla de un metro para rellenar un hueco de un metro y medio, ¿cómo te va a salir bien?

Volvieron a oírse risas en la sala y, de nuevo, Atkins no puso orden.

—Bien —dijo Goode—, de modo que sabe cortar tablones. Pero en una mina muy oscura y con recovecos, ¿cómo puede estar tan seguro de lo que dice? Vamos,

señor Randall, cuéntenos. —Goode miró al jurado mientras lo decía, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Porque está marcado en la pared —respondió Eugene.

Goode lo miró de hito en hito.

—¿Cómo dice?

—He marcado las paredes de esa mina con cal en tramos de tres metros a lo largo de ciento veinte metros. Mucha gente lo hace. Cuando haces volar una mina más vale saber cuánto tienes que alejarte para salir. Lo hice porque tengo la pierna mala. Y así recuerdo dónde están las vetas de carbón buenas. Si se agachara en la mina con un farol ahora mismo, señor abogado, vería las marcas claras como la luz del sol. Así que puede escribir lo que he dicho como si fuera la palabra del Señor.

Cotton lanzó una mirada a Goode. A sus ojos, el abogado del Estado adoptó la misma expresión que si acabaran de informarle de que en el cielo no admitían a los miembros del colegio de abogados.

—¿Alguna pregunta más? —dijo Atkins a Goode. El abogado no respondió, sino que se limitó a regresar a su mesa y desplomarse en la silla.

—Señor Randall —dijo Atkins—, hemos terminado, y este tribunal quiere agradecerle su testimonio de experto.

Eugene se levantó y regresó a su asiento. Desde la galería Lou observó que su cojera apenas resultaba perceptible.

A continuación Cotton llamó a Travis Barnes al estrado.

—Doctor Barnes, a petición mía ha examinado los archivos correspondientes a la muerte de Jimmy Skinner, ¿verdad? Incluida una fotografía tomada en el exterior de la mina.

—Sí, así es.

—¿Puede explicarnos la causa de la muerte?

—Graves heridas en el cuerpo y en la cabeza.

—¿En qué estado quedó su cuerpo?

—Estaba literalmente desgarrado.

—¿Ha atendido alguna vez a un herido por explosión de dinamita?

—¿En una zona minera? Desde luego.

—Ya ha oído el testimonio de Eugene. En su opinión, dadas las circunstancias, ¿pudo la carga de dinamita haber causado las heridas que presentaba Jimmy Skinner?

Goode no se molestó en levantarse para elevar su protesta.

—Está pidiendo una especulación por parte del testigo —dijo con brusquedad.

—Señor juez, creo que el doctor Barnes está perfectamente capacitado para responder a esa pregunta —dijo Cotton.

Atkins asintió y dijo:

—Adelante, Travis.

Travis observó a Goode con expresión de desprecio.

—Sé perfectamente el tipo de cargas de dinamita que usa la gente de aquí para

extraer un cubo de carbón. A esa distancia de la carga y después de una curva, es imposible que la dinamita causara las heridas que vi en ese muchacho. Me cuesta creer que nadie se lo planteara hasta ahora.

—Supongo que si una persona entra en una mina y explota la dinamita, la gente se limita a creer que eso es lo que la mató. ¿Había visto esa clase de heridas con anterioridad?

—Sí. Una explosión en una planta manufacturera. Mató a una docena de hombres. Quedaron literalmente desgarrados. Igual que Jimmy.

—¿Cuál fue la causa de aquella explosión?

—Una fuga de gas natural.

Cotton se volvió y miró a Hugh Miller de hito en hito.

—Señor Goode, a no ser que usted quiera interrogar al testigo, llamo al señor Judd Wheeler al estrado.

Goode, que se sintió traicionado, miró a Miller.

—No tengo preguntas.

Wheeler, que daba muestras de nerviosismo, no dejaba de moverse en la silla mientras Cotton se le acercaba.

—¿Es usted el geólogo jefe de Southern Valley?

—Sí.

—¿Y encabezó el equipo que exploraba los posibles depósitos de gas natural de las tierras de la señora Cardinal?

—Sí.

—¿Sin su permiso o conocimiento?

—Bueno, eso no lo sé...

—¿Tenía su permiso, señor Wheeler? —exigió Cotton.

—No.

—Encontraron gas natural, ¿no es así?

—Cierto.

—Y era algo que a su empresa le interesaba sobremanera, ¿verdad?

—Bueno, el gas natural es una energía muy valiosa como combustible. Sobre todo utilizamos gas manufacturado, el llamado gas ciudad, que se obtiene a partir del carbón. Es lo que alimenta las farolas de este pueblo. Pero con el gas ciudad no se gana demasiado dinero. Además, ahora tenemos tuberías de acero de una sola pieza, lo cual nos permite enviar el gas en las tuberías a larga distancia. Por tanto, sí, estábamos muy interesados en el asunto.

—El gas natural es explosivo, ¿verdad?

—Si se utiliza correctamente...

—¿Lo es o no lo es?

—Lo es.

—¿Qué hicieron exactamente en esa mina?

—Hicimos mediciones y pruebas y localizamos lo que parecía ser un yacimiento

de gas enorme en un interceptor no demasiado por debajo de la superficie del pozo de la mina y a unos mil ochocientos metros en el interior de la misma. A menudo se encuentra carbón, petróleo y gas porque los tres se forman a partir de procesos naturales similares. El gas siempre está en la parte superior porque es más ligero. Hicimos una perforación y encontramos el yacimiento de gas.

—¿El gas ascendió al pozo de la mina?

—Sí.

—¿En qué fecha encontraron el yacimiento de gas?

Cuando Wheeler les dijo el día, Cotton se dirigió de forma directa y clara al jurado.

—¿Una semana antes de la muerte de Jimmy Skinner! ¿Habría sido posible oler el gas?

—No, en su estado natural es incoloro e inodoro. Cuando las compañías lo procesan, le añaden un olor característico, de forma que, si se produce una fuga, la gente puede detectarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿O antes de que algo lo inflame?

—Eso es.

—Si alguien hiciera explotar una carga de dinamita en el pozo de una mina en la que hubiera gas natural, ¿qué ocurriría?

—El gas explotaría —repuso Wheeler.

Cotton se colocó frente al jurado.

—Supongo que Eugene tuvo la suerte de estar lejos del lugar por donde salía el gas. Y tuvo todavía más suerte de no prender una cerilla para encender esa mecha. Pero la dinamita, al estallar, provocó la deflagración. —Se volvió hacia Wheeler—. ¿Qué tipo de deflagración? ¿Lo suficientemente fuerte para causar la muerte de Skinner del modo descrito por el doctor Barnes?

—Sí —reconoció Wheeler.

Cotton puso las manos en el borde del banco de testigos y se inclinó hacia delante.

—¿Nunca se les ocurrió colocar carteles para indicar a la gente que ahí había gas natural?

—¡No sabía que ahí utilizaran dinamita! Pensaba que ya nadie extraía carbón de esa vieja mina.

A Cotton le pareció ver a Wheeler lanzando una mirada de enfado a George Davis, pero no estaba seguro de ello.

—Pero si alguien hubiera entrado, se habría visto expuesto al gas. ¿No quería advertir a la gente?

—Los techos del pozo de esa mina son lo bastante altos —dijo Wheeler— y hay ventilación natural a través de la roca, de modo que la concentración de metano explosivo no sería tanta. Además, íbamos a tapar el orificio, pero estábamos esperando una maquinaria que necesitábamos. No queríamos que nadie sufriera

ningún daño. Ésa es la verdad.

—Lo cierto es que no podían poner carteles de aviso porque estaban allí de forma ilegal. ¿Es eso cierto?

—Yo me limité a obedecer órdenes.

—Se esforzaron mucho en ocultar el hecho de que estaban trabajando en esa mina, ¿verdad?

—Bueno, sólo trabajábamos de noche. Todo el equipo que llevábamos lo transportábamos con nosotros.

—¿Para que nadie supiera que habían estado allí?

—Sí.

—¿Porque Southern Valley esperaba comprar la granja de la señora Cardinal por mucho menos dinero si ella no se enteraba de que estaba sobre un yacimiento de gas?

—¡Protesto! —exclamó Goode.

Cotton siguió preguntando.

—Señor Wheeler, usted sabía que Jimmy Skinner murió en la explosión de esa mina. Y lo lógico es que supiera que el gas había tenido parte de culpa. ¿Por qué no contó la verdad en aquel momento?

Wheeler estrujó el sombrero con las manos.

—Me dijeron que no hablara.

—¿Quién se lo dijo?

—El señor Hugh Miller, el vicepresidente de la compañía.

Todas las miradas se posaron sobre Miller. Cotton lo miró mientras formulaba el resto de las preguntas.

—¿Tiene usted hijos, señor Wheeler? —Wheeler se sorprendió pero respondió—. Tres.

—¿Están todos bien? ¿Sanos? Wheeler bajó la cabeza antes de contestar.

—Sí.

—Es usted un hombre afortunado.

Goode estaba dirigiéndose al jurado con su declaración final.

—Hemos oído más argumentos de los necesarios para que tengan claro que Louisa Mae Cardinal está incapacitada. De hecho, su propio abogado, el señor Longfellow, lo ha reconocido. Veamos, toda esta charla sobre el gas, las explosiones y todo eso, en fin, ¿qué relación real guarda con este caso? Si Southern Valley estuvo implicada de algún modo en la muerte del señor Skinner, entonces sus familiares quizá tengan derecho a una indemnización.

—No tiene familiares —apuntó Cotton.

Goode decidió hacer caso omiso de ese comentario.

—El señor Longfellow pregunta si mi cliente es una empresa adecuada para comprar esas tierras. Señores, lo cierto es que Southern Valley tiene grandes planes para su pueblo. Buenos trabajos que les devolverán a todos la prosperidad. —Se acercó todavía más al jurado, su mejor aliado—. La cuestión es: ¿se debería permitir

a Southern Valley contribuir a la prosperidad de todos ustedes, incluida la señora Cardinal? Creo que la respuesta es obvia.

Goode se sentó. Acto seguido, Cotton se acercó al jurado. Se movió despacio, con ademán seguro pero sin prepotencia. Tenía las manos en los bolsillos y apoyó uno de sus zapatos, ya un tanto gastados, en la barandilla inferior de la tribuna del jurado. Al hablar empleó un acento más sureño que de Nueva Inglaterra y todos los miembros del jurado, excepto George Davis, se inclinaron hacia delante para no perderse ni una sola de sus palabras. Habían visto a Cotton Longfellow exasperar a quien ellos suponían debía de ser uno de los mejores abogados de la gran ciudad de Richmond. Además, había humillado a una empresa que era lo más parecido a la monarquía en un país republicano. Sin duda, ahora querían ver si el hombre era capaz de culminar su actuación.

—Permítanme, amigos, que les explique en primer lugar el aspecto legal del caso. No es ni mucho menos complicado. De hecho es como un buen perro de caza: apunta en una única dirección, recta y certera. —Extrajo una mano del bolsillo y, como un buen sabueso, apuntó directamente a Hugh Miller mientras seguía hablando—. Las acciones temerarias de Southern Valley mataron a Jimmy Skinner, amigos, no les quepa la menor duda. Southern Valley ni siquiera lo cuestiona. Estaban ilegalmente en la propiedad de Louisa Mae. No colocaron ningún aviso que indicara que la mina estaba llena de gas explosivo. Permitieron que gente inocente entrara en esa mina aun sabiendo que corrían peligro de muerte. Podría haber sido cualquiera de ustedes. Y no contaron la verdad porque sabían que habían actuado de forma incorrecta. Y ahora pretenden aprovecharse de la tragedia de la apoplejía sufrida por Louisa Mae para apropiarse de sus tierras. La ley especifica con claridad que uno no puede aprovecharse de sus delitos. Por consiguiente, si lo que hizo Southern Valley no puede considerarse un delito, entonces nada de este mundo lo sería. —Hasta este punto había hablado con voz lenta y constante. A continuación, la elevó ligeramente, pero siguió señalando a Hugh Miller—. Algún día Dios les pedirá responsabilidades por la muerte de un joven inocente. Pero su misión es que reciban hoy su castigo.

Cotton miró uno por uno a los miembros del jurado, se detuvo en George Davis y se dirigió a él directamente.

—Ahora pasemos a la parte no legal de este asunto porque creo que la gente del lugar se deja llevar por las mentiras. Southern Valley ha venido aquí ofreciendo grandes cantidades de dinero, diciendo que ellos son los salvadores de nuestro pueblo. Pero es lo mismo que dijo la compañía maderera, que iban a quedarse aquí para siempre. ¿Lo recuerdan? Entonces, ¿por qué estaban sobre raíles todos los campamentos madereros? ¿Acaso se puede ser más temporal? ¿Y dónde están ahora? Que yo sepa Kentucky no forma parte del estado de Virginia. —Lanzó una mirada a Miller—. Y las empresas mineras les dijeron lo mismo. ¿Y qué hicieron? Vinieron, se apoderaron de todo lo que necesitaban y les dejaron sin nada, excepto montañas vacías, familias afectadas de neumoconiosis y los sueños convertidos en pesadillas. Y

ahora Southern Valley viene cantando la misma canción. No es más que otra aguja en la piel de la montaña. ¡Un elemento más para extraer y no dejar nada! —Se volvió y se dirigió al grueso de la sala—. Pero en este caso lo importante no es Southern Valley, el carbón o el gas, sino todos ustedes. Pueden vaciar la cima de una montaña con facilidad, extraer el gas, instalar sus sofisticadas tuberías de acero y quizá funcionen durante diez, quince o incluso veinte años. Pero luego se acabará. ¿Saben?, esas tuberías transportan el gas a otros lugares, al igual que hicieron los trenes con el carbón y el río con los troncos. Y por qué, se preguntarán. —Se tomó su tiempo para mirar alrededor—. Les diré por qué. Porque ahí está la verdadera prosperidad, amigos. Por lo menos según la definición de Southern Valley. Y todos ustedes lo saben. Estas montañas poseen lo necesario para que siga habiendo prosperidad y ellos vayan llenándose los bolsillos. Y por eso vienen aquí y se la llevan.

»Dickens, Virginia, nunca será como la ciudad de Nueva York, y permítanme que les diga que eso no tiene nada de malo. De hecho, creo que ya tenemos suficientes ciudades grandes, y cada vez quedan menos sitios como éste. Nunca se harán ricos trabajando al pie de estas montañas. Quienes se enriquecerán serán las empresas como Southern Valley, que agotan la tierra y no dan nada a cambio. ¿Quieren un salvador verdadero? Mírense a la cara. Confíen los unos en los otros. Igual que Louisa Mae ha hecho durante toda su vida en esa montaña. Los granjeros viven sujetos a los caprichos del tiempo y de la tierra. Pero, para ellos, los recursos de la montaña nunca se agotan, porque no le arrancan el alma. Y la recompensa que reciben es poder llevar una vida decente, honesta, mientras lo desean, sin el temor a que unas personas cuya única intención es conseguir montones de oro expoliando las montañas aparezcan con grandes promesas y luego se marchen cuando ya no ganen nada quedándose y, mientras tanto, destruyendo vidas inocentes.

Señaló a Lou y añadió:

—El padre de esta muchacha escribió muchas historias maravillosas sobre esta zona, y abordó las mismas cuestiones sobre la tierra y la gente que vive de ella. Con sus escritos, Jack Cardinal ha permitido que este lugar viva para siempre. Al igual que las montañas. Tuvo una maestra ejemplar, porque Louisa Mae Cardinal ha vivido su vida como deberíamos haber hecho todos nosotros. Ha ayudado a muchos de ustedes en algún momento de sus vidas y no ha pedido nada a cambio. —Cotton miró a Buford Rose y algunos de los otros granjeros que tenían los ojos clavados en él—. Y ustedes también la han ayudado cuando ha sido necesario. Saben que nunca vendería sus tierras porque éstas forman parte de su familia y no es justo que sus biznietos estén a la espera de ver qué ocurrirá con ellas. No pueden permitir que Southern Valley se apodere de la familia de esta mujer. Allá en la montaña lo único que tienen es la tierra y sus habitantes. Eso es todo. Quizá no parezca gran cosa a quienes no viven allí o a aquéllos cuya única intención es destruir la piedra y los árboles. Pero tengan por seguro que lo es todo para las personas que consideran que su hogar está en las montañas.

Cotton pareció ganar en altura al lado de la tribuna del jurado y, aunque siguió hablando con voz pausada y constante, la gran sala parecía inadecuada para contener sus palabras.

—Amigos, no hace falta ser experto en leyes para tomar la decisión adecuada en este caso. Lo único que se necesita es corazón. Dejen que Louisa Mae Cardinal conserve sus tierras.

Lou contempló desde la ventana de su dormitorio la magnífica extensión de tierra que ascendía hasta las estribaciones y continuaba hasta las montañas, donde las hojas de todo tipo de vegetación, excepto la de los pinos, habían caído. Los árboles desnudos formaban una imagen impresionante, aunque en aquel momento a Lou le pareció que marcaban la ubicación de las tumbas de miles de muertos, después de que los dolientes se hubieran quedado con bien poco.

—Deberías haber vuelto, papá —dijo a las montañas que él había inmortalizado con palabras y luego rechazado el resto de su vida.

Había regresado a la granja con Eugene después de que el jurado se retirara para deliberar. No tenía ningunas ganas de estar presente cuando se leyera el veredicto. Cotton dijo que iría a informarles de la decisión. Dijo también que creía que no tardarían mucho en pronunciarse. Cotton no especificó si consideraba que eso era bueno o malo pero no parecía muy esperanzado. Ahora a Lou sólo le quedaba esperar. Y era duro porque todo lo que le rodeaba podía desaparecer al día siguiente, dependiendo de la decisión de un grupo de desconocidos. Bueno, uno de ellos no era un desconocido, más bien se trataba de un enemigo mortal.

Lou siguió con el dedo las iniciales de su padre en el escritorio. Había sacrificado las cartas de su madre por un milagro que nunca iba a producirse y eso le dolía. Bajó a la planta baja y se detuvo en el dormitorio de Louisa. Por la puerta entreabierta vio la vieja cama, el armario, una jofaina con la jarra correspondiente. La habitación era pequeña y austera, igual que la vida de esa mujer. Lou se tapó el rostro. No era justo. Entró con paso vacilante en la cocina para empezar a preparar la comida.

Mientras sacaba una olla, oyó un ruido detrás de ella y se volvió. Era Oz. Se secó los ojos porque todavía quería mostrarse fuerte frente a él. No obstante, cuando se fijó en su expresión, Lou se dio cuenta de que no tenía por qué preocuparse por su hermano. Algo se había apoderado de él, aunque no sabía de qué se trataba. Sin embargo, Oz nunca antes había adoptado esa expresión. Sin mediar palabra, condujo a su hermana por el pasillo.

Los miembros del jurado entraron en la sala en fila; eran doce hombres, de las montañas y del pueblo, y Cotton confiaba en que al menos once de ellos tomaran la decisión correcta. El jurado había deliberado durante varias horas, más de lo que Cotton había esperado. No sabía si eso constituía un buen presagio o no. Sabía que su mayor inconveniente era la desesperación. Se trataba de un adversario poderoso porque rápidamente podía apoderarse de quienes tan duro trabajaban todos los días para sobrevivir, o para aquéllos que no veían futuro alguno en un lugar al que poco a poco despojaban de sus riquezas. Cotton odiaría al jurado si el veredicto no le era favorable, aunque sabía que esta posibilidad existía. Bueno, como mínimo la duda estaba a punto de disiparse.

—¿El jurado tiene ya un veredicto? —preguntó Atkins.

El portavoz se puso en pie. Era un humilde tendero del pueblo, tenía el cuerpo hinchado de tanto comer buey con patatas y del poco esfuerzo que realizaba con los brazos y los hombros.

—Sí, señoría —repuso con voz queda.

Casi nadie había salido de la sala desde que el jurado se había retirado para deliberar por orden del juez. Todos los presentes se inclinaron hacia delante, como si de repente se hubieran quedado sordos.

—¿Qué han decidido?

—Hemos fallado a favor... de Southern Valley. —El portavoz bajó la cabeza, como si acabara de dictar una sentencia de muerte para uno de los suyos.

Los presentes prorrumpieron en gritos, algunos eran vítores y otros no. La galería pareció balancearse bajo el peso colectivo de la decisión de aquellos doce hombres. Hugh Miller y George Davis asintieron con la cabeza y se miraron esbozando una sonrisa con expresión triunfal.

Cotton se echó hacia atrás en el asiento. El proceso legal era agua pasada, si bien la principal ausente había sido la justicia.

Miller y Goode se dieron la mano. El primero intentó felicitar a Wheeler, pero el hombre se marchó indignado.

—¡Orden, orden en la sala u ordenaré desalojarla! —Atkins golpeó varias veces con el mazo, y al final los ánimos se apaciguaron—. El jurado puede retirarse. Gracias por su servicio —dijo no muy amablemente.

Un hombre entró en la sala, vio a Cotton y le susurró algo al oído. La desesperación de Cotton aumentó de forma perceptible.

—Señoría, ahora sólo nos queda nombrar a alguien que represente los intereses de la señora Cardinal y actúe como tutor de los niños —dijo Goode.

—Señor juez, acabo de recibir una noticia que la sala debe saber. —Cotton se puso en pie lentamente, con la cabeza gacha y una mano apretada contra el costado—. Louisa Mae Cardinal ha muerto.

Los presentes volvieron a prorrumpir en gritos, pero esta vez Atkins no intentó poner orden. Davis sonrió y se acercó a Cotton.

—Vaya —dijo—, esta jornada mejora por momentos.

A Cotton se le nubló la mente por unos instantes, como si alguien acabara de golpearlo con un yunque. Agarró a Davis y pensó en mandarlo al condado vecino de un puñetazo, pero se contuvo y se limitó a apartarlo de su camino como si se tratara de un saco lleno de estiércol.

—Señoría —intervino Goode—, sé que a todos nos apena la muerte de la señora Cardinal. Yo tengo una lista de personas muy respetables que podrían representar a los niños en la venta de la propiedad que acaban de heredar.

—¡Y yo espero que te pudras en el infierno por esto! —exclamó Cotton. Se acercó corriendo al estrado seguido por Goode.

Cotton dio un puñetazo tan fuerte en el robusto banco de la justicia que Fred

retrocedió con expresión de temor.

—¡George Davis ha contaminado al jurado! —bramó Cotton—. Sé que los dólares de Southern Valley le quemarán en las manos.

—Déjelo, Longfellow, ha perdido —declaró Goode.

Ninguno de los dos hombres se dio cuenta de que las puertas de la sala se habían abierto.

—¡Nunca, Goode, nunca! —le gritó Cotton.

—Aceptó acatar la decisión de este jurado.

—Me temo que en este caso tiene razón —dijo Atkins.

Goode se volvió con expresión triunfante a mirar a Miller, y no dio crédito a lo que vio.

—Pero Henry —suplicaba Cotton—, por favor, los niños... Deja que sea su tutor. Yo...

Atkins no estaba prestando atención a las palabras de Cotton. Boquiabierto, también contemplaba lo que sucedía en la sala.

Cotton se volvió lentamente y estuvo a punto de desmayarse, como si acabara de ver a Dios cruzar el umbral de la puerta.

Lou y Oz estaban frente a todos ellos.

Y entre los dos, prácticamente en pie gracias a la ayuda de sus hijos, se encontraba Amanda Cardinal.

Lou no había apartado la mirada de su madre desde el momento en que Oz la había llevado por el pasillo hasta el dormitorio, donde Amanda yacía en la cama, con los ojos bien abiertos, las mejillas surcadas de lágrimas, los débiles brazos extendidos por fin hacia sus hijos y los labios temblorosos esbozando una sonrisa de felicidad.

Cotton tampoco fue capaz de apartar la vista de la mujer. No obstante, su trabajo ante el juez todavía no había concluido.

—Señoría —dijo con la voz a punto de quebrársele—, me gustaría presentarle a Amanda Cardinal. La única y auténtica tutora de sus hijos.

El mar de almas que ahora permanecía en silencio se abrió entonces para permitir que Cotton caminara hacia la madre y los hijos con paso vacilante, como si hubiera olvidado cómo se anda. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Señora Cardinal —empezó a decir—, me llamo...

Amanda le tendió una mano y lo tocó en el hombro. Su cuerpo estaba muy débil, aunque mantenía la cabeza bien alta y habló en voz baja pero con claridad.

—Sé quién es, señor Longfellow. Le he escuchado a menudo.

En la actualidad

La mujer espigada camina por un campo de hierba que se mece ligeramente a merced del viento. La silueta de las montañas se recorta al fondo del paisaje. Tiene el cabello cano y largo hasta la cintura. Lleva una estilográfica y una libreta, se sienta en el suelo y empieza a escribir:

Quizás el pozo de los deseos funcionara. O tal vez fuera algo tan sencillo como el hecho de que una niña le dijera a su madre que la quería. Lo importante es que recuperamos a nuestra madre, aunque nuestra querida Louisa Mae nos dejara. Apenas tuvimos tiempo de estar con Louisa, pero faltó bien poco para que no llegáramos a conocerla.

La mujer se pone en pie, sigue caminando hasta que se detiene ante dos lápidas de granito con los nombres de Cotton Longfellow y Amanda Cardinal Longfellow grabados en ellas. Se sienta y continúa escribiendo.

Mi madre y Cotton se casaron al cabo de un año. Cotton nos adoptó a Oz y a mí y yo le mostré el mismo amor y afecto que a mi madre. Pasaron más de cuatro maravillosas décadas juntos en esta montaña y murieron con una semana de diferencia el uno del otro. Nunca olvidaré la extraordinaria bondad de Cotton. Y yo iré a la tumba sabiendo que mi madre y yo sacamos el máximo provecho de nuestra segunda oportunidad.

Mi hermano pequeño creció y acabó con los pies bien grandes y los brazos bien fuertes. Un glorioso día de otoño Oz Cardinal lanzó la pelota y ganó la Liga Mundial de béisbol con los New York Yankees. Ahora es maestro de escuela aquí y goza de la bien merecida fama de ayudar a que los niños tímidos salgan adelante. Y su nieto ha heredado ese osito inmortal. A veces siento que lo único que quiero es abrazar de nuevo a ese niño, acariciarle el pelo, consolarlo. Mi León Cobarde. Pero los niños crecen. Y mi hermano pequeño se convirtió en todo un hombre y su hermana está verdaderamente orgullosa de él.

Eugene acabó teniendo su propia granja, formó una familia y todavía vive cerca de aquí. En la actualidad sigue siendo uno de mis mejores amigos. Además, después de prestar testimonio en la sala de ese tribunal hace tantos años, nunca he oído a nadie volver a llamarle Ni Hablar.

¿Y yo? Al igual que mi padre, me fui de la montaña, pero, a diferencia de Jack Cardinal, regresé. Me casé y formé una familia aquí, en una casa construida en la tierra que Louisa Mae nos dejó. Ahora mis nietos nos visitan todos los veranos. Yo les cuento cómo crecí en este lugar. Les hablo de Louisa Mae, Cotton y de mí querido amigo *Diamond Skinner*, así como de otras personas que tuvieron protagonismo en nuestras vidas. Lo hago porque creo que es importante que sepan esas cosas sobre su familia.

Con los años había leído tantos libros que empecé a escribir uno. Me gustó tanto que escribí catorce más. Contaba historias de felicidad y fascinación. De dolores y

temores. De supervivencia y triunfo. De la tierra y sus gentes. Como había hecho mi padre. Y aunque nunca recibí los premios que él ganó, mis libros se vendieron un poco mejor.

Tal como escribió mi padre, las circunstancias de la vida pueden poner a prueba el coraje, la esperanza y el espíritu de las personas. Pero como aprendí en estas montañas de Virginia, mientras no perdamos la esperanza, es imposible estar verdaderamente solo alguna vez.

Éste es mi hogar. Me proporciona un gran alivio saber que moriré aquí, en las alturas. Y no temo morir. Mi entusiasmo es perfectamente comprensible, ¿sabéis?, porque la vista de que se disfruta desde aquí es una verdadera delicia.

∞

Agradecimientos

Sería una injusticia de mi parte no dar las gracias a varias personas que me ayudaron en este proyecto. En primer lugar, la gente de Warner Books, y especialmente mi querida amiga Maureen Egen, que me mostró todo su apoyo en mi intento de probar algo distinto y que realizó una maravillosa labor de edición de la novela. Gracias también a Aaron Priest y Lisa Vance por su ayuda y su aliento. Los dos se encargan de que mi vida sea un poco menos complicada. Gracias a Molly Friedrich, por robarle tiempo a su extraordinariamente apretada agenda para leer un primer borrador de la novela e iluminarme con sus muchos comentarios. Asimismo, deseo mostrar mi agradecimiento a Frances Jalet-Miller, que aportó su habitual y maravillosa capacidad como editora además de su sincero entusiasmo ante la historia. Y a mi primo Steve por leer todas las palabras, como de costumbre.

A Michelle por cuanto hace. De todos es sabido que estaría completamente perdido sin ella. Y a Spencer y Collin, por ser mis Lou y Oz.

A mi estimada amiga Karen Spiegel por toda su ayuda y ánimo con esta obra. Me ayudaste a mejorarla y quizás algún día la veamos en la gran pantalla.

Y a todas las personas excelentes de la Biblioteca de Virginia, en Richmond, que me permitieron utilizar los archivos y me proporcionaron un lugar tranquilo donde trabajar y pensar, así como por indicarme el camino hacia numerosos tesoros escondidos: recuerdos escritos por la gente de la montaña, historias orales documentadas por el personal diligente de la WPA (Work Projects Administration) en la década de los treinta, historias ilustradas de los condados rurales de Virginia y la primera publicación del estado sobre obstetricia.

Dedico un agradecimiento especial a Deborah Hocutt, la directora ejecutiva del Virginia Center for the Book en la Biblioteca de Virginia, por su colaboración en este proyecto y en los muchos otros empeños en los que participo dentro de dicho Estado.



DAVID BALDACCI (Richmond, Virginia, 5 de agosto de 1960). Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La*

pura verdad, Saving Faith, Buena suerte, El último hombre, The Christmas Train, Split Second, El juego de las horas, Camel Club, Los coleccionistas, Una fracción de segundo, Frío como el acero, Toda la verdad, Justicia divina, True Blue, Deliver Us From Evil, Hell's Corner, su último thriller sobre King y Maxwell, *El sexto hombre*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el *Year 2000 «Month of the Thriller»* de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, «*The Mighty Johns*», incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post, Men's Health, Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues, Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Este será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel, Discovery Channel* e «*ID Discovery*».

Notas

[1] Literalmente «Algodón Tipolargo», aunque las traducciones podrían ser múltiples: «Hombrelargo de Algodón», «Algodón Extralargo», «Gran Algodón», etc. (N. de los T.). <<